



SUSURROS

A. G. HOWARD



El País de las Maravillas existe...

A Alyssa Gardner las flores y los insectos le hablan. Teme que su destino sea acabar en un psiquiátrico, como su madre, pues una vena de locura recorre a la familia desde tiempos de su antepasada Alicia, la niña que inspiró el País de las Maravillas de Lewis Carroll.

Pero, ¿y si los susurros de las flores no son alucinaciones? ¿Y si el País de las Maravillas existe y la está llamando?

Alyssa descenderá por la madriguera del conejo hacia un mundo mágico, pero también despiadado. Durante su increíble aventura, tendrá que decidir en quién confiar: en Jeb, su mejor amigo, por el que siempre se ha sentido atraída, o en el fascinante y seductor Morfeo, su guía en el País de las Maravillas y con el que lleva soñando desde que era niña.



A. G. Howard

Susurros

Splintered - 1

ePub r1.1

Titivillus 15.04.18

Título original: *Splintered*

A. G. Howard, 2013

Traducción: Lorenzo Díaz, Sandra Sánchez & Paula Zumalacárregui

Diseño de cubierta: María T. Middleton

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





A mi marido y héroe Vince, y a mis dos maravillosos hijos, Nicole y Ryan, que creyeron en mi sueño y me animaron a seguir volando hasta que encontré esa hermosa estrella fugaz.

1

Un billete de ida a las profundidades

Colecciono bichos desde que tenía diez años; es la única manera de que dejen de susurrarme cosas. Atravesarle el vientre a un insecto con un alfiler hace que se calle muy rápido.

Algunas de mis víctimas decoran las paredes en vitrinas, mientras otras están ordenadas en tarros y guardadas en un estante para usarlas más adelante. Grillos, escarabajos, arañas... abejas y mariposas. No tengo manías. Una vez les da por ponerse a charlar, se abre la veda.

Son muy fáciles de capturar. Lo único que necesitas es un cubo de plástico sellado lleno de arena de gato mezclada con unas cuantas pieles de plátano. Se hace un agujero en la tapa por el que se introduce una tubería de PVC y la trampa para bichos ya está lista. La piel de la fruta los atrae, la tapa evita que escapen y el amoníaco de la arena los asfixia y los preserva intactos.

Los bichos no mueren en vano. Los uso para mi arte, ordenando sus cuerpos de modo que formen siluetas y formas.

Flores secas, hojas y trozos de cristal añaden color y textura a los patrones que forman los insectos sobre fondos de yeso. Son mis obras maestras... mis mosaicos macabros.

Los alumnos de último curso hemos salido a mediodía del instituto. Llevo casi una hora trabajando en mi proyecto más reciente. Un tarro lleno de arañas aguarda entre los utensilios de arte que ocupan mi escritorio.

El dulce aroma del solidago entra en mi dormitorio por la ventana. Florece en un prado que hay cerca de mi casa, atrayendo a un género de araña cangrejo que cambia de color —como un camaleón octópodo— para moverse sin ser detectado entre las flores amarillas o blancas.

Abro la tapa del jarro y saco treinta y cinco de los pequeños arácnidos blancos con unas pinzas largas, yendo con cuidado de no aplastarles el abdomen ni romperles las patas. Con pequeños alfileres los clavo en un fondo de yeso pintado de negro que hace de cielo nocturno y que ya está cubierto de escarabajos seleccionados por su brillo. Lo que he imaginado no es un típico firmamento salpicado de estrellas, sino una constelación que se enrosca sobre sí misma como si fuera un relámpago que corta el cielo y se precipita en espirales como una pluma. Tengo cientos de escenas retorcidas como ésta en mi cabeza y no tengo ni idea de dónde vienen. Mis mosaicos son la única manera que tengo de plasmarlas.

Me reclino en la silla y estudio el resultado. Cuando el yeso se seque, los insectos quedarán permanentemente fijados, de modo que si quiero realizar algún ajuste, tengo que darme prisa.

Miro de reojo al reloj digital en la mesita de noche y me doy un golpecito en el labio inferior. Quedan menos de dos horas para encontrarme con papá en el psiquiátrico. Desde que iba al parvulario se ha convertido en una tradición ir cada viernes a Scoopin' Stop, comprar helado de chocolate y tarta de queso e ir a compartirlo con Alison.

El dolor de cabeza que me da el frío del helado y lo helado que se me queda el corazón no son precisamente lo que yo llamo diversión, pero papá insiste en que es terapéutico para todos. Quizá cree que yendo a ver a mi madre al lugar donde yo podría acabar algún día hará que, de alguna forma, escape a mi destino.

Qué pena que esté equivocado.

Al menos la locura que he heredado tiene una cosa buena. Sin mis alucinaciones, quizá no habría encontrado mi vena artística.

* * *

Mi obsesión con los bichos empezó un viernes de quinto curso. No ha sido fácil. Taelor Tremont le dijo a todo el mundo que yo era pariente de Alicia Liddell, la chica que inspiró la novela de Lewis Carroll *Alicia en el País de las Maravillas*.

Puesto que Alicia fue, realmente, mi tataratatarabuela, mis compañeros de clase se burlaban de mí durante la hora del patio hablándome de lirones y tés. Yo creía que las cosas no podían ir a peor hasta que sentí algo en mis tejanos y comprendí, mortificada, que me había venido por primera vez la regla sin

que estuviera en absoluto preparada para ello. Al borde de las lágrimas, cogí un jersey del montón de ropa que había en objetos perdidos justo al lado de la entrada principal y me lo até a la cintura para taparme durante el corto trayecto hasta la oficina. Caminé con la cabeza gacha, incapaz de mirar a nadie. Fingí que estaba enferma y llamé a mi padre para que viniera a recogerme. Mientras esperaba en la enfermería a que llegara, imaginé una acalorada discusión entre el jarrón de flores que había en el escritorio y el abejorro que volaba a su alrededor. Fue una alucinación muy potente, porque de verdad *oí* esa conversación, tan claramente como oía a los estudiantes cambiar de aula al otro lado de la puerta.

Alison me había advertido sobre el día en que «me haría mujer». Y sobre las voces que oiría entonces. Había supuesto que todo aquello era producto de su inestabilidad mental...

Pero era imposible ignorar los susurros, al igual que los sollozos que ahogaba en mi garganta. Hice lo único que podía hacer: me negué a aceptar lo que sucedía en mi interior. Enrollé un póster de los cuatro grupos básicos de alimentos que había colgado en la pared y golpeé con él al abejorro lo necesario para atontarlo. Sacar las flores del agua y aplastarlas entre las hojas de una libreta de espiral fue efectivo para silenciar a los locuaces pétalos.

Cuando llegamos a casa, mi pobre padre, que no tenía ni idea de lo que me sucedía, se ofreció a hacerme una sopa de pollo. Le dije que no hacía falta y me fui a mi habitación.

—¿Crees que estarás lo bastante bien como para visitar a tu madre de aquí a un rato? —me preguntó desde el pasillo, siempre procurando no alterar el delicado sentido de la rutina que tenía Alison.

Cerré la puerta de la habitación sin contestar. Me temblaban las manos y sentía cómo se me agitaba el pulso. Tenía que haber una explicación para lo que había ocurrido en la enfermería. Estaba estresada por todas las burlas sobre el País de las Maravillas y entonces, cuando mis hormonas decidieron activarse, había sufrido un ataque de pánico. Sí. Eso tenía sentido.

Pero en lo más hondo sabía que me estaba engañando, y el último lugar al que quería ir en ese momento era al psiquiátrico. Al cabo de unos minutos volví al salón.

Papá estaba sentado en su sillón reclinable favorito, una vieja y gastada butaca tapizada de pana y margaritas de tela. En uno de sus «ataques», Alison había cosido las flores de tela por todo el sillón. Ahora papá no se separaba

nunca de la butaca.

—¿Te encuentras mejor, mariposa? —preguntó, levantando la vista de su revista de pesca.

La mohosa humedad del aire acondicionado me golpeó la cara mientras me apoyaba en la pared forrada de madera. Nuestra casa pareada de dos habitaciones nunca había ofrecido demasiada privacidad y ese día me parecía más pequeño que nunca. Las ondas de su pelo oscuro se movían con cada ráfaga de aire.

Moví los pies nerviosa. Ésta era la parte de ser hija única que odiaba: no tener a nadie más que a mi padre para poder contarle cosas.

—Necesito más. Sólo nos dieron una de muestra.

Tenía los ojos en blanco, como los de un ciervo contemplando el tráfico durante la hora punta de la mañana.

—La charla especial que dieron en la escuela —dije, con el estómago hecho un nudo—. Aquella a la que no invitan a los chicos. —Agité el folleto color púrpura que nos habían dado a todas las chicas de tercero. Estaba arrugado porque lo había metido, junto con la muestra de compresa que lo acompañaba, en el fondo del cajón de los calcetines.

Tras una incómoda pausa, la cara de papá se puso roja.

—Oh. Así que es por eso por lo que...

De repente se interesó por un colorido muestrario de cebos para agua salada. Era evidente que estaba avergonzado o preocupado o ambas cosas, porque no había agua salada en un radio de ochocientos kilómetros a la redonda de Pleasance, Texas.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —insistí—. Alison me va a volver a soltar el discurso sobre la pubertad.

Además de la cara, se le enrojecieron las orejas. Pasó un par de páginas de su revista mirando las imágenes sin verlas realmente.

—Bueno, ¿quién mejor que tu madre para hablarte de las abejas y las flores, no?

Una respuesta apareció inmediatamente en mi cabeza: *¿Qué te parecen las propias abejas?*

Me aclaré la garganta:

—No me refiero a ese discurso, papá. Me refiero a la charla de loca, la de: «No puedes evitarlo. No escaparás de las voces, igual que no pude escapar yo. Mi tatarabuela nunca debió haberse metido en aquella madriguera de conejo».

No importaba que, después de todo, Alison pudiera tener razón sobre las voces. No estaba preparada para admitirlo ni ante mí misma ni ante papá.

Él se sentó muy tieso, como si el aire acondicionado le hubiera congelado la columna.

Estudié las cicatrices entrecruzadas de las palmas de mis manos. Tanto él como yo sabíamos que no era tanto lo que Alison fuera a decir como lo que podía llegar a hacer. Si tenía otra crisis, le volverían a poner la camisa de fuerza.

Aprendí muy pronto en mi vida por qué se llama «de fuerza». Porque *aprieta* con fuerza. Tanto que la sangre se acumula en los codos y se pierde la sensibilidad en las manos. Tanto que no hay escapatoria, no importa lo mucho que grite el paciente. Tanto que estrangula el corazón de los que aman a quien la lleva.

Sentí que se me hinchaban los ojos, como si pudieran estallar en lágrimas en cualquier momento.

—Oye, papá. Ya he tenido un día bastante horrible. ¿Podríamos *no* ir esta noche? ¿Sólo esta noche?

Papá suspiró.

—Llamaré al psiquiátrico y les diré que iremos a ver a mamá mañana. Pero tarde o temprano tendrás que decírselo. Para ella es muy importante estar al tanto de tu vida, ¿sabes?

Asentí. Puede que tuviera que contarle lo de convertirme en mujer, pero no tenía por qué decirle nada de lo de convertirme *en ella*.

Metiendo un dedo en la bufanda púrpura atada alrededor de mis shorts tejanos, me miré los pies. Las relucientes uñas pintadas de rosa reflejaban la luz vespertina que entraba por la ventana. El rosa siempre fue el color favorito de Alison. Por eso lo llevaba.

—Papá —murmuré lo bastante fuerte como para que me oyera—. ¿Y si Alison tiene razón? Hoy he notado algunas cosas. Cosas que no son... normales. Yo no soy normal.

—Normal.

Sus labios se curvaron hacia arriba a lo Elvis. Me había dicho en una ocasión que fue su sonrisa lo que ganó a Alison. Yo creo que fueron su bondad y su sentido del humor, porque esas fueron las dos cosas que evitaron que me fuera a dormir llorando todas las noches cuando la internaron por primera vez en el psiquiátrico Todas las Almas.

Enrolló la revista y la metió entre el cojín del asiento y el brazo del sillón. Se levantó, con su metro ochenta y cinco elevándose frente mí, y me acarició el hoyuelo del mentón, la única parte de mi anatomía heredada de él y no de Alison.

—Escúchame bien, Alyssa Victoria Gardner. Lo *normal* es subjetivo. No dejes que nunca nadie te diga que no eres normal. Porque para mí eres normal. Y mi opinión es la única que importa. ¿Vale?

—Vale —susurré.

—Bien —me apretó el hombro con la mano y sentí sus dedos cálidos y fuertes. Pero el tic en su párpado izquierdo lo delató. Estaba preocupado, y eso que no sabía de la misa la mitad.

Esa noche di mil vueltas en la cama. Cuando al final conseguí dormirme tuve por primera vez la pesadilla que desde entonces tortura mis sueños. La pesadilla de Alicia.

En ella, avanzo a trompicones por un tablero de ajedrez en el País de las Maravillas, tropezando con cuadrados blancos y negros rotos. Sólo que no soy yo. Soy Alicia, llevo un vestido azul y un delantal de encaje, y estoy intentando escapar del tic-tac del reloj de bolsillo del Conejo Blanco. Parece que lo hayan despellejado vivo, no es más que huesos y orejas.

La Reina de Corazones ha ordenado que me corten la cabeza y la metan en un tarro de formol. He robado la espada real y estoy huyendo, buscando desesperadamente a la Oruga y al Gato de Cheshire. Son los únicos aliados que me quedan.

Me refugio en un bosque y con la espada corto las ramas y lianas que me cierran el paso. Una mata de zarzas emerge del suelo. Sus espinas atrapan mi delantal y me arañan la piel como si fueran garras rabiosas. Por todas partes hay gigantescos árboles clavel. Tengo el tamaño de un grillo, igual que los demás.

Debe ser algo que comimos...

Muy cerca se escucha el tictac del reloj del Conejo Blanco, cada vez más fuerte, audible incluso por encima de los pasos de mil soldados naipes avanzando. Ahogándome en una nube de polvo, me hundo en la guarida de la Oruga, donde hay setas del tamaño de ruedas de camión. No tiene salida.

Una mirada a la seta más alta y me da un vuelco el corazón. El lugar donde solía estar sentada la Oruga y desde donde ofrecía sus consejos y su amistad es una gran masa de gruesas redes blancas. Algo se mueve en el centro, un rostro que se aprieta contra el translúcido envoltorio lo bastante como para que pueda distinguir la forma de sus rasgos pero sin ver detalles claros. Me acerco más, desesperada por saber quién o qué hay dentro... pero la boca del Gato de Cheshire flota junto a mí, gritando que ha perdido su cuerpo, y me distrae.

El ejército de naipes aparece en el claro y en un instante estoy rodeada. Lanzo la espada a ciegas, pero la Reina de Corazones da un paso adelante y la atrapa al vuelo. Me hincó de rodillas frente al ejército y suplico por mi vida.

No sirve de nada. Las cartas no tienen oídos. Y yo ya no tengo cabeza.

* * *

Tras cubrir mi estelado mosaico de arañas con una tela para protegerlo mientras se seca el yeso, me como rápidamente unos nachos y salgo hacia la pista de monopatín subterránea de Pleasance para hacer tiempo antes de encontrarme con papá en el psiquiátrico.

Siempre me he sentido como en casa entre las sombras. El parque está situado en una vieja cúpula de sal abandonada, una enorme caverna subterránea con un techo de roca que en algunos puntos llega a los quince metros de altura. Antes de la reforma, la mina había sido utilizada para almacenar bienes de una cercana base militar.

Los nuevos propietarios prescindieron de la iluminación tradicional y, con un poco de pintura fluorescente y añadiéndole luces negras, la convirtieron en el sueño de todo adolescente: un patio de juegos ultravioleta, oscuro y misterioso, en el que no faltaban ni una pista para los monopatines, ni un minigolf fosforescente, ni salón de máquinas recreativas ni cafetería.

Con su pintura de neón cítrico, el gran cuenco de cemento creado para los monopatines destaca como un faro verde. Todos los usuarios deben firmar una autorización y pegar cinta fluorescente naranja en los bordes de sus monopatines para evitar choques en la oscuridad. Desde lejos parece que

estemos montando luciérnagas en la aurora boreal, cruzándonos una y otra vez con las estelas de luz de los demás.

Empecé a ir en monopatín a los catorce años. Necesitaba un deporte que pudiera hacer sin quitarme los auriculares del iPod, que llevaba para amortiguar los susurros de los bichos y las flores silvestres. He aprendido a ignorar la mayoría de mis alucinaciones. Por lo general lo que oigo es aleatorio y no tiene sentido y se une en una especie de zumbidos y crujidos, como si fueran interferencias en la radio. La mayoría de las veces logro convencerme a mí misma de que es sólo ruido de fondo.

Y, sin embargo, hay momentos en que alguna flor o algún bicho dice algo más alto que los demás —algo pertinente, personal o relevante— y entonces me vengo abajo. Así que cuando estoy durmiendo o haciendo cualquier otra cosa que requiera concentración intensa, mi iPod resulta esencial.

En la pista de monopatines los altavoces emiten constantemente música a un volumen atronador, desde canciones de los ochenta a rock alternativo, bloqueando toda posible distracción. Ni siquiera tengo que llevar los auriculares. El único inconveniente es que el lugar es propiedad de la familia de Taelor Tremont.

Me llamó antes de la gran inauguración, hace dos años.

—He pensado que te interesaría saber cómo vamos a llamar al centro —dijo, con la voz empapada en sarcasmo.

—¿Sí? ¿Por qué?

Intenté ser educada porque su padre, el señor Tremont, había contratado a la tienda de deportes de mi padre como proveedor exclusivo del megacentro. Lo cual vino de perlas, además, porque las facturas médicas de Alison nos habían puesto al borde de la bancarrota. De propina, saqué un carnet de socia vitalicio.

—Bueno... —dijo Taelor riendo por lo bajo. De fondo oí como también se mofaban sus amigas, debía estar en el manos libres—. Papá quiere llamarlo el País de las Maravillas. —Las risitas me llegaron a través de la línea—. Creí que te encantaría, sabiendo lo orgullosa que estás de tu tataratatarabuela cazaconejos.

La pulla me dolió más de lo que debería.

Supongo que me quedé callada demasiado tiempo, porque Taelor dejó de

reír.

—En realidad —dijo, casi tosiendo la palabra—, creo que eso está muy visto. La Caverna queda mucho mejor, ¿sabes?, porque el complejo está bajo tierra. ¿Qué te parece, Alyssa?

Hoy me acuerdo de ese extraño destello de bondad mientras me lanzo por la rampa de monopatín en las profundidades, bajo el brillante cartel de neón con el nombre LA CAVERNA que cuelga del techo. Está bien recordar que Taelor tiene un lado humano.

Una canción rock retumba en los altavoces. Mientras desciendo a la parte inferior de la rampa, siluetas oscuras se deslizan a mi alrededor recortándose contra el fondo de neón.

Equilibrándome con el pie trasero en la cola del monopatín, me preparo para levantar la punta con el delantero. Hace unas pocas semanas intenté hacer un *ollie* y acabé con el coxis magullado. Ahora le tengo un miedo mortal a ese movimiento, pero hay algo en mi interior que me impide abandonar.

Tengo que seguir intentándolo o nunca conseguiré elevarme lo bastante como para aprender ninguna acrobacia. Pero mi determinación va mucho más allá de eso. Es visceral: un aleteo que recorre mis pensamientos y mis nervios hasta que me convence de que no tengo miedo. A veces creo que no estoy sola dentro de mi propia cabeza, que hay una parte de otra persona ahí dentro, alguien que me obliga a ir más allá de mis límites.

Entregándome al subidón de adrenalina, me lanzo.

La curiosidad de ver qué altura alcanzo me hace abrir los ojos. Estoy a medio salto y el cemento se acerca velozmente. Mi columna me da un pinchazo. Pierdo el control, el pie delantero resbala y caigo sobre el suelo con un ruidoso ay.

Me golpeo primero el brazo y la pierna izquierdos, pero el relámpago de dolor recorre todo mi cuerpo. El impacto me corta la respiración y resbalo hasta detenerme en la parte inferior de la rampa. Mi monopatín rueda tras de mí como una fiel mascota y se para dándome un golpe suave en las costillas.

Intentando respirar, me giro boca arriba. Todos los nervios de mi rodilla y mi brazo se incendian. La correa de mi rodillera se ha soltado y veo que las mallas que llevo bajo mis pantalones de ciclista color púrpura están rotas. Sobre la superficie de neón verde que se eleva junto a mí hay una mancha

oscura. Sangre...

Tomo aire con fuerza y trato de enderezar mi rodilla. A los pocos segundos de mi aterrizaje forzoso, tres empleados hacen sonar sus silbatos y llegan patinando a través de las filas de patinadores que ralentizan. Los trabajadores llevan cascos de mineros con una luz fijada al frente, pero son más bien como socorristas: situados en lugares que les permiten un fácil acceso a todo el complejo y con formación en primeros auxilios.

Forman una barrera visible con sus brillantes chalecos reflectantes para impedir que otros patinadores choquen contra nosotros mientras me vendan y limpian la sangre del cemento con desinfectante.

Un cuarto empleado se acerca, lleva un chaleco de encargado. De todos los habitantes del mundo, tenía que ser Jebediah Holt.

—Debería haberme rajado —murmuro a regañadientes.

—¿Bromeas? Nadie hubiera visto venir este tortazo —su voz profunda me tranquiliza y se arrodilla a mi lado—. Me alegra ver que vuelves a hablarme.

Viste pantalones cortos con muchos bolsillos y una camiseta oscura bajo el chaleco. Las luces negras bañan su piel, resaltando con reflejos azulados el volumen de sus brazos tonificados.

Tiro de la correa del casco bajo mi mentón. Su luz de minero me deslumbra como un foco.

—¿Me ayudas a quitármelo? —pregunto.

Jeb se acerca todavía más para oírme sobre la voz de la canción que suena. Su colonia, de chocolate y lavanda, se mezcla con su sudor desprendiendo un olor que me resulta tan familiar y atractivo como el del algodón de azúcar para un niño en una feria.

Curva los dedos bajo mi garganta y suelta la hebilla de la correa. Cuando me ayuda a quitarme el casco, me roza el lóbulo de la oreja con el pulgar y siento un hormigueo. El resplandor de su lámpara me ciega. Sólo puedo distinguir su mentón con barba de algunos días y esos dientes blancos y perfectos —a excepción del incisivo izquierdo que está ligeramente inclinado—, y el pequeño *piercing* de metal en el centro de su labio inferior.

Taelor siempre se mete con él por ese *piercing*, pero él se niega a quitárselo, lo que hace que a mí me guste todavía más. Sólo es su novia desde hace un par de meses. No tiene derecho a decirle lo que tiene que hacer.

Jeb me sujeta por el codo y noto su mano callosa.

—¿Puedes caminar?

—¡Por supuesto! —le espeto, más abruptamente de lo que habría querido. Es sólo que no me gusta nada ser el centro de atención.

En cuanto apoyo peso sobre la pierna, un dolor intenso se dispara en mi tobillo y estoy a punto de caerme. Un empleado me sujeta desde atrás mientras Jeb se sienta para sacarse sus patines y calcetines. Antes de que pueda darme cuenta de lo que va a hacer, me levanta en brazos y me saca de la rampa.

—Jeb, quiero caminar —le abrazo para mantener el equilibrio. Puedo sentir las sonrisas desdeñosas de los demás patinadores cuando pasamos frente a ellos, a pesar de que en la oscuridad no puedo verlos. No permitirán que me olvide del día en que me sacaron de la rampa en brazos, como si fuera una diva.

Sin decir nada, me sujeta con un poco más de fuerza, lo que hace muy difícil ignorar lo cerca que estamos: tengo las manos entrelazadas detrás de su cuello y su pecho se frota con mis costillas... siento sus bíceps apretándose contra mi omoplato y mi rodilla.

Dejo de protestar cuando sale del cemento y llegamos al suelo de madera.

Al principio creía que íbamos hacia la cafetería, pero en lugar de ello pasamos frente al salón recreativo y giramos a la derecha hacia la rampa de entrada, siguiendo el arco de luz que emite su casco. Jeb abre con un empujón de cadera las puertas, que son parecidas a las de un gimnasio. Yo pestañeo, intentando ajustar mis ojos a la luz exterior. Una brisa cálida hace que algunos mechones de pelo caigan sobre mi rostro.

Me deja con cuidado sobre el cemento, que está caliente por el sol, y luego se sienta a mi lado, se quita el casco y se pasa la mano por el pelo. No se lo ha cortado en semanas y prácticamente le llega hasta los hombros. Su flequillo es una espesa cortina que casi le llega a la nariz. Se suelta la cinta roja y azul marino que lleva atada en el muslo y se la pone en la cabeza, fijándola con un nudo en la nuca, para apartar al rebelde cabello de su rostro.

Sus ojos verde oscuro estudian el vendaje de mi rodilla, del que gotea un poco de sangre.

—Ya te dije que tenías que renovar tu equipo. Esa fijación llevaba

semanas aflojándose.

Ya estamos. Se ha puesto en modo hermano mayor, aunque en realidad sólo tiene dos años más que yo y va un curso por delante.

—Has vuelto a hablar con mi padre, ¿verdad?

Una expresión tensa cruza su rostro mientras empieza a quitarse las rodilleras. Sigo su ejemplo y me saco quito la que me quedaba puesta.

—De hecho —le digo, regañándome mentalmente por no tener el sentido común de volver a retirarle la palabra—, debería daros las gracias a ti y a papá por dejarme venir aquí, con lo oscuro que está este sitio y la cantidad de cosas malas que podrían pasarme con lo pequeña y débil que soy.

La mandíbula de Jeb se tensa, signo inequívoco de que he dado en el blanco.

—Esto no tiene nada que ver con tu padre. Aparte del hecho de que regenta una tienda de deportes, lo cual significa que no tienes ninguna excusa para no cuidar tu material. Los monopatines pueden ser peligrosos.

—Sí, claro. Igual que Londres, ¿no?

Miro a los relucientes coches en el aparcamiento mientras me aliso las arrugas del dibujo de mi camiseta: un corazón sangrante envuelto en alambre de espino. Podría muy bien ser una radiografía de mi pecho.

—Fantástico. —Arroja sus rodilleras a un lado—. Así que no lo has superado.

—¿Superar qué? En lugar de defenderme, te pusiste de parte de mi padre. Ahora no podré ir a Londres hasta que me gradúe. ¿Por qué iba a molestarme eso?

Jugueteo con mis guantes sin dedos para suprimir el ácido bocado de furia que me arde en la lengua.

—Al menos, quedándote en casa terminarás el instituto —Jeb pasa a sus coderas y suelta el velero ruidosamente para enfatizar su argumento.

—También me hubiera graduado allí.

Él resopla.

No deberíamos estar hablando de esto, la desilusión es demasiado reciente. Me entusiasmé locamente por el programa de estudios en el

extranjero, que permitía a los alumnos de último curso terminar sus estudios secundarios en Londres y además conseguir créditos de una de las mejores universidades de Bellas Artes de aquella ciudad. Precisamente la universidad a la que va a ir Jeb.

Puesto que ya ha recibido su beca y planea trasladarse a Londres este mismo verano, papá le invitó a cenar hace un par de semanas para hablar sobre el programa. A mí me pareció una idea estupenda. Supuse que con Jeb de mi lado era como si ya tuviera el billete de avión. Y entonces los dos juntos decidieron que no era el momento adecuado para que yo me marchara. *Ellos* lo decidieron.

Papá se preocupa porque Alison siente aversión hacia Inglaterra: a la familia Liddell le pasaron demasiadas cosas allí. Cree que si voy es posible que sufra una recaída. Ya necesita más inyecciones que la mayoría de los yonquis de la calle.

Al menos las razones de papá tienen sentido. Todavía no entiendo por qué Jeb vetó la idea. Pero, ¿qué importa ya? El plazo para inscribirse terminó el viernes pasado, así que ya no hay forma de cambiar las cosas.

—Traidor —murmuro.

Él agacha la cabeza para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Intento ser un amigo de verdad. No estás preparada para vivir tan lejos de tu padre... Allí no tendrías a nadie.

—Estarías tú.

—Pero yo no podría estar constantemente contigo. Voy a tener un horario demencial.

—No necesito que nadie esté constantemente conmigo. No soy una niña.

—Nunca dije que lo fueras. Pero a veces tomas decisiones que no son las adecuadas. Como te ha pasado ahora.

Me pellizca la espinilla, haciendo que las rasgadas mallas de punto se deformen y vuelvan a su posición con un pop.

Una sacudida de febril excitación asciende por toda mi pierna. Frunzo el ceño, convenciéndome de que sólo tengo cosquillas. ¿No tengo derecho a cometer unos cuantos errores?

—No de los que pueden hacerte daño.

Niego con la cabeza.

—Como si no me hiciera daño estar aquí atrapada. En un instituto que no soporto, con compañeros cuya idea de diversión es hacer chistes sobre conejos blancos. Gracias, Jeb, muchas gracias.

Él suspira y se incorpora.

—Ya. Todo es culpa mía. Supongo que haberte comido el cemento allí dentro también ha sido culpa mía.

La resignación de su voz me ablanda el corazón.

—Bueno, la torta ha sido en cierto modo culpa tuya —suavizo la voz, en un intento consciente de relajar la tensión entre nosotros—. A estas alturas ya habría aprendido a hacer un *ollie* si todavía fueras el profesor de la clase de monopatín.

Los labios de Jeb se crispan.

—Así que el nuevo profe, Hitch... ¿no conectas con él?

Le doy un puñetazo de broma, liberando algo de la frustración que llevo acumulada.

—No, no *conecto* con él.

Jeb finge que le ha dolido.

—A él le encantaría. Pero le he dicho que le daría una patada en el...

—Ya te gustaría.

Hitch tiene diecinueve años y es el rey de los carnets de identidad falsos y las drogas recreativas. Que lo metan en la cárcel es sólo una cuestión de tiempo. Sé perfectamente que sería mala idea liarme con él. Pero es mi decisión.

Jeb me lanza una mirada extraña. Presiento que se acerca un discurso sobre los peligros de salir con camellos.

Con mi uña azul aparto a un saltamontes de mi pierna; no quiero que sus susurros hagan este momento más incómodo de lo que ya es.

Por fortuna, se abren las puertas dobles a nuestras espaldas. Jeb se aparta para dejar salir a una pareja de chicas. Una nube de perfume de talco nos envuelve cuando pasan junto a nosotros y saludan a Jeb. Él les devuelve el saludo con la cabeza.

Las vemos subirse a un coche y salir lentamente del aparcamiento.

—Eh —dice Jeb—, es viernes. ¿No se supone que tendrías que ir a visitar a tu madre?

Me apunto al cambio de tema.

—He quedado aquí con mi padre. Y luego le prometí a Jen que haría las dos últimas horas de su turno. —Echo un vistazo a las rasgaduras de mi ropa y luego miro al cielo, del mismo azul intenso que los ojos de Alison—. Espero tener tiempo de pasar por casa a cambiarme antes de ir a trabajar.

Jeb se pone en pie.

—Dame un momento para fichar la salida —dice—. Te traeré el monopatín y la mochila y te acercaré en coche al psiquiátrico.

Eso es lo último que necesito.

Ni Jeb ni su hermana, Jenara, conocen a Alison, sólo la han visto en fotografías. Ni siquiera saben la verdad sobre mis cicatrices ni por qué llevo guantes. Todos mis amigos creen que mi madre y yo tuvimos un accidente de tráfico cuando yo era niña y que el parabrisas me hizo las marcas de las manos y a ella le provocó daños cerebrales. A papá no le gusta esa mentira, pero la realidad es tan estrafalaria que me permite adornarla un poco.

—¿Y tu moto?

Pregunto por preguntar porque no veo la vieja Honda CT70 trucada de Jeb en el aparcamiento.

—Anunciaron lluvia, así que me trajo Jen —contesta—. Tu padre te puede llevar al trabajo, y luego os dejó vuestro coche en casa. Ya sabes que no tengo que desviarme mucho.

La familia de Jeb comparte la otra mitad de nuestra casa pareada. Papá y yo fuimos a presentarnos una mañana de verano en cuanto se mudaron. Jeb, Jenara y yo nos hicimos íntimos antes de que empezara el curso siguiente, tan íntimos que el primer día de clases Jeb le dio una paliza a un tipo en la arcada de la escuela por decirme que era la esclava amante del Sombrero Loco.

Jeb se pone una gafas de sol y se recoloca el nudo de la cinta que se ha puesto en la cabeza. El sol hace que las cicatrices redondas que salpican sus antebrazos brillen.

Me vuelvo hacia los coches del aparcamiento. Gizmo —mi Gremlin de

1975, bautizado en honor a la película que papá llevó a Alison a ver en su primera cita— está a sólo un par de metros. Existe la posibilidad de que Alison esté esperando en el vestíbulo con papá. Si no puedo contar con que Jeb me apoye para ir a Londres, no puedo confiar en él para que conozca a la mayor majareta que ha dado nuestra estirpe.

—Oh-oh —dice Jeb—. Conozco esa mirada. Ni de coña vas a conducir con un esguince. —Extiende la palma—. Ya me las estás dando.

Pongo los ojos en blanco y dejo caer las llaves en su mano.

Se coloca las gafas sobre la cinta que le recoge el pelo.

—Espera un momento y te ayudaré a subir.

Un golpe de aire acondicionado me golpea la cara cuando la puerta del bloque se cierra tras él. Siento un hormigueo en la rodilla. Esta vez no aparto al saltamontes y escucho su susurro alto y claro:

—Estás condenada.

—Sí —le susurro también mientras acaricio sus venosas alas y me rindo a mis alucinaciones—. En cuanto Jeb conozca a Alison todo habrá acabado.

Alambre de espinos y alas negras

El psiquiátrico Todas las Almas está a veinticinco minutos en coche de la ciudad.

El sol de la tarde brilla con fuerza y se refleja en el capó del coche. Una vez se han dejado atrás los edificios, centros comerciales y casas, no hay mucho paisaje que contemplar en Pleasance. Sólo grandes y secas llanuras con algunos matorrales dispersos y árboles desnutridos.

Cada vez que Jeb empieza una conversación respondo murmurando monosílabos y subo el volumen del reproductor de CD recién instalado.

Finalmente llega una canción —una obra acústica y temperamental que Jeb suele escuchar mientras pinta— que hace que conduzca en silenciosa contemplación. La bolsa de hielo que me trajo para que me la pusiera en el tobillo hinchado se ha derretido, así que muevo el pie para dejarla caer.

Lucho contra la somnolencia, pues sé perfectamente lo que me espera si me duermo. No tengo por qué revivir mi pesadilla de Alicia a media tarde.

Cuando era adolescente, Alice, la madre de Alison, pintaba los personajes del País de las Maravillas en todas las paredes de casa e insistía en que eran reales y que le hablaban en sueños. Años después saltó por la ventana del segundo piso del hospital en el que estaba ingresada para probar sus «alas», sólo unas pocas horas después de dar a luz a mi madre. Aterrizó en un rosal y se partió el cuello.

Algunos dicen que se suicidó —depresión postparto y el dolor por haber perdido a su marido en un accidente en la fábrica unos meses antes—. Otros dicen que debería haber estado internada mucho antes de tener una hija.

Tras la muerte de su madre, Alison fue educada por una larga serie de

familias de acogida. Papá cree que esa inestabilidad contribuyó a que desarrollara su enfermedad. Yo sé que hay algo más, algo hereditario, lo sé por las pesadillas y por los bichos y las plantas. Y luego está la presencia que siento en mi interior. La que vibra y se adueña de mí cuando tengo miedo o dudo, empujándome hacia mis límites.

He investigado sobre la esquizofrenia. Dicen que uno de los síntomas es oír voces, no unos golpes como de alas en el cráneo. Pero claro, si contamos los susurros de las flores y los bichos, oigo voces de sobras. Según ese baremo, estoy enferma.

Se me hace un nudo en la garganta y trago para bajarlo.

El CD cambia de canción y me concentro en la melodía, intentando olvidar todo lo demás. El polvo repiquetea sobre la chapa del coche, empujado por las ráfagas de viento, mientras Jeb cambia de marcha. Miro de reojo su perfil. Alguno de sus antepasados debe ser italiano y tiene una piel realmente bonita, morena y tersa, suave al tacto.

Inclina la cabeza hacia mí. Desvío la mirada hacia el retrovisor y contemplo cómo se mece el ambientador del coche. Hoy es el primer día que está colgado.

En eBay hay una tienda que vende ambientadores hechos a medida por diez dólares la pieza. Envías una fotografía, la imprimen en una postal perfumada y luego te mandan por correo postal el resultado. Hace un par de semanas utilicé el dinero que me dieron en mi cumpleaños para comprar dos, uno para mí y otro para papá, que todavía tiene que colgarlo en su furgoneta. Lo tiene metido en su billetera; me pregunto si siempre se quedará allí, oculto, demasiado doloroso como para verlo cada día.

—Ha quedado bien —dice Jeb, refiriéndose al ambientador.

—Sí —murmuro—. Es una foto de Alison, siempre quedan bien.

Jeb asiente, y su silencio es más reconfortante que las palabras bienintencionadas de otros.

Observo la foto. Es una enorme mariposa nocturna de alas negras de uno de los viejos álbumes de Alison. La fotografía es impresionante, el modo en que las alas reposan sobre una flor en la zona que separa el sol de la sombra, como si estuvieran en equilibrio entre dos mundos. Alison podía capturar cosas que pasaban por alto a la mayoría, momentos en los que los elementos opuestos chocan y luego se funden en una unidad sin fisuras. Me pregunto

hasta dónde habría llegado si no hubiera perdido la cabeza.

Doy un golpecito al ambientador y sigo su balanceo.

El bicho de la foto siempre me ha resultado familiar, inquietantemente fascinante y a la vez tranquilizador.

Caigo en la cuenta de que no conozco su historia —de qué especie es, dónde habita—. Si lo averiguara, sabría dónde Alison hizo la foto y de alguna manera podría sentirme más cerca de ella. Pero no puedo preguntarlo. Es muy especial respecto a sus álbumes.

Rebusco detrás del asiento deportivo, saco el iPhone de mi mochila y busco *mariposa brillante*.

Después de unas veinte páginas de tatuajes, logos, anuncios de un somnífero llamado Lunesta y diversos disfraces, aparece en pantalla el boceto de una mariposa. No encaja a la perfección con la fotografía de Alison, pero el cuerpo es azul brillante y las alas de un negro reluciente, así que se parece mucho.

Al hacer clic en la imagen, la pantalla se pone en blanco. Estoy a punto de refrescar el navegador cuando una luz roja intermitente me detiene. La pantalla late como si estuviera viendo un corazón. El aire a mi alrededor vibra en sincronía.

Una página web se carga. Sus coloridos gráficos y su letra blanca destacan sobre el fondo negro. Lo primero que veo es el título: *Criaturas subterráneas - Habitantes del Reino de las Profundidades*.

A continuación aparece una definición: *Una oscura y retorcida raza de seres sobrenaturales nativos de un antiguo mundo escondido en lo más profundo del corazón de la tierra. La mayoría usa su magia para el mal y la venganza, aunque rara vez algunos tienen una tendencia a mostrar bondad y coraje.*

Me deslizo sobre imágenes que son tan violentas y hermosas como las pinturas de Jeb: criaturas luminosas con la piel de los colores del arcoiris, ojos bulbosos y chispeantes y sedosas alas, armadas con cuchillos y espadas; horribles trasgos encadenados que se arrastran a cuatro patas y que tienen colas y pezuñas de cerdo; seres plateados semejantes a hadas atrapados en jaulas que lloran espesas lágrimas negras...

Según el texto, en sus formas auténticas, las criaturas subterráneas tienen

todo tipo de formas y tamaños: pueden ser tan pequeñas como un capullo de rosa o más grandes que un hombre. Algunas pueden incluso emular a los mortales, adoptando el aspecto de humanos para engañar a los que las rodean.

Siento una incómoda opresión en el pecho al leer la siguiente línea del texto: *Mientras siembran el caos en el mundo de los mortales, los seres subterráneos permanecen conectados con los suyos mediante plantas e insectos, que son conductos hacia el País de las Profundidades.*

Se me corta la respiración. Las palabras bailan a mi alrededor formando una mareante danza irracional. Si lo que dice la web fuera cierto y no sólo las fantasías de algún loco de Internet, querría decir que Alison y yo compartimos rasgos con unas escalofriantes criaturas místicas. Pero eso no es posible.

El coche pasa por un bache y la sacudida hace que se me caiga el teléfono. Cuando lo recojo, he perdido la página web y la cobertura.

—¡Mierda!

—No, un bache. —Jeb reduce la marcha y me mira de reojo.

Tras esas gafas se siente estupendo.

Yo le miro fijamente.

—Quizá deberías mantener la mirada en la carretera por si hay más baches, genio.

Pasa de tercera a cuarta, sonriendo.

—¿He interrumpido una partida de solitario particularmente interesante?

—Estaba investigando sobre bichos. Gira a la derecha.

Vuelvo a guardar el teléfono en la mochila. Estoy tan tensa por la visita al Todas las Almas que probablemente lo he leído mal. Pero a pesar de que casi logro convencerme de ello, el nudo que siento en el estómago no afloja.

Jeb toma el desvío y entra en una larga carretera llena de curvas. Nos detenemos junto a un viejo cartel que reza «PSIQUIÁTRICO TODAS LAS ALMAS: OFRECIENDO PAZ Y REPOSO A LAS MENTES CANSADAS DESDE 1942».

Paz, sí claro. Más bien una catatonia inducida por drogas.

Bajo la ventanilla y dejo entrar una cálida brisa. Gizmo tiembla al ralenti mientras esperamos a que se abran las puertas automáticas de hierro forjado.

Abro la guantera y saco un pequeño neceser de cosméticos y las extensiones que Jenara me ayudó a hacer con reluciente hilo azul. Están atadas juntas para conseguir el efecto de rastas.

Seguimos hasta el edificio de ladrillo de cuatro pisos de altura que se ve en la distancia; su color rojo sangre destaca contra el despejado cielo. Con su peculiar arquitectura podría haber pasado por una mansión hecha de pan de Jengibre, pero las tejas blancas parecen más bien dientes que azúcar glasé.

Jeb encuentra una plaza vacía en el aparcamiento junto a la camioneta Ford de mi padre y apaga el motor, que se para con un sonido estrangulado.

—¿Lleva mucho tiempo haciendo ese ruido el coche? —Deja las gafas sobre el salpicadero y se concentra en el panel tras el volante, comprobando los diales y los números.

Yo me pongo la trenza sobre el hombro y la deshago tirando de la cinta.

—Una semana, más o menos. —El cabello cuelga sobre mi pecho en ondas de platino igual que el de Alison; no me lo tiño ni me lo corto a petición de papá porque le recuerda el de ella. Así que tengo que encontrar otras formas creativas de marcar estilo.

Me doblo por la cintura hasta que el cabello cae en cascada sobre las rodillas. Una vez las rastas están bien aseguradas, levanto la cabeza y descubro que Jeb me está mirando.

Aparta la vista de golpe y la fija en el salpicadero.

—Si no hubieras estado evitando mis llamadas ya habría echado un vistazo al motor. No deberías conducir este coche hasta que esté arreglado.

—Gizmo está perfectamente. Sólo tiene un poco de carraspera. Quizá necesita hacer gárgaras con agua de mar.

—No bromeo. ¿Qué vas a hacer si te deja tirada en mitad de ninguna parte?

Jugueteo con un mechón de cabello.

—No sé... ¿Enseñar escote a los camioneros que pasen por allí?

Jeb aprieta la mandíbula.

—No tiene gracia.

Ahogo una risita.

—Venga, hombre. Es broma. Bastaría con que enseñara un poco de pierna.

Sus labios se curvan en un amago de sonrisa que desaparece en un abrir y cerrar de ojos.

—Y eso lo dice la chica que ni siquiera ha besado a nadie aún.

Siempre ha bromeado conmigo diciéndome que soy una mezcla entre el *glamour* del monopatín y la novia de América. Parece que ahora he sido degradada a simple mojigata.

Gruño. No tiene ningún sentido negarlo.

—Está bien. Llamaría a alguien desde el móvil y esperaría tranquilamente dentro del coche, con las puertas cerradas y el espray antivioladores en la mano hasta que vinieran a rescatarme. ¿Me he ganado una galleta?

Da un golpecito con el dedo sobre el salpicadero.

—Vendré más tarde a mirarlo. Podríamos pasar un rato en el garaje, como solíamos hacer.

Abro el neceser de cosméticos y saco la sombra de ojos.

—Sí, me gustaría.

Sonríe ampliamente —con hoyuelos y todo—, recordándome al antiguo Jeb, juguetón y bromista. Se me acelera el pulso al mirarlo.

—Fantástico —dice—. ¿Qué te parece si me paso esta noche?

Resoplo.

—Perfecto. A Taelor se la llevarán los demonios si te marchas pronto del baile de graduación para arreglarme el coche.

Deja caer la frente sobre el volante.

—Ugh. Me olvidé completamente del baile. Todavía tengo que recoger mi esmoquin. —Echa un vistazo al reloj del salpicadero—. Jen dijo que un chico te pidió que fueras con él y no quisiste. ¿Por qué no?

Me encojo de hombros.

—Un defecto de mi carácter. Lo llamo dignidad.

Resopla y coge una botella de agua con sabor frambuesa que está encajada entre el freno de mano y el compartimento entre los asientos y se

bebe lo que queda.

Abro mi estuche de maquillaje y me pongo un poco de sombra de ojos *kohl* sobre la que ya está puesta, y luego alargo el rabillo como si fuera un ojo de gato. En cuanto termino con una pasada por las pestañas inferiores, mis iris azul claro destacan contra el negro como una camiseta fluorescente bajo los rayos ultravioleta de la pista de monopatín de La Caverna.

Jeb se recuesta en el asiento.

—Bien hecho. Has conseguido destruir cualquier parecido con tu madre.

Me quedo helada.

—No es eso...

—Venga, Ali, que soy yo.

Estira una mano para golpear el ambientador. La mariposa nocturna gira sobre sí misma, lo que me recuerda la página web. El estrangulamiento en mi esternón aumenta.

Guardo la sombra de ojos en la bolsa, saco un pintalabios y me pongo un poco antes de devolver el estuche a la guantera.

Jeb pone la mano junto a mi codo en el compartimento entre los asientos y siento el calor de sus dedos.

—Crees que si te pareces a ella acabarás como ella y también te encerrarán aquí. Y eso te asusta.

Me quedo muda. Siempre me ha leído como un libro abierto, pero esto... es como si se hubiera metido en mi cabeza.

Dios, no.

Se me seca la garganta y fijo la mirada en la botella de agua vacía que hay entre nosotros.

—No es fácil vivir a la sombra de nadie —su rostro se oscurece.

Él lo sabe bien. Tiene cicatrices que lo demuestran y que van mucho más allá que las quemaduras de cigarrillo en su torso y sus brazos. Todavía recuerdo lo que sucedió cuando se mudaron: los gritos que helaban la sangre a las dos de la mañana cuando intentaba proteger a su hermana y a su madre de su padre borracho. Lo mejor que le pasó a la familia de Jeb fue que el señor Holt estrellara su camioneta contra un árbol una noche hace tres años. Tenía

un 3 de alcohol en la sangre.

Por fortuna, Jeb ni siquiera se acerca a la bebida. Sus momentos más sombríos no se mezclan bien con el alcohol. Lo descubrió hace unos años, cuando casi mató a un tipo en una pelea. El juez envió a Jeb a un centro de menores durante un año, motivo por el cual se graduó a los diecinueve. Perdió doce meses de su vida, pero ganó un futuro, porque en el centro, un psicólogo le ayudó a frenar su amargura a través de su arte y le enseñó que tener una vida estructurada y equilibrada era la mejor forma de contener su ira.

—Tan sólo recuerda —dice entrelazando sus dedos con los míos— que lo tuyo no es hereditario. Tu madre tuvo un accidente de tráfico.

Nuestras palmas se tocan y mi guante de punto es lo único que nos separa. Aprieto mi antebrazo contra el suyo para alinear los bordes de sus cicatrices con mi piel.

Te equivocas, quiero decirle. Soy exactamente como tú. Pero no puedo. El hecho es que los alcohólicos tienen programas, pasos que deben seguir para encajar en la sociedad y poder funcionar. Las chifladas como Alison lo único que tienen son celdas acolchadas y utensilios romos. Eso es lo normal para ellas.

Para *nosotras*.

Bajo y la vista y noto que la sangre ha empapado el vendaje de mi rodilla y se ha secado. Paso una mano sobre la venda, preocupada por lo que pueda hacer Alison. Se pone histérica si ve sangre.

—Ten.

Sin que tenga que pronunciar una sola palabra, Jeb se desata la cinta de su cabeza. Inclínándose, ata la tela alrededor de mi rodilla para ocultar el vendaje manchado. Cuando ha terminado, en lugar de regresar a su lado del coche, apoya un codo sobre el compartimento de separación y peina con un dedo uno de mis mechones azules. Sea por las vibraciones de nuestros asuntos sin resolver o por lo íntimo de nuestra conversación, su expresión se vuelve seria.

—Estas rastas son la bomba —su voz es suave y sedosa, y hace que me dé un vuelco el corazón—. ¿Sabes qué? Creo que deberías ir al baile de graduación. Deberías presentarte tal y como estás ahora y hacer que todo el mundo se caiga de culo. Te garantizo que conservarías tu dignidad.

Estudia mi rostro con una expresión que sólo le he visto cuando pinta. Intenso. Absorto. Como si estuviera considerando el cuadro desde todos los ángulos. Considerándome a mí desde todos los ángulos.

Está tan cerca que huelo la frambuesa en su cálido aliento.

Me mira el hoyuelo del mentón y se me encienden las mejillas.

En la parte de atrás de mi cabeza crece esa sensación sombría, no tanto una voz sino una presencia, como un aleteo que me remueve por dentro... y me urge a tocar el *piercing* bajo su labio inferior. Instintivamente, alargó la mano. Ni siquiera parpadea mientras recorro el perfil de la púa plateada.

El metal está caliente, y su incipiente barba me hace cosquillas en los lados de la yema del dedo. Me acomete de golpe lo íntimo del gesto, y hago ademán de retirar la mano.

Él la agarra y mantiene mi dedo contra sus labios. Sus ojos se oscurecen, sus gruesas pestañas se estrechan.

—Ali —susurra.

—¡Mariposa! —el grito de papá llega a través de la ventana abierta. Me sobresalto, y Jeb vuelve al asiento del conductor como si fuera un bumerán. Papá pasea por el immaculado jardín hacia el coche, vestido con el uniforme del trabajo: pantalones caquis y un polo azul marino que lleva grabado DEPORTES TOM con hilo de plata.

Calmo mi desbocado pulso respirando profundamente varias veces.

Papá se inclina y mira por mi ventanilla:

—Hola Jebediah.

Jeb se aclara la garganta.

—Qué tal, señor Gardner.

—Hum. Quizá deberías empezar ya a llamarme Thomas —papá sonrío, con el brazo apoyado en la ventanilla—. Después de todo, desde anoche eres un graduado.

Jeb sonrío, orgulloso e infantil. Suele ponerse así con mi padre. El señor Holt solía decirle que nunca llegaría a nada y lo presionaba para que dejara los estudios y trabajase a jornada completa en el taller mecánico, pero mi padre siempre animó a Jeb a que siguiera estudiando. Si no estuviera todavía molesta por cómo se aliaron contra mí en lo del viaje a Londres, hasta podría

alegrarme de este momento de camaradería entre ellos.

—Así que mi niña te ha reclutado para que le hagas de chófer —comenta papá, lanzándome una mirada burlona.

—Sí. Hasta se ha torcido un tobillo para salirse con la suya —repone Jeb, tomándome también el pelo. No sé cómo su voz puede sonar tan tranquila, mientras yo siento como si se hubiera desencadenado un huracán bajo mi esternón. ¿Es que lo que acaba de pasar entre nosotros hace dos segundos no lo ha alterado ni siquiera un poco?

Se gira hacia el asiento de atrás y levanta un poco las muletas de madera que me han prestado en la enfermería de La Caverna.

—¿Cómo te lo has hecho?

Papá abre la puerta de mi lado, con cara de preocupación.

Yo saco las piernas lentamente, apretando los dientes para resistir mejor el pulsátil dolor que aparece ahora que la sangre se acumula en el tobillo.

—Lo de siempre. El monopatín es cuestión de prueba y error, ¿sabes? —miro a Jeb, que se ha movido al asiento del pasajero, y le prohíbo mentalmente que le diga nada a papá sobre la rodillera gastada.

Jeb sacude la cabeza y por un instante creo que otra vez va a volverse contra mí. Pero lo que sucede es que nuestras miradas se encuentran y siento que me agito por dentro. ¿Qué me hizo tocarlo de esa forma? Las cosas ya son lo bastante raras entre nosotros sin necesidad de complicarlas.

Papá me ayuda a levantarme y se acucilla para echar un vistazo a mi tobillo.

—Interesante. Tu madre estaba convencida de que te había sucedido algo. Me ha dicho que te habías hecho daño. —Se incorpora. Es un par de centímetros más bajo que Jeb—. Supongo que sencillamente se teme lo peor siempre que llegas tarde. Deberías haber llamado.

Me sostiene por el codo mientras me coloco las muletas bajo los brazos.

—Lo siento.

—No te preocupes. Vamos dentro antes de que haga algo... —Papá se detiene al ver mi suplicante mirada—. Ah, antes de que nuestro helado se convierta en una sopa de pastel de queso.

Echamos a andar hacia la acera ribeteada de peonías. Hay bichos

revoloteando sobre las flores y el ruido de fondo aumenta a mi alrededor, haciéndome pensar que ojalá llevara los auriculares y mi iPod.

Papá vuelve la cabeza cuando estamos a medio camino de la puerta.

—¿Podrías aparcar el coche en el garaje, por si llueve?

—Desde luego —responde Jeb desde atrás—. Eh, patinadora...

Me detengo detrás de papá y giro sobre mi pie bueno, apretando con fuerza las empuñaduras acolchadas de las muletas mientras estudio la expresión de Jeb en la distancia. Parece tan confundido como yo.

—¿Cuándo trabajas mañana? —pregunta.

Me quedo quieta como un maniquí sin cerebro.

—Hum... Jen y yo estamos en el turno de mediodía.

—Vale. Que te lleve ella. Aprovecharé para acercarme entonces a echar un vistazo al motor de Gizmo.

Mi gozo en un pozo. Nada de pasar el rato en el garaje como en los viejos tiempos. Parece que ahora ha decidido evitarme.

—Sí. Perfecto.

Me trago mi decepción, me doy la vuelta y sigo los pasos de papá hacia la puerta.

Cuando llego a su lado, me mira y me pregunta:

—¿Todo bien entre vosotros dos? Siempre os ha gustado mucho estar juntos en el garaje.

Me encojo de hombros cuando abre la puerta.

—Quizá nos estemos distanciando.

Decirlo duele más de lo que nunca admitiré en voz alta.

—Siempre habéis sido buenos amigos —dice papá—. Deberías intentar arreglarlo.

—Un amigo de verdad no intenta arruinarte la vida. Para eso ya están los padres.

Levanto las cejas para que quede claro que hablo en serio y me sumerjo cojeando en el frío del aire acondicionado del edificio. Él entra detrás de mí, en silencio.

Me estremezco. Los pasillos siempre me han hecho sentir incómoda por lo largos que son y por las luces que los iluminan, que parpadean al encenderse. Mis pasos resuenan sobre las baldosas blancas y en mi visión periférica detecto enfermeras vestidas con uniformes color menta, que las hacen parecer más bien *strippers* de las que salen de un pastel que profesionales de la sanidad.

Espero a que papá termine de hablar con la enfermera que está en recepción contando las espinas pintadas en mi camiseta.

Una mosca se posa en mi brazo y la espanto de un gesto. Empieza a orbitar alrededor de mi cabeza con un zumbido ruidoso que casi suena como «*Él está aquí*», para luego marcharse volando por el pasillo.

Papá se me queda mirando mientras yo observo a la mosca alejarse.

—¿Seguro que estás bien?

Asiento, sacudiéndome los efectos de la alucinación.

—Es que no sé lo que nos podemos encontrar hoy.

Es una mentira sólo a medias. A Alison las plantas y los insectos la distraen demasiado como para que pueda salir a menudo, pero últimamente ha estado suplicando un poco de aire fresco y papá convenció a su médico para intentarlo. ¿Quién sabe qué puede pasar?

—Ya. Espero que esto no la altere demasiado... —su voz se apaga y sus hombros se hunden como si toda la tristeza de los últimos once años cayera sobre ellos—. Me gustaría que pudieras recordar cómo era antes. —Me pone la mano en la nuca mientras caminamos hacia el patio interior—. Era tan equilibrada. Tan sensata. *Se parecía tanto a ti*.

La última frase la ha susurrado, quizá con la esperanza de que no lo oyera.

Pero lo he oído, y el alambre de espino aprieta todavía más mi corazón, que ya sólo emite un latido estrangulado y roto.

3

La araña y la mosca

Aparte de Alison, su enfermera y un par de jardineros, el patio está desierto. Alison está sentada frente a una de las mesas negras de hierro forjado del pequeño bar. El suelo de cemento imita a los adoquines. En un sitio como éste, incluso la decoración se escoge con cuidado. No hay nada de cristal, y lo más parecido es una esfera metálica reflectante bien asegurada a la base de su pedestal.

Como a algunos pacientes les da por coger sillas o mesas y lanzarlas, las patas de los muebles están fijadas al cemento. Un parasol de topos negros y rojos brota del centro de la mesa como si fuera una seta gigante y ensombrece la mitad de la cara de Alison. Las tazas y platos de plata brillan con la luz del sol. Hay tres cubiertos: uno para mí, uno para mi padre y otro para ella.

Trajimos el juego de té de casa hace unos años cuando ella ingresó. Es una licencia que el psiquiátrico nos permite para mantenerla viva. Alison no quiere comer nada —sea un filete ruso o un pastel de fruta— a no ser que esté dentro de una taza de té.

Nuestro medio kilo de helado de chocolate y tarta de queso reposa sobre un mantel, listo para servirse. Las gotas formadas por la condensación se deslizan por el recipiente de cartón.

La trenza color platino de Alison cae por detrás del respaldo de su silla hasta tocar prácticamente el suelo. Lleva el flequillo recogido con una diadema negra. Viste un traje azul con un delantal, para mantener su ropa limpia, y con ese conjunto se parece más a Alicia en la merienda del Sombrero Loco que la mayoría de ilustraciones que he visto.

Y esa imagen basta para que me den náuseas.

Al principio pienso que está hablando con la enfermera hasta que ésta se levanta para saludarnos mientras alisa las arrugas de su bata de color menta. Alison no se da cuenta, está demasiado concentrada en el jarrón metálico con claveles que hay frente a ella.

Mi angustia aumenta cuando oigo hablar a los claveles por encima del zumbido de ruido blanco. Se quejan de lo doloroso que es que les corten el tallo, de la calidad del agua en la que están sumergidos y piden que los devuelvan al suelo para que puedan morir en paz.

Eso es lo que yo oigo y no puedo evitar preguntarme qué será lo que Alison oye en su retorcida mente. El médico no puede dar detalles y yo nunca lo he mencionado porque eso implicaría admitir que he heredado su enfermedad.

Mi padre espera a la enfermera, pero su mirada, cargada de anhelo y decepción, se mantiene fija en Alison.

Una ligera presión en el brazo derecho desvía mi atención hacia la cara excesivamente bronceada de la enfermera Mary Jenkins. Despide un aroma que huele a una mezcla entre tostada quemada y polvos de talco. Su cabello castaño está recogido en un moño y su sonrisa de color blanco nuclear casi me quema la vista.

—Hola, holita —canturrea. Como es habitual, su nivel de empalago alcanza niveles estratosféricos, como el de Mary Poppins. Observa mis muletas—. ¡Argh! ¿Te has hecho daño, cariñito?

No. Me han brotado extremidades de madera.

—Ha sido con el monopatín —respondo, dispuesta a comportarme lo mejor posible por el bien de mi padre, a pesar de que las flores parlanchinas de la mesa me están irritando.

—¿Todavía patinas? Qué afición tan interesante. —Su mirada compasiva insinúa un «*para una chica*» mejor de lo que podrían hacerlo las palabras. Observa mis rastas azules y el denso maquillaje de mis ojos con aprensión—. Debes tener presente que una desgracia como ésta podría alterar a tu madre.

No estoy segura de si se está refiriendo a mis lesiones o a mi sentido de la moda.

La enfermera mira hacia Alison, que todavía está susurrando a las flores, ajena a nuestra presencia.

—Hoy está un poco alterada. Debería darle algo. —La enfermera Poppins extrae una jeringuilla del arsenal que lleva en el bolsillo. Una de las muchas razones por las que la desprecio: parece que le gusta pinchar a sus pacientes.

A lo largo de los años, los médicos han descubierto que los sedantes son lo mejor para controlar los ataques de Alison, pero la convierten en un zombi baboso ajeno a todo lo que hay a su alrededor. Preferiría verla despierta y conversando con una cucaracha que de ese modo.

Miro a mi padre con el ceño fruncido, pero ni siquiera se da cuenta porque está demasiado ocupado horrorizándose por sí mismo.

—No —dice. El tono profundo y autoritario de su voz hace que las cejas pintadas de la enfermera se eleven con sorpresa—. Enviaré a Alyssa a buscarte si la cosa se pone difícil. Y tenemos a los jardineros en caso de que necesitemos que nos echen una mano. —Hace un gesto hacia los dos hombres corpulentos que están podando las ramas de un seto. Podrían ser gemelos a juzgar por sus dos enormes bigotes y sus cuerpos, en forma de morsa, embutidos en monos de color marrón.

—Entendido. Estaré en mi mesa por si me necesitáis. —Con otra evidente sonrisa falsa, se adentra en el edificio y nos deja solos a los tres. O a los ocho si contamos a los claveles. Al menos han dejado de hablar. Cuando la sombra de mi padre se refleja en el jarrón, Alison alza la vista. Al ver mis muletas, salta de su asiento y el juego de té se tambalea.

—¡Tenía razón!

—¿Quién tenía razón, cielo? —pregunta mi padre mientras le peina los mechones sueltos que enmarcan sus sienes. A pesar de todos los años de sufrimiento, todavía no puede resistirse a tocarla.

—El saltamontes... —Los ojos azules de Alison brillan con una mezcla de ansiedad y entusiasmo cuando señala a una densa telaraña en una de las varillas de la sombrilla. Una araña de jardín del tamaño de un dólar de plata corretea por ella para asegurar un capullo de color blanco contra las ráfagas de viento, su cena, sin duda—. Antes de que la araña lo envolviera, el saltamontes gritó algo. —Las manos de Alison se entrelazan en su regazo—. El saltamontes dijo que te habías hecho daño, Alyssa. Te vio fuera de la pista de monopatín.

Observo el bulto momificado de la telaraña. Era el insecto que se subía sin cesar a mi pierna en La Caverna. ¿Es que ha llegado hasta aquí haciendo

autostop?

El estómago se me vuelve del revés. No puede ser. Es imposible que sea el mismo insecto. Alison debe habernos oído hablar con la enfermera sobre mi caída. A veces pienso que finge estar ida, porque es más fácil que afrontar lo que le ha pasado, lo que le ha hecho a su familia.

Se aprieta las manos con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Desde el día en que me hizo daño evita el contacto físico entre nosotras. Piensa que podría romperme. Es una de las razones por las que llevo guantes, para que no vea las cicatrices y se acuerde de lo que pasó.

Mi padre le separa las manos y enlaza sus dedos con los de ella. La atención de Alison se centra en él y la intensidad caótica del momento se desvanece.

—Hola Tommy-luz —dice ella con voz suave y tranquila.

—Hola, Ali-luz.

—Has traído helado. ¿Es una cita?

—Sí. —Le besa los nudillos mostrando su mejor sonrisa al estilo Elvis—. Y Alyssa ha venido a celebrarlo con nosotros.

—Perfecto. —Le devuelve la sonrisa con ojos traviosos. No hay duda de que papá está irremediablemente enamorado de ella. Es tan guapa que podría ser un hada.

Mi padre la ayuda a sentarse de nuevo. Coloca una servilleta de tela en su regazo y después sirve un poco de helado deshecho en una taza de té. La sitúa en su plato y se lo tiende junto a una cuchara de plástico.

—*Il tuo gelato, bella signora* —dice.

—¡*Grazie* albóndiga! —le suelta en un raro momento de frivolidad.

Mi padre sonríe y ella emite una risita, un sonido tintineante que me recuerda a la campana de viento plateada que teníamos sobre la puerta trasera de casa. Por primera vez en mucho tiempo parece que vuelve a ser la que era. Empiezo a pensar que ésta va a ser una de nuestras buenas visitas. Con todo lo que está pasando últimamente en mi vida, sería agradable disfrutar de un momento de estabilidad.

Me siento y le tiendo las muletas a mi padre, que las coloca en el suelo y después me ayuda a apoyar el tobillo en una silla vacía entre Alison y yo. Me

da una palmadita en el hombro y toma asiento en el lado contrario.

Durante unos minutos nos reímos y tomamos la sopa de tarta de queso de nuestras tazas. Hablamos sobre cosas normales: el fin del curso, el baile de esta noche, la graduación de ayer y Deportes Tom, la tienda de papá. Es como si tuviera una familia normal.

Pero entonces mi padre lo estropea todo. Saca su cartera para enseñarle a Alison unas fotos de tres de mis mosaicos que fueron premiados en la feria del condado. Las imágenes están encajadas en los compartimentos de plástico junto con diversas tarjetas de crédito y facturas.

El primero se llama *Luz de luna asesina*, está hecho en tonos azules: mariposas azules, flores azules y trocitos de cristal azul. El siguiente es *Último aliento de otoño*, un torbellino de colores otoñales compuesto de mariposas de alas marrones y pétalos de flores de color naranja, amarillo y rojo. *Latido de invierno*, del que estoy más orgullosa, es un caótico revoltijo de hojas de paniculata, también conocida como velo de novia, y abalorios de cristal plateados dispuestos en forma de árbol. Unas bayas secas se esparcen al final de cada rama, como si el árbol estuviera sangrando. El fondo está formado por grillos de color negro azabache. Aunque suena muy macabro, la mezcla de lo extraño y lo natural crea belleza. Alison se remueve en su silla como si algo la hubiera perturbado.

—¿Y qué tal la música? ¿Aún practica con el chelo?

Mi padre me mira con los ojos entornados. Alison no se ha implicado mucho en mi educación. Sin embargo, siempre ha insistido en que participe en una orquesta, quizá porque ella también solía tocar el chelo. Lo he dejado este año, porque sólo tenía tiempo para una optativa. No lo hemos mencionado porque parece que para ella es muy importante que continúe.

—Podemos hablarlo más tarde —dice mi padre apretando la mano de ella—. Quería que vieses lo cuidadosa que es con los detalles. Como tú con tus fotografías.

—Las fotografías cuentan una historia —murmura Alison—. Pero la gente se olvida de leer entre líneas. —Se libera del contacto de mi padre y se hace un silencio sepulcral.

Mi padre está a punto de cerrar la cartera con la mirada cargada de tristeza cuando Alison ve el ambientador que lleva la imagen de la mariposa nocturna... el que todavía no ha colgado en su camioneta.

Las manos le tiemblan mientras lo saca de la cartera.

—¿Por qué llevas esto contigo?

—Mamá... —Mi lengua se esfuerza por pronunciar la palabra, forzada y artificial, como si estuviera intentando hacer un nudo con el tallo de una cereza—. Lo hice para él. Es una forma de tener una parte de ti con nosotros.

Con la mandíbula apretada se gira hacia mi padre.

—Te dije que mantuvieras ese álbum escondido, ¿no? Ella no debía verlo nunca. Ahora sólo es cuestión de tiempo...

¿Qué es sólo cuestión de tiempo? ¿Que acabe aquí donde está ella? ¿Es que acaso cree que las fotos la volvieron loca?

Alison frunce el ceño y tira el ambientador sobre la mesa. Empieza a chasquear la lengua con un ritmo constante. El sonido vibra en mi interior como si alguien estuviera rasgando mis intestinos con una púa de guitarra. Sus ataques más violentos comienzan siempre con ese ruido.

Mi padre intenta recuperar el ambientador con cuidado.

Una mosca se posa en mi cuello y me provoca un cosquilleo. Cuando la espanto, aterriza junto a los dedos de Alison. Se frota las patas delanteras.

—*Él está aquí. Él está aquí.*

Oigo sus susurros por encima del murmullo del aire y del resto del ruido blanco, los chasquidos de mamá y la contenida respiración de mi padre.

Alison se inclina hacia el insecto.

—No, él no puede estar aquí.

—¿Quién no puede estar aquí, Ali-luz? —pregunta mi padre.

La observo preguntándome si es posible. ¿La gente chiflada comparte delirios? Porque es la única explicación que se me ocurre para que Alison y yo estemos oyendo lo mismo.

A no ser que la mosca haya hablado de verdad.

—*Se desplaza con el viento* —susurra de nuevo y después se aleja zumbando hacia el patio.

La mirada frenética de Alison me captura.

Yo me tensó, aturdida.

—Cielo, ¿qué ocurre? —Mi padre se acerca a ella y posa una mano en su hombro.

—¿Qué significa «Se desplaza con el viento»? ¿Quién? —Le pregunto. Ya no me importa revelar mi secreto.

Ella me observa con intensidad, en silencio.

Mi padre nos mira a ambas y palidece a cada segundo que pasa.

—¿Papá? —Me inclino sobre la pierna que tengo en alto y estiro del calcetín—. ¿Podrías traerme algo de hielo para el pie? Me está palpitando.

Él frunce el ceño.

—¿No puede esperar un momento, Alyssa?

—Por favor. Me duele.

—Sí. Está herida. —Alison se acerca y me acaricia el tobillo. El gesto me asombra. Es tan normal y natural que me hiela la sangre. Me está tocando *por primera vez en once años*.

El gran acontecimiento desconcierta tanto a mi padre que se aleja sin pronunciar una sola palabra. Por el tic en su ojo izquierdo puedo deducir que traerá a la señora Poppy Fresco con él.

Alison y yo no tenemos mucho tiempo.

En cuanto mi padre desaparece tras la puerta, bajo la pierna de la silla de un tirón y una punzada en el tobillo me provoca una mueca de dolor.

—La mosca. ¿Ambas hemos escuchado lo mismo, verdad?

Las mejillas de Alison palidecen.

—¿Cuánto hace que escuchas las voces?

—¿Qué importa?

—Importa mucho. Podría haberte contado cosas... trucos para evitar que tomes la decisión equivocada.

—Cuéntamelas ahora.

Ella niega con la cabeza.

Quizá no está del todo convencida de que puedo oír las mismas voces que ella.

—Los claveles. Deberíamos cumplir su último deseo. —Cojo una cuchara de plástico y, con las flores en la mano, me desplazo con una muleta hasta el borde de cemento del patio donde comienza el jardín. La tierra huele a humedad. Hace poco que han apagado los aspersores. Alison me sigue de cerca.

Ya no veo a los jardineros morsa. A lo lejos compruebo que la puerta del cobertizo está abierta. Deben estar dentro. Bien. Nadie va a interrumpirnos.

Alison coge los claveles y la cuchara y se deja caer sobre las rodillas. Usa el cubierto para cavar en la tierra mojada. Cuando el plástico se parte, continúa escarbando con las manos hasta que consigue formar una pequeña tumba.

Introduce las flores dentro y las entierra. La expresión de su cara parece la de un cielo gris cubierto de nubes incapaces de decidir si provocar una tormenta o disiparse. Me tiemblan las piernas. Durante tantos años, las mujeres de mi familia hemos sido tachadas de locas, pero no lo estamos. Somos capaces de oír cosas que la gente no puede. Es el único razonamiento por el que ambas hemos escuchado decir lo mismo a la mosca y a los claveles. El truco está en no responder a los insectos ni a las flores mientras haya gente normal delante, porque nos hace parecer chifladas.

No estamos locas. Debería sentirme aliviada.

Pero algo más debe estar ocurriendo, algo inverosímil.

Si las voces son reales, sigue sin tener sentido que Alison insista en vestirse como Alicia. Por qué chasquea la lengua. Por qué se enfurece sin razón. Esas cosas son las que hacen que parezca una loca. Hay tantas preguntas que quiero hacer... pero las descarto, porque tengo otra duda más importante.

—¿Por qué nuestra familia? —pregunto—. ¿Por qué nos está pasando esto?

La cara de Alison se entristece.

—Es una maldición.

¿Una maldición? ¿Acaso era posible? Pienso en la extraña página web que encontré mientras buscaba información sobre la mariposa nocturna. ¿Nos han maldecido con poderes mágicos como los de esas criaturas de las profundidades sobre las que leí? ¿Es ésa la razón por la que mi abuela Alice

saltó por la ventana? ¿Estaba intentando probar esa teoría?

—Vale —digo y hago un esfuerzo por creer lo imposible. ¿Quién soy yo para discutir? He estado charlando con dientes de león y escarabajos durante los últimos seis años. La magia debe ser mejor que la esquizofrenia—. Si es una maldición, tiene que haber una forma de romperla.

—Sí. —La respuesta de Alison es un graznido de lamento.

El viento se levanta y su trenza ondea a su alrededor como un látigo.

—¿Y cuál es? —pregunto—. ¿Por qué no lo hemos intentado ya?

Alison tiene la mirada vidriosa. Se ha retraído a algún lugar en su interior, un lugar donde se esconde cuando está asustada.

—¡Alison! —Me inclino hacia ella para sujetarla por los hombros.

Vuelve a la realidad.

—Porque tendríamos que bajar a la madriguera del conejo.

Ni siquiera pregunto si la madriguera es real.

—Entonces la encontraremos. ¿Podría ayudarnos alguien de tu familia?

Lo dudo. Ningún miembro de la familia británica Liddell sabe siquiera que existimos. Uno de los hijos de Alicia tuvo una aventura secreta con una mujer antes de irse a la Primera Guerra Mundial donde murió en el campo de batalla. La mujer se quedó embarazada y vino a América a criar a su querido hijo. El chico creció y tuvo una hija, mi abuela, Alice. Nunca hemos tenido contacto con ninguno... jamás.

—No. —La voz de Alison suena irritada—. Mantenlos alejados de esto, Alyssa. No saben más que nosotras, o ya no estaríamos en este lío.

La determinación de su expresión silencia cualquier pregunta que pueda suscitar su enigmática afirmación.

—Vale. Sabemos que la madriguera del conejo está en Inglaterra, ¿no? ¿Tienes un mapa? ¿Algún tipo de indicación por escrito? ¿Dónde lo miro?

—No.

Me sobresalto cuando me baja el calcetín para dejar al descubierto la marca de nacimiento que tengo encima del tobillo torcido. Ella tiene una idéntica en la parte interior de la muñeca. Tiene la forma de un intrincado laberinto de líneas angulosas como los que pueden encontrarse en los libros

de puzzles.

—Hay información sobre la historia que nadie sabe —dice—. Los tesoros te la mostrarán.

—¿Tesoros?

Ella presiona su marca contra la mía y siento una cálida sensación entre los dos puntos de contacto.

—Lee entre líneas —susurra. Lo mismo que dijo antes sobre sus fotografías—. No puedes perder la cabeza, Alyssa. Prométeme que dejarás pasar esto.

Me arden los ojos.

—Pero quiero que vuelvas a casa...

Alison suelta mi tobillo con brusquedad.

—¡No! No he hecho todo esto para nada. —Su voz se quiebra y de pronto parece insignificante y frágil a mis pies.

Me muero por preguntarle a qué se refiere, pero por encima de eso, quiero abrazarla. Flexiono las rodillas e ignoro la herida que hay bajo el pañuelo de Jeb mientras me agacho. Es maravilloso sentir cómo sus brazos me rodean, oler su champú cuando entierro la nariz en su cuello.

Pero no dura mucho. Se pone rígida y me aparta. Su rechazo me hace sentir una punzada familiar que me recorre el pecho. Entonces lo recuerdo: mi padre y la enfermera volverán en cualquier momento.

—La mariposa nocturna —digo—. ¿Forma parte de todo esto, verdad? Encontré una página Web. La imagen de la mariposa negra y azul me llevó hasta ella.

Sobre nuestras cabezas, las nubes convierten la luz del sol en una neblina grisácea y el cambio se refleja en la piel de Alison. El terror afila su mirada.

—Ya lo has hecho. —Alza las manos temblorosas—. Ahora que lo has buscado, no faltará a su palabra. Técnicamente no. Eres un blanco fácil.

Enlazo mis dedos con los suyos para intentar que vuelva a la realidad.

—Me estás asustando. ¿De quién estás hablando?

—Vendrá a por a ti. Entrará a través de tus sueños. O del espejo... ¡mantente alejada de él, Alyssa! ¿Lo entiendes?

—¿Espejos? —pregunto, incrédula—. ¿Quieres que me aleje de ellos?

Ella se pone en pie y lucho por mantener el equilibrio con la muleta.

—Los cristales rotos cortan más allá de la piel. Acabarán con tu identidad.

Como si fuese una señal, el pañuelo de Jeb se desprende de mi rodilla y deja al descubierto el vendaje manchado de sangre. Un pequeño grito se escapa de su boca. No hay ningún chasquido que me advierta antes de que me ataque. Mi espalda choca contra el suelo. El aire sale de mis pulmones y el dolor se propaga entre mis omóplatos. Alison se sienta a horcajadas sobre mí y me quita los guantes mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas.

—Él me obligó a hacerte daño —dice entre sollozos—. ¡No permitiré que vuelva a pasar!

No es la primera vez que la oigo decir eso y, en un instante, retrocedo a ese momento y a ese lugar. Una niña de cinco años —inocente, ignorante— observaba una tormenta de primavera a través del cristal de la puerta. El aroma de la lluvia y la tierra mojada me invadía y me hacía la boca agua. Justo a la altura de mi nariz, una mariposa nocturna se posó en el cristal. Tenía el tamaño de un cuervo, su cuerpo brillaba y sus alas parecían de satén negro. Chillé y el insecto emprendió el vuelo y revoloteó, me incitó, me pidió que jugara con él.

Un relámpago apareció y el cielo se iluminó. Mamá siempre me decía que no era seguro salir cuando había tormenta... pero la mariposa aleteaba tentadora, preciosa, y me prometía que no pasaría nada. Apilé unos cuantos libros para alcanzar la cerradura y salí fuera para bailar con el insecto entre las flores mientras la tierra se escurría entre los dedos de mis pies. El grito de mi madre me hizo alzar la vista. Corrió hacia nosotras con un juego de tijeras de podar.

—¡Te voy a cortar la cabeza! —chillaba mientras sesgaba de un tijeretazo cada flor en la que se posaba la mariposa y separaba los pétalos de los tallos.

Yo la seguí, hipnotizada por su energía, mientras la lluvia nos calaba y los relámpagos encendían el cielo. Pensaba que estaba bailando y agité los brazos en el aire tras ella. Entonces tropecé. Unos pétalos blancos sangraban en el suelo. Mi padre salió corriendo de la casa. Le dije que necesitábamos tiritas para los narcisos. Se sobresaltó al verme. Era demasiado pequeña para entender que las flores no sangran.

De alguna forma me había interpuesto en su trayectoria y las tijeras me

habían cortado la piel desde las palmas hasta las muñecas. El médico dijo que no sentí dolor porque estaba en estado de shock. Ésa fue la última vez que Alison vivió en casa y la última vez que la llamé mamá.

El estallido de un trueno me devuelve al presente. Mi corazón retumba contra mi esternón. Me había olvidado de la mariposa nocturna. Ese insecto era mi mascota secreta cuando era niña y fue el causante de mis cicatrices. Ahora entiendo por qué la fotografía me resultaba familiar. Ahora entiendo por qué Alison se volvió loca al verla de nuevo.

Alison solloza y me sujeta las palmas desnudas.

—¡Lo siento muchísimo! Él me utilizó y te fallé. Estás destinada a mucho más que esto. Todos lo estamos.

Se levanta y desentierra los claveles. La tierra se escurre por los tallos mientras se pone en pie.

—¡No va a hacerse con ella! Decídselo...

Alison aprieta los pétalos y los estruja entre sus puños como si estuviera intentando estrangularlos. Después de tirar los restos de las flores a un lado, se dirige hacia la esfera metálica e intenta elevarla de su base. Como no consigue moverla, empieza a golpearla con los puños.

La sujeto por los codos, preocupada por que pueda hacerse daño.

—Por favor, para —le ruego.

—¿Me oyes? —le grita a la esfera plateada al tiempo que intenta liberarse—. ¡No vas a hacerte con ella! —Algo se mueve en el reflejo, la silueta borrosa de una sombra. Pero al mirar de nuevo, sólo distingo la imagen de Alison mientras se resiste y chilla tan fuerte que se le marcan las venas del cuello.

Lo que sucede a continuación parece un sueño. Las nubes se arremolinan sobre nosotras. La lluvia empieza a caer. A través del aguacero veo —a cámara lenta— cómo el viento eleva su trenza y la enrolla alrededor de su cuello.

Una tos seca atenaza su garganta y se dobla por la cintura con los dedos aferrados a la trenza en un intento por aflojarla.

—¡Alison! —Me dirijo hacia ella. No me doy cuenta de que el tobillo ya no me duele.

Alison cae al suelo embarrado en su lucha por conseguir respirar. La lluvia arrecia, como si alguien nos estuviera lanzando piedras. Sus uñas repletas de tierra se clavan en la cuerda de color platino que la está estrangulando. A causa de la desesperación, se provoca varios arañazos en el cuello. La sangre mana de las heridas. Los ojos se le salen de las órbitas y se mueven con pánico de lado a lado mientras pelea por aspirar aire. Sus zapatillas se hunden en el lodo.

—Alyssssss —sisea, incapaz de hablar.

Estoy llorando con tanta intensidad que no puedo distinguir mis dedos mientras forcejeo contra su pelo. Un relámpago se enciende en la distancia. Uno... dos... y entonces la cuerda trenzada se cierra alrededor de mis manos y se enrosca con tal presión que temo que mis nudillos vayan a estallar. Mis dedos se colocan en torno a su cuello en contra de mi voluntad y lo aprietan.

¡Algo está intentando hacer que mate a mi madre!

Las náuseas, fuertes y violentas, me desgarran el estómago.

—No... —Cuanto más lucho por liberarnos a ambas, más enredadas estamos. Las rastas se me pegan al cuello como un trapo mojado. La lluvia y las lágrimas emborronan mi sombra de ojos y manchan de negro el delantal de Alison.

—¡Suéltala! —le grito a su pelo.

—Para... Alyssa... —Su súplica suena vacía y siseante, similar al aire cuando escapa de un neumático.

La trenza presiona mis dedos de nuevo.

—Lo siento —susurro entre sollozos—. No pretendo hacerte daño...

Un trueno retumba en mis huesos como si fuera la risa burlona de algún demonio oscuro. No importa lo fuerte que tire, las hebras del pelo me atrapan más profundamente y se tensan alrededor de su cuello. Sus manos se aflojan. Comienza a ponerse azul y sus ojos se dilatan hasta que el iris desaparece.

—¡Que alguien me ayude! —el grito me deja sin aire.

Los jardineros llegan corriendo. Dos pares de manos se cierran en torno a mí desde atrás y, así sin más, la trenza nos libera.

Alison aspira hondo para llenar sus pulmones, tras lo que tose. Dejo el cuerpo muerto mientras uno de los jardineros me sujeta.

La enfermera Jenkins aparece con la jeringuilla en la mano.

Mi padre está justo detrás y me desplomo en sus brazos.

—Yo n-n-no... —tartamudeo—. Yo nunca, no podría...

—Lo sé. —Mi padre me abraza—. Estabas intentando evitar que se hiciera daño. —Su contacto hace que la ropa empapada se me pegue a la piel.

—Pero no ha sido Alison —murmuro.

—Claro que no. —Mi padre suspira contra mi cabeza—. No era ella. Tu madre no ha sido ella misma desde hace años.

Reprimo las ganas de vomitar. No lo entiende. Ella no estaba intentando estrangularse; el viento controlaba su trenza.

¿Pero qué persona en sus cabales se lo creería?

Justo antes de que los ojos de Alison se cierren, murmura algo entre dientes.

—Las margaritas... esconden un tesoro. Un tesoro enterrado.

Después se convierte en un zombi baboso, ajeno a todo.

Y yo me quedo sola para afrontar la tormenta.

4

Hilos de mariposa

Nos lleva tanto tiempo asentar a Alison en el psiquiátrico que mi padre tiene que llevarme directamente al trabajo. Nos detenemos delante de la única tienda de ropa *vintage* que hay en Pleasance. Está situada en un popular centro comercial al aire libre en la zona del centro. Hay un pequeño bar a un lado y una joyería al otro. Deportes Tom está en la acera de enfrente.

—Recuerda. Estaré en el trabajo. Una llamada rápida y te llevo a casa. — Mi padre frunce el ceño y se le forman arrugas en las comisuras de la boca.

Estoy aturdida. Todavía me pregunto si me lo he imaginado todo. Mi mirada se pierde más allá de la fachada de ladrillo rosa y la valla negra de hierro forjado. Mis ojos enfocan y desenfocan las curvadas letras negras que hay encima de la puerta: HILOS DE MARIPOSA.

Sostengo el ambientador de la mariposa nocturna a la altura de mi nariz. El aroma me recuerda a la primavera, a las excursiones al aire libre y a las familias felices. Pero en mi interior sólo siento el invierno y mi familia está más destrozada que nunca. Quiero contarle a mi padre que los delirios de Alison son reales, pero sin pruebas pensará que mi cordura también está empezando a esfumarse.

—No tienes que hacer esto —dice mientras me coge la otra mano. A pesar de llevar los guantes, su contacto es frío como el hielo.

—Son sólo dos horas —respondo, afónica por los gritos de antes en el patio—. Jen no ha encontrado a nadie que cubra su turno y Perséfone está fuera de la ciudad.

El viernes es el día de recolecta de nuestra jefa Perséfone, en el que se desplaza a pueblos cercanos para visitar mercadillos estatales o locales en

busca de mercancía. A pesar de lo que piensa mi padre, no me estoy comportando como una mártir. Desde las tres en punto hasta las cinco hay un tiempo muerto en el trabajo, muy pocos clientes entran hasta pasada la hora punta. Pretendo usar ese rato para buscar la página de la mariposa en el ordenador de la tienda.

—Tengo que irme. —Aprieto la mano de mi padre.

Él asiente.

Abro la guantera para guardar el ambientador y una avalancha de papeles cae sobre mis pies. Un panfleto me llama la atención. El fondo es de un rosa suave y en letras básicas de color blanco reza: *TEC - Por qué la terapia electrocompulsiva es adecuada para ti y tus seres queridos.*

Lo recojo.

—¿Qué es esto?

Mi padre se inclina para recoger los otros papeles.

—Hablaemos después sobre ello.

—Papá, por favor.

Se pone rígido y mira a través de la ventanilla de su lado.

—Tuvieron que darle otra dosis de sedantes mientras estabas en la sala de estar.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Fui demasiado gallina para seguirlos cuando llevaron a Alison en silla de ruedas hasta la habitación acolchada. Me acobardé y me quedé en un sofá en la sala de estar quitándome, cual robot, las rastas estropeadas mientras veía un estúpido reality show en la televisión.

Realidad... Ya ni siquiera sé lo que es.

—¿Me has escuchado, Alyssa? Dos dosis en menos de una hora. Durante todos estos años la han estado drogando hasta caer en el limbo. —Aprieta el volante—. Y ahora está empeorando. Estaba gritando algo sobre madrigueras de conejo y mariposas nocturnas... y gente perdiendo la cabeza. Las medicinas no funcionan. Así que los médicos me han ofrecido esta opción.

Mi lengua absorbe la saliva como una esponja.

—Si miras en el primer párrafo —señala unos números en el panfleto—,

este método ha resurgido desde entonces.

—Usaban anguilas, ¿sabes? —interrumpo con la voz demasiado alta—. Antiguamente. Envolvían la cabeza del paciente con ellas. Un turbante eléctrico.

Lo que digo no tiene sentido —es un reflejo de lo que siento en mi interior—. Sólo puedo pensar en mis mascotas. Aprendí a una edad temprana que no podía tener el típico perro o gato. No es que los animales me hablen; sólo comparto frecuencia con los insectos y las plantas. Pero cada vez que el gato atigrado de Jenara capturaba una cucaracha y la mordía hasta la muerte, sentía náuseas al escuchar los gritos del insecto. Así que me decidí por las anguilas. Son elegantes y misteriosas y usan descargas eléctricas para aturdir a sus presas. Es una muerte tranquila y digna, similar a la que sufren los insectos que perecen por asfixia en mis trampas. Aun así, no tocaría el agua de sus peceras sin un par de guantes de goma. No me imagino qué serían capaces de hacerle al cerebro de una persona.

—Alyssa, no es lo mismo que hacían setenta años atrás. Se hace con electrodos mientras el paciente está anestesiado. Los relajantes musculares evitan que sienta dolor alguno.

—El daño cerebral sigue siendo un efecto secundario.

—No. —Lee en alto el texto, que para él está al revés—. La mayoría de los pacientes de TEC experimentan confusión, incapacidad para concentrarse y pérdida de memoria a corto plazo, pero los beneficios superan estas molestias transitorias. —Me mira y veo el tic en su ojo izquierdo—. La pérdida de memoria es pasajera. No hay daño cerebral.

—Es un tipo de daño cerebral. —He sido la hija de una enferma mental durante los últimos once años, he tenido tiempo de aprender las definiciones y los niveles de las anomalías psicológicas.

—Bueno, puede que fuera una ventaja teniendo en cuenta que los recuerdos más recientes de tu madre se limitan al psiquiátrico y a una sucesión infinita de fármacos y evaluaciones psicológicas. —Parece que las profundas líneas de expresión de su boca estén a punto de resquebrajar todo su cráneo. Daría cualquier cosa por ver su sonrisa de Elvis ahora mismo.

Se me cierra la garganta.

—¿Quién eres tú para decidir por ella?

Sus labios se tensan en esa expresión seria que se reserva para cuando me paso de la raya.

—Soy el hombre que quiere a su mujer y a su hija. Un hombre que está completamente agotado. —La mezcla entre defensa y resignación que hay en sus ojos marrones me da ganas de hacerme un ovillo y echarme a llorar—. Ha intentado suicidarse delante de ti. No importa que le sea físicamente imposible ahogarse a sí misma. Las medicinas no funcionan. Tenemos que dar el siguiente paso.

—Y si esto no da resultado... ¿entonces qué? ¿Una lobotomía con un abrelatas? —Lanzo el panfleto, que se estrella contra el muslo de mi padre.

—¡Alyssa! —Alza la voz.

Puedo ver a través de él. Está desesperado por recuperar a Alison, pero no por mí. Todos estos años ha estado añorándola, a la mujer que solía llevar al autocine... con la que sorteaba los charcos de las alcantarillas después de la tormenta... con la que bebía limonada en el columpio del porche y compartía sueños sobre un futuro feliz.

Si hace esto, quizá nunca vuelva a ser esa mujer.

Empujo la puerta del coche y salgo a la acera. Aunque el sol del atardecer se ha abierto camino entre las nubes, el frío se ha apoderado de todo mi cuerpo.

—Al menos deja que te alcance las muletas. —Mi padre empieza a sacarlas por detrás del asiento del copiloto.

—Ya no las necesito.

—Pero Jeb dijo que tenías un esguince.

—Noticias de última hora, papá... Jeb no siempre tiene razón. —Tiro del pañuelo que cubre el vendaje. No me ha vuelto a doler el tobillo desde que Alison puso su marca de nacimiento sobre la mía. De hecho, los arañazos de mi rodilla también parecen estar mejor. Un nuevo misterio sin explicación que añadir a la lista. No tengo tiempo de pararme a pensar en ello. Tengo cosas más importantes que hacer.

Mi padre me mira con la mandíbula tensa.

—Mariposa...

—No me llames así —le contesto con brusquedad.

Baja la cabeza cuando dos compradoras charlatanas pasan a nuestro lado. Lo último que quiero es hacerle daño; ha estado ahí para Alison durante años, por no mencionar que me ha criado solo.

—Lo siento. —Me inclino para verle mejor—. Vamos a investigar más sobre ello, ¿vale?

Él suspira.

—Firmé los papeles antes de marcharnos.

Mi expresión de comprensión desaparece y la rabia me desborda.

—¿Por qué lo has hecho?

—El médico me ofreció esta opción hace meses. La he estado sopesando desde hace un tiempo. Al principio ni siquiera era capaz de considerar la idea, pero ahora... empiezan el lunes. Puedes venir conmigo a visitarla después.

Una ola de calor asciende hasta mi cuello. La humedad de la tormenta y el ruido blanco de los insectos de mi alrededor sólo lo empeoran.

—Por favor, intenta entender... —dice mi padre— cuánto la necesito de vuelta en casa.

—Yo también la necesito.

—¿Y no harías cualquier cosa para que eso ocurra?

La sombra latente en mi interior vuelve a la vida. Me desafía a decir exactamente lo que estoy pensando.

—Sí. Incluso descendería por la madriguera del conejo. —Y doy un portazo.

Mi padre toca el claxon, sin duda a la espera de una explicación. Acelero y me adentro en la tienda sin mirar atrás.

Suena el timbre automático y una ráfaga de viento hace tintinear el candelabro de lágrimas de cristal que hay colgado en el centro del techo. Me quedo allí de pie, aturdida, mientras el aire acondicionado congela mi ropa húmeda. El intenso aroma a coco de las velas de los candelabros, que cuelgan de las paredes, alivia el nudo de mi estómago.

—¿Eres tú, Ali? —La voz amortiguada de Jenara llega desde la puerta abierta del almacén.

Me aclaro la garganta y me doy cuenta de que estoy sosteniendo el

ambientador. Con las prisas se me ha olvidado dejarlo en la camioneta.

—Sí.

—¿Has visto mi vestido para el baile? Está en el perchero de prendas nuevas.

Levanto la única percha que hay en el colgador. La funda de plástico transparente cruje. Jen compró dos vestidos en la tienda hace meses. Los cortó y los unió para confeccionar un traje formado por un corpiño ceñido de color lima combinado con una falda de estampado de cebra y rejilla de color rosa. Las lentejuelas cosidas a mano reflejan la luz mientras vuelvo a colocarlo en la barra.

—Qué bonito —digo. En realidad es increíble. En circunstancias normales me habría mostrado mucho más entusiasmada por una de sus creaciones de moda. Pero hoy no tengo fuerzas.

Lanzo el ambientador junto al neceser de maquillaje de Jenara bajo el mostrador de caja, pero aterriza sobre los tomos de mitología de Perséfone.

La sensación de que alguien me está observando me recorre los huesos y miro por encima del hombro al póster que hay en la pared. Es de una película llamada *El Cuervo*. Perséfone está enamorada del protagonista: cuero negro, cara blanca, sombra de ojos oscura y un melancólico y perpetuo ceño fruncido. Hubo mucho misterio en torno al actor. Murió en el set durante el rodaje.

Siempre me he sentido atraída por el cartel. A pesar de que sólo es un pedazo de papel, el tipo tiene una mirada conmovedora —unos ojos que parecen conocerme como yo los conozco a ellos—. Aunque no he visto la película, me es familiar hasta el punto de que puedo percibir el olor del cuero que lo envuelve... sentir su suavidad en mi mejilla.

—*Él está aquí...* —Me sobresalto cuando las palabras llegan a mis oídos. Las mismas que dijo la mosca antes. Pero esta vez no es un susurro ni el ruido blanco al que estoy acostumbrada. Es la voz de un tipo de marcado acento *cockney*, un dialecto de los bajos fondos de Londres.

En los espejos, que se alinean en las paredes de la tienda, aparece una imagen borrosa que se mueve con rapidez a través de ellos. Cuando me acerco, lo único que se refleja es mi propia imagen.

—*Se desplaza con el viento.* —Siento que la voz recorre mis venas. Una

ráfaga de aire frío sale de la nada y apaga las velas.

La tienda queda iluminada por la luz del atardecer y el candelabro del techo.

Retrocedo hasta que choco contra el mostrador. Los ojos insondables del póster siguen cada uno de mis movimientos como si hubiera sido él el que me ha hablado con la mente y ha levantado el viento. Siento que un escalofrío me recorre la espalda.

—¡Ali! —El grito de Jen rompe el encantamiento—. ¿Puedes ayudarme a cargar con esto? Tenemos que montar el escaparate del Ángel Oscuro antes de irme.

Evito el contacto con la mirada hipnotizadora del cartel y me dirijo al almacén. El aire acondicionado se apaga. La ráfaga debe haber venido de las rejillas.

Me río nerviosa. Estoy cansada, hambrienta y en estado de shock. Mis delirios son reales y mi familia está maldita. Eso es todo. ¿Debería ser fácil de aceptar, no?

Pues no.

Mis deportivas empapadas rechinan a cada paso que doy sobre el suelo de baldosas blancas y negras. En la puerta me encuentro con Jenara, cargada con una pila tan alta de ropa y accesorios que le impide ver por encima de ellos.

—¿Así que mi vestido es *bonito*? —La pregunta se oye por detrás del montón—. Una buena forma de subirle el ego a tu mejor amiga.

—Es impresionante. A Brett le va a encantar. —Con la sensación de que los ojos del póster siguen clavados en mí, me pongo de puntillas y cojo la peluca azul y una máquina de humo en miniatura de lo alto.

—Como si me importara —dice ella desde detrás de la torre tambaleante—. ¿Te he contado que Jeb ha amenazado a Brett con convertirlo en una calabaza aplastada si no vuelvo a casa a medianoche? Ha transformado un cuento tan entrañable como «La Cenicienta» en una amenaza de muerte. Es demasiado retorcido.

—Sí, últimamente se está tomando su papel muy en serio.

El montón empieza a desmoronarse. Al retirar algunas cosas más, la cara de Jen queda al descubierto.

Sus ojos verdes, bien delineados, se sorprenden cuando me ve.

—¡Joder! Parece que acabes de escaparte de las garras de un *Big Foot*. ¿Es que Jeb y tú habéis arreglado las cosas en un pozo de barro?

—Ja. —Me dirijo hacia el escaparate y dejo el material en la ventana junto a Huérfano Expuesto, el maniquí de Perséfone.

Jenara coloca unas cuantas plumas ennegrecidas, que brillan por las lentejuelas, en la cima de la montaña de accesorios.

—En serio, ¿qué ha ocurrido? Pensaba que ibas a visitar a tu madre. Eh. —Jen me toca el brazo—. ¿Ha ido mal?

Varios bucles de pelo rosa oscuro se han escapado de su recogido. Los mechones se enroscan como llamas rosas sobre su vestido negro de tubo y me recuerdan a lo que le han hecho al pelo de Alison en el psiquiátrico.

—Se volvió loca —suelto de golpe—. Me atacó.

El resto de detalles me atenazan la garganta: cómo le afeitaron la cabeza para que no pudiera intentar ahorcarse de nuevo —aunque ahora sospecho que fue un preparativo para el tratamiento de shock—. Cómo dejaron que la baba le cayera por las comisuras de los labios y le pusieron pañales de adulto, porque cuando estás muy sedado no tienes control de tus facultades. Y, lo peor de todo, cómo la llevaron a la habitación acolchada en una silla de ruedas, encorvada y atrapada en una camisa de fuerza como si fuera una mujer mayor atrofiada. Por eso no pude seguirlos y despedirme. Ya había visto suficiente.

—Oh, Ali —susurra Jen con voz suave. Me da un abrazo. El aroma a cítricos y a chicle de su champú me reconforta—. Ya me encargo yo del maquillaje y lo demás. Vete a casa.

—No puedo. —La estrecho entre mis brazos con más fuerza—. No quiero estar en contacto con nada que me recuerde a ella. Aún no.

—Pero no deberías estar sola.

Suena el timbre de la puerta y tres señoras se adentran en la tienda. Jen y yo retrocedemos hacia el almacén.

—No estaré sola —respondo—. No durante las horas de trabajo.

Jen inclina la cabeza para evaluarme.

—Mira, puedo quedarme otra media hora. Ve a recuperarte. Yo me

ocuparé de los clientes.

—¿Estás segura?

Golpea con suavidad un enredo de mi pelo.

—Total y absolutamente. No puedo dejarte a cargo de la tienda cuando pareces un payaso de circo. ¿Y si entra un tío bueno?

Intento sonreír.

—Coge mi neceser de maquillaje —dice—. Tengo algunas extensiones más que puedes usar si quieres.

Echo un vistazo al montón de cosas que reservé, elijo un par de botas con plataforma junto a la ropa y después me adentro en el pequeño cuarto de baño. Por la rejilla que hay sobre el lavabo sale un aire congelado que me hiela la piel. El brillo fluorescente del pequeño dispositivo de iluminación distorsiona mi reflejo. Me peino los enredos y me coloco las rastas de color morado de Jenara.

La mayor parte de mi maquillaje se ha emborronado a causa de las lágrimas y la lluvia y me ha dejado manchas negras la cara. En el espejo sólo veo a Alison. Pero si miro más a fondo, me veo a mí vestida con una camisa de fuerza y un turbante de anguilas gesticulando como el Gato de Cheshire mientras me como un estofado en una taza de té.

¿Cuánto tiempo tengo hasta que la maldición empiece a hacerse realidad?

Me inclino sobre el lavabo, desato el pañuelo de Jeb y lo huelo en la tela. Esta mañana lo único que quería era ir a Londres para estar con él y acumular créditos para la universidad. Es increíble lo mucho que puede cambiar todo en unas horas.

Si no encuentro una forma de llegar a Inglaterra para buscar la madriguera del conejo, le freirán el cerebro a Alison y yo acabaré donde está ella en unos años. No hay forma de conseguir el dinero suficiente para pagar el vuelo antes del lunes. Por no mencionar conseguir un pasaporte.

Con los dientes apretados me quito las mallas y el vendaje. La herida de mi rodilla está casi curada y ni siquiera se ha formado una costra. Estoy demasiado exhausta y agotada para preguntarme el porqué. Abro el grifo del agua fría y froto las magulladuras que me recuerdan lo que ha pasado, para después secarme la piel y la ropa interior con el secamanos.

Tras pintarme los ojos de verde oscuro y embutirme unas medias de

cuadros escoceses de color morado, verde y rojo, remato el conjunto con una minifalda sobre una suave enagua roja. Añado una camiseta verde con mangas japonesas bajo un corpiño rojo —además de unos guantes morados sin dedos— y ya estoy lista para atender a los clientes.

Echo un último vistazo al espejo. Algo se mueve por detrás de mi reflejo, brillante y negro como las alas de plumas del montón de accesorios. La retorcida advertencia de Alison me vuelve a la mente. *«Vendrá a por a ti. Entrará a través de tus sueños. O del espejo... mantente alejada del espejo»*. Emito un grito ahogado y me doy la vuelta.

No hay nada más que mi sombra. La habitación parece encogerse, pequeña e inestable, y me siento como si estuviera atascada en una caja que rueda cuesta abajo. Se me revuelve el estómago.

Salgo disparada hacia el lúgubre almacén y por poco tropiezo con los cordones de mis botas altas en mi desesperada carrera por volver con Jen.

Ella corre hacia mí.

—Madre mía. —Me conduce al taburete que hay detrás del mostrador de caja—. Parece que te vaya a explotar la cabeza. ¿Has comido algo?

—Sopa de helado —mascullo, aliviada por que las clientas ya se hayan marchado y no hayan visto mi espectáculo. Estoy temblando de arriba abajo.

Jen posa la mano en mi frente.

—No parece tener fiebre. Quizá tu sangre necesite una dosis de azúcar. Voy al bar a comprarte algo.

—No te vayas. —La agarro del brazo.

—¿Por qué no? Ahora mismo vuelvo.

Al darme cuenta de que parezco una chiflada, cambio de táctica.

—La decoración del escaparate. Tenemos que... —La explicación muere en mis labios cuando me doy cuenta de que ya la ha acabado—. Oh.

—Sí, oh. —Jen suelta mis dedos de su manga—. También he vuelto a encender las velas. ¿Por qué las has apagado? Necesitas estímulos relajantes. Voy a traerte un cruasán y una bebida, algo sin cafeína. Nunca te había visto tan alterada. —Y antes de que pueda responder ya ha cruzado la tienda.

La puerta se cierra tras ella y me deja a solas con la decoración del escaparate. Una peluca azul y un ceñido disfraz de Ángel Oscuro cubren la

figura de Huérfano Expuesto. Las enormes alas están sujetas alrededor de sus hombros con un arnés de cuero a juego. Las lentejuelas negras de las plumas brillan y la niebla que asciende de la pequeña máquina se arremolina alrededor de la macabra escena.

De alguna forma, las alas y el humo juntos combinan a la perfección.

Pienso en mi amiga la mariposa nocturna. ¿Por qué Alison la persiguió con las tijeras de podar? ¿Sólo porque me incitó a salir a la tormenta? Tuvo que ser por algo más, algún tipo de rencor, pero no consigo entenderlo.

A regañadientes, me giro y observo el cartel. Sus penetrantes ojos oscuros me miran fijamente.

—¿Tú lo sabes, no? —susurro—. Tú tienes las respuestas.

Silencio...

Resoplo. Un sonido vacío y solitario. Es oficial: me estoy volviendo loca. Con los susurros de los insectos y las flores ya tengo suficiente, pero... ¿esperar que un póster me responda?

Hace que merezca ingresar en el psiquiátrico.

Temblorosa, me desplazo hasta el ordenador al otro lado del mostrador y busco la página de antes. Deslizo el cursor hasta el final de todo lo que ya he visto intentando encontrar una conexión con los desvaríos de Alison.

Hay otro conjunto de imágenes: un conejo blanco, tan escuálido que parece un esqueleto; flores con brazos, piernas y bocas empapadas de sangre; una morsa a la que le brota algo de la mitad inferior, como si fueran raíces de un árbol. Son los personajes del País de las Maravillas después de haberse sometido a una intensa sesión de radiación tóxica. También hay una conexión: de alguna forma, la mariposa y estos seres del Reino de las Profundidades están relacionados con el cuento de Lewis Carroll. No me sorprende que mi abuela Alice pintara continuamente los personajes de la historia en las paredes.

Desde Alicia, todas las mujeres de mi familia han perdido la cabeza. Es posible que consiguiera descender a la madriguera del conejo y regresar para contar la historia, pero nunca volvió a ser la misma tras la experiencia. Sin embargo, ¿quién lo sería?

Se me eriza todo el vello del cuerpo como si una corriente eléctrica me estuviera recorriendo de arriba abajo.

Después de la última imagen aparece un borde floral, como una hiedra, a cada lado del fondo negro y un poema en el centro escrito con una recargada tipografía blanca.

*Cocillaba el día y
agiliscosos giroscaban los limazones
banerrando por las váparas lejanas;
mimosos se fruncían los borogobios.*

Había visto el acertijo en el libro original. Cuaderno y boli en mano, garabateo *El País de las Maravillas* como título y copio el poema, palabra por palabra.

Abro una nueva ventana para buscar interpretaciones. En una página encuentro cuatro posibles significados. ¿Y si todos están mal? Echo un vistazo rápido a los dos primeros hasta que el tercero me llama la atención.

A lo largo del texto hay ilustraciones —criaturas con largas y enrevesadas narices que cavan túneles a los pies de un reloj de sol—. Me invade una sensación de familiaridad y cierro los ojos. Dos niños juegan bajo mis párpados. Un chico alado y una chica rubia se adentran en un agujero bajo la estatua de un niño que sujeta un reloj de sol sobre su cabeza.

No sé de dónde proceden esas imágenes. Debo haberlas visto en una película —pero no consigo recordar en cuál. Parecen tan reales—. Apunto las definiciones de la interpretación del poema. Según quienquiera que lo haya escrito, *cocillaba el día* quiere decir que son las cuatro de la tarde; un *limazón* es una criatura mitológica, una mezcla entre un tejón y un lagarto con una nariz en espiral. Son conocidos por crear sus nidos bajo relojes de sol. *Giroscar* y *banerrar* son verbos que significan cavar en la tierra, como una perforadora gigante, hasta que se forma un túnel profundo. En el contexto del poema, el agujero se está excavando en un lugar característico, puesto que la *vápara* es el terreno cubierto de césped bajo un reloj solar.

Las otras palabras no están definidas, pero es un comienzo.

Según el poema y las imágenes que tengo en la cabeza, parece que la madriguera del conejo podría estar bajo la estatua de ese niño.

Ahora sólo tengo que encontrarla.

Vuelvo a la página de las criaturas subterráneas y la recorro con el cursor por si me hubiera perdido algún detalle. Al llegar al final me encuentro con un espacio negro. No hay más texto ni más ilustraciones, a pesar de que hay

hueco de sobra para ello. Puede ser que el administrador lo haya reservado para más adelante.

Estoy a punto de abandonar la web y hacer una búsqueda sobre relojes de sol en Inglaterra, con la esperanza de encontrar una ciudad y una dirección, cuando un movimiento en el fondo oscuro atrae mi atención. Es como ver un grillo nadar a través de tinta. Pero en lugar de un grillo, una mariposa negra virtual, la misma de mi pasado, revolotea por la pantalla.

Empiezo a pensar que está relacionada con todo: los pequeños que vi al lado del reloj de sol, la maldición de mi familia. Ojalá pudiera saber más sobre el insecto. Pero mis recuerdos están borrosos, como si estuviera mirando a través de las nubes a una altura vertiginosa.

La animación vuelve a captar mi atención. Comienza su recorrido en la parte superior del espacio vacío y cuando alcanza un cuarto de su camino, un texto de color azul aparece bajo la estela de sus alas.

Encuentra el tesoro.

Lo leo y releo hasta que me arden los ojos, aturdida por la similitud de esta frase con lo que dijo Alison. «*Las margaritas esconden un tesoro. Un tesoro enterrado*».

Mi padre removió la tierra del jardín de flores después de que internaran a mi madre hace años, lo destruyó. Allí no había nada enterrado. ¿Qué querría decir?

Otra línea de texto aparece en la pantalla.

Si quieres salvar a tu madre, usa la llave.

Me aparto de un salto del ordenador con el corazón acelerado y las palmas sudando bajo los guantes. No me lo esperaba. Las palabras que parpadean van dirigidas a mí.

¿Cómo puede ser que alguien me esté hablando?

¿Cómo pueden conocer a Alison y cómo me han encontrado?

Miro alrededor de la tienda vacía.

Debería contárselo a alguien. A mi padre ni pensarlo; seguro que me apuntaría a una terapia de shock. Jenara pensará que es uno de los acosadores del colegio que me está gastando una broma de mal gusto.

Tiene que ser a Jeb. A pesar de la extraña relación que hay entre nosotros,

sé que siempre me apoyará. Le enseñaré la página. Pensar en su sonrisa —esa que me reconforta y transmite que me entiende como nadie más puede hacerlo— me ayuda a reprimir un ataque de pánico.

Suena el timbre de la puerta y alzo la vista. Taelor me devuelve la mirada y por poco gruño al verla. Su pelo, largo hasta los hombros y peinado a la moda, reluce dorado al sol. La frase «*Brilla y resplandece con estilo*» está escrita con letras relucientes en la bolsa que sujeta.

Vuelvo a centrarme en el ordenador. La pantalla se ha quedado en blanco y aparece un mensaje de error.

—Eh, Alyssa. —Taelor observa con detenimiento el estante de joyería mientras se dirige al mostrador—. ¿Tenéis algo interesante hoy? —Sujeta un broche de calavera con brillantes de la que cuelgan dos huesos cruzados—. Si puede ser algo que no huela a cementerio.

La ignoro y busco la dirección de la página. Mensaje de error. Sacudo el ratón. Si no encuentro la página, nunca podré convencer a Jeb de que lo que vi era real.

Taelor continúa curioseando a medida que se acerca. Una de las asas de su bolso de diseño se resbala de su hombro bronceado.

—Supongo que da igual. A la gente como tú no le importa quién ha llevado estas cosas antes o si están muertos.

Después de una pausa en la que arruga la nariz ante una camisa, deja caer su bolsa de compras y su bolso en la otra parte del mostrador y apoya sus ágiles brazos en el borde. Hubo una época en la que era una estrella en la pista de tenis, pero como su padre nunca acudía a sus torneos lo dejó. Qué desperdicio.

Los diez centímetros de plataforma de mis botas hacen que mi altura sea casi igual que la suya y que nuestros ojos estén al mismo nivel.

—¿No tienes que prepararte para el baile? —pregunto con la esperanza de que se vaya.

Su mirada se vuelve persuasiva e inocente.

—Por eso estoy aquí. He ido a la tienda de al lado a recoger el regalo de graduación de Jeb. He pensado en pasarme luego por su casa para que pueda llevarlo esta noche.

Ni siquiera le pregunto qué puede haber encontrado para él en una joyería.

—¿Qué es esto? —Alarga una mano sobre el mostrador y coge mis notas. Intento arrebátarselas, pero es demasiado rápida—. ¿El País de las Maravillas, eh? Así que estás investigando sobre los conejos que hay en tu familia.

—Adiós, Taelor. —Recupero mis notas, pero por accidente golpeo su bolso, que cae al suelo por delante del mostrador.

Ella no se molesta en recogerlo. En lugar de eso, su expresión se endurece.

—De eso nada. Primero vamos a hablar.

La presencia que merodea en mi mente me incita a contraatacar. Una explosión de adrenalina impulsa mi lengua.

—Gracias, pero preferiría hablar con un escarabajo pelotero.

Los ojos de Taelor me miran con asombro, como si le hubiera sorprendido el insulto. Sonríe. Sienta bien ganarle la partida por una vez.

Se toma unos segundos para elaborar una réplica.

—¿Hablas con los escarabajos, eh? Me alegra saber que tendrás a alguien con quien jugar una vez que Jeb se haya ido. Y no creas que tu numerito de amiga herida va a evitar que se mude a Londres conmigo el mes que viene.

—¿Contigo? —jaque mate. Acabo de perder la partida. Me siento como cuando me caí del monopatín, como si tuviera un foco de minero apuntándome a la cara.

—¿Todavía no te lo ha dicho? —Taelor está radiante de alegría—. No debería sorprenderme. Siempre está preocupado por tu delicado estado mental. —Su caro perfume me carga la nariz—. Voy a cursar el último año en un instituto privado en Londres. Me han ofrecido un contrato como modelo. Mi padre va a alquilarle un piso a Jeb. Todos salimos ganando. Jeb podrá promover su obra a través de la gente que conozca y podremos estar juntos en su casa los fines de semana. Suena bien, ¿verdad?

Se me encoge el pecho.

Ella retrocede. Veo el pánico en su mirada. ¿Por qué? Me ha quitado la única oportunidad que me quedaba de recuperar la amistad de Jeb. Ha ganado.

—Vaya. ¿Realmente pensabas que tenías alguna oportunidad, no? —Se burla Taelor—. Que te haya pedido que poses para algunos de sus bocetos no

quiere decir que esté loco por ti.

Me quedo boquiabierta. Jeb nunca me ha pedido que pose para nada. A veces sacaba el lápiz y el cuaderno mientras estábamos juntos, pero nunca habría adivinado que estaba dibujándome.

—Su obra trata sobre la muerte y la tragedia, claro que le gusta tu estilo fúnebre. No es un cumplido. No te engañes.

Estoy tan estupefacta que no puedo responder.

—Ambas nos preocupamos por él. —Su voz se suaviza y es evidente que por una vez está siendo sincera—. ¿Pero te preocupas lo suficiente como para dejarle hacer lo que sea mejor para él? Tiene demasiado talento para estar cuidando de ti durante el resto de su vida como el pobre de tu padre. ¿No crees que sería una tragedia colosal?

Las ganas de sacarle los ojos me hierven en la sangre.

—Al menos tengo un padre que se preocupa por mí. —Las palabras salen disparadas como flechas envenenadas. Su expresión herida hace que me arrepienta al instante.

Suena el timbre de la puerta y el aroma a café inunda la tienda.

—Oh, mierda. —Jen le dedica una mirada asesina a Taelor mientras la puerta se cierra de un golpe tras ella—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Se detiene a mi lado y deja sobre el mostrador un cruasán y un batido de frutas.

Taelor se aclara la garganta y vuelve a ponerse su máscara de expresión despreocupada.

—Alyssa y yo estábamos hablando sobre Londres y sobre por qué no será bienvenida en nuestra casa. —Recoge la bolsa de un manotazo—. Aquí huele a muerto. Me voy.

En el momento en que desaparece, Jenara se gira hacia mí.

—Un día de estos tendrá un desliz y le mostraré a Jeb su lado oscuro.

Arranco el cuerno del cruasán.

—Ella es la razón por la que él no quería que fuera. No quería que me interpusiera en... su camino.

Jen retuerce sus medias de rejilla con un boli y no responde.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Su mirada está llena de remordimiento.

—Me he enterado esta mañana. Y no sabía cómo decírtelo cuando entraste. Ya cargas suficientes problemas con tu madre.

Pliego mis notas sobre El País de las Maravillas y observo de nuevo la pantalla en blanco. ¿Qué importa que la página haya desaparecido? Jeb ya no cuenta con mi apoyo y nuestra amistad ya nunca volverá a ser la que era.

—¿Ali?

Los sollozos que he estado reprimiendo desde la pelea con mi padre se acumulan en mi pecho. Hierven como cientos de burbujas de ácido y carcomen mi corazón en silencio. Pero me niego a llorar.

—Venga —Jen me da un codazo—. Si hay alguien que pueda convencerle de dejarla, eres tú. Díselo. Dile cómo te sientes en realidad.

Pienso en sus increíbles pinturas. En todas las cosas que podría conseguir si le dan la oportunidad. No necesita más cargas emocionales que le retengan. Y yo tengo tantas como para hundir un petrolero. Además, no podría soportar que me rechazara a la cara. Él ya ha elegido a Taelor en lugar de nuestra amistad.

Introduzco las notas en un bolsillo de mi falda.

—No hay nada que decir. Me colé por él en el primer año de instituto, así que no cuenta. —Ella empieza a decir algo, pero la interrumpo—. Y tú tampoco te vas a ir de la lengua. Las promesas son para siempre.

Una arruga de preocupación aparece en la frente de Jenara mientras recoge el vestido del baile y el maquillaje.

—Esto no ha acabado.

—Sí. Jeb ha tomado una decisión.

Negando con la cabeza, se marcha.

En cuanto la puerta se cierra, me giro hacia El Cuervo. El tipo me devuelve la mirada y sus ojos derraman lágrimas negras como si compartiera mi sufrimiento. Siento el extraño deseo de estar en sus brazos, envuelta en cuero.

Estoy esperando dentro de la madriguera del conejo. Encuéntrame. Su mirada prende la llama del desafío en mi interior como si fuera una antorcha.

Asombrada por nuestra profunda conexión, retrocedo y sin querer tumbo el portalápices con el codo. Un lápiz se precipita por el otro lado del mostrador. Doy un rodeo para recuperarlo y me sorprende al encontrarme el bolso de Taelor en el suelo. Tenía tanta prisa por marcharse que se olvidó de cogerlo.

Resisto la tentación de lanzar todas sus cosas a la calle. En lugar de eso, lo levanto por las asas para guardarlo bajo el mostrador hasta que vuelva. La cremallera está abierta hasta la mitad y deja al descubierto una gran faja de dinero.

Aturdida, lo extraigo y desenrollo el montón de billetes de veinte y de cincuenta. Hay más de doscientos cuarenta dólares.

Si lo añadiera a mis ahorros, tendría suficiente para un billete de ida a Inglaterra y me sobraría un poco para un pasaporte falso y gastos; así que lo único que me queda por hacer es encontrar la dirección del reloj de sol.

No sería la primera vez que tenemos una deuda con los Tremont. Cuando estaba en sexto de primaria, mi padre pidió un préstamo al padre de Taelor para poder pagar las facturas médicas de Alison. Así fue como Taelor se enteró de mi parentesco con Alicia Liddell.

Así que, de alguna forma, es una compensación justa. Es el pago de Taelor por todos los años en que me ha hecho la vida imposible.

Me tiemblan los dedos cuando tiro su bolso desplumado al fondo de la papelería y apilo papeles encima. Alcanzo el ambientador de debajo del mostrador y lo deslizo —junto con el dinero— dentro del libro de cristales místicos de Perséfone. El tomo tiene una banda elástica que mantiene las páginas cerradas.

Me giro hacia el póster de nuevo. La oscuridad que se esconde tras los ojos del tipo parece estar controlando todo lo que hago, y ya no hay nada que pueda rescatarme del borde del abismo.

Ni mi madre, ni mi padre y, definitivamente, Jeb tampoco.

Ni siquiera su sonrisa podría salvarme ahora.

5

Tesoro

En cuanto papá y yo llegamos a casa, guardo lo que he robado junto con mis ahorros en un pequeño lapicero atado con una goma y lo escondo detrás de mi espejo de cuerpo entero.

Cargo el teléfono y le mando un mensaje a Hitch para que se reúna conmigo en La Caverna, hacia la medianoche, y le digo por qué. Es el único tipo que conozco capaz de falsificar un pasaporte. Aún no puedo creer lo que he hecho: llevarme el dinero de Taelor y esconder su monedero. Pero como dijo papá, haremos lo que haga falta para que Alison vuelva a casa. Pienso en lo enfadado que estaría Jeb si supiera que voy a ver a Hitch y estar con él a solas, en la oscuridad, y eso me empuja todavía más a seguir adelante.

Un rugido sordo hace temblar las ventanas y la lluvia bombardea el tejado a medida que la tormenta se acerca.

Extiendo la palma de la mano sobre la fría superficie de vidrio de mi acuario de anguilas y busco el interruptor para encender una suave luz azulada. Afrodita y Adonis ejecutan un grácil baile, entrelazando sus largos cuerpos.

Mientras me dirijo a comprobar mis trampas para insectos del garaje, paso por el salón. Papá está ahí, sentado en su sillón, contemplando las margaritas gigantes de la tela que empleó Alison para decorar los brazos y el respaldo. Está sollozando.

Quisiera abrazarle y reconciliarme con él, pero cuando se da cuenta de que le estaba mirando, dice que le ha entrado algo en el ojo y se va a buscar hamburguesas para cenar.

Las motas de polvo aletean alrededor del resplandor ámbar de la lámpara

de pie que hay al lado de su sillón. La extraña luz y las paredes forradas de color oscuro confieren a la habitación un aura irreal, como si fuera una vieja fotografía de color sepia.

Fotografías. ¿Por qué dijo Alison aquello acerca de las fotografías? ¿Sobre la gente que se olvida de leer entre líneas?

Me quedo de pie, a poca distancia del sillón, mientras sus palabras se deslizan por mi mente como si fueran piedras arrojadas al fondo de un pozo sin fin. Una de sus frases se niega a hundirse y asoma una y otra vez: «*Las margaritas esconden tesoros. Tesoros enterrados*».

La explicación está frente a mí, lleva aquí años esperando a que me dé cuenta. Me arrodillo frente al sillón, arrugando las capas de tela y encaje bajo la minifalda, mientras tiro la mochila a un lado. Cuesta creer que apenas han pasado unas siete horas desde que fui al colegio. Han pasado tantas cosas que he perdido la noción del tiempo.

Tiro de una de las margaritas de tela de Alison y dos pétalos cosidos se encogen y se doblan al saltar los puntos. Siguiendo una corazonada, introduzco el dedo índice entre el aplique de tela y el forro del sillón, y descubro un agujero en el relleno de la tapicería.

Contengo la respiración y sigo tirando del pedazo de tela hasta que solamente se sostiene por un pétalo y unos hilos. El hueco es del tamaño de una moneda y es demasiado redondo como para ser accidental. Durante todo este tiempo pensé que Alison había cosido los parches encima de la tela original del sillón para tapar agujeros. Y todo este tiempo había estado equivocada.

Clavo los dedos en el forro interior del sillón y arranco pedazos y más pedazos hasta que doy con un objeto pequeño, duro y metálico. Sigo el contorno: tiene una forma redonda que se extiende en un tramo largo y estrecho, con muescas y hendiduras. *Una llave*. Con el dedo índice, la arrastro hasta el agujero y la extraigo del interior del sillón. Está atada a una cadenita, que se enrosca en el cojín como si fuera una serpiente.

Se cierra el círculo del reto de la página: «*Si quieres salvar a tu madre, usa la llave*».

Tal vez debería estar aterrada, pero me emociona obtener finalmente una prueba tangible de que Alison está tratando de decirme algo. Que sus parloteos inconexos no lo eran en absoluto. Eran pistas coherentes.

Doy un golpecito al frío metal con la yema del dedo y trato de imaginarme qué puertas abrirá esta llave. Nunca había visto una parecida, con una orfebrería tan intrincada: tiene bandas de cobre pulido entrelazadas, como si fueran hiedra, a su alrededor. Parece vieja, incluso antigua. A pesar de lo pequeña que es, podría ser la llave que abra un diario.

Me cuelgo la cadenita al cuello y la oculto bajo mi camisa.

Alison dijo «*margaritas*», en plural. ¿Habrán más objetos ocultos bajo el resto de apliques de tela?

Estoy tan animada que me olvido de que papá podría volver en cualquier momento. Ni siquiera me detengo a pensar en las consecuencias que tendrá destrozar la tapicería de su sillón favorito.

En la mesita de al lado guarda una navaja suiza para abrir el correo. Saco el accesorio de las tijeras y corto todas las margaritas de tela por la mitad para vaciar el contenido de los agujeros que ocultan. El relleno de algodón cae sobre mí como nieve.

Al cabo de un rato estoy sentada a los pies del sillón con una pequeña colección de objetos relacionados con el País de las Maravillas frente a mí: un antiguo pasador de pelo —una horquilla, más bien— con una lágrima de rubí en el extremo doblado; una pluma de ganso y un abanico victoriano de encaje blanco y guantes a juego, que huelen a talco y pimienta negra.

Contengo un amago de estornudo y aparto dos fotografías de mi tataratatarabuela, Alicia, para concentrarme en el pequeño libro que completa mi recién descubierta colección.

Acaricio la gastada cubierta del volumen y observo el título: *Alicia en el País de las Maravillas*. Sobre la palabra Alicia, alguien ha escrito el nombre de Alison con un rotulador rojo.

Ella quería que yo encontrara estos «tesoros». Se supone que algo de lo que tengo frente a mí debería convencerme de no entrar en la madriguera del conejo, pero en lugar de eso estoy segura de que, gracias a esta colección de objetos dispares, puedo ayudar a Alison y romper la maldición de las Liddell para siempre.

En la solapa de la novela hay un folleto turístico que anuncia el camino del reloj de sol del Támesis en Londres. Hay una estatua de un niño que mantiene un reloj de sol en equilibrio sobre su cabeza. Me quedo atónita. Es la imagen que vi hace un rato, al lado de la cual jugaban los niños. Alison

debió de haber buscado la madriguera del conejo cuando era más joven; debió de haber viajado a Londres en su busca. ¿De dónde si no procedían aquellos recuerdos? Y lo que era más importante: ¿por qué dejó de buscarla?

La fecha que hay al pie de la estatua es 1731 —mucho antes del nacimiento de Alicia Liddell— de modo que ya debía existir cuando mi tataratatarabuela era pequeña, lo que significa que quizá pudo haberse caído por la madriguera que había debajo. Ahora ya tengo una dirección, pero según el folleto no se permite el acceso público a esa zona. A los turistas solamente les dejan mirar la estatua del reloj de sol desde detrás de una verja. Así que incluso si llego hasta allí, necesitaré un milagro para poder colarme y explorar el reloj de sol de cerca.

Guardo el folleto de nuevo en el libro y hojeo la historia que tan bien conozco. Está llena de bocetos en blanco y negro. Hay algunas páginas marcadas y algunos párrafos están subrayados: el poema de la Morsa y el Carpintero, el llanto de Alicia que causa una inundación, la fiesta del té del Sombrerero Loco.

La letra manuscrita de Alison llena los márgenes del volumen de notas y comentarios en tinta de diferentes colores. Los acaricio con los dedos, y me entristece pensar que nunca nos sentamos juntas, libro en mano, para que pudiera explicarme el significado de todo esto.

La mayor parte de sus indicaciones están borrosas, como si las páginas se hubieran mojado. Me detengo a contemplar las ilustraciones de la Reina y del Rey de Corazones, donde apuntó: *«Rey y Reina Rojos. Aquí empezó todo, y aquí terminará»*.

Un relámpago resplandece al otro lado de las cortinas.

Después de la última página de la historia hay otras veintitantas páginas adicionales, encoladas a mano. En cada una de ellas alguien ha dibujado bocetos parecidos a los personajes del País de las Maravillas que aparecen, transformados, en la página de la mariposa: el conejo blanco esquelético, las flores malvadas de dientes sangrientos, e incluso un esbozo distinto de la Reina de Corazones, una belleza esbelta de brillante melena roja, marcas negras alrededor de los ojos y alas transparentes.

Los dibujos desatan una nueva visión de los niños, más poderosa que la que experimenté antes, porque ni siquiera tengo que cerrar los ojos para verlos. La sala de estar se desvanece y estoy en un prado, en algún lugar, respirando el aroma de la primavera. La luz del sol resplandece y parpadea a

mi alrededor, al ritmo de las ramas de los árboles que se mecen con la brisa. El paisaje es extrañamente fluorescente.

La niña, que aparenta unos cinco años de edad, lleva la parte superior de un pijama rojo con volantes, con largas y abombadas mangas y pantalones a juego que le cubren los tobillos. Está sentada en un montículo de hierba, al lado del chico, que no tendrá más de ocho años. Ambos me están dando la espalda.

Como un manto, dos alas negras se abren y cierran en la espalda del chico, a juego con sus pantalones de terciopelo y su camisa sedosa. Ladea la cabeza y logro distinguir su perfil, pero sigue ocultando su rostro bajo una cortina de resplandeciente pelo azul, mientras emplea hábilmente una aguja para coser mariposas muertas y formar con ellas un collar, el macabro equivalente de una guirnalda de palomitas.

Lleva botas de montaña negras, y a sus pies tiene una serie de bocetos, los mismos que aparecen encolados en el libro de Alison.

—Mira. —Su voz es joven, suave como plumas en el viento. Sin levantar la vista, señala con la aguja la imagen de la Reina de Corazones. El collar de mariposas muertas ondea golpeando el dibujo—. Cuéntame sus secretos.

La niña mueve sus pies desnudos. Sus uñas son rosadas y brillan bajo la suave luz primaveral.

—Estoy cansada de estar en el País de las Maravillas —musita con voz inocente y lechosa—. Quiero irme a casa. Tengo sueño.

—Yo también. Quizá si no te pelearas conmigo en el aire, durante las lecciones de vuelo, los dos estaríamos mejor —dice, ahora con un ligero acento cockney.

—Es que se me revuelve la barriga cuando subimos tan alto. —La niña bosteza—. ¿Aún no es hora de ir a la cama? Tengo frío.

El niño sacude la cabeza y señala la imagen una vez más.

—Primero sus secretos. Después te llevaré de nuevo a tu cálida camita.

La niña suspira y se deja envolver en una de las alas del muchacho, enroscándose contra las suaves plumas. Al mismo tiempo, siento una oleada de calor y bienestar, un reflejo de lo que ella debe sentir. Se acurruca en el túnel satinado, envuelta en su olor a miel y regaliz.

—Despiértame cuando sea la hora de irnos —dice ella, con voz apagada.

El chico se ríe, sus ojos siguen ocultos tras la salvaje mata de pelo. Tiene los labios redondeados y de textura oscura, que contrasta con su piel pálida. Sus dientes son rectos, blancos y brillantes.

—Eso es trampa, querida.

Aparta el ala y deja a la niña temblando y enfurruñada.

Se deja caer sobre el estómago en el suelo. Sus alas se extienden a ambos lados como lagos de reluciente oro negro, mientras se inclina sobre la pila de cadáveres de mariposas. Después de clavar la aguja en el abdomen de una de ellas, la desliza en el collar detrás de las demás.

La chica observa, fascinada.

—Quiero clavar la aguja yo también.

Él levanta la mano y muestra cinco dedos, blancos, gráciles y esbeltos.

—Cuéntame cinco secretos y te dejaré clavar una mariposa por cada uno de ellos.

La niña da palmas y toma el boceto de la Reina de Corazones y lo deposita en su regazo.

—Le gusta la ceniza en su té, con las brasas aún ardiendo.

El chico asiente.

—¿Por qué?

Ella ladea la cabeza y se muerde los labios, pensativa.

No sé cómo, pero conozco la respuesta. Me contengo, esperando a ver si la niña también lo sabe, deseando que acierte.

El muchacho levanta la hilera de mariposas y bromea:

—Parece que tendré que terminar el collar yo solo.

La niña se pone en pie de un salto, sus piecitos golpean la hierba.

—¡Oh, ya lo sé! La ceniza tiene que ver con su mamá, es algo de su mamá.

—No basta con eso —dice el chico, y clava otra mariposa en la aguja. La pila de cadáveres comienza a menguar. Sonríe malévolamente.

La frustración de la niña es tangible. No es la primera vez que él la azuza de esa manera. Insiste con firmeza, hasta que ella le responde; pero él tiene

otra cara, más amable y paciente, que la anima. Puedo notar el afecto y el respeto que la niña tiene hacia él.

Clava otra mariposa, chasqueando la lengua.

—Qué lástima que no puedas ayudarme. De todos modos, creo que eres demasiado pequeña como para sostener bien una aguja.

La niña gruñe, enfadada.

—No es verdad.

Cansada de la arrogancia del chico, grito la respuesta:

—¡El silbido del vapor cuando las brasas se apagan en el té! Eso calma a la reina. Le recuerda al susurro con el que su madre aplacaba su llanto de bebé.

Los dos vuelven la cabeza hacia mí, como si me hubieran oído. El rostro de la niña es una vívida realidad: soy yo, exactamente, la misma imagen de mis fotografías de cuando iba a la escuela, con el mismo hueco del diente que me faltaba. Pero es la cara del chico, sus ojos negros tan conocidos y familiares, de pura tinta, lo que me devuelve de golpe al suelo de mi salón, y desvanece la pradera que me rodeaba.

Estoy bloqueada. ¿Es posible? Esto no son recuerdos de ninguna película, son mis *propios* recuerdos. Y si tenía estos recuerdos atrapados en mi interior, ¿qué más me ocurrió que ya no puedo recordar?

¿Es posible que haya ido de verdad al País de las Maravillas, que haya pasado tiempo con sus seres mágicos y sus criaturas?

Inspiro trabajosamente una bocanada de aire. Es imposible. Yo nunca he estado allí.

Con las yemas de los dedos, recorro en el esbozo el perfil del pelo en llamas de la Reina de Corazones. Si nunca he estado ahí, ¿cómo sabía lo de la reina y su madre? ¿Cómo sé que fue una joven princesa solitaria, después de la muerte de su madre, porque el rey no soportaba la idea de estar con ella, debido al parecido que guardaba con su difunta esposa? ¿Cómo sé lo triste que estuvo cuando su padre volvió a casarse, porque son las reinas las que gobiernan en el País de las Maravillas?

Lo sé porque él me lo enseñó. El chico alado.

Británico. Recuerdo la voz en mi cabeza, el póster y los ojos sin fondo del

muchacho, ojos negros que sangran tinta. Su desafío resurge en mi mente: *«Te estoy esperando en la madriguera del conejo, querida. Encuéntrame»*.

Querida. Así es como el chico se dirigió a la niña; así es como él me llama, vuelvo a recordarlo. Es la misma persona, la misma criatura. Pero es más mayor, como yo. De repente siento como si le hubiera echado de menos durante años. Mis emociones salen corriendo en dos direcciones distintas, una mezcla de terror y nostalgia, y de repente es como si me estallara la cabeza.

Suena el timbre y me devuelve de golpe a la realidad. El mando de apertura del garaje de papá está estropeado. Debe ser él.

Me pongo en pie. Hay un montón de tapicería desgarrada en el suelo. De los agujeros del sillón caen pedacitos de algodón. Se parece a uno de esos juguetes con plastilina y orificios estratégicamente situados.

Vuelve a sonar el timbre.

Me saco pedacitos de relleno del pelo. ¿Cómo voy a explicarle lo que le he hecho a su sillón?

Con la mente a mil por hora, oculto mis tesoros en la mochila y tomo la decisión espontánea de llevármelo todo a Londres. Luego pienso en las violentas criaturas del Reino de las Profundidades que vi en la página web, y en el muchacho de ojos negros y alas desplegadas que forma parte de algún modo de mi pasado, y decido llevarme también la navaja suiza de papá.

Después de preparar la mochila, me abalanzo hacia la puerta y, echando un vistazo por encima del hombro al desastre del salón, quito el cerrojo y la abro.

Jeb aparece en el porche, guardando su teléfono en el bolsillo del esmoquin. Trato de conservar la calma.

—Hola.

—Hola —replica. Un relámpago azota las nubes que hay a sus espaldas. El resplandor ilumina sus largas pestañas y arroja sombras sobre sus mejillas. Un remolino de viento me acerca el olor de su colonia.

Quizá ha venido a disculparse. Eso espero, porque ahora mismo no me iría nada mal contar con su ayuda.

—Tenemos que hablar —dice. La aspereza de su voz hace sonar mis alarmas al instante. Me pongo a la defensiva. Se aproxima hacia mí, una torre en el umbral de mi puerta. A pesar del esmoquin, tiene el mismo aire

desaliñado: con su barba de dos días y su pañuelo alrededor del biceps izquierdo. En lugar de una camisa, ha optado por ponerse una camiseta blanca de tirantes, y unas botas militares negras completan su aspecto. A la Paris Hilton del instituto Pleasance High le dará un ataque cuando vea la forma en que Jeb ha personalizado su look de etiqueta.

—¿No deberías estar de camino a tu baile de gala? —pregunto, cautelosa, tratando de adivinar qué quiere.

—No conduzco yo.

Traducción: Taelor va a recogerle con la limusina de su familia y llega tarde, como debe ser.

Aprieta los nudillos contra los arabescos tallados del marco de la puerta, y su mandíbula está igual de tensa. Está claro que está enfadado por algo. ¿Qué puede ser? Soy yo la que merece una disculpa, y una muy humilde, por cierto.

—¿Puedo pasar?

Bajo el labio, un nuevo *piercing* con una piedra granate resplandece a la luz del porche. El misterio de la compra en la joyería está oficialmente resuelto.

—Qué adorable —me burlo—. Taelor te ha regalado joyas para los labios. Y encima brillan.

Se acaricia el *piercing* con la punta de la lengua.

—Está intentando ser diplomática.

Una oleada de ira me sube por la boca del estómago cuando me acuerdo de Londres y de todo lo que me dijo Taelor.

—Pues claro que sí. Porque es maravillosa, multiplicada por ocho, y eso sin contarle las piernas.

Jeb frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que Taelor tiene toda la diplomacia de una viuda negra. El granate es su piedra de nacimiento. Llevas su cumpleaños en el labio. Menuda manera de envolverte en su tela de araña.

Me observa muy serio, aún con el ceño fruncido.

—Vamos, no seas tan dura con ella. Ha tenido un día bastante malo.

Perdió el monedero, y llevaba un buen fajo de dinero dentro. —Hace una pausa y pasa el dedo por uno de los arabescos de madera—. La última vez que recuerda haberlo visto fue en tu tienda. Pero dice que si lo hubieras encontrado, ya la habrías avisado. ¿No lo viste, verdad?

Contengo la culpa que me asalta y digo:

—No, y tampoco soy la Guardiana Real del monedero de Su Majestad, para tu información.

—Venga, Ali. Ten un poco de compasión, ¿vale? ¿Es que no le has hecho ya bastante daño?

—¿Que yo le he hecho daño a *ella*?

—Me refiero a cuando le restregaste que su padre no se preocupa tanto por ella como el tuyo por ti. No sabes lo que es eso. Tu padre... Tienes mucha suerte. Ninguno de nosotros ha disfrutado de algo así en su vida, y es un tema muy delicado para ella, no lo lleva bien. Eso fue muy frío por tu parte.

Hablando de frío, se me hiela la sangre. Me muero por contarle lo que Taelor me dijo para provocar una reacción así, pero no debería. Hubo un tiempo en que él confiaba en mí lo suficiente como para ponerse de mi lado sin cuestionar nada.

Ahora intenta por todos los medios que Taelor y yo nos llevemos bien. Pero yo no tengo ningún problema. Aparte de ser una mentirosa y una ladrona, claro.

Todo se arremolina contra mí: los extraños descubrimientos que estoy haciendo, mi amistad con Jeb cayéndose a pedazos, mi familia y sus problemas. Me siento a punto de estallar. Trato de cerrar la puerta de golpe, pero Jeb introduce el pie y lo impide. Me aparto de un tirón cuando las bisagras gruñen y la puerta vuelve a abrirse.

Pone la mano en el pomo para que no pueda volver a cerrarla. Gotas de lluvia brillan sobre sus cabellos; sin duda se habrá pasado horas perfeccionando ese peinado que tan bien le sienta. Seguro que es la única parte de su apariencia que Taelor aprueba. Yo en cambio le prefiero con un aspecto más descuidado y espontáneo: el pelo desordenado, el cuerpo empapado en sudor y su piel morena salpicada de aceite de motor o acuarelas. Ese es el Jeb con el que yo crecí. El chico en el que podía confiar. El que ya no está conmigo.

Endurezco mi mirada y mi corazón.

—Si has venido a echarme la bronca por haberle hecho daño a tu novia perfecta, ya puedes irte con la conciencia tranquila. ¡Misión cumplida!

—Qué va, ni siquiera he empezado. Jen me mandó un mensaje. Hitch contactó con ella. Supongo que no es tan mal tipo como pensábamos, porque se preguntaba en qué lío estabas metida. Porque le pediste un pasaporte falso para esta misma noche, ¿no?

Tengo la garganta seca y no sé qué decir. Quisiera deslizarme entre los huecos del linóleo.

—Ahora no tengo tiempo para esto —murmuro.

—¿Y cuándo tendrás tiempo? Quizá puedas mandarme un SMS desde el avión.

Me doy la vuelta, pero me sigue hasta el vestíbulo. Me enfrento a él antes de que alcance el salón y me cruzo de brazos, tratando de contener el impulso que siento de golpearle.

—No puedes entrar en mi casa, no sin que yo te invite formalmente.

Se recuesta contra la fotografía enmarcada de Alison, la de un campo de trigo en plena época de cosecha.

—No me digas. —Con el tacón de la bota, empuja la puerta hacia atrás y cierra. La tormenta y el olor a lluvia quedan fuera. En voz baja, dice—: Que yo sepa, no soy ningún vampiro.

Aprieto los puños, furiosa, y doy un paso atrás. Me topo contra el borde de la alfombra que marca la entrada al salón.

—Pues tienes mucho en común con ellos.

—¿Porque soy un tipo nocturno?

—Acabas de leerme la mente. Mira, una señal más de que eres un chupasangre.

Con una mano, agarro la llave que cuelga bajo mi camiseta.

Jeb extiende el brazo y me agarra la otra mano, retorciendo mi guante al atraerme hacia el vestíbulo. Se inclina sobre mí, tan cerca que los bordes de mi minifalda arrugada rozan sus muslos.

—Si pudiera leerte la mente, sabría lo que te pasa por la cabeza y podría

entender cómo se te ocurre la idea de viajar al extranjero, en mitad de la noche, sin decírselo a nadie.

Trato de zafarme, pero no me deja.

—Hitch no es más que un instrumento. Le dije que quería un carnet de identidad falso, no un pasaporte. Se ha confundido.

Jeb me suelta, pero aún me mira fijamente. No se relaja.

—¿Para qué necesitas un carnet de identidad falso?

Mi cabeza me juega otra mala pasada, oleadas de furia azotan mi cerebro y me mueven a torturar a Jeb, a pulsar todas las teclas que sé que van a dolerle.

—Para irme de copas, conocer chicos. Vivir un poco, coger algo de experiencia. Ya sabes, para estar lista cuando llegue el momento de ir a Londres y asistir a tu boda real con Taelor.

La explosión de veneno surte efecto. La expresión de Jeb se transforma, una mezcla de fiereza y de fragilidad, como si sus sentimientos se hubieran roto en mil pedazos y al mismo tiempo quisiera estrangularme. Dice:

—¿Qué nos está pasando?

Me encojo de hombros y me miro la punta de las botas, apartando la sensación angustiosa que me asalta. La lluvia golpea las ventanas, expandiendo la burbuja de silencio que hay entre los dos. Me giro y huyo hacia el salón, sin preocuparme siquiera por el estado en que lo dejé.

Jeb me sigue. Es como si yo fuera el Conejo Blanco tratando de escapar del Tiempo. Me agarra por el borde del corsé y me da la vuelta bruscamente, obligándome a mirarle. Su expresión se endurece al ver por encima de mi hombro el sillón destrozado.

—¿Qué ha pasado con los apliques de tu madre? —Me agarra por los hombros—. Espera... ¿Algo ha ido mal en el psiquiátrico?

Me libero de sus garras y pongo ambas manos encima de mi estómago para tranquilizar la sensación febril que me envuelve.

—Alison tuvo una regresión. Grande. ¿No te lo dijo Jen?

Me observa con más intensidad aún, absorbiendo cada ligero cambio en mi expresión.

—Tenía prisa. Solamente me habló de lo de Hitch. ¿Es por lo de tu madre? Todo este numerito, ¿es por lo que le pasa?

Se me encienden las mejillas. *Este numerito*. Como si fuera una niña de cuatro años que tiene una pataleta. Si pudiera ver lo que sucede ahora mismo dentro de mí, quizá hasta tendría el sentido común de asustarse.

De repente, me doy cuenta de lo cerca que estoy de perder la razón; me balanceo al borde del precipicio, a punto de caer en la locura de las cosas que estoy empezando a creer. Me estremezco. Jeb abre los brazos.

—Ven aquí.

Ni siquiera lo dudo. Me dejo caer en sus firmes brazos, deseosa de algo que sea normal, sano y estable.

Nos guía hasta el sofá, sin romper mi abrazo desesperado, con las manos alrededor de mi cintura, mis pies sobre sus botas como si estuviéramos bailando un vals. Respiro su aroma de lavanda y chocolate hasta que me hundo en él. Nos dejamos caer juntos encima de los cojines. Ni me doy cuenta de que estoy llorando hasta que me aparto y su camiseta se pega a mi mejilla húmeda.

—Lo siento —digo, tratando de limpiar la mancha de maquillaje en el lado izquierdo de la camiseta.

—Tiene fácil arreglo. —Jeb se abrocha la chaqueta y oculta la mancha.

—Ahí va mi dignidad —susurro, secándome la cara.

Él aparta algunos cabellos que se han pegado a mis sienes, húmedas por la tensión y la lluvia.

—¿Dignidad? Mira esto. —Saca algo del bolsillo interior de su chaqueta—. El comité de la fiesta votó que el baile de promoción sería una mascarada a la veneciana. Tae me ha comprado una.

—¿Un baile de promoción de máscaras? Qué original.

Fuerzo el sarcasmo, agradecida porque no ha mencionado el sillón destrozado ni a Alison. Me da igual si es por su comodidad o la mía.

—No puedes reírte —dice mientras se pone la máscara, un antifaz de satén negro con una goma elástica. Alrededor del hueco para los ojos hay unas minúsculas plumas de pavo real, y también en el borde exterior. Parece como si una mariposa se hubiera estampado contra su cara. No puedo

evitarlo. Suelto un bufido burlón.

—¡Eh! —Aparecen sus hoyuelos, y Jeb me da un suave empujón en las costillas con el dedo. Lo agarro, sonriendo.

—Pareces una *drag queen* rebelde.

—Vas a pagar por eso, chica del monopatín. —Empieza a hacerme cosquillas hasta que me retuerzo entre los cojines y me tiene medio prisionera.

—¡Ay! —Me abrazo. Me duelen los costados de tanto reír y llorar.

—¿Te he hecho daño? —Se detiene con las manos en mi cintura.

—Un poco —miento.

Su frente está muy pegada a la mía, sus largas pestañas negras asoman por entre los huecos de la máscara. Su expresión es de puro remordimiento.

—¿Dónde, en el tobillo?

—En todas partes. Me has hecho cosquillas, ¿recuerdas?

Sonríe de nuevo, aliviado.

—Ah, ya. Bueno, ¿piensas retirar lo que has dicho?

—Claro. Más bien pareces un plumero.

Se echa a reír, luego se quita la máscara y utiliza la goma elástica para propulsarla al otro lado de la habitación, como si fuera un tirachinas. La máscara choca contra la pared y cae al suelo llenándolo de un montón de plumas y satén.

—Ahí se queda —exclamamos los dos a la vez, compartiendo una sonrisa.

Eso es lo que tanto echaba de menos. Estar con Jeb me hace sentir casi normal. Hasta que me acuerdo de que no lo soy.

Me aparto, para distanciarme un poco.

—Deberías irte. No estaría bien que Taelor te viera salir de mi lado de la casa.

Pero él toma mi tobillo izquierdo y lo coloca sobre su regazo.

—Primero quiero ver ese esguince.

Estoy casi a punto de decirle que ya está mejor, pero su mano fuerte y

cálida acaricia la parte posterior de mi rodilla y me callo de repente. Mordiéndome el labio inferior, le observo desatar mi bota. Cuando pasa el dedo índice por debajo del calcetín y acaricia suavemente mi marca de nacimiento, el gesto es tan inesperadamente íntimo que me estremezco.

Clava sus ojos en los míos y me pregunto si él también lo ha sentido. Me está mirando otra vez como si fuera uno de sus cuadros.

Un trueno sacude la habitación y apartamos la vista. Con una ligera tos, digo:

—¿Ves? Ya estoy mejor.

Me libero y vuelvo a atarme la bota.

—Ali. —Su nuez se mueve arriba y abajo mientras traga—. Quiero que te olvides de todo ese lío con Hitch. Sea lo que sea, no vale la pena... —Se detiene un momento y sigue—: No es lo bastante importante como para perder una parte de ti.

Increíble. Debe pensar que soy una mojigata, porque ni siquiera pronuncia la palabra.

—¿Quieres decir mi *virginidad*?

Se pone rojo.

—Te mereces algo mejor que un rollo de una noche. Eres el tipo de chica que debería encontrar un tipo al que realmente le importes, ¿entiendes?

Antes de que pueda contestarle, un ruido de alas me distrae. Al principio creo que es un zumbido que solamente está en mi mente, hasta que noto algo que se mueve sobre el hombro de Jeb. Es un resplandor de luz que parpadea bajo las cortinas de la ventana, iluminando el pasillo. Es inconfundible: la mariposa de luz de Alison —de alas negras, grandes y satinadas, y cuerpo azul y brillante— planea por un instante frente al espejo del vestíbulo, antes de volar hacia mi habitación.

Me da vueltas la cabeza.

—No —digo en voz alta. No puede ser el mismo insecto de la fotografía de mi niñez. Las polillas apenas sobreviven unos días, y en ningún caso durante años.

—¿No qué? —pregunta Jeb, que no ha visto nada porque está pendiente de mí—. ¿Sigues pensando en hacerlo?

El corazón me late tan fuerte que el pulso en mis oídos casi apaga el sonido de la llamada de Taelor en el móvil de Jeb.

—Es mejor que te vayas —le obligo a ponerse en pie y lo arrastro hacia la puerta.

—Espera —dice Jeb por encima del hombro, reacio a irse. Se da la vuelta y me mira, en el umbral—. Quiero saber qué vas a hacer esta noche.

Miro por la ventana, más allá de la lluvia, y veo la limusina blanca frente a su casa. Pienso, por última vez, si debería decirle la verdad. *Voy a Londres a buscar la madriguera del conejo. Aunque estoy aterrorizada de adónde puede llevarme eso, o de quién está esperándome allí abajo. O de lo que sea que se supone que tengo que hacer, una vez allí. Lo único que sé es que tengo que ir.*

Pero las palabras que Taelor ha pronunciado destrozan mi fantasía. Jeb tiene demasiado talento como para perderlo en niñas como tú.

Siento un puñal en el estómago mientras me obligo a decir algo que es lo más duro que jamás he dicho.

—Tú no tienes voz ni voto en lo que yo haga o deje de hacer. Tiraste nuestra amistad por la borda cuando te fuiste con Taelor. Así que olvídate, Jeb. No te metas en esto.

Da un paso hacia atrás, confundido, como si estuviera aprisionado por una neblina.

—¿Que no me meta en qué? —El dolor de su voz me está destrozando—. ¿Quieres que no me meta en tu plan de buscar un colgado cualquiera o que no me meta en tu vida?

Suena la bocina de la limusina y la luz de los faros rasga la húmeda niebla. Antes de que me falle la fuerza de voluntad, musito:

—Las dos cosas.

Cierro la puerta, me giro y caigo al suelo.

Mi espalda se clava en la pesada puerta de madera. El arrepentimiento invade mi corazón, ya cargado de dolor y dudas, pero no puedo dejar que esto me detenga. En cuanto oigo los neumáticos de la limusina gruñendo contra el asfalto mojado, cojo mi mochila. Estoy lista para salir en busca de mi pasado.

En el pasillo, dudo un momento frente a los mosaicos, colgados a ambos lados del espejo. Algo no está bien en el *Latido del invierno*. Los abalorios de

cristal plateados que forman el árbol laten resplandecientes, y los grillos del fondo mueven las patas al unísono. Frotan las alas, formando un inquietante ruido de gorjeos.

Trago saliva y cierro los ojos hasta que el ruido se detiene.

Vuelvo a mirar.

El mosaico está normal. Quieto e inanimado.

Gimo y me aparto. Un crujido rompe el silencio en mi habitación. Dejé la puerta entreabierta un rato antes, y a través de la rendija veo una suave luz azul. Tiene que ser el cuerpo de la mariposa de luz. Empujo la puerta, aliviada y al mismo tiempo decepcionada al darme cuenta de que me he dejado encendida la luz del acuario.

El corazón me late mientras extendiendo la mano para apagarla.

De repente, cae un relámpago. La luz se va y todo queda sumergido en la oscuridad.

Aprieto con tanta fuerza el marco de la puerta que hundo las uñas en la madera. El sonido de alas moviéndose se oye de un lado a otro de la habitación, oscura como la boca del lobo. Mi pulso late desbocado. Mi instinto me dice que salga corriendo hacia el pasillo y la puerta principal e intente alcanzar a Jeb para que me proteja.

Pero oí cómo se iba la limusina. Él ya no está aquí.

Algo suave me roza la cara. Chillo. Tropiezo hacia delante, busco a tientas en el primer cajón de la cómoda y encuentro una linterna. La enciendo. La luz amarillenta se posa sobre la pintura que Jeb me regaló y las jarras con cadáveres de insectos.

Se me ponen los pelos de punta mientras me acerco a mi espejo de cuerpo entero. El cristal está rajado de arriba abajo, como un huevo duro y cristalizado que alguien hubiera golpeado con una cucharita para pelarlo y comérselo.

¿Qué dijo Alison acerca del espejo roto? ¿Que acabarían con mi identidad?

El reflejo que devuelve está hecho añicos: cientos de calcetines de rayas asoman por encima de mis botas de caña alta, y las medias rojas de rejilla se multiplican en mis piernas; miles de corsés envueltos sobre otras mil camisetas. Luego cien rostros míos, con ojos azules como el hielo, emergen

con manchas de lápiz de ojos verde.

Y allí, tras mis múltiples cabezas, unas alas negras que baten y un brillo azulado. Me giro y enfoco con la linterna, esperando encontrar la mariposa de luz a mis espaldas.

Nada.

Cuando vuelvo a mirar el espejo, un grito se abre paso en mi garganta. Detrás de mí veo la silueta de un chico. La imagen está distorsionada y rota en incontables pedazos, excepto por sus ojos de tinta y su boca oscura y bien formada. Es lo único que veo claramente. Es el chico de mis recuerdos. Pero ahora es un adulto.

6

En la madriguera del conejo

—*Adorable Alyssa* —sus labios siguen moldeando ese acento *cockney* que oí antes en la tienda—. *Puedes curar a tu familia. Utiliza la llave para traer tus tesoros a mi mundo. Corrige los errores de Alicia y rompe la maldición. No te detengas hasta encontrarme.*

¿Qué quiere decir con «los errores de Alicia»? ¿Es que algo de lo que hizo en el País de las Maravillas ha causado todo esto?

El peso de mi mochila me mantiene clavada donde estoy mientras lo contemplo, cautivada. Tengo miedo de girarme y ver si está detrás de mí, miedo de que la silueta y la hermosa voz sean sólo producto de mi frenética y deteriorada mente.

—¿Eres real? —susurro.

—¿*Te parezco real?* —me devuelve el susurro haciéndome sentir su cálido aliento sobre mi cuello.

Unas manos fuertes se me enroscan por detrás provocando que hasta el último nervio de mi cuerpo se ponga a bailar. Me vuelvo. La luz de la linterna aparta la oscuridad y no desvela nada, pero la presión de unos dedos expertos sobre mi abdomen no desaparece. Sobrecogida por las sensaciones que recorren mi cuerpo, dejo que mi mano siga su tacto, desde el ombligo hasta la cinta de mi falda. Me fallan las rodillas pero, de algún modo, no me caigo, como si ese hombre fantasmal me sostuviera.

—*Recuérdame, Alyssa.* —Siento que una nariz me acaricia el pelo—. *Recuérdanos.*

Empieza a tararear una hechizante melodía. No hay letra, sólo las notas familiares de una canción olvidada hace tiempo. En el mismo instante en que

termina su tarareo cesa también el abrazo. Me tambaleo y casi pierdo el equilibrio. En los reflejos rotos del espejo, la mariposa nocturna ha vuelto a reemplazar al hombre. De algún modo, la mariposa y él están unidos.

Debería estar aterrorizada. Deberían encerrarme. Pero hay algo sensual y excitante en ese ser de las profundidades, algo más evocador de lo que jamás haya visto antes.

Alargo la mano hacia uno de los reflejos de la mariposa, apuntando a una grieta que parte la imagen en dos. Mi dedo toca el espejo, pero en lugar de palpar un borde afilado, siento un tacto como de metal esculpido. Acerco la linterna y veo que lo que me había parecido una grieta no lo es en absoluto: es el ojo de una cerradura diminuta e intrincada.

Con manos temblorosas, saco la llave de debajo de mi falda y la apunto hacia la cerradura.

—*Así no* —me reprende mi oscuro guía, aunque no lo veo por ninguna parte—. *Te he enseñado a hacerlo bien. Olvidas un paso.*

Tiene razón. Lo recuerdo.

—Visualiza el lugar al que quieres ir —digo, repitiendo las palabras que me había dirigido años atrás. La llave concede deseos y abrirá el espejo para mí. Dejo caer la mochila al suelo, saco el folleto con el reloj de sol y lo contemplo. Cuando levanto la vista, es la imagen del folleto la que me contempla desde el reflejo roto. Inserto la llave en la cerradura y la giro.

El espejo se vuelve líquido y en la superficie se forman ondas que me absorben la mano. La aparto de golpe y la llave cae sobre mi pecho, suspendida en su cadena. Alzo los dedos y los miro. Tienen el mismo aspecto de siempre... no les ha pasado nada. Ni siquiera están mojados.

Un chisporroteo hace que mi atención regrese al espejo. El vidrio partido se alisa, formando una acuosa ventana en lugar de un reflejo. Es un portal que se abre a un jardín inundado de luz solar y lleno de flores en el que aguarda la estatua con el reloj de sol.

—*Deséalo con todas tus fuerzas.* —La orden flota en mi cabeza, tan pacífica como si fuera un eco de mi pasado—. *Y luego entra.*

Tengo un momento de lucidez. Si voy a ser mágicamente trasladada a Londres, necesito poder regresar a casa de algún modo. Agarro el estuche en el que guardo el dinero y lo meto en la mochila. También meto la linterna.

¿Quién sabe lo oscura que será la madriguera del conejo?

Doy un paso adelante y dejo que mis manos se adentren en el espejo líquido hasta los codos. Al otro lado, una fresca brisa recibe a mis brazos. Alguien me acaricia, desde el codo hasta la muñeca... sus yemas son tan suaves y expertas que desatan una tormenta de fuego en mis venas.

Conozco ese tacto y, sin embargo, es tan diferente ahora. Ya no es inocente y tranquilizador.

Cuando miro al portal, mis manos enguantadas aparecen en el paisaje del otro lado y proyectan una sombra sobre la hierba que hay junto a la silueta alada del hombre.

Antes de que pueda verlo con claridad, desaparece.

Vacilo y pienso en Jeb. Es casi como si pudiera oír su voz llamándome desde algún lugar lejano. Desearía que estuviera aquí ahora, que pudiera entrar conmigo.

Pero no puedo volver la vista atrás. Aunque parezca una locura, ese tipo en el espejo tiene las respuestas a todo lo que ha sucedido en mi pasado. Ésta es mi oportunidad de encontrar el País de las Maravillas, de librar a la stirpe de los Liddell de esta maldición y de salvar a Alison. Si lo consigo, por fin seré normal. Quizá lo bastante normal como para confesarle a Jeb mis verdaderos sentimientos.

Inspiro y me sumerjo en el espejo.

* * *

Doy vueltas en una niebla de verdes, azules y blancos que deshace mis sentidos como si fueran un rollo de gasa. Un hormigueo recorre mi cuerpo, como si unas agujas minúsculas estuvieran cosiendo mis fragmentos para unirme. Caigo de espaldas al suelo y espero, cerrando los ojos con fuerza y sintiendo cómo la mochila se me clava en la columna.

El mareo remite y me envuelve un aroma de tierra húmeda y aire fresco. Parpadeo al abrir los ojos ante un sol resplandeciente y un cielo azul. Es extraño. Si estoy en Inglaterra debería ser de madrugada... deberían faltar horas para el amanecer. De algún modo he llegado a este lugar en el mismo momento del día que aparece en la fotografía del folleto y que es también el momento que visualicé. Las briznas de hierba atraviesan mis guantes cuando apoyo las palmas de las manos para sentarme. La estatua del chico con el reloj

de sol está a sólo unos pasos.

Detrás de mí hay una fuente en la que el agua fluye por paneles con espejos tan altos como yo. Deben ser el otro lado del portal que he cruzado, porque tengo el pelo y la ropa un poco mojados. Una verja con barrotes de hierro forjado proyecta su sombra en el jardín.

Me quito la mochila, la dejo en el suelo y me limpio las manchas de barro de la falda y las mallas.

El canto de los pájaros y el ruido de fondo de las flores y los insectos *suenan* reales. *Siento* como si fuera la brisa que agita el follaje de los árboles fuera real. La fragancia de las rosas blancas de un rosal que hay al otro lado de la estatua huele como si fuera real. Todos mis sentidos me dicen que esto no es una alucinación.

Mi imaginación no habría podido conjurar manos como las de mi guía, ni la canción que alumbró en mi memoria. Una canción cuya letra se me escapa, pero que de algún modo me define. La melodía me hace sentir reconfortada y segura, como si fuera una vieja nana.

Me concentro en el ruido de fondo. Un susurro muy claro resuena en mis oídos.

Encuentra la madriguera del conejo...

La brisa me trae una suave fragancia. Son las rosas hablándome.

Me arrodillo y gateo hasta la estatua del reloj de sol, dejando una estela en la hierba al moverme. Tiene que haber un agujero o una tapa de metal, algo que pueda ocultar un túnel.

El gran pedestal de la estatua está rodeado por un ornamentado borde de piedra y la hiedra cubre el suelo a su alrededor. Empiezo a escarbar entre sus hojas. El ruido de fondo aumenta de volumen porque estoy alterando el territorio sagrado de arañas, escarabajos y docenas de insectos voladores. Algunos huyen por tierra al acercarse mis dedos, otros se echan a volar. Sus susurros me envuelven como si fueran interferencias en una transmisión de radio, y me guían.

Con la cosa más ligera, abrirás la madriguera.

Me levanto, afianzo los pies sobre la hiedra y le doy un buen empujón a la estatua. No se mueve ni un milímetro.

La apertura se demora si no aciertas con la hora.

La hora. Intento acordarme de las definiciones del poema del «Cocillaba el día». ¿No mencionaba en algún momento las cuatro de la tarde? Según la sombra del reloj de sol, pasa un poco de las cinco. Quizá tenga que hacer retroceder el tiempo de alguna manera.

Intento mover la vara del gnomon para que su sombra caiga en el numeral romano IV. No cede. Quizá baste con que la estatua *crea* que son las cuatro.

Busco entre el contenido de mi mochila y saco la antigua pluma que encontré en el sillón reclinable de mi padre. «Con la cosa más ligera». Centro la pluma sobre la vara y la muevo hasta que su sombra se posa sobre el IV. Luego encajo el cálamo en una ranura para fijarlo en la posición que necesito. El reloj de sol sigue marcando las cinco en punto, pero espero que mi improvisada solución funcione.

De dentro de la base de la estatua se oyen una serie de clics y ruidos, como si estuvieran abriendo compuertas. Con el corazón desbocado, apoyo el hombro contra los brazos de piedra de la estatua. Clavando los talones en la hiedra, empujo la piedra haciendo toda la fuerza que puedo.

La roca se desliza arañando una superficie de metal y finalmente la estatua se cae de su pedestal, levantando una nube de polvo que, al despejarse, revela un agujero del tamaño de un pozo.

Me arrodillo. Remuevo otra vez el interior de mi mochila en busca de mi linterna. La enciendo y escudriño las profundidades del pozo. No se ve el fondo. No puedo tirarme de cabeza a un túnel si ni siquiera alcanzo a ver dónde termina.

Una abrumadora sensación de soledad y pánico se apodera de mi corazón. No me gustan especialmente las alturas —ese es el verdadero motivo por el cual todavía no domino el monopatín—. Me encanta la emoción de deslizarme, pero la caída libre nunca me ha parecido especialmente divertida. En una ocasión fui a descender por la pared del cañón con Jeb y Jenara. La ascensión no fue mal, pero Jeb tuvo que llevarme a caballito durante toda la bajada, durante la cual ni siquiera pude abrir los ojos.

De nuevo desearía que él estuviera conmigo.

Me incorporo. Esa excitación interior que tan bien conozco se activa... me asegura que estoy preparada.

Si la realidad tiene algo que ver con lo que le pasó a Alicia, ella no cayó sino que *flotó* hacia abajo. Quizá las leyes de la física operen de forma distinta

dentro de la madriguera.

Así que puede que no se trate de la longitud de la caída, sino de su *velocidad*.

Dejo caer la linterna. Oscila en un descenso lento, como si fuera una burbuja de luz. Casi me echo a reír.

Bebo un sorbo de agua de una de las botellas que llevo en el fondo de la mochila. Luego cierro la cremallera y vuelvo a colgármela a la espalda.

A gatas, frente a la entrada del pozo, tengo un momento de duda. Yo peso mucho más que un trozo de plástico con pilas. Quizá debería lanzar unas cuantas rocas grandes primero, para asegurarme de que no habrá sorpresas.

—¡Ali!

El grito a mis espaldas hace que me sobresalte. La tierra cede bajo mis manos, pierdo mis asideros y me precipito al vacío chillando.

Dentro, la madriguera aumenta de tamaño. Floto más como una pluma arrastrada por el viento que como un paracaidista acrobático, y mi posición cambia de vertical a horizontal. Mi estómago se revuelve, intentando adaptarse a la sensación de ingravidez.

Por encima de mi cabeza, alguien se tira a la madriguera detrás de mí.

A los pocos segundos me agarra la muñeca y tira de mí para alinear nuestros cuerpos.

No es posible...

—¿Jeb?

Me sujeta con ambos brazos y fija la mirada en el paisaje que pasa ante nuestros ojos.

—Madre de Dios...

—Qué sinsentido más grande —le interrumpo, citando el libro del viaje original al País de las Maravillas—. ¿Cómo es que estás aquí?

—¿Dónde es *aquí*? —pregunta, anonadado por cuanto nos rodea.

Armarios abiertos llenos de ropa, otros muebles, pilas de libros en estanterías flotantes, alacenas, tarros de mermelada y marcos de cuadros vacíos se adherían al azar a las paredes del túnel como si alguien los hubiera pegado allí con velcro. Una hiedra muy espesa se pega a los bordes de cada

objeto y los incrusta en las paredes de tierra, fijándolo todo en su sitio.

Cada vez que pasamos junto a algo, Jeb me atrae hacia él y su expresión muestra una mezcla de temor y asombro. En un momento dado consigo soltar un brazo y agarro un tarro envuelto en hojas. Lo pongo entre nosotros y abro la tapa, y entonces estiro un poco el brazo para dejar el tarro boca abajo, flotando junto a nosotros. Un hilillo de mermelada de naranja empieza a derramarse y se queda suspendido a nuestro lado mientras caemos más hondo, más hondo, más hondo, hasta que nuestros pies se posan suavemente en el suelo, como si nos hubieran bajado con cuerdas.

La entrada a la madriguera del conejo se ha convertido en un minúsculo punto de luz solar en lo alto. Estamos en un habitación vacía y sin ventanas cuyo techo forma una cúpula y que está iluminada por velas que cuelgan boca abajo metidas en candelabros. El aroma de cera y el polvo nos rodean. Me tiemblan las piernas como si hubiera estado dando vueltas a la pista de atletismo toda una semana. Debemos haber caído al menos ochocientos metros. Todavía estamos abrazados: ninguno de los dos quiere soltarse.

Tras unos minutos, Jeb finalmente se separa medio metro y se queda mirándome fijamente, como queriendo ver mi interior.

—¿Cómo es posible? —susurro, sin creer todavía que esté aquí.

Él palidece y niega con la cabeza.

—Yo... he resbalado en el porche porque el suelo estaba mojado por la lluvia. Tiene que haber sido eso. Sí, debe ser por eso que estoy mojado. Y ahora estoy soñando esto. Pero... —Aprieta su frente contra la mía y tomo nota mentalmente de todos los demás lugares en que nuestros cuerpos se tocan. Sus manos ascienden por mi pecho hasta detenerse en mis mejillas—. Tú pareces real —susurra, mezclando su aliento cálido con el mío. Todos los puntos de contacto entre nosotros se calientan al rojo vivo—. Y estás tan guapa.

De acuerdo, eso demuestra que está trastornado y conmocionado. En primer lugar, jamás me había dicho algo así. En segundo lugar, mi maquillaje a estas alturas debe parecer un periódico mojado.

La llave. Tiene la capacidad de conceder deseos. Mi guía oscuro me dijo que *desea con todo mi corazón*. Así que cuando visualicé a Jeb a mi lado antes de entrar, porque quería que estuviera conmigo, provoqué que me acompañara.

Pero yo nunca pretendí arrastrarle a esto.

Entrelazando mis dedos con los suyos, aparto suavemente sus manos de mi rostro.

—Quizá exista algún modo de hacer que vuelvas —digo, aunque tengo la inquietante sensación de que no es así. Algo de lo que me acaba de decir cobra sentido de repente—. Espera... ¿qué quieres decir con que resbalaste en el porche? Oí que la limusina arrancaba y se iba.

—Tae y yo nos peleamos y se marchó al baile de graduación sin mí. Quería verte otra vez... no podía dejar las cosas como habían quedado. Llamé a la puerta pero no contestaste. Como estaba abierta... debe haber sido entonces cuando me golpeé la cabeza.

Le agarro por los hombros.

—No te diste un golpe en la cabeza. Estamos de verdad aquí. Esto es real.

—Ajá. —Da un paso atrás—. Eso quiere decir que de verdad atravesaste el espejo. Y que de verdad me tiré detrás para intentar sacarte. Luego quedé atrapado en la copa de un árbol y tuve que bajar para encontrarte. No. No es posible.

—Esto no debería haber pasado —murmuro, luchando contra la culpa—. El País de las Maravillas es mi pesadilla, no la tuya.

—¿El País de las Maravillas? —Señala el túnel por el que hemos caído—. ¿Eso era la madriguera del conejo?

—Sí. Alison había ocultado pistas sobre este lugar bajo las margaritas del sillón de papá. Por eso las arranqué.

Me basta una mirada al rostro de Jeb para saber que no cree una palabra de lo que le digo.

Respiro hondo, me quito la mochila y saco el folleto y los demás tesoros. Me planteo hablarle de la mariposa nocturna y el guía oscuro, pero esos detalles se aferran a mi interior y no quieren salir, como una masa inamovible.

—Todavía no he podido estudiar bien la mayoría de las cosas —añado—, pero creo que me están guiando hasta aquí. Creo... creo que el libro de Lewis Carroll no era exactamente de ficción. Creo que era un relato real de las experiencias de mi tataratatarabuela, con algunas diferencias. Por ejemplo, Carroll no menciona nada de un reloj de sol tapando la entrada de la madriguera.

Ambos levantamos la mirada hacia el minúsculo punto de luz en lo alto.

Jeb se mece hacia delante y atrás, como si estuviera mareado. Finalmente se serena y vuelve a concentrarse en mí.

—¿Sabe tu padre que has encontrado estas cosas?

—No. Si lo hubiera sabido habría firmado incluso antes el permiso para someter a Alison a terapia de electrochoque.

—¿Electrochoque? Creía que se había dado un golpe en la cabeza en un accidente de tráfico y que había sufrido daños cerebrales.

—Era una tapadera. No hubo ningún accidente. Hace años que la tachan de loca por creer en el País de las Maravillas. Ahora puedo demostrar que lleva razón. Que todo lo que dice es real.

Las dudas ensombrecen el rostro de Jeb.

—Primero tenemos que volver. Y no va a ser fácil.

Tiene razón. No hay ninguna puerta. Es como si hubiéramos caído dentro de la botella de un genio y la única forma de salir fuera convertirnos en humo y ascender.

—Tenemos que pedir ayuda. —Saca su teléfono móvil de un bolsillo de la chaqueta. Tras pulsar varias teclas, frunce el ceño.

—¿No hay cobertura? —pregunto.

Mete el teléfono en mi mochila y revisa el resto de objetos con expresión decidida.

—¿Qué más tienes por aquí?

Una abeja vuela a mi alrededor y la espanto con desgana.

Debe haber entrado también por el agujero bajo la estatua.

—Agua embotellada... un par de chocolatinas. Cosas de la escuela...

Me acuclillo a su lado y alargo el brazo, asegurándome de que no abra el estuche de lápices; luego apartó el libro del *País de las Maravillas* de Alison y cojo los guantes blancos que encontré en la silla. Me quito los mitones y me pongo los guantes en su lugar. Me van perfectos, como hechos a medida. A continuación me coloco la horquilla en el pelo, justo encima de mi oreja izquierda. Tengo un vago y lejano recuerdo de haber jugado a los disfraces con mi compañero de las profundidades utilizando estos objetos. Ahora no

puedo resistir el impulso.

Jeb saca la navaja suiza de papá. Me la muestra levantando las cejas.

—¿Me la prestó un *Boy Scout*? —digo, pestañeando.

Se la guarda en el bolsillo de sus pantalones de esmoquin.

—No cuela. Me peleé con buena parte de nuestros vecinos cuando iba a séptimo y me quedé muchos botines tras las batallas. Pero los *Boy Scout* no llevan navajas tan buenas como ésta.

Me calmo un poco al ver que me dedica una sonrisa. No estoy segura de si cree que todo esto es real o si aún piensa que está soñando, pero veo que al menos intenta tomárselo con humor.

Cierra la cremallera de la mochila y el sonido de los dientes de metal entrelazándose resuena en la sala. La abeja vuelve a zumbar cerca de mi cabeza. Me doy cuenta de que esos dos son los únicos sonidos que oigo. No hay ruido de fondo. No hay ningún susurro, ningún murmullo, ningún indicio de palabra.

Por primera vez en cinco años, sé lo que es el silencio.

Cierro los ojos y dejo que penetre en mí, suave y tranquilizador.

El silencio. Es. Una bendición.

Inspirada por ese pensamiento, me levanto para explorar.

—No te alejes, patinadora. —Jeb coge la linterna, que había acabado en la mesa redonda en el centro de la sala.

No debería pensar en estas cosas después de haberlo traído hasta aquí, pero es asombroso lo que me gusta oír mi apodo. Me detengo junto a las paredes a rayas púrpuras en las que están los candelabros colgados al revés. El suelo circular está cubierto de baldosas blancas y negras. Bajo cada una de las velas hay un montón de cera cremosa y aromática del tamaño de un hormiguero. Es un misterio por qué la mecha no se apaga. Aunque la cera se derrite, las velas no parecen consumirse.

—No puedo creerlo —dice Jeb. Sostiene en la mano una botella marrón oscuro con una etiqueta atada al cuello, como si fuera un precio—. BÉBEME —lee en voz alta.

—No puede ser.

Voy hasta él para verlo con mis propios ojos.

—Esto te hace encoger o algo, ¿no? —pregunta.

—Según el libro, sí. ¿Hay un pastel pequeño en esa caja de cristal bajo la mesa?

Mientras guardo la botella en mi mochila, se agacha a mirar la cajita.

—Sí, hay un pastelillo sobre un cojín de raso. Parece que tiene pasas encima. Forman la palabra «CÓMEME».

—Sí, es el pastel que te hace volver a crecer.

Saca un pañuelo de la manga de su esmoquin y envuelve con él la cajita que contiene el pastelillo.

—Supongo que también querrás guardarlo, ¿no? Como prueba.

Asiento. Pero no son pruebas lo que estamos recogiendo. Algo me dice que puede que necesite utilizar estas cosas más adelante, cuando haya enviado a Jeb casa y pueda continuar sola.

De vuelta a las paredes, busco una salida. A cada tanto cuelgan cortinas de terciopelo rojo, de cuyos remates, parecidos a pomos, penden cuerdas doradas. Son lo bastante grandes como para ocultar una puerta. Aparto la primera, esperando encontrar alguna puerta antigua que pudiera tener una cerradura que encajara con la llave que tengo colgada en el cuello. Pero no hay nada tras la tela. Aparto una segunda cortina con idéntico resultado.

—Mira esto —Jeb retira la sábana que cubre un artefacto de madera apoyado contra la pared opuesta. Cuerdas, poleas y una enorme esfera de reloj forman la enrevesada estructura. En un cartel dice: «RATONERA DEL GALIMATO». Pienso inmediatamente en el poema del Galimatazo que aparece en los libros de Carroll. El hecho de que el nombre esté escrito de forma distinta es otra pequeña inconsistencia con unos libros que me sé de memoria.

Los personajes del País de las Maravillas están pintados en la parte delantera del artilugio con colores muy vivos. Por la parte de atrás sobresale una larga plataforma, conectada a unas poleas.

—Parece un invento de los de Rube Goldberg —dice Jeb, ladeando la cabeza para estudiarlo mejor.

—¿De quién?

—Rube Goldberg. Un dibujante e inventor. Dibujaba complejos artefactos que realizaban tareas sencillas de formas tremendamente complicadas. Este aparato es una ratonera.

Le miro con incredulidad.

—¿Qué? —pregunta.

Me echo a reír y sacudo la cabeza.

—Se te ven los calzoncillos de *geek*. Pensaba que era una faceta que habías dejado atrás en séptimo.

Por aquel entonces estaba obsesionado con construir cosas como laberintos o rampas para canicas que fabricaba con su padre en el garaje. Fue la única vez que los vi bien juntos.

Una sonrisa triste asoma en su rostro y sé que él también está pensando en lo mismo.

—¿Y qué es eso que hay en la plataforma? —pregunto, para cambiar de tema, reprendiéndome mentalmente por haberlo sacado a colación.

Da unos golpecitos a lo que parece un trozo de queso.

—Es una esponja. Me pregunto si la trampa funciona de verdad.

—Sólo hay una manera de saberlo.

Alargo la mano hacia una palanca que dice *Empújame* en letras rojas.

—Espera. —Jeb deja caer la sábana y me aparta de un tirón—. ¿Por qué iban a poner una ratonera aquí abajo? ¿Y si está pensada para cazar presas más grandes como, por ejemplo, intrusos?

La abeja regresa y vuelve a zumbar junto a mí. La espanto. Perezosamente, se queda unos momentos suspendida en el aire y luego se posa en la misma palanca que yo iba a accionar.

Con un chirrido, la máquina pone en marcha una reacción en cadena.

Primero, el minutero del reloj avanza hasta el numeral romano IV. Eso activa una polea que a su vez hace girar un sacacorchos por un nido hasta que su punta aparece al otro lado y empuja una baldosa que estaba en equilibrio en el siguiente nivel.

Jeb y yo retrocedemos varios pasos, cogidos de la mano.

He visto este proceso antes. Meto la mano en el bolsillo de mi camisa y

saco las notas del País de las Maravillas de aquella página Web. Miro de nuevo las definiciones de «El Galimatazo».

Jeb lo ve y se pone detrás de mí para leer por encima de mi hombro.

—¿De dónde has sacado eso?

—Silencio...

Está todo allí: las cuatro en punto, el nido, el sacacorchos.

Tras emitir un agudo silbido, la máquina lanza por los aires a la esponja amarillenta. Vuela hasta el otro lado de la habitación.

La sigo y se detiene frente a una de las cortinas que he abierto antes.

—*Recógela.* —Esa voz británica me llena la mente y me recuerda por qué he venido. No a conseguir pruebas de la existencia del País de las Maravillas, sino a curar la maldición de mi familia. Tengo que encontrar al tipo de mis recuerdos. Él me dirá cómo puedo enmendar los errores de mi tataratatarabuela. Recojo la esponja y me la meto en el bolsillo de la camisa.

El chirrido empieza otra vez. Más allá de donde está Jeb, las poleas y engranajes de la extraña máquina empiezan a recuperar su posición original. Y, como si estuvieran conectadas con el artefacto mediante cuerdas invisibles, las cortinas junto a mí se levantan, revelando una trampilla que no estaba allí hace dos minutos.

—*Ábrela.*

Como si fuera una marioneta controlada por mi guía de las profundidades, alargo la mano hacia la portezuela.

—¡Ali, no! —grita Jeb.

Pero la abro antes de que pueda detenerme.

Un pasillo largo y oscuro parte de la habitación. Agacho la cabeza y entro. Entra la luz suficiente desde la sala como para ver que el túnel se hace cada vez más pequeño. Un rápido movimiento en la oscuridad hace que vuelva a trompicones con Jeb. Me pasa una mano por la cintura y me sujeta mientras contemplamos cómo una pequeña sombra con forma de conejo aparece en la puerta caminando sobre sus patas traseras.

—¡Es tarde! —dice su vocecita.

Aprieto con fuerza los dientes para no gritar. No puedo creerlo. El Conejo

Blanco existe.

—Tarde, desde luego. Señorita Alicia, muy tarde llegar.

El conejo salta a la zona iluminada por las temblorosas velas. Se le abre la levita roja, que lleva sin abrochar, y su costillar queda a la vista.

Jeb maldice y yo me tapo la boca con la mano.

No es el Conejo Blanco. No es ningún tipo de conejo. Es una criatura minúscula, enana, del tamaño de un conejo pequeño. Las piernas, brazos y el cuerpo son humanoides pero no tienen carne, son sólo un esqueleto blanco como la cal. Tiene las cadavéricas manos cubiertas con guantes blancos y blancos son los cordones de las botas que protegen los pies. La excepción a su apariencia esquelética es su cabeza calva y su rostro de anciano, cubierto con piel tan pálida como la de un albino. Sus ojos —abiertos e inquisitivos como los de un corzo— desprenden un resplandor rosa. De detrás de cada una de sus diminutas orejas humanas salen unas largas astas blancas.

Está claro por qué la joven Alicia lo confundió con un conejo. En la penumbra sus cuernos parecen orejas.

—¿Conejo Blanco? —aventuro, sintiendo que el brazo de Jeb me atrae hacia sí con más fuerza mientras farfulla incrédulo.

—Blanco, Cornelio —dice el esqueleto del tamaño de un vaso alto—. Liddell, Alicia... no ser. Pero sus manos tener.

Miro mis guantes.

—Soy...

—Nadie —me interrumpe Jeb, interponiéndose entre la criatura y yo. No me deja salir de detrás de él. Noto que se lleva la mano al bolsillo para sacar la navaja y lo detengo. Luego miro por encima de su hombro.

—¿Soy Nadie, te llamas? —pregunta la criatura, inclinando sus astas hacia un lado para verme.

—No, no me llamo así. ¿Tú has dicho que te llamas Cornelio?

La criatura mira la mesa y luego nos vuelve a mirar a nosotros mientras se retuerce las manos nerviosamente.

—Cornelio soy. Mi familia son los Blanco. —Parece nervioso por nuestra falta de respuesta. Hace una reverencia doblándose por la cadera—. Cornelio Blanco, de la Corte Roja, yo ser. ¿Y tú eres...?

No me salen las palabras. Mis recuerdos y las historias que he leído en Internet eran ciertos. Hemos entrado en un reino de las profundidades y estamos cara a cara con uno de sus habitantes. Aquella extraña melodía se repite dentro de mi cabeza, la que puso allí el olvidado compañero de juegos de mi infancia. Es incluso más poderosa que la sensación de aleteo que experimento a veces. Me dice que acepte mi identidad, que esté orgullosa de ser quien soy.

Sin ni siquiera pensarlo, espeto:

—Alyssa Gardner, de la Corte Humana, yo ser.

Jeb deja escapar un siseo y sus hombros se tensan, pero no le quita la vista de encima a nuestro visitante.

—Ooooh. —La cadavérica criatura se mece emitiendo un extraño repique, como si fuera una campana hecha de huesos. Sus labios se encogen en un horrible gruñido, revelando dos dientes largos y rotos—. Sus guantes esos ser. ¡Una ladrona eres!

Jeb saca la navaja y abre la hoja de un solo gesto, mientras con el otro brazo me mantiene tras él.

—Todo lo arruinarás. —Los ojos rosas de nuestro huésped se vuelven de un rojo intenso. La saliva le inunda la boca y rebosa por las comisuras—. Bienvenida no eres. ¡Así lo dice la Reina Granate, bienvenida no ser!

Su grito queda flotando en el aire mientras da un salto hacia el tenebroso pasillo y desaparece por él.

—¿Qué quieres decir con la Reina Granate? —grito a la espalda de Cornelio—. ¿Desde cuándo hay una nueva reina? ¿Qué le pasó a Roja?

Jeb guarda la navaja y me agarra antes de que pueda seguir a la criatura por el pasillo.

—¿Qué era eso? —Sus dedos se clavan en mis hombros cuando intento liberarme—. En serio, ¿qué era eso, Ali? ¡No hay conejo en el mundo que tenga ese aspecto!

—¡Jeb! ¡Que se escapa! —Me revuelvo como un animal salvaje—. Sé a dónde va... es la puerta para la que se hizo mi llave. ¡Por favor!

Hay miedo en los ojos de Jeb y me pregunto por qué yo no lo comparto. Lo único que sé es que en mi mundo siempre he sido diferente. En un lugar como éste, de hecho, soy perfectamente normal.

—No. —Jeb me cruza los brazos sobre el pecho y luego me levanta contra una de las cortinas de la pared de modo que los pies me quedan colgado. Me clava contra la pared como una mariposa en un corcho—. No vamos a ninguna parte. Ese monstruito rabioso cree que has robado esos guantes. Y ahora sabe cómo te llamas. Te has lucido, por cierto.

—No se lo he dicho intencionadamente —consigo decir, con las botas balanceándose en mi esfuerzo por llegar al suelo.

—¿Qué quieres decir con *intencionadamente*?

La misma melodía interior que me dio el valor para hablar antes me advierte ahora de que no diga nada sobre la mariposa nocturna, el extraño o la música.

—Por lo que sé de este lugar —sugiero— es un reino mágico. Y el ser que acabamos de ver es una criatura de las profundidades... uno de sus habitantes.

—¿Mágico? —Jeb me mira como si me faltara un tornillo—. No recuerdo que en la versión de Lewis Carroll se dijera nada sobre pequeños esqueletos que caminan.

—Alicia debía ser demasiado pequeña para comprender lo que veía. Quizá su mente bloqueó los detalles más oscuros.

Estudio mis manos enguantadas y comprendo el deseo de huir de los malos recuerdos mejor que la gran mayoría de la gente.

—Si estás en lo cierto —dice Jeb—, entonces nuestro libro guía está mal. —Mira el punto de luz sobre nosotros—. La entrada sigue abierta.

Me baja hasta el suelo, pero sigue reteniéndome por el codo.

Yo agarro las solapas de su esmoquin.

—¿Es que no lo ves? No importa que este País de las Maravillas sea distinto de lo que Carroll escribió. Todos estos años Alison ha estado encerrada en un psiquiátrico por nada. Es real. Tú no has estado allí hoy. La tratan como a una inválida. Si le fríen el cerebro puede que la dejen incapacitada de por vida. ¡No pienso marcharme sin intentar ayudarla!

—Ya tenemos cosas para ayudarla: el pastel y la botella.

—No bastará. Tengo que arreglar algo que hizo Alicia. Me lo dijo... —me detengo demasiado tarde.

—¿Quién te lo dijo?

—Eeee... encontré una página web —aprieto la mandíbula.

Ya he hablado demasiado.

—¿Algún perverso te ha atraído hasta aquí a través de una página web sobre magia? —Jeb no me suelta el brazo.

—No exactamente.

—No quiero saber más. —Ya ni siquiera me escucha—. Voy a ponerte a salvo. —Saca una de las cuerdas doradas de las cortinas y la enrolla en el suelo—. Primero vamos a recoger todas las cuerdas y vamos a unir las para formar un lazo. Luego utilizaremos los muebles que hay en el túnel para subir. Será como aquella vez que escalamos en el cañón hace unos veranos.

No sé qué me asusta más: el hecho de que su plan sea tan bueno que podría funcionar o el hecho de que no quiero que funcione.

La voz de mi guía regresa, severa esta vez, casi enojada: «*Me estoy causando de juequecitos. Bebe de la botella. Un sorbo. Búscame*».

Intento soltarme, pero Jeb es demasiado fuerte. Ya está sacando su cuarta cuerda cuando un chirrido reverbera sobre nuestras cabezas. Alzamos la vista y contemplamos cómo el punto de luz desaparece: la estatua ha cerrado la salida.

Con la boca abierta, Jeb suelta la cuerda y mi brazo a la vez. Yo echo a correr hacia el pasillo, recogiendo al vuelo mi mochila y una vela. Me agacho y penetro en la oscuridad mientras Jeb grita detrás de mí.

Después de estar a punto de tropezarme con los cordones de mis botas, sostengo la vela en la boca para tener una mano libre. Remuevo el interior de la mochila en busca de la botella marrón. La llama de la vela proyecta parpadeos amarillos sobre las paredes.

Jeb está muy cerca. No quiero involucrarlo más en este embrollo, pero la única manera de mantenerlo a salvo es manteniéndolo a mi lado.

Me agacho para seguir avanzando conforme el pasadizo se hace más pequeño. Me quito la cadena del cuello y me la ato a la muñeca, así la llave queda colgando. De algún modo sé que a menos que quiera que la llave también encoja, no me puede estar tocando. A lo lejos, donde el pasadizo es todavía más estrecho y pequeño, distingo una puerta en miniatura.

Con la mochila sobre un hombro, saco la botella marrón y le quito el corcho. Doy un sorbo por el lado de la boca donde no sostengo la vela. El

sabor es amargo y el líquido quema al bajar. Vuelvo a tapar la botella y la guardo en la mochila, que dejo atrás para que la encuentre Jeb.

—¡Sólo un sorbo! —grito girando la cabeza. Le dejo también la vela.

Mis músculos se agitan y mis huesos crujen. Hasta el último centímetro de mi piel se calienta y tensa, como si estuviera dando vueltas en una secadora de ropa, y me encojo con cada paso que doy. Siento náuseas conforme el pasillo parece crecer a mi alrededor.

Cuando vuelvo la vista, Jeb está cuerpo a tierra, reptando hacia mí con un brazo estirado para intentar atraparme. Yo me escurro entre sus dedos, sigo adelante a trompicones y, manejando con dificultad la llave, que ahora es tan grande como la palma de mi mano, abro la puerta y me lanzo de cabeza al País de las Maravillas.

El océano de lágrimas

Me pongo en pie rápidamente, pequeña como un grillo, igual que en mi pesadilla recurrente. Sólo que esta vez no soy Alicia.

Y, de momento, conservo la cabeza.

Me encaramo a un montículo de tierra y echo un vistazo alrededor. Dominándolo todo hay un jardín floral que proyecta enormes sombras. Entre las aberturas de los tallos, que semejan troncos, una playa se extiende junto a un océano interminable. Un bote de remos vacío, gigante en comparación conmigo, espera en la orilla. Sal y polen sazonan el aire.

—No puede ser —retumba la voz de Jeb.

Giro sobre mis talones para mirarlo, cubriéndome los oídos con las manos.

Un ojo descomunal observa desde el otro lado de la puerta que conecta con la boca de la madriguera.

—Bebe de la botella marrón —digo.

—No te oigo —responde, y su murmullo hace temblar el suelo que hay bajo mis pies.

Hago el gesto de beber algo y extendiendo el dedo índice para indicarle que es la número uno.

Se va.

Espero que coja la mochila para la transición. A juzgar por el tamaño actual de mi ropa, cualquier cosa que esté en contacto con él se encogerá.

En cuestión de segundos, Jeb atraviesa de un salto la abertura; lleva la

mochila consigo. La puerta se cierra tras él con un chasquido y la llave se queda al otro lado.

Me rodea la cintura y me aprieta contra sí.

—¿En qué estabas pensando?

—Lo siento.

—Sentirlo no soluciona nada. Somos del tamaño de un bicho y no tenemos la llave de la única puerta por la que podemos volver.

—¡Oye, eres tú el que se la ha dejado!

Se ruboriza.

—¿Qué se supone que hacemos ahora? —pregunta Jeb.

—Le damos un mordisco al pastel y nos hacemos grandes de nuevo.

Se da un golpe en la frente fingiendo sorpresa.

—¡Claro! Comemos un pedazo de pastel mágico centenario y solucionado.

—Tú te puedes quedar así si quieres. Ya te llevaré yo en el bolsillo.

Jeb se quita la mochila con un gruñido.

—Lo que tú digas. Vamos a hacerlo. ¡Pero si somos más pequeños que estas flores apestosas, no me fast...!

—El chico cree que apestamos, Ambrosia.

Una voz rugosa, como de bruja, surge de la nada. El jardín se estremece, como si el soplo del viento agitara las flores.

Jeb y yo damos un paso atrás y estamos a punto de tropezar con la mochila.

Una de las gigantescas margaritas se inclina, proyectando una larga sombra azulada.

Una boca distorsionada se ensancha en el centro amarillo de la flor; hileras de ojos pestañean en cada uno de los pétalos.

—Eso ha dicho, Redolence. Qué descaro —responde la flor—. Después de todo, si alguien apesta debería ser él. Nosotras no tenemos glándulas sudoríparas.

Jeb me arrastra hasta colocarme detrás de él, invirtiendo así nuestras posiciones.

—Eh... ¿Ali? No soy el único que está viendo una flor parlante, ¿verdad?

Le agarro de la cintura; mi corazón late contra su columna.

—Uno se acostumbra —digo al tiempo que intento dominar las punzadas de pánico.

—¿Y qué se supone que significa eso?

No tengo ocasión de responder, porque Jeb nos hace chocar contra un enorme tallo.

Una capuchina se inclina entre gruñidos. Un centenar de ojos grises se acurruca en sus pétalos, de un color naranja brillante.

—Ten cuidado con lo que haces, si no te importa.

Varios dientes de león balancean la pelusa de sus cabezas en gesto de reproche. Diminutos globos oculares sobresalen de sus peludas semillas como si fueran las antenas de un caracol.

Ahogo un grito cuando todos ellos empiezan a hablar a la vez:

—¿Hace cuánto que no recibíamos unos visitantes tan deliciosos?

—¿Contando según nuestros años pasaderos o según sus años venideros?

—La verdad es que no importa. Lo que quería decir ya lo he dicho.

Jeb nos conduce con cuidado hasta un pequeño claro en medio de las parlanchinas criaturas y me da la vuelta para que le mire a la cara.

—¿Acaban de decir que somos «deliciosos»?

A nuestras espaldas un diente de león estornuda. Los mechones de sus semillas salen disparados de su cabeza, dejándole calvas.

—¡Mis ojos! ¡Que alguien coja mis ojos! —dice mientras alarga sus hojas para intentar atraparlos.

Dos flores más allá, un geranio inclina medio tallo y destapa un cubo que está en el suelo. La palabra «PULGONES» refulge en el lateral con pintura roja. La flor pesca un insecto rosáceo del tamaño de un ratón, se lo mete en la boca y mastica; la saliva gotea hasta alcanzar los pétalos que conforman su barbilla. Se le cierran los párpados bajo la baba.

La expresión de Jeb se vuelve salvaje.

—Una flor comiéndose un pulgón —dice el geranio—. ¡El que devora acaba siendo devorado! A veces la gente come flores, Ali. *Delicioso...*

La punzada de inquietud se convierte en un puñetazo en toda regla.

—Deberíamos... —empiezo.

—¡Correr!

Jeb me agarra de la mano y me arrastra en una carrera hacia la puerta de la boca de la madriguera.

—¿Cómo vamos a entrar?

Los muslos se me tensan con cada doloroso paso.

—Tendremos que romper la maldita cerradura.

Las botas de tacón casi me hacen tropezar. Jeb es implacable y tira de mí.

—¡No tenemos que ir tan rápido! ¡Están enraizadas al suelo!

—No estés tan segura de eso —dice.

Miro hacia atrás siguiendo su mirada. Es como una película de zombis: las flores gimen y arrancan sus tallos de la tierra; sus bocas se abren, empujadas por dientes largos y cenceños, transparentes y goteantes de saliva como carámbanos a medio derretir. El diente de león medio calvo es el primero en liberarse, y de su tallo brotan brazos y piernas de apariencia humana. Utiliza sus raíces para darse un impulso mayor, como propulsado por serpientes. Lanza una fibra de enredadera y rodea con ella, como si fuera un lazo, el tobillo de Jeb. Le hace caer al suelo de un solo tirón.

—¡Jeb!

Le agarro de las muñecas y me bato en un tira y afloja con la flor siseante.

—No podréis salir por donde habéis entrado —gruñe otra flor mientras lucha por liberarse de su tumba de tierra a pocos metros de nosotros. Sólo entonces me doy cuenta de que ninguna de ellas es una flor, no de verdad. Como le ocurrió al diente de león, les salen brazos y piernas al emerger de la tierra.

Son en parte humanoides, en parte plantas; mutantes llenos de ojos.

—La boca de la madriguera sólo se abre hacia nuestro reino —dice una flor agitando el brazo—. Los portales que se abren hacia el vuestro están

custodiados en los castillos que se erigen al otro lado del océano, lejos, en el palpitante corazón del País de las Maravillas.

Las enredaderas se adhieren a la carne verdosa de sus bíceps desnudos.

—Allí dentro está la única salida. Si se pudiera salir por la boca de la madriguera ¿no creéis que ya nos habríamos ido?

Me viene la imagen de todos esos muebles sujetos con una hiedra a la pared del túnel. ¿Así que han estado intentando construir una forma de entrar a *nuestro* mundo? Me estremezco.

Jeb se debate con las enredaderas que ahora le rodean la cintura.

—Ali, corre —masculla.

—Sí, corre —se burla el diente de león mutante. Me sujeta la barbilla con las musgosas puntas de sus dedos y ladea la cabeza para mirarme con los tres globos oculares que le quedan—. Corre o déjate comer.

Una oleada de terror fluye por mi espina dorsal. Me la quito de encima de una sacudida al mismo tiempo que me sobreviene un fogonazo de inspiración: el joven ser de las profundidades de mis recuerdos me enseñó en cierta ocasión la forma de vencer a esta flor.

Es tan fácil como soplar sus mechones al viento.

En un impulso, alzo el brazo y le arranco las semillas que le quedan, dejándolo ciego. Un líquido blanco y viscoso brota de las cuencas de los ojos, ahora expuestas, y resbala entre mis dedos. El diente de león chilla y cae al suelo, derrotado.

Por el rabillo del ojo veo a Jeb, aprisionado bajo la vegetación que lo rodea, intentando sacar la navaja del bolsillo. Si consigo distraer a las flores, tal vez Jeb logre sacarnos de ésta.

Tengo en la mano las semillas del diente de león. Los globos oculares con forma de palitos se retuercen en mi mano, tratando de mirarme. Yo los arrojo al suelo y los pisoteo.

Confío en sonar firme, pero me tiembla la voz al decir:

—¿Quién es el siguiente?

Las flores zombis aúllan y lanzan sus enredaderas en torno a mis tobillos. La hiedra serpentea rodeándome piernas y torso hasta llegar al pecho, atrapándome dentro de un capullo de hojas tan grueso que solamente me

quedan libres la cabeza y los brazos levantados. Entonces dos hebras me atan las muñecas, me dan la vuelta de un tirón y me colocan boca abajo. No me puedo mover.

Jeb y el diente de león quedan prácticamente olvidados cuando los demás me rodean.

Manos deformes, verdes de clorofila, pasan rozándome, frías y ásperas como las hojas que caen de los árboles después de una tormenta. La sensación de mareo me nubla la cabeza.

Las enredaderas me aprietan. No puedo quitármelas de encima.

Ni siquiera logro coger aire suficiente para gritar.

Ráfagas calientes soplan sobre mí. Sollozo con los ojos fuertemente cerrados. Desde alguna boca cae una llovizna de saliva sobre mi nuca que hace que se me peguen mechones de cabello.

—¡Espera! —grita una de ellas, tan cerca de mí que me pita el oído—. ¡Lleva puestos los guantes!

Deslizo la mejilla contra el suelo arenoso y alzo la vista para encontrar cientos de pestañas parpadeando en rápida sucesión.

—¡Es verdad! —dice un monstruo de cabeza blanca y rosa ahogando un grito de asombro—. ¿Tienes también el abanico?

Asiento alargando el cuello. Con el esfuerzo se me llena de tierra la fosa nasal izquierda.

—¡Tenemos que celebrarlo!

Se pasan entre ellas el cubo de pulgones.

—¿Crees que es ella? ¿Después de todo este tiempo? —pregunta una flor con pétalos color rosa mientras mastica su bocado.

—Se parece bastante a *ya sabes quién*.

—Sin duda, ésta tiene más de la semilla del diablo —añade Rosita—. Tiene ojos de lirio atigrado.

—Piénsalo —dice una de las flores, que se mete en la boca un pulgón chillón cuando el cubo llega hasta ella—. ¡Pronto estaremos de nuevo conectadas con el corazón del País de las Maravillas!

La de la cabeza rosa se inclina y me mira con intensidad.

—Entonces, ¿has venido para arreglar las cosas?

Mi mirada se desliza entre los tallos que tienen por cuerpo. Jeb casi ha conseguido liberarse de las enredaderas a golpe de cuchillo. Sólo tengo que aguantar un poco más. Me obligo a hablar, superando el temor que anida en mi pecho.

—Sí. Arreglar las cosas.

—Ya era hora. Podemos arrancarnos las raíces, pero no podemos caminar por el agua, ni siquiera en un bote. Tenemos que mantenernos en contacto con la tierra. Alguien tiene que abrirnos el camino que conduce al corazón del País de las Maravillas. Para que esto suceda, deben secarse las lágrimas de Alicia. ¡Ese es tu trabajo!

—¡Escucha, escucha! —dicen todas al unísono—. Tu trabajo consiste en arreglar sus chapuzas.

La rosa sacude dos dedos espinosos para silenciar al resto del jardín.

—Tienes que cruzar el océano hasta llegar a la isla de las arenas negras. En el corazón del País de las Maravillas aguarda el Sabio. Él ha estado aquí desde el principio. Fuma la pipa de la sabiduría y sabe lo que hay que hacer.

—¿Pipa? ¿Te refieres a la Oruga? —pregunto.

Entre mis captoras estalla una risa malvada.

—La Oruga —se burla Rosita—. Bueno, supongo que se le podría llamar así. Así le llamaba la otra.

—¿La otra? —pregunto.

—La otra *tú* —dice la rosa—. Aquella cuyas lágrimas formaron el océano que ahora nos aísla del resto de nuestra especie. Ya era hora de que un descendiente viniera a arreglar las cosas.

Antes de que pueda responder, una monstruosidad naranja da un paso al frente para hablar. Hojas finas y largas caen de su boca y se adhieren a su saliva. Tiene las uñas cubiertas de ortigas.

—Podríamos pedirle al octobeno que la llevara. Usaremos el caballero élfico para hacer palanca. Sólo su sangre ya vale todo el oro blanco que hay en el palacio de la Reina Marfil. El octobeno puede cambiarla por un montón de ostras. Nunca volverá a pasar hambre. No puede rechazar semejante chollo.

—Este chico no es ningún caballero —dice la rosa—. Bajó con ella.

Naranjita sacude sus pétalos.

—Fue enviado para escoltarla. Tiene los ojos color esmeralda y la gotita de sangre que tiene bajo el labio se ha cristalizado en una joya. Es indudablemente y sin lugar a dudas un caballero élfico de la Corte Blanca.

Trato de calmar mis pensamientos acelerados lo suficiente como para analizar su conversación. Piensan que el piercing granate que Jeb lleva en el labio lo identifica como uno de los habitantes de las profundidades. Le lanzo una mirada para comprobar si lo ha oído, pero Jeb ya no está atrapado entre las enredaderas.

—Pues no lleva el uniforme —chilla Rosita—. Vamos a ver si tiene las orejas puntiagudas.

Se dan la vuelta.

—¡Ha escapado!

Al oír el sonido de la cremallera de la mochila se abalanzan sobre él, pero Jeb ya tiene el pastel en la mano.

En menos de dos parpadeos crece hasta elevarse muy por encima de nosotros. Con el cuerpo encorvado y tenso, barre el jardín con una de sus gigantescas botas. Las flores gritan y se agrupan en un ramo de pétalos temblorosos.

Es tan elegante y majestuoso como un dios griego, y su ira resulta terrible y encantadora. Me iza de modo que me engancha a sus dedos gracias a las hebras de enredadera, colgada en mi capullo como un yo-yo indefenso.

Una energía nerviosa me recorre las extremidades. Tengo que escapar... las ataduras me aprietan demasiado... El aire no me llega a los pulmones.

—¡No puedo respirar!

Lucho, pero el esfuerzo sólo hace que me balancee más rápido. Mi estómago cae como un péndulo. Las criaturas florales gritan y luchar por atraparme, pero Jeb curva sus dedos y me recoge en el interior de su puño: una oscuridad dulce y acogedora.

—Shh. Te tengo, Ali... —Su respiración fluye sobre mí cuando susurra al abrir la palma.

Mi miedo a las alturas se enfrenta a una claustrofobia nueva. Ruedo por su

cálida carne hasta que el pulgar, tierno y cuidadoso, me hace detenerme. Me quedo quieta boca arriba para que Jeb pueda desenmarañar las hebras de enredadera. Sus callosos dedos gigantes son suaves a pesar de su tamaño.

En cuanto estoy libre, le cojo el pulgar —casi más grande que yo— y me lo acerco a los labios y a la nariz. —Jeb sabe a hierba y a glaseado y a todos los sabores de Jeb, pero magnificados. Mi corazón martillea contra la palma de su mano.

—Gracias —le digo sabiendo que no puede oírme.

Con cuidado, me alza hasta el nivel de su cara. Sus ojos son del tamaño de platillos de taza de té, enormes y bordeados de pestañas como un matorral de musgo y sombras.

—Espera —susurra.

Me eleva hasta su hombro y yo me siento a horcajadas en la correa de la mochila. Con una mano y ambas botas metidas por debajo de la correa para no caerme, agito el brazo.

A mi señal, Jeb vuelca de una patada el cubo de pulgones, liberándolos. Ruge a nuestras captoras, que echan raíces de nuevo en la tierra, recreando el bosque floral que antes nos rodeaba. Jeb pasa por encima de ellas de una zancada; tienen suerte de que no las aplaste.

Llegamos al bote de remos y Jeb me ofrece una palma para poder bajar hasta el asiento más cercano. Las vetas de la madera parecen las dunas de arena de un desierto y las astillas sobresalen como las púas de un puercoespín. Encuentro un lugar liso y espero.

Jeb coloca la mochila en el casco del bote. Rebusca en su interior y se hace con un trozo de pastel que coloca sobre la punta de un dedo; es probable que para él no sea más que una migaja. Me pongo de pie y como de su dedo con los ojos cerrados mientras mis huesos y mi piel se tensan y expanden como gomas elásticas. Cuando vuelvo a mirar estoy perfectamente proporcionada, sentada en el asiento, y Jeb está agachado frente a mí mirando con ansiedad.

—¿Estás bien?

Me frota los muslos con las palmas de sus manos. Yo me agarro el estómago.

—Puaj.

—Sí. Esperemos que se haya terminado esto de jugar a los tamaños musicales. No es bueno para las tripas.

Su chaqueta está arrugada en el fondo del bote y sus brazos desnudos brillan de sudor. Se pasa los dedos por el cabello, dejándolo revuelto.

—Esos guantes te han salvado la vida —dice—. ¿Qué te hizo ponértelos?

No puedo expresar con palabras la sensación de aleteo o el recuerdo de una infancia, así que trato de quitarle importancia.

—¿Pura suerte?

Todavía puedo ver las flores transformándose en monstruos ante nuestros ojos. Como dijo Jeb, éste no es el País de las Maravillas que creó Lewis Carroll. Aun así, de alguna forma, mi instinto nos ha servido hasta ahora. Gracias a mi guía de las profundidades ausente.

Tengo que encontrarlo. Cuanto más tiempo paso aquí, más atraída me siento hacia él. Buscaremos a la Oruga, como dijeron las flores. Con su sabiduría puede ayudarme a encontrar a mi guía y a romper la maldición.

Como si me leyera la mente, Jeb sale del bote de un salto y empuja la proa hacia la extensión de las olas brillantes. El fondo de la embarcación roza la arena y cuando llegamos al agua, Jeb se mete en el bote de un salto.

—Dijeron que se puede salir cruzando el océano —recuerda—. Supongo que es nuestra única opción.

Se sienta frente a mí y empieza a remar, tensando los bíceps.

—¿De verdad crees que son las lágrimas de Alicia? —pregunto—. ¿Qué se supone que tengo que hacer para que desaparezcan?

—A mí no me preguntes. Acabo de ver un esqueleto con astas y un bosque de flores zombis come-pulgones.

Apoyo los codos en las rodillas.

—Siento haber tenido un ataque de pánico cuando estaba envuelta en las enredaderas.

Por fin sé lo que se siente al ser Alison, atrapada dentro de una pesadilla.

—¿Estás de broma? —dice Jeb—. Te ofreciste como cebo para que yo pudiera escapar. No me entusiasma que te pusieras en la línea de fuego, pero esas tácticas de distracción fueron geniales. Eh. —Da un empujoncito a mi

bota con la suya—. Descansa un poco.

Me recuesto para relajar los músculos, doloridos. El sonido de las olas me acuna y cierro los ojos. Llevo menos de un segundo descansando cuando Jeb silba.

—Mira. —Señala detrás de mí.

En lugar de la playa que acabamos de abandonar y veíamos empequeñecerse en la distancia, no hay nada. Estamos rodeados de agua por todas partes. Mientras yo intento buscarle el sentido a todo esto, el sol desaparece, como si alguien hubiera accionado un interruptor. Me pongo rígida en mi sitio y aferro con los dedos los bordes del bote.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Jeb con voz tensa.

—Es de noche. Aquí no hay crepúsculo —le respondo, tan segura como estoy de que vamos en la dirección correcta para encontrar al hombre alado de mi pasado.

Jeb se limita a mirarme fijamente y sigue remando.

Las estrellas brillan en el cielo púrpura y se reflejan en el agua oscura que se arremolina a nuestro alrededor. También nosotros nos arremolinamos: el barco gira lentamente en círculos hasta que resulta imposible diferenciar el agua del cielo.

Jeb coloca los remos en su lugar.

—Remar no nos ayuda. Vamos a tener que dejarnos llevar por las corrientes y que sea lo que Dios quiera.

La luz de las estrellas le arranca destellos a su púa *piercing*.

—¿Puedes pasarme la mochila? —le digo. Siento un impulso repentino de mirar esos bocetos que hay en el libro de Alice.

Jeb saca dos barritas energéticas y una botella de agua; luego se acerca a mí pasando por encima de los remos, provocando que nos mezamos suavemente.

—Tienes que comer.

Me pasa la mochila y la comida y después se sienta frente a mí con las piernas cruzadas.

Dejo la barrita a un lado, abro el agua y doy un trago. Luego saco de la

bolsa el libro del País de las Maravillas.

—Creían que eras un caballero élfico de la Corte Blanca. —Jeb rasga el envoltorio de su barrita energética.

—Sí, lo que sea.

Voy pasando los bocetos.

—Aquí.

De tan parecido podría ser gemelo de Jeb: musculoso, mentón cuadrado, pelo oscuro, puntos rojos formados por joyas que adornan los extremos exteriores de las sienes y los labios. Ojos de un verde aterciopelado tan oscuro como el envés de las hojas. La única diferencia son las orejas puntiagudas.

Jeb estudia la imagen mientras mastica.

—Sirven a la Reina Marfil —explico— en su castillo de cristal. Su sangre se cristaliza en contacto con el aire. Así es como se marcan, haciéndose agujeros en la carne para que pueda filtrarse la sangre y convertirse en joyas. Están entrenados para carecer de emociones y actuar sólo por instinto. El hecho de tener tanto autocontrol los convierte en feroces protectores, pero también hace que la reina esté muy sola.

Jeb traga y mira hacia arriba.

—Suenan como si estuvieras leyendo una enciclopedia. ¿Cómo sabes todo eso?

Paso las páginas hasta que llego al conejo esquelético.

—De la misma manera que sé que Cornelio Blanco fue torturado por un hechizo maléfico que se le comía la piel desde los huesos. Pero la Reina Roja lo rescató y detuvo la magia negra antes de que llegara hasta su cara. Él juró servirla a ella y a ninguna otra hasta el día de su muerte. Entonces, ¿por qué ahora está sirviendo a alguien llamada Granate?

—¿Eh?

Sacudo la cabeza.

—Nada. Mira, ya me has visto antes. Pude parar a ese diente de león asqueroso. Pude atravesar un espejo. Eso es porque alguien me lo ha enseñado.

Jeb arruga el envoltorio de la barrita energética, lo mete en la mochila y

espera a que me explique.

—No sé cómo, pero vine aquí antes de que Alison se fuera al asilo. Debieron de haber sido un montón de veces. Cada vez me acuerdo de más cosas. Creo que era casi siempre de noche. En nuestro mundo, por lo menos. Mientras mis padres dormían.

Jeb no se mueve, sólo mira hacia el cielo.

Yo me derrumbo:

—¿Crees que estoy loca, no?

—¿Has mirado a tu alrededor? —resopla él—. Si tú estás loca, yo voy a tu lado en el tren de los majaras.

Suelto una carcajada de alivio.

—Tienes razón.

—Bueno, es hora de que seas sincera conmigo. —Jeb saca los demás tesoros del sillón y lo coloca todo a mis pies—. Empieza por tu madre, ¿por qué la enviaron al Todas las Almas en realidad? —Hace una pausa—. ¿Y qué tiene que ver con las cicatrices que tienes? Porque, obviamente, no te las hiciste en un accidente de coche.

Después de otro lento trago de agua, le cuento mi historia, desde las tijeras de podar hasta los narcisos sangrantes. Pero no estoy preparada para compartir detalles sobre la mariposa nocturna ni sobre el oscuro guía. Siento que esos recuerdos son privados, de alguna manera.

Cuando llego a la parte sobre los insectos y plantas parlantes que tanto Alison como yo escuchamos, su mirada se intensifica.

Juega con los cordones de mi bota.

—Así que elegiste insectos para tu arte, porque era la única forma en que podías...

—¿Callarlos? Exacto.

—Y yo que pensaba que mi infancia había sido retorcida —dice sacudiendo la cabeza—. No me extraña que tuvieras miedo de acabar en el Todas las Almas tú también. —Se inclina hacia atrás sobre los codos—. Ahora lo entiendo. Esa batalla que veo siempre en tus ojos. Luz y oscuridad. Como mis hadas góticas. —Me está estudiando como si yo volviera a ser una obra de arte.

—Así que los bocetos que hiciste de mí... —empiezo— ¿son la base de sus cuadros?

Alza las cejas.

—Todas esas veces que te he pillado mirándome como si fuera una paleta de pintura —continúo.

Jeb da golpecitos en el barco con los dedos y frunce el ceño.

—No sé de qué hablas.

—Sé lo de los bocetos que encontró Taelor.

Algo —sorpresa o vergüenza— cruza su mirada.

Tenso los dedos.

—Tiene razón, ¿no? Lo morboso y lo repugnante son temas fascinantes. —Me duele decirlo, casi tanto como me dolió escucharlo.

—¿Eso es lo que dijo?

Levanto un hombro en un gesto de silenciosa afirmación.

Se sienta de nuevo y me coloca una mano sobre la pierna.

—Mira, Taelor se vuelve insolente cuando se siente amenazada. Después de encontrar los bocetos... bueno, digamos que se le fue. Quiero decir, el tío con el que sale tiene una obsesión estética con otra chica. Entiendes su postura, ¿no?

—Tal vez. —Nunca habría imaginado que yo pudiese ser la obsesión de nadie, estética o de otro tipo. Si le inspiro artísticamente, ¿por qué decide tener a Taelor en su vida?—. Jeb... ¿por qué la aguantas?

Hace una pausa.

—Supongo que porque soy la única cosa estable que tiene.

—¿Y crees que arreglando sus problemas lograrás borrar todo lo que tu padre les hizo a Jen y a tu madre?

No contesta. Me lo tomo como un sí.

Me atraviesa un relámpago de odio por la debilidad y la violencia de su padre.

—Tú no eres responsable de sus errores. Sólo de los tuyos. Como el de ir a Londres con Taelor.

—Eso no es un error. Va a ayudarme con mi carrera.

Clavo la vista en mis botas.

—Ya. Igual que mi «estilo funerario» va a ayudarme con la mía. —
Intento reírme, pero incluso a mí me suena falso.

—Eh.

La insistencia en la voz de Jeb me hace mirarlo.

—Tae estaba equivocada, ya sabes. Acerca de eso. ¿Crees que las cosas
que pinto son feas o raras?

Pienso en sus acuarelas: mundos oscuramente hermosos y hadas góticas
que derraman lágrimas negras sobre cadáveres humanos. Su forma de retratar
la desgracia y la pérdida resulta tan conmovedora y surrealista que me rompe
el corazón.

Me retuerzo las manos enguantadas.

—No. Son hermosas y evocadoras.

Jeb me aprieta la pierna.

—Un artista sólo es tan bueno como lo sea su tema.

Por un crudo e interminable momento permanecemos en silencio.
Después me suelta.

Me froto las rodillas para calentarme las mallas.

—¿Podré verlos algún día?

—¿Los bocetos?

Asiento con la cabeza.

—Te diré una cosa: si salimos de aquí de una sola pieza tendrás una visita
privada.

Me sostiene la mirada durante todo un minuto y noto cómo mi sangre se
calienta. ¿Cómo se supone que voy a descifrar nada si ya ni siquiera soy
capaz de leer las señales de mi propio cuerpo?

—De acuerdo.

Baja la vista hasta el libro del *País de las Maravillas* que descansa en su
regazo y saca las fotografías de Alicia mientras se acerca.

—¿Qué pasa con éstas?

Con un rápido movimiento de la linterna enfoca las fotos, lo que consigue distraerme de mis desquiciadas emociones.

Las fotos están descoloridas y desgastadas; en una de ellas aparece una bonita joven de aspecto triste que tiene el vestido y el delantal llenos de manchas. Las palabras «Alicia, siete años de edad y recién salida de la madriguera del conejo» están escritas a mano en la parte posterior. La otra foto es de Alicia a los ochenta y dos años de edad.

Las coloco una al lado de la otra. ¿Qué fue lo que dijo Alison? «Las fotografías cuentan una historia, pero a la gente se olvida de leer entre líneas».

Dijo lo mismo cuando examinó mi marca de nacimiento: insistió en que la historia tenía más miga de lo que la gente creía.

Miro las fotos más de cerca para analizar el rostro y el cuerpo de la joven Alicia. Tiene una sombra en el codo izquierdo que parece coincidir con el laberinto pigmentado que compartimos Alison y yo. Estudio el mismo punto en la Alicia anciana, pero no hay ninguna marca de nacimiento.

—¡Eso es! —digo señalando las fotos—. Ahí y ahí. Cuando era niña, Alicia tenía una marca de nacimiento que coincide con la mía y con la de Alison, pero de anciana ya no la tenía.

Jeb contempla las dos fotos a la luz.

—Igual retocaron la foto.

—¿Por qué iban a hacerlo?

Jeb coge la barrita energética del asiento que está junto a mí, rasga el envoltorio y me hace cogerla con los dedos, insistiendo silenciosamente en que coma.

—¿Hay alguna respuesta en el libro?

Paso una página tras otra mientras mastico un trocito de muesli. Repaso con el dedo las borrosas anotaciones que Alison hizo en los márgenes mientras Jeb sostiene la linterna.

—Podría haberlas si estas anotaciones fuesen legibles.

Llego al final, dejando atrás los bocetos y las últimas páginas, y estoy a punto de guardar el libro cuando de pronto Jeb me lo arranca de las manos.

—Mira esto —dice.

Si no lo hubiera señalado, no me habría percatado de la página en blanco doblada por la mitad y pegada para formar un bolsillo en la parte interior de la cubierta de atrás. Saco un pedazo de papel plegado. Está viejo, arrugado y amarillo.

Las palabras «LENGUA DE LA MUERTE» aparecen garabateadas en el dorso, seguidas de una estela de signos de interrogación torcidos y de una definición escrita a mano. «Lengua de la Muerte: es el lenguaje de los moribundos. Uno sólo puede hablar en esta lengua con la persona que fue la causa de su mala suerte. Es la recompensa final: designar una tarea que el infractor debe llevar a cabo si no quiere morir él también».

Jeb y yo nos miramos. Desdoblo el papel para que podamos ver lo que está escrito en su interior. Desde la primera frase sé que se trata de algo que desearía no haber visto nunca. Aun así, no puedo apartar la mirada...

14 de noviembre 1934: en la fecha de la evaluación mental, Alicia Liddell Hargreaves es una mujer de ochenta y dos años de edad y de baja estatura que fue ingresada por unos familiares que estaban preocupados. Según sus parientes, su estado mental comenzó a deteriorarse meses atrás, cuando una mañana al despertarse fue incapaz de reconocer el lugar en el que se encontraba y no tenía más que una vaga idea sobre su identidad.

El psicólogo encargado de las entrevistas observa que la paciente está inmersa en sus pensamientos y a menudo se muestra melancólica y abrumada por el tamaño de la habitación. De vez en cuando se agacha en una esquina o se encarama a una silla al ser preguntada. Se muestra distraída y vaga e interactúa vivamente con objetos inanimados, mientras que con los humanos mantiene intercambios distantes.

La paciente no se orienta en el mundo físico y su noción del tiempo resulta marcadamente disfuncional. Es dada a melancólicas disertaciones sobre los setenta y cinco años que afirma haber perdido encerrada en una jaula en «El País de las Maravillas», después de que «la estatua de un muchacho la convenciera, a la edad de siete años, para que se metiera por la madriguera de un conejo».

El psicólogo encargado de examinarla lo atribuye a un delirio de grandeza motivado por una infancia dada a vividas figuraciones alimentadas por Charles Dodgson, también conocido como Lewis Carroll, amigo cercano de la familia Liddell. La paciente ha recaído en esas fantasías para justificar su pérdida de memoria selectiva.

En vista de que la paciente presenta los siguientes síntomas: (1) delirios de grandeza y amnesia selectiva, (2) una marcada disminución del placer o el interés en las interacciones sociales a menos que se trate de socializar con insectos o plantas, (3) falta de apetito (sólo quiere comer fruta y postres y se niega a ingerir alimentos a menos que se le sirva la bebida en un dedal y la comida en una bandeja de jaula de pájaro), se le ha diagnosticado esquizofrenia y manía.

Tratamiento recomendado: terapia electroconvulsiva dos veces al día, voltaje natural administrado mediante la aplicación de una anguila eléctrica en la cabeza. Complementado con asesoramiento psiquiátrico hasta que todos los episodios de delirio estén bajo control, recupere la memoria y se eleve el estado de ánimo de la paciente.

Le paso el informe a Jeb.

Él me mira y dice:

—¿Estás bien?

¿Cómo respondo a eso? Mi tataratatarabuela terminó tan afectada por su psicosis que no era capaz de recordar su pasado ni su presente. Las idiosincrasias del dedal y de la jaula-bandeja se parecen demasiado al fetiche de la taza de té de Alison. Resulta tan coherente que me perturba.

¿Podría ser que estuviera sucediendo algo más...? ¿No una ilusión, sino una manipulación? ¿Es por eso por lo que Alison está tan obsesionada con la farsa de Alicia? Sea lo que sea, es obvio que está abocada a la misma suerte que mis otras antepasadas.

—¿Ves por qué no puedo permitir que siga adelante con esos tratamientos? —digo señalando el papel—. La fecha de la muerte de Alicia. Murió dos días después del informe. ¡El tratamiento con electrochoques debió de haberla matado!

Me arranco las rastas, haciendo caso omiso del desgarró en la raíz del pelo, y las arrojo al mar. Estoy cansada de negar el parecido que guardo con Alison. Ya que somos compañeras de equipo en este extraño juego, podemos parecemos.

Jeb me levanta de mi sitio para que me siente a su lado, pero el bote se balancea y termino cayendo en su regazo. Ambos nos quedamos paralizados. Cuando empiezo a liberarme de sus piernas, él me mantiene allí. El corazón me martillea: no puedo negar lo increíble que resulta estar tan cerca de él. Haciendo caso omiso de las alarmas que se encienden en mi interior, me abandono y aprieto mi mejilla contra su camiseta; dejos los brazos cruzados entre nosotros.

Jeb me acaricia el pelo mientras yo me acurruco bajo su barbilla, con las piernas enroscadas en posición fetal.

—Tengo miedo —le susurro. *Por más motivos de lo que puedo decir.*

—Tienes todo el derecho a estarlo —responde en voz baja—. Pero vamos a volver a casa. Vamos a contárselo todo a tu padre. Con lo que le digamos los dos y este informe tendrá que creerlo.

—No. Esto sólo prueba que Alicia estaba tan loca como papá cree que está Alison. Al final ni siquiera recordaba haberse casado ni tener una familia. No se acordaba a pesar de tener a su alrededor las pruebas vivientes de sus

hijos y nietos.

Jeb permanece en silencio.

—No quiero acabar con una camisa de fuerza —le digo, conteniendo un sollozo—. Con todos mis recuerdos perdidos... o tan despojados de sentido que podrían pertenecer a otra persona.

Los brazos de Jeb se tensan en torno a mí.

—El futuro no te depara eso, Alyssa Victoria Gardner.

Nunca me ha llamado por mi nombre completo. Lo dice como lo diría mi padre, revistiendo de potencia cada sílaba, que es exactamente lo que necesito.

—Entonces, ¿qué? —pregunto, hambrienta de cualquier migaja que me pueda proporcionar.

—Vas a ser una artista famosa —dice. Su voz, profunda como el terciopelo, segura y relajante—. Vas a vivir en París, en uno de esos apartamentos artísticos de lujo con tu marido rico. Quien, por cierto, resulta ser un fumigador de renombre mundial. ¿Qué te parece eso como giro del destino? Ni siquiera tendrás que cazar los bichos tú misma, lo que te dejará más tiempo para pasar con tus cinco hijos, todos ellos inteligentísimos. Y yo te visitaré todos los veranos. Me presentaré en la puerta con una botella de salsa barbacoa de Texas y una baguette. Voy a ser Jeb, el tío raro.

¿*El tío Jeb*? Me gusta la idea de que Jeb esté siempre presente en mi vida, pero mientras contemplo su camiseta e imagino las marcas circulares en su pecho —un trágico «une los puntos» dibujado cada vez que derramó sin querer una bebida o dejó un juguete tirado en el suelo para que su padre se tropezara— me deja anonadada la rapidez con la que vuelve una oleada de viejos sentimientos. Aunque la tela esconde las cicatrices, me sé cada una de memoria. Las he visto infinidad de veces al ir juntos a nadar o al trabajar en su garaje. Soñaba con ellas en sexto de primaria, con cómo me sentiría al trazar con la punta del dedo el contorno cada una de ellas.

Ahora mismo me pregunto lo mismo. Cómo me sentiría al curarle las heridas con los dedos.

—No es fumigador —suelto para calmar el pulso que me golpetea en el cuello.

—¿Eh?

Hago una pausa.

—Me voy a enamorar de un artista. Y vamos a tener dos hijos y a vivir en el campo. Una vida tranquila, para que podamos oír a nuestras musas y responder a sus llamadas.

Alzo la barbilla para mirarlo a los ojos y Jeb me ofrece una dulce sonrisa iluminada por las estrellas; una sonrisa que me derrite las entrañas.

—Me gusta más tu versión —dice.

Su boca está tan cerca de la mía, su aliento es cálido, dulce y tentador, pero vuelvo a pensar en Taelor y en Londres. No puedo dejar que me robe el corazón un tío al que le pone otra chica, ni ser el tipo de persona que le roba el novio a otra. A Taelor ya le he robado dinero y he dejado que esto vaya lo suficientemente lejos. Me despego de su regazo, y mi falda de tul raspa los pantalones de su esmoquin.

Como si despertara de un trance, Jeb se sienta sobre las palmas de sus manos y mira hacia la ondulante superficie del agua.

—¿Qué crees que va a pasar mañana? —pregunto, mi voz tan temblorosa como el resto de mi cuerpo.

—Sea lo que sea —responde—, no hagas nada sin mí. Lo haremos todo juntos. ¿De acuerdo?

Levanta una de mis manos, alisa las arrugas de mi guante y me cierra los dedos formando un puño mientras espera una respuesta.

—De acuerdo —le digo.

—Bien —dice chocando mis nudillos contra los suyos. Me estremezco, debido tanto a la brisa fría como a la dulzura del gesto.

—Toma.

Jeb coge su chaqueta de esmoquin y me ayuda a ponérmela. Luego lo mete todo en la mochila.

—Vamos a intentar dormir un poco.

Acoge mi espalda en su pecho y nos acomodamos en el casco del bote, que se mece. Su nariz se refugia en mi pelo. Una espiral de estrellas blancas se enrolla y se desenrolla como en chispas hechas de plumas. Parecen tirabuzones relampagueantes, igual que el mosaico de la araña y el escarabajo en el que estuve trabajando antes de ir a patinar al centro recreativo. Recorre

mi cuerpo un nuevo temblor. Recuerdo haber visto estas mismas constelaciones años atrás en compañía de mi guía de las profundidades. No me extraña que saliera a relucir en mis creaciones.

—Espero que eso no sea una tormenta que se avecina —susurra Jeb contra mi nuca mientras los brazos se tensan en torno a mí—. Este bote no soportará el embate de las olas.

Meto la mano distraídamente en el bolsillo de la falda, pellizco la esponja que mi guía quería que conservara.

—Sólo es una constelación —respondo, y Jeb no cuestiona cómo lo sé.

Sin hablar, contemplamos el espectáculo que se despliega sobre nuestras cabezas hasta que estalla en mil colores centelleantes, como fuegos artificiales mudos. Cuando termina, no queda nada más que comunes estrellas blancas.

—Vaya —decimos ambos.

Tras unos minutos en silencio, Jeb se relaja y su respiración, lenta y regular, me raspa la parte posterior de la cabeza. Aunque es el cuerpo de Jeb lo que me mantiene caliente, lo último que visualizo antes de caer dormida son ojos negros como la tinta y un despliegue de alas satinadas.

8

Octobeno

La pesadilla de Alicia me encuentra cuando estoy dormida.

Pero esta vez no estoy sola. Jeb lleva la espada robada y corremos por el camino hacia el escondrijo de la Oruga. Las espinas que arrancaban y perforaban mi delantal se convierten en tentáculos vegetales. Las largas hebras serpenteantes se enrollan en nuestras piernas y nos sacan boca abajo del tablero de ajedrez. Nuestros cuerpos se congelan: somos piezas del juego. Aparece una mano, enfundada en un guante negro, y nos mueve de cuadrado en cuadrado. Me levantan, para declarar el jaque mate, pero Jeb cobra vida y con la espada siega los dedos que me aprisionan. Soy libre. Las extremidades cortadas caen una por una y se transforman en orugas. Jeb y yo volvemos corriendo al camino. La seta nos espera en el centro envuelta en una telaraña. Las orugas llegan antes que nosotros. Se sumergen en el capullo, lo llenan hasta que se remueve, como un ente vivo y que respira. Una hoja negra y afilada se abre paso, cortante, desde el interior del envoltorio. Lo que hay dentro va a salir.

Me despierto, alarmada. Parpadeo, deslumbrada por el brillo del sol. Tengo las manos apretadas, tensas. ¿Qué me ha despertado? Estaba tan cerca de descubrir el rostro que se ocultaba en el capullo de las orugas, el que llevo años esperando ver...

Bostezo y me concentro en el aquí y el ahora. En algún momento de la noche debo haberme girado hacia Jeb en el bote, y él me abrazó, acurrucándose bajo su mentón. Ahora todo lo que veo es un primer plano de su camiseta. Aún duerme. Su pesada respiración agita mi pelo, lenta y rítmicamente. Me abraza la cintura.

El día anterior vuelve, a retazos, a mi memoria. La madriguera del conejo,

el jardín de flores mutantes, el océano de lágrimas.

Gozo de la caricia de su cuello, con los dedos agarrados a las mangas de la chaqueta de su esmoquin, decidida a no despertarle para poder fingir que las cosas son sencillas y perfectas durante unos minutos más.

El bote se mueve y me doy cuenta de que me he despertado por eso. No es un movimiento suave, provocado por la corriente. Es algo así como un-ser-grande-y-pesado-nos-observa-y-por-eso-se-mueve-el-bote.

Me pongo recta, tan tensa como la dura madera que hay bajo nuestros pies.

Rugidos guturales llenan el aire, como si un bulldog asmático estuviera husmeándonos. El calor del sol sobre mis hombros se hiela, una sombra cae sobre nosotros. Me da un vuelco el corazón. Antes incluso de que pueda gritar, Jeb se mueve, alcanza el arco y nos ponemos en pie. Llevaba despierto todo este rato.

—Imposible —dice.

Me tambaleo con el movimiento del bote, agarrada a la cintura de Jeb con una mano y al asiento que tengo detrás, con la otra. Miro a su alrededor.

A primera vista, el intruso parece una morsa. Tiene dos colmillos gigantes con imágenes de serpientes y llamas furiosas talladas en el marfil. Pero bajo los pliegues de grasa, la parte inferior de su cuerpo es de tentáculos, sinuosos como los de un pulpo y cubiertos de ventosas. Es como si alguien hubiera mezclado dos especies distintas y creado una morsa-pulpo, o una octo-morsa. Debe pesar más de quinientos kilos, y su cuerpo ocupa la mayor parte de la superficie del bote.

Con lo enorme que es y sus tentáculos colgando por los bordes del bote, deberíamos haber volcado ya. En el momento en que subió, Jeb y yo tendríamos que haber salido disparados hacia el agua como piedras de un tirachinas. En lugar de eso, el casco aguanta y sigue bogando por el agua como si la criatura no pesara más que nosotros. Me pregunto lo que diría Isaac Newton sobre las retorcidas leyes de la física que imperan aquí.

Jeb tira de mí para que me siente tras él, pero sigue de pie. Todos los músculos de su cuerpo están en tensión, listos para saltar.

—¿Qué eres?

Nuestro invitado sorpresa se aparta un resto de porquería pringosa del ojo

con los dedos humanos que tiene al final de sus aletas.

—Buena pregunta, caballero élfico. Soy un octobeno. Ahora, déjame adivinar tu siguiente pregunta. ¿Qué quiero? Hay una respuesta muy sencilla para eso. Quiero detener el sufrimiento sin fin de mi barriga.

Sus bigotes, largos y rubios contra su piel marrón canela, caen bajo sus orificios nasales. Sus tentáculos azotan el océano, mojándonos.

De una cadena que lleva alrededor del cuello, abre una cajita del tamaño de una pitillera. Extrae algo y deposita una ostra en la palma de su mano, procurando cuidadosamente que la cáscara permanezca cerrada.

—Buenos días, verdurita marina —saluda—. ¿Aún te preocupa tu familia?

La ostra trata de abrir la boca para responder, pero el octobeno oprime la cáscara para que permanezca muda.

—Vamos a hacer una cosa. Si puedes saciar mi hambre, los dejaré a todos libres. ¿Te animas a probar?

Aunque la almeja no puede abrir la boca lo bastante como para hablar, un músculo rosado, en forma de hacha, se desliza por la ranura, como un pie o un brazo deformes, y acaricia la mejilla de la enorme criatura, en una última súplica por la vida.

Un gemido se abre paso por mi garganta y trato de contenerlo. Jeb se acerca por mi espalda y abre su mano. Entrelazo nuestros dedos.

Un rugido de grasa y babas y el octobeno abre la cáscara, aprieta su boca contra la ostra y chupa el contenido con un horrible ruido succionador. El pavoroso grito de la ostra resuena en mi cabeza y luego se apaga en un silencio horrendo. Me aprieto con fuerza contra Jeb, tratando de no vomitar.

—Pues no. Sigo hambriento. Supongo que después me comeré a tus hijos.

Nuestro desagradable visitante se ríe. Es un ruido rechinante y feo, después arroja la cáscara vacía por la borda. La empuja con fuerza con sus tentáculos para que se hunda, y el movimiento afecta a la estabilidad del bote.

Los dedos de Jeb se clavan en mi cintura mientras pugna por conservar el equilibrio.

—Uno tiene que ser rápido con las presas como esas, que se arrastran y se deslizan a la menor oportunidad —dice el octobeno—. Son unas tramposas,

siempre intentando capturarte en su Lengua de la Muerte. ¿Te imaginas lo que debe ser convertirse en el esclavo del último deseo de una ostra?

Vuelve a reírse.

Lengua de la Muerte... Es la frase que había apuntada en la parte de atrás del informe psicológico de Alicia. Miro a mi alrededor mientras la criatura-morsa se pone un monóculo sobre su acuoso ojo izquierdo.

—Ahora, Elfo —dice—. Si eres tan amable de apartarte, me gustaría echarle un vistazo a tu protegida.

Jeb se planta, firme.

—Ni lo sueñes.

El monstruo octópodo deja caer su monóculo.

—¡Esas flores charlatanas dicen que tu sangre tiene el poder de conseguir mi ración de bivalvos! —Su chillido nos atraviesa con un apestoso olor a pescado y a muerte—. Pero nunca he tenido que comprarlas. Soy un cazador. Las capturo, está en mi naturaleza. Las ostras son criaturas muy astutas, siempre utilizan sus bracitos para moverse y escapar en el lecho del océano. Si no estuviera tan oscuro ahí abajo, ahora que tengo la vista tan mal... Con suerte, cazo media docena pero después todas se esconden. —Se limpia las babas de la boca con una gruesa aleta—. Pero el Sabio posee una flauta mágica que atrae a mis presas sacándolas de sus escondrijos. Y ahora ya tengo con qué negociar para que me la dé.

—Vas a ofrecerle mi sangre a cambio —adivina Jeb.

Esto no puede suceder. No me importa las peleas en que las se ha involucrado: Jeb no tiene la menor posibilidad contra un inmenso monstruo marino, ni siquiera armado con la navaja suiza.

—¡No es un elfo enojado! —grito tras la espalda de Jeb—. Es humano. ¡Mírale las orejas!

Jeb me aprieta la mano, para que guarde silencio.

—No importa. Las joyas y la riqueza no interesan al Sabio. Pero tú, verdurita... Está desesperado y quiere que le ayudes. Oh, sí. Lleva años esperando a que encuentres el camino hasta aquí.

Lo que acaba de decir da vueltas en mi cabeza. Las flores dijeron que el Sabio era la Oruga. Así que... ¿lleva tiempo esperando a que yo llegue?

Quizá la Oruga mandó a la mariposa de luz y a mi guía oscuro para encontrarme y traerme de vuelta.

Los tentáculos de nuestro captor se retuercen y se deslizan por el borde de nuestra nave como pitones gigantes, y la madera cruje bajo su peso.

—Tú serás el rehén con el que conseguiré su flauta. La pondrá a mis pies, si a cambio prometo entregarte sana y salva.

—Para eso tendrás que matarme antes —le desafía Jeb.

Le tiro de la muñeca, pero me ignora.

El octobeno junta sus aletas.

—Ah, un amigo leal. Tuve uno así, hace muchos años. Fue él quien talló mis colmillos y me regaló un hermoso cofre donde poder guardar mi reserva de ostras. Luego me enteré de que estaba hurtando mis provisiones. Así que una noche, mientras dormía, lo capturé —sus tentáculos se enroscan por el bote mientras nos demuestra cómo lo hizo— y le encerré en el cofre con las cáscaras vacías. Lo arrojé al fondo del océano para que no se oyeran sus gritos. Ahora sus huesos son cebo para los peces.

Me muerdo el labio. No pienso gritar.

Nuestro captor se echa a reír.

—Qué lúgubre historia, ¿no es cierto? Como veis, si me porté así con un amigo, ¿qué iba a impedirme matarte? Nada se interpone entre lo que mi estómago necesita. —La punta estrecha y afilada de un tentáculo recorre el extremo de uno de sus colmillos cubiertos de baba—. ¡Quiero a la chica!

Arroja sus tentáculos hacia delante y se agarra a la cintura de Jeb.

—¡No! —Estiro los brazos para mantenerlo a mi lado. Los tentáculos son más fuertes, y lo apartan de mí y lo elevan en el aire.

—¡Tierra... a la izquierda! —grita Jeb mientras lucha con la criatura, esquivando por los pelos uno de sus colmillos. La pelea sacude el bote.

Contengo mis ganas de gritar, y me aferro a la nave para evitar caer al agua. Jeb tiene razón, hay algo en el horizonte. Brilla como lentejuelas negras. Podría ser la isla de la que nos hablaron las flores.

—¡Huye! —grita Jeb—. ¡Le entretendré tanto tiempo como pueda!

Agarra la cadena que rodea el cuello del monstruo. Con rápidos tirones,

enlaza varios tentáculos para que yo pueda escapar. Uno de los colmillos de la bestia le desgarró el pantalón a la altura de la rodilla. El ruido de la tela rasgándose me recuerda a la terrible muerte de la ostra. No puedo permitir que le pase lo mismo a Jeb.

Nunca lograremos escapar del octobeno en el agua. ¿Cómo vamos a luchar contra él? No tiene ninguna debilidad aparente, salvo su increíble apetito.

—¡Espera! —me arrodillo frente a él. Se me acaba de ocurrir una idea, espero que funcione—. Por favor, libera a mi amigo y te ayudaré.

—¡Ali! —grita Jeb.

—Dame tu palabra, chica de las profundidades —dice nuestro captor, con expresión de graso desdén—. Ya sabes cuáles son las reglas. Un juramento hecho por alguien de tu especie no puede romperse, o perderás todo tu poder.

No sé por qué me llama chica de las profundidades, pero estoy dispuesta a utilizar lo que sea para que lo crea si así salgo ganando algo.

—Te prometo que te ayudaré.

—No, así no —dice, apretando sus tentáculos alrededor de las costillas de Jeb hasta arrancarle un quejido de dolor—. Hazlo como debe ser. Pon la mano sobre tu corazón y júralo por tu magia vital. Y sé muy concreta.

Sostengo la mirada y veo que Jeb tiene los labios azulados.

Pongo una mano temblorosa sobre mi pecho.

—Juro por mi magia vital que te ayudaré a saciar tu apetito.

Con un giro de sus bigotes, el octobeno libera a Jeb de sus tentáculos y vuelve a depositarlo de una pieza en el casco del bote. Abrazo el cuerpo cubierto de babas de Jeb, y nos ayudamos mutuamente a levantarnos y a conservar el equilibrio en la embarcación que se balancea. Tose tan fuerte que apenas puedo oír su voz:

—Deberías haberte largado.

—No —susurro—. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?

Luego me doy la vuelta y me dirijo al monstruo.

—Señor Octobeno, sé cómo llenar tu barriga. Vamos a darle un buen

pastel a tus ostras.

Jeb me mira, frunciendo el ceño. Ya ha recuperado el aliento.

La criatura se acomoda en su nido de tentáculos, resoplando agotado por el esfuerzo de la lucha contra Jeb.

—¿Pastel? ¿Vas a darme un pastel de ostras?

—No, no. Vamos a darles un pastel —digo—, para que tengas más ostras mientras conseguimos la flauta. Tengo algo ideal para que tus ostras se hagan tan grandes como un plato.

Giro mi rostro hacia Jeb y sin hablar, vocalizo: *El que devora acaba siendo devorado.*

Su rostro se ilumina. Me ha entendido. Arrastra la mochila hacia nosotros. Es increíble lo tranquilo que está después de que casi lo empalen, lo aplasten y se lo coman vivo.

La morsa mutante nos observa con curiosidad.

Jeb abre el pañuelo y muestra el pastel con las palabras *Cómeme*, dibujadas con uvas.

El octobeno exclama:

—¡Un pastel amplificador! ¿Dónde has encontrado algo tan preciado? Nunca he visto personalmente cómo funciona. Después del incidente de Alicia, los declararon ilegales. No importa, no importa... —Abre la caja que lleva colgada al cuello y extrae una ostra nueva, que lucha contra su captor furiosamente.

—Vamos a ver —dice el octobeno—. Si esto falla, le arrancaré las entrañas a tu amigo mortal y se las daré de comer a los peces.

Un hilillo de baba cae de su colmillo cubriendo las imágenes talladas de relucientes gotas de saliva.

—Ya verás, sí que funcionará —dice Jeb, deslizando el pastel por el casco—. Apostaría la vida en ello.

—Acabas de hacerlo. —La morsa mutante gruñe al inclinarse a recoger el pastel. Rompe un pedacito y se dispone a dárselo a la ostra, por la ranura de su caparazón.

—Tendrás que darle más que eso —dice Jeb, reculando hasta el otro

extremo del bote, con la mochila en la mano—. Tanto como puedas, todo lo que le quepa en la boca.

—Sí, sí. Claro. ¡Vaya, menudo festín! Ostras tan grandes como platos.

Sin mirar hacia nosotros, contiene una risita y corta otro pedazo más grande. Luego, obligando a la ostra a abrirse, mete el pastel dentro y vuelve a cerrar la concha de golpe.

Al cabo de unos segundos, ésta empieza a temblar, junto con el bote.

—¡Ahora!

Jeb se zambulle, y yo le sigo agarrándome a él. Un tentáculo araña mis piernas, pero luego el cálido curso del agua nos abraza y nos hundimos. Jeb nada como un perro delante de mí, con el pelo a los lados, como si fueran algas de las profundidades. Tira de mi muñeca. Me impulso hacia arriba. Mojadas, las botas y la ropa pesan.

Llegamos a la superficie y respiramos grandes bocanadas de aire, nadando a una distancia prudencial, lo bastante cerca como para ver lo que sucede en el bote. La ostra se está ensanchando y ha pasado del tamaño de una polvera al de un contenedor de basura.

En un despliegue extrañamente grácil de babas, colmillos y tentáculos, el octobeno comprende su error y trata de deslizarse por la borda. Es demasiado tarde. La ostra gigante se abre y un apéndice en forma de hacha sale disparado, tan enorme y poderoso como una anaconda. El músculo se enrosca alrededor del octobeno y lo atrae hacia su boca, chupando tentáculos como si fueran espaguetis gigantes, antes de cerrarse sobre él de golpe.

El bote se mueve violentamente y se parte por la mitad. Tras unos instantes, la ostra se hunde en el océano, dejando atrás únicamente una hilera de espuma y restos del naufragio. Las olas lamen los pedazos de madera, un final extrañamente sereno para una escena tan violenta.

Jeb coge la mochila y mi muñeca con una mano, mientras con la otra se propulsa hacia la negra playa.

Algo se aferra a mí y tira, intentando arrastrarme al fondo.

Me impulso con las piernas hasta que tengo agujetas en los gemelos mientras trato de mantenerme a flote. No sirve de nada. Dejo ir la mano de Jeb porque temo llevarle conmigo al fondo.

Caigo hacia abajo y trato de buscar qué criatura del mar me ha capturado,

pero no veo nada. El peso parece venir de mi cintura, pero estoy cayendo demasiado deprisa como para identificar el origen. Me hundo, lucho con piernas y manos para evitarlo. Mis pulmones, aplastados por el peso del agua, gritan: necesito oxígeno.

Jeb está encima de mí. La mochila baja con él hacia el oscuro fondo. Nado, muevo piernas y manos, trato de volver a flote. Jeb tira de mí, agarrándome de las axilas. Me aparto, lucho contra él. O quizá contra mí misma, contra mi miedo.

Su expresión es resuelta. Se niega a abandonarme, y eso me asusta más que nada. Sacudo la cabeza. *¡Sálvate!*, le digo con la mirada, pero es demasiado tozudo como para hacerme caso.

Quisiera decirle cuánto siento haberle arrastrado a esto. En lugar de ello, un remolino de burbujas baila a nuestro alrededor.

Un dolor grande y pesado desciende sobre mi pecho. Trato de luchar contra el agua, abrirme paso a través de la inmensidad líquida, hacer que desaparezca. Mis lágrimas se mezclan con las de Alicia y todos los pensamientos se oscurecen. Jeb sigue tirando de mí, pero no sirve de nada. Nos hundimos.

Justo cuando estoy a punto de rendirme a la inconsciencia, me doy cuenta de que el peso que me arrastra está en el bolsillo de mi falda. Con las últimas fuerzas, saco la esponja que recogí en la madriguera del conejo.

Lo que tenía el tamaño de un pedacito de queso, ahora es tan grande como una pelota de golf, y sigue creciendo. Se desliza hacia el fondo del océano, llevando consigo el remolino, arrastrando el peso consigo.

Soy libre.

Antes de que la succión del remolino nos arrastre, conseguimos llegar a la superficie. La esponja ya es del tamaño de un pomelo, y el fondo del océano queda muy lejos de nosotros.

Grito y me agarro a Jeb.

Mis ojos se cierran de golpe. Chocamos contra un obstáculo sólido.

—Ali —dice Jeb, y entonces me doy cuenta de que puedo respirar.

Inspiro con avidez, abro los ojos, parpadeo y dejo que se sequen.

Ya no hay océano. Solamente algas marinas y montones de arena húmeda.

Hay charcos de agua aquí y allá que reflejan el sol. En la distancia veo nuestra mochila. La arena negra de la isla se eleva como la cima de una montaña que no podremos escalar.

A pocos metros, entre los restos, la ostra gigante está al lado de un cofre descompuesto y cubierto de moho. Abre y cierra sus labios sangrientos. Así que después de todo, el octobeno terminó encontrando a su fiel amigo, el artesano escultor.

Se levanta una brisa con olor a sal y a pescado. Creía que la esponja ya habría alcanzado el tamaño de un macizo, pero ahí está, al lado de mis botas mojadas, no más grande que una pelota de baloncesto. La recojo. Resulta difícil de creer que contenga un océano entero.

Jeb me ayuda a levantarme y dejo caer la esponja, que rebota con un ¡plas! Aunque estoy débil y agotada, siento que he cumplido con mi misión.

—Lo hemos logrado —musito, casi incapaz de comprender el verdadero significado de mis palabras—. Hemos drenado el océano, tal y como nos pidieron que hiciéramos las flores.

—Tú lo has logrado —responde Jeb. Aparta un mechón de pelo de mi frente—. Y casi te ahogas en el intento.

Antes de que pueda contestarle, su cálida y suave boca roza mi frente, mis sienes y luego mi mandíbula. Cada vez que lo hace, su *piercing* me rasca la piel con suavidad. Se detiene en mi mejilla y se inclina para abrazarme más fuerte, con la nariz hundida en mi cuello.

—No vuelvas a asustarme así nunca más.

No importa que estemos mojados, el calor irradia a través de nuestras ropas empapadas. Deslizo mis guantes sobre su pelo.

—Volviste a por mí.

Con su nariz, acaricia el hueco de mi cuello, y una potente oleada de emoción hace que se estremezca.

—Siempre volveré a por ti, Ali.

Un diminuto rumor de prudencia golpea mi pecho y me acuerdo de Taelor, de la decisión de Jeb de ir a Londres sin mí para estar a solas con ella. Pero la adrenalina me golpea con más fuerza. Le doy un ligero beso en la oreja, y el sabor de las lágrimas de Alicia sobre su piel se queda en mis labios.

—Gracias.

Me aprieta más fuerte. Su nariz navega por mi pelo, hasta la nuca, como si se estuviera perdiendo en los enredos. Nuestros corazones laten como un trueno, al unísono. Me estremezco, de nervios y agotamiento, hasta que casi no puedo tenerme en pie.

—Jeb —susurro. Él murmura algo indescifrable, y con las manos temblando me aferro a su cuello.

Exhala un gemido. Contengo la respiración mientras me toma de la nuca y pasa sus dedos por mi pelo, y me contempla durante unos instantes, sus ojos intensos clavados en los míos.

Está a punto de inclinar sus labios sobre mí cuando una cacofonía de clics y repiqueteos nos interrumpe.

Nos damos la vuelta. Miles y miles de ostras están emergiendo de la arena. Me agarro a la mano de Jeb, preocupada. Quizá van a atacarnos por haber destruido su hogar. En lugar de eso, empiezan a oírse agudos vítores.

Miro por encima del hombro de Jeb y me quedo boquiabierta.

—A tu espalda.

Al lado del muro macizo, una tonelada de cáscaras y conchas se suben una encima de la otra, rodando hacia arriba, una y otra vez, hasta formar una escalera viviente.

—Hemos derrotado a su enemigo —murmuro— y quieren ayudarnos.

Jeb no lo duda y me coge de la mano conduciéndome hacia las escaleras movedizas, y de camino, recogemos la mochila. Juntos ascendemos hacia las resplandecientes arenas negras de la isla.

Cuando alcanzamos la cima, me despido de las ostras con la mano mientras éstas desaparecen hacia el fondo de su lecho oceánico, en la arena.

Jeb abre la mochila y comprueba nuestras cosas.

—Quizá no debería sorprenderme que nada se haya mojado —dice. Abre el lapicero antes de que pueda detenerle. De repente, se queda muy callado—. ¿Qué es esto?

—Son... mis ahorros. —Genial. No solamente he tratado de robarle el novio a Taelor, sino que también he mentido acerca del dinero que le robé.

Jeb levanta la mirada después de contarlo. No puedo interpretar lo que oculta bajo las largas pestañas oscuras.

—Pareces distinta —dice, guardando el dinero de nuevo en el lapicero y sacudiendo las gotas de agua de su pelo.

—¿Ah, sí? —Me froto la piel alrededor de los ojos. ¿Es que llevo todos mis secretos escritos en la cara con luces de neón?—. Debo de tener el maquillaje hecho una pena.

—Estás reluciente, de pies a cabeza.

—Deben ser residuos salinos. —Cojo su chaqueta de gala, la escurro de agua y se la devuelvo.

—Ajá —dice, sin dejar de observarme—. Así que... ¿vamos a hablar de ello?

Guarda la chaqueta doblada en la mochila.

—¿Hablar de qué?

—De lo que pasó ahí abajo, entre nosotros.

Vuelvo a sentir mis mejillas acaloradas. Lo lamenta. O quizá tiene miedo de que se lo cuente a Taelor. Sea como sea, terminaré pareciendo una estúpida.

—Fue la adrenalina, eso es todo. La alegría de seguir vivos. No te preocupes. Lo que pasa en el País de las Maravillas se queda en el País de las Maravillas, ¿de acuerdo?

Ni siquiera esboza una sonrisa. Me mira fijamente y luego sacude la cabeza, con los labios apretados en una fina línea, mientras se concentra en subir la cremallera de la mochila.

Me gustaría creer que sintió lo mismo que yo. Cosas que, por otro lado, no debería sentir en absoluto. Pero, ¿cómo puede ser? No soy la chica con la que piensa irse a vivir a otro país.

Intento pensar en otra cosa, como por ejemplo la manera en que suena el agua de mi bota entre los dedos de mis pies, o lo destrozadas que están mis mallas, con agujeros del tamaño de un dólar.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Jeb.

Creo que está hablando de algo más que nuestro próximo destino, pero

temo arriesgarme a estar equivocada. En lugar de eso, me concentro en observar los alrededores.

La costa se extiende hasta donde mi vista alcanza. Es un desierto sin fin, de color tinta y brillante hollín. No es el aspecto que imaginaba para el corazón del País de las Maravillas, si es que es ahí donde nos encontramos. No hay flora ni fauna, exceptuando un árbol solitario, tan alto y ancho como una secuoya, situado a unos metros frente a nosotros.

Un sentido de intensa familiaridad me atrae hacia él. Está completamente cubierto de una corteza enjoyada, desde el tronco nudoso hasta las ramas que se retuercen y ascienden cientos de metros en el aire. Resplandece al sol como si lo formaran un millón de diamantes blancos. Al final de cada rama, los rubíes se amontonan cual líquido y gotean hasta el suelo, como si el árbol estuviera sangrando joyas, lo mismo que los elfos cuando les atraviesan la piel. Con la arena negra de fondo, la escena me recuerda el mosaico de grillos que tengo en casa: una belleza hipnótica y extraña. Domino una oleada de pánico, recordando la forma en que los grillos parecían estar vivos y emitían su cántico la última vez que los miré, en la pared de casa.

—*El Corazón del invierno* —dice Jeb, a mi lado.

Asiento y digo:

—¿Tú también te has fijado en el parecido?

Su mandíbula se contrae.

—Ya has estado aquí.

Aparto mi inquietud y me acerco al árbol, abriéndome paso entre los rubíes caídos. Un punto en la base del tronco palpita tras la corteza de diamantes como si fuera el latido de un corazón. Con cada palpitación, se enciende un contorno de líneas rojas con la misma forma que la marca de nacimiento que tengo en el tobillo. La imagen despierta el recuerdo del chico alado y de mí, difusa pero inconfundible.

Jeb se acerca y me giro para sostenerme contra su hombro, mientras levanto la pierna izquierda y me desato la bota.

—¿Qué estás haciendo?

—Sigo instrucciones —contesto quitándome la bota y bajándome los calcetines para exhibir mi tobillo. Jeb me agarra del codo mientras me acucillo, y presiono el laberinto de mi tobillo contra las líneas palpitantes del

árbol.

Un choque de electricidad estática me asalta desde el tronco; luego un ruidoso crujido rompe el silencio. Jeb me separa del tronco justo cuando éste se parte en dos, abriendo su corteza como un pergamino y mostrando una puerta. Un suave resplandor rojo invita a cruzarla.

—El corazón vivo del País de las Maravillas —suspiro, poniéndome de nuevo la bota.

La luz roja se refleja en el *piercing* de Jeb.

—De acuerdo, me creo que de pequeña viniste aquí y que aún guardas recuerdos puntuales reprimidos de ese viaje. Pero, ¿cómo explicas que la marca de nacimiento de tu cuerpo abra cualquier cosa de este sitio?

Vacilo y le cuento lo que leí sobre los habitantes de las profundidades capaces de hablar con insectos, y lo que sospecho de la maldición de mi familia: que compartimos algunas características con las criaturas que habitan este lugar, incluyendo extrañas marcas mágicas en nuestros cuerpos.

Jeb se queda mirándome, y me pregunto cuánto más va a poder resistir sin pensar que estoy loca, o sin volverse loco él.

—¿Estás bien? —pregunto, mordiéndome el labio.

Traga saliva y se mesa el pelo.

—Eres tú la que me preocupa. Entonces, ¿cómo rompemos esta «maldición»?

Mi corazón salta de alegría al oír ese plural. Está conmigo en esto, juntos hasta el final. No solamente porque esté atrapado aquí, sino porque es el Jeb con el que crecí. *Mi Jeb*.

—Tengo que encontrar a alguien ahí dentro. La persona de mi pasado... El que solía traerme aquí.

Jeb frunce el ceño.

—De acuerdo. Según las flores, aquí también se encuentran los portales, ¿no? ¿Las puertas que nos llevarán de vuelta a casa?

—Exacto —contesto, casi esperando que intente convencerme para esperar fuera, mientras él baja a comprobar que todo está bien. En lugar de eso, me retiene el tiempo suficiente como para sacar la linterna, recolocarse la mochila y encabezar la marcha. Descendemos por una escalera serpenteante

que avanza por un túnel oscuro que parece formar una espiral que baja eternamente.

—No mires hacia abajo —dice Jeb.

¿Por qué dice eso la gente? Una vez lo dicen, es imposible no hacerlo. Así que hundo la mirada hacia los peldaños que se quejan bajo nuestras botas. La escalera está hecha de huesos, entrelazados y unidos por algún tipo de cola dorada y brillante. La mayoría son huesos deformados, tamaños aberrantes y formas desconocidas. Otros parecen humanoides. Me pongo la palma de la mano encima de la boca y aprieto con fuerza.

—¿De quién crees que son? —susurra Jeb—. ¿Antepasados? ¿Prisioneros humanos?

Trato de recordar algo de entre las imágenes difusas que pueblan mi mente.

—No recuerdo que me contaran nada acerca de esto...

Jeb sigue al mismo ritmo. Saltamos el último peldaño y nos inclinamos para superar una cortina de vides. En lugar de encontrarnos en lo más hondo del subsuelo, una panorámica se abre frente a nosotros bajo un oscuro cielo púrpura. El sol y la luna están unidos en un solo astro. La luna posee un tinte azulado al lado de su hermano más brillante.

La luz resultante de su maridaje le confiere a todo una tonalidad ultravioleta. Las plantas de todos los tipos —los setos, las flores, los árboles y la hierba— son como neón bajo los rayos de un láser: rosados, púrpuras, verdes, amarillos y naranjas.

También los tonos más pálidos de nuestra ropa brillan. No me extraña que siempre me sintiera como en casa en La Caverna. En cierto modo, mi subconsciente siempre debió recordar este lugar.

Una ráfaga fría, cargada de aroma a arcilla, a verde y a flores, sopla en derredor. Luego detecto algo más: un tono afrutado que se acerca hacia nosotros.

—Sigue el humo —digo, abandonando el camino.

Jeb me coge de la mano y me ayuda a cruzar un lecho de caléndulas resplandecientes. Le aprieto los dedos, agradecida. Mi cuerpo empieza a notar los resultados de nuestra enloquecida carrera por el agua. Tengo moratones y chichones por todas partes.

Mientras seguimos avanzando, no puedo dejar de pensar en cómo regresó a por mí bajo el agua, sin ninguna intención de rendirse, y cómo saltó al interior del espejo de mi habitación sin pensarlo dos veces, sin preocuparse por su seguridad. Quizá sí *deberíamos* hablar acerca de lo que hay entre los dos, porque algo está cambiando en lo que respecta a mí. Me paso la lengua por el paladar nerviosamente. Llevo aferrada a este secreto durante mucho tiempo.

—Jeb, escucha —digo, tragando saliva dos veces—. Acerca de lo que pasó en el lecho del océano, yo...

—Más tarde —dice, mirando a mis espaldas y cogiéndome por los hombros—. Tenemos compañía.

—¡Es ella! —una vocecita chilla por encima del zumbido de muchas alas—. ¡Lo es!

Un enjambre de criaturas humanoides del tamaño de grillos y el color de semillas de lima, se acerca a nosotros. Son todas hembras, desnudas y con escamas brillantes que rodean sus senos con diseños elegantes y circulares. Tienen las orejas puntiagudas y el pelo largo y resplandeciente. Sus ojos son bulbosos y metálicos como los de una libélula, como si llevaran gafas de sol de cobre. Sus alas rozan mi mejilla, son lechosas y blancas, y el borde es algo parecido al forro de diente de león.

Una de ellas se acerca a la sien de Jeb. Sus palmas no son más grandes que el cuerpo de una mariquita.

—¡Le he encontrado! ¡Es mío!

—No, no, ¡es mío! —chillan las demás, navegando por su pelo.

Jeb aprieta las manos alrededor de las cintas de la mochila.

—No, hermanas mías —responde una con voz de campana. Se detiene flotando frente a Jeb, tan absorta como las demás—. Nuestro dueño dijo que yo debía ser su guardiana.

Las otras refunfuñan pero se apartan.

Suspendida en mitad del aire, la diminuta ganadora se inclina mientras aletea.

—Soy Sedosa. Yo os llevaré hasta el que buscáis. —Sus ojos de libélula brillan al mirarme y se iluminan, como si estuviera enfadada—. Y hasta el que os busca a vosotros.

Mi estómago da un vuelco por lo que implican sus palabras.

Luego se da la vuelta y se dirige a Jeb.

—Rey Elfo, ¿deseas placer en tu búsqueda? Puedo ofrecértelo, si así lo mandas.

Frotándose el *piercing* con el pulgar, Jeb me mira de reojo, con una expresión de sorpresa que me resulta adorable.

—Oh. No, gracias. Estoy bien.

Riéndose, el hada se aleja y se reúne con sus hermanas.

Seguimos a nuestras guías luminosas hasta un espeso bosque, atravesando altas y brillantes extensiones de hierba alta hasta que llegamos a un claro de césped verde lima, líquenes de color amarillo brillante y setas resplandecientes. Un círculo de árboles llega hasta el cielo, con las ramas estiradas y retorcidas formando una cúpula de madera. Retazos de cielo púrpura asoman por entre las ramas, lo suficiente como para dar sombra.

Cada una de las hadas se coloca bajo el techo natural, punteando las ramas como si fueran velas encendidas. Su luz añade un suave resplandor al lugar. Sedosa indica que la sigamos hasta la mitad del claro, donde una seta gigante de rayas ultravioletas espera, envuelta en una fragante nube.

De nuevo vuelvo a sentir la indiscutible noción de que ya he vivido aquí, de que lo conozco. Reconozco, mejor dicho, este lugar gracias a las pesadillas de Alicia. Estamos en la madriguera de la Oruga: el guardián de la sabiduría del País de las Maravillas.

—No parece muy especial, mi señor —dice Sedosa, flotando por encima del espeso humo que cubre la parte superior de la seta, ocultando lo que sea que vive sobre ella—. Está cubierta de barro de pies a cabeza, y apesta a ostras.

—Eso es porque acaba de vaciar un océano, querida. Debe haber sido una tarea de lo más cansada, ¿no te parece?

Todo mi ser se pone a temblar al oír ese profundo acento. Líquido, masculino y sensual. Es *él*. Mi guía de las profundidades. Si pudiera distinguirlo, si la nube de humo se disipara.

—Va ataviada con las ropas de una criada —insiste Sedosa, mirándome con desaprobación—. Quizá deberíais mandarla de vuelta a casa y esperar otra. Alguien más aceptable.

—El que está desnudo no debería juzgar el atuendo de otro —dice la voz familiar—. Sabes bien que aunque la mona se vista de seda...

Más humildemente, Sedosa vuelve junto a sus otras hermanas. Al final, el humo se aclara y revela un narguile y al chico alado, con su cuerpo azul y luminoso y sus alas negras, sentado encima de la seta como si fuera una mariposa encima del pétalo de una flor.

Inhala humo del tubo y luego suelta pequeñas nubecitas en el aire. Algunas con forma de pájaro, otras de flores. Uno de los vaporosos diseños tiene la forma de la cabeza de una mujer, como si fuera una escultura en un camafeo. Mientras se disipa lentamente, distingo una niña de cinco años. Una niña de cinco años muy parecida a mí...

—Qué bueno verte de nuevo, cariño. No sabes cuánto te he echado de menos.

Me arrodillo, sin saber qué hacer. La Oruga y el chico de las alas y la mariposa nocturna. Son todos el mismo. Siempre han estado ahí...

—He visto ese insecto antes —dice Jeb—. En tu coche, en el espejo.

Suelta la mochila y me coge por los hombros, tratando de arrastrarme. Mis piernas no responden.

—No, no. Tú nunca deberás arrodillarte frente a mí, Alyssa —dice la voz del chico, mientras emite grandes exhalaciones de humo. Su atención se centra en Jeb—. Tú, en cambio, sí te inclinarás frente a *ella*.

El humo se dirige en columna hacia Jeb y se transforma en una red flotante, que le envuelve. El peso le hace doblegar las rodillas. Una rama en el suelo le hiere la rodilla, en uno de los muchos desgarros que tienen sus pantalones después de la pelea con el octobeno.

—¡Ah! No es ningún elfo, es un simple mortal. —La mariposa nocturna aletea, como si acabara de confirmar un gran descubrimiento.

—¡Un hombre mortal! —chillan las hadas con voces tan agudas como campanas tañendo. Se dejan caer desde los árboles como copos de nieve radiantes, zumbando alrededor de Jeb mientras él trata de contener sus aguerridas invitaciones. Los espíritus se ocupan de hacer que suelte la navaja suiza que aún guarda en la mano, luego lo cubren como si fueran hormigas y él, un terrón de azúcar.

Me pongo en pie de un salto para espantarlas.

—¡Fuera!

—Oh, no estropees la diversión tan pronto —dice el chico alado mirándome—. No vamos a romper a tu soldado de juguete.

Cojo la navaja e intento sacar las tijeras, pero las cuerdas desaparecen de mis manos. Me preocupa tanto que casi me pierdo la transformación que está teniendo lugar en lo alto de la seta. El chico se ríe, y levanto la mirada justo a tiempo de ver que sus alas se doblan sobre él. Los apéndices satinados se expanden hasta mostrar las alas de un ángel, y luego vuelven a abrirse para revelar al chico que vi en el reflejo de mi espejo roto —el que recuerdo— ya crecido.

La navaja se desliza de entre mis dedos. Estoy mentalmente atrapada entre el pasado y el presente.

Tendrá la misma altura y edad que Jeb. Lleva una chaqueta de cuero negro con botas militares y se recuesta contra la seta sosteniendo el fumador de la pipa con elegancia entre ambos dedos, y los tobillos cruzados. Tiene los pantalones gastados y se ve que está tonificado. Es algo más esbelto que Jeb, pero está en forma. La chaqueta, abierta hasta el abdomen, revela un pecho suave, de color leche igual que su mentón perfectamente afeitado.

Las hadas se llevan nuestra navaja y corren a los pies de su amo. Le peinan y recolocan su ropa, parloteando y riéndose. No me extraña que el póster de la película de Perséfone me resultara siempre tan familiar.

Mi compañero de lo profundo creció para ser el héroe, excepto que el pelo, que lleva largo hasta los hombros, es azul y brillante, y lleva media cara cubierta por una máscara de color satén rojo. Dejando eso aparte, es la mismísima imagen: piel pálida de porcelana, ojos tan negros como el maquillaje, labios redondos y oscuros.

Con la niebla gris alrededor de sus alas de hollín, también me recuerda al escaparate de Jenara: un Ángel Oscuro.

Aunque es más parecido a un demonio.

Lo sé porque mis recuerdos de infancia regresan a mi en tropel, golpeándome con un nombre que no he pronunciado en más de once años.

9

Morfeo

—Morfeo —digo en un tono más acusador que revelador.

El demonio alado muestra sus blancos dientes en una sonrisa deslumbrante que capta mi atención y me pone en guardia.

—*Mmm* —murmura.

Pasa la mano por el narguile como si fuese un violín.

—Tu voz es una canción. Dilo de nuevo.

Da una calada al narguile. Estoy tan embelesada al verlo, vivo y real, que ni siquiera trato de resistirme.

—Morfeo —repito.

—Precioso. Tu madre debería haber sabido que hacía falta algo más que un par de tijeras para *podarme* de tu vida. Aunque parece que sí consiguió arrancarme de tus recuerdos durante un tiempo.

Exhala anillos de humo.

—Estoy dolido, Alyssa. No deberías haber tardado tanto tiempo en encontrarme.

Coge los anillos de humo con el dedo y los lanza al aire, donde se rompen en estrellas vaporosas.

Jeb, junto a mí, se debate bajo la red.

—¿Es éste el tipo al que has estado buscando? ¿El de la página web? —pregunta.

—Más que eso —respondo, sin estar siquiera segura de que mis palabras

sean coherentes—: crecimos juntos, de alguna forma. Aparecía en mis sueños cuando era pequeña. ¿A que sí? Acudías a mí en mis sueños... me traías aquí. Me contabas cosas.

—Te *enseñaba* cosas, mejor dicho —dice Morfeo—. Pero también sacábamos tiempo para divertirnos, ¿eh? Tendré que asegurarme de que seguimos honrando esa tradición.

Morfeo les alarga el narguile a unas hadas con sus dedos pálidos y elegantes. Cierro los ojos y vislumbro recuerdos de nosotros, de niños, saltando de roca en roca hasta que Morfeo levantaba el vuelo y me alzaba consigo agarrándome de las axilas, proporcionándome una tierna seguridad. Cuando abro los ojos de nuevo, me sonrojo al recordar lo diferente que sentí su piel ayer por la noche en mi habitación. Se pone en pie sobre la seta, con las alas plegadas formando un fluido arco en su espalda, y une los dedos bajo su barbilla creando una uve invertida.

—¡El sombrero de la hospitalidad! —grita, sin venir a cuento.

Varios de sus asistentes aletean sobre su cabeza llevando un sombrero de cowboy de terciopelo negro, que le colocan en la cabeza. Morfeo lo ladea hasta que queda en una posición absurda. Una bandada de mariposas blancas en descomposición acentúan el terciopelo, lo que le da a Morfeo un aspecto elegante y salvaje a la vez.

—Ella no tenía ningún derecho a interferir —dice. Recorre el ala del sombrero con un alargado dedo índice. Largos mechones de cabello azul le rozan los hombros—. No era quién para hacerlo.

Me lleva un minuto darme cuenta de que ha retomado el tema de Alison.

—¿La conocías? —le pregunto.

—Sí. De entre todas las demás candidatas, de todas tus antepasadas, su mente era la más receptiva conmigo. Conectamos cuando oyó la llamada de las profundidades a los trece años. Pero cuando conoció a Tommy-luz, le dio la espalda a su deber.

Se burla del apodo de mi padre. Luego recobra la compostura y se alisa la chaqueta.

—No importa. Veo que llevabas los guantes. ¿Has traído también el abanico?

—Junto con todo lo que Alison había escondido.

—¡Y se creía que si enterraba los tesoros en la butaca impediría que vinieras! Lástima que las palabras escritas en los márgenes fuesen indescifrables, ¿no? Tal vez debería haber mantenido la boca cerrada y jugado con sus claveles.

¿Claveles? ¿Palabras indescifrables? De repente, lo comprendo todo.

—Fuiste tú. Tú emborronaste sus anotaciones para que yo no pudiera leerlas. Y en el psiquiátrico... ¡fuiste tú el que estuvo a punto de matarla!

—No admitiré nada, aparte de que la mujer estaba fuera de control. Tenía que calmarse, por su propia seguridad.

—¡Claro que estaba fuera de control! ¡Jugaste con su mente durante la mitad de su vida! —Aprieto la mandíbula—. Es culpa tuya que Alison esté en ese lugar.

Morfeo extiende sus alas satinadas, un movimiento que oculta a las brillantes hadas y que proyecta una sombra sobre mí.

—Tú eres la responsable de eso. Alison se las estaba apañando bien hasta que llegaste tú. Pregúntale a tu padre, si no. Antes de que nacieras, nunca les había respondido a los bichos y a las plantas que le hablaban. Al menos, no en presencia de gente.

—No —susurro.

—No le hagas caso, Ali —trata de consolarme Jeb—. Tu madre te quiere.

Morfeo levanta las manos por encima de la cabeza y aplaude.

—Bravo, caballeroso caballero. ¿Habéis visto eso?

Las hadas se unen a la falsa alabanza dando brincos por el hongo. Todas excepto Sedosa, quien, sentada en el narguile, observa la escena en un silencio solemne.

—Esto sí que es nobleza —continúa Morfeo, paseándose sobre el hongo con aire pomposo—. A pesar de estar atado, sólo le preocupa la tierna sensibilidad de la doncella. Y debo admitir que hace bien.

Las hadas silencian sus falsos elogios, confusas. Con un aleteo, Morfeo se desliza y cae grácilmente ante mí, amenazante y hermoso.

—Tu madre te quiere. Muchísimo.

Aunque me tiemblan las piernas, levanto la mirada hacia él; el desprecio

arde detrás de mis ojos.

—Mantente alejado de ella —dice Jeb atravesando la red de un puñetazo y rozando la pierna de nuestro anfitrión.

Morfeo lo esquivo.

—Ah, ah, ah.

Hace que la red desaparezca y que el humo se funda de tal modo que las muñecas, los tobillos y el cuello de Jeb quedan esposados a la base de la seta.

—Si vas a comportarte como un mono amaestrado, serás tratado como tal.

—¡Capullo! —Arremeto con un alarido y la mano abierta, pero Morfeo bloquea mi muñeca en el aire. El impacto hace que me repiqueteen los huesos y que se resientan los moratones.

—Ahí está ese fuego —dice Morfeo ladeando la cabeza. A juzgar por la expresión de su cara, está entre divertido e impresionado—. Me alegro de ver que todavía arde.

—¡Quítale las manos de encima, hijo del gran bicho!

Entre gruñidos, Jeb lucha contra las esposas de humo. Se esfuerza tanto por intentar alcanzarnos que la cara se le enrojece.

Nuestro captor suelta una risita y se inclina sobre mí; continúa aferrándose la muñeca.

—Ay, qué bien me cae este chico —murmura—. Es un artesano de la palabra.

Está tan cerca que su aliento humeante se filtra dentro de mí, dulce como la miel; me atrapa como la seda de la araña. Un consuelo de mi infancia.

—En cuanto a ti... ¿acaso es ésa la forma de tratar a un viejo amigo? ¿Después de todo lo que compartimos? Ay, ay, ay...

Tengo ganas de acercarme, de buscar más de esas sensaciones seductoras. Pero el deseo no es mío. Me está manipulando de algún modo. Tiene que estar haciéndolo.

Me abalanzo sobre él. Morfeo me clava las uñas en el guante, haciendo que me palpite la muñeca.

Brillan los ojos negros, duros y glaciales, detrás de su máscara.

—Deja de luchar y escucha. Tu madre no tenía que haberme dado la

espalda. No tenía que haberse ido a esa casa de locos para protegerte.

—Espera. —Se enciende una señal de alarma en mi interior—. ¿Estás diciendo que *decidió* ir?

—Todo lo que necesitaba era poner unos kilómetros de distancia entre las dos. Podría haberse divorciado, haberse trasladado a la otra punta de la ciudad y haberle dado a tu padre la custodia completa. Pero os quería tan intensamente a los dos que no podía haceros daño de esa forma. Quería formar parte de vuestras vidas... y al mismo tiempo mantenerte a salvo. Así que sacrificó *su* vida. Ese es el más puro de los amores.

—Estás mintiendo. —Mi acusación brota en un hilo de aire.

—¿Tú crees? Eres la única a la que he podido llegar tan joven. Entre tu madre y tú existía el vínculo más fuerte que jamás he conocido. Logré usar sus sueños como vehículo para meterme en los tuyos. Cuando se dio cuenta de lo que ocurría se volvió loca. Pero eso sólo fue una locura pasajera. Que quede clara una cosa: el traje de Alicia, la obsesión con la fiesta del té, los chasquidos de lengua, el hablar en voz alta con los insectos y las flores... Fue ella quien orquestó todos esos tics para que la mantuvieran alejada de ti. Por respeto a su sacrificio, juré que yo tampoco volvería a acercarme a ti.

—Rompiste tu palabra, entonces —le susurro.

—No. Es que había un pequeño vacío legal. —Los nudillos de su mano libre me rozan la sien. Su caricia es cálida y delicada—. *Tú* me encontraste a mí. Como fuiste la primera en buscarme, me liberaste de las ataduras del juramento. Chica lista, muy lista. Ahora estás aquí para arreglar las cosas, ¿verdad, bizcochito? Para arreglar lo que estropeó Alicia. Para arreglar el País de las Maravillas y romper la maldición que arrastra tu apellido. Los insectos y las flores parlantes... los vínculos con este reino. Ya no estarás bajo su hechizo. Tu madre podrá por fin dejar de fingir que está loca de atar, porque ya no necesitaré a ninguna de vuestro linaje.

Me duele el pecho, como si alguien hubiera usado mi corazón como saco de boxeo. Por eso Alison dijo aquellas cosas en el jardín que si seguía adelante con mi plan para encontrar la madriguera del conejo, todo lo que ella había hecho sería en vano. Soportó voluntariamente años de humillación, horror y exceso de medicamentos porque esperaba que me mantuviera lejos de aquí. Y yo voy y lo arruino todo al ir en busca de Morfeo.

Por eso lo que planean mi padre y los médicos resulta aún más demoledor.

—Es culpa mía —susurro, tratando de no llorar—. Todo lo que le ha pasado a mi madre... es culpa mía.

—¡Ali, no dejes que te haga sentir culpable! —dice Jeb. Apenas se oye el crujido que hace su ropa al intentar librarse de las esposas.

Morfeo me levanta la barbilla con los dedos.

—Exacto, no te sientas culpable porque descubrieras el agujero del conejo y fueras lo suficientemente valiente como para entrar. Tú eres la única que ha demostrado semejante astucia y valentía desde la propia Alicia. Y ya has conseguido secar el océano que dejó ella. Vas a arreglarlo todo, por tu madre. Por todos nosotros. Eres muy especial, Alyssa. De verdad que lo eres.

Tira de mi muñeca, levantándome hasta que me pongo de puntillas y toco con la nariz las líneas inferiores de su máscara.

Está tan cerca que casi puedo saborear sus labios con aroma a regaliz.

Un fuerte chasquido rasga el aire y Morfeo me suelta. Me tambaleo hacia atrás. Las hadas chillan cuando Jeb se libera del hongo.

Jeb rueda por el suelo pegando latigazos con las piernas.

Las esposas rotas —todavía unidas a sus tobillos, cuello y muñecas— lo siguen como la cola enroscada de un escorpión y alcanzan a Morfeo en uno de los giros, tirándolo al suelo. El impacto hace que se le caiga el sombrero y que el humo se evapore, de modo que ambos se enzarzan en un revoltijo de alas y extremidades.

Jeb monta sobre Morfeo y le agarra el cuello con las manos.

—Te dije que no la tocas. —Su profunda voz suena ronca pero tranquila, y hace que se me erice el vello de la nuca.

Morfeo comete el error de reírse y Jeb reacciona. Suelta una mano de su cuello y le asesta un puñetazo, arrugando la máscara de satén rojo. Morfeo gira la cabeza para esquivar el ataque. Sus alas están arrugadas y malhadadas bajo su cuerpo.

Tenso los músculos. Me debato conmigo misma: una parte de mí quiere defender a Morfeo, defender su causa ante Jeb; pero la otra parte anima a Jeb a que lo machaque. Me inclino, con las sienes palpitantes, mientras me ahogo en un mar de recuerdos distorsionados y emociones inconexas. Las hadas gimen y pululan por las ramas, sobre nuestras cabezas. Es evidente que nunca han visto a su amo siendo atacado por nadie.

Para derribar a Jeb, Morfeo se pone a dar patadas; caen al suelo y ruedan por los pastos de neón, dejando una estela plana. Esta vez, Morfeo termina poniéndose encima. Sus alas los envuelven a ambos como una tienda de campaña. El contorno de la cara de Jeb aparece, presionada contra el reverso de la satinada membrana negra. Un movimiento de succión deja la huella de su boca.

Se está ahogando.

Atravieso la bruma de mi mente y me abalanzo sobre Morfeo, abatiéndolo. Rueda por el suelo, envuelto en sus alas como en una crisálida.

Caigo de rodillas y bajo la cara hasta ponerme a la altura de la de Jeb. Su aliento, lento y regular, me calienta la nariz, pero no abre los ojos.

—¡Jeb! Despierta, por favor...

Arrastrándolo por los hombros lo coloco sobre mi regazo y le acuno la cabeza. Morfeo se pone en pie y se sacude el polvo.

—¿Qué has hecho? —chillo.

Él se recoloca la arrugada máscara; luego extiende las alas sobre sus hombros y les pasa la mano por encima para comprobar los daños.

—Sólo está inconsciente.

Se pone el sombrero y se toca las marcas de manos que tiene en el cuello. Se le oscurecen los ojos.

—Ha sido un gesto de bondad. Podría haberlo matado —gruñe—. Debería haberlo matado, de hecho. No hay duda de que terminaré arrepintiéndome de esta decisión.

Morfeo alza la vista a su harén y, con un movimiento, les indica que bajen.

—Llevad al pseudoelfo a la mansión. Despertadlo de su sueño. Haced que se sienta bienvenido como sólo vosotras sabéis hacerlo.

Sedosa es la primera en bajar de los árboles. Ahora incluso parece que hay más hadas. Caen en torrentes, en forma de lluvia reluciente, siguiendo el ejemplo de la primera.

—¡No! —grito.

Me pongo delante de Jeb de un salto. Me lío a puñetazos. A una orden de

Sedosa, se lanzan contra mis brazos y costillas a toda velocidad, punzantes como el granizo. Me niego a moverme hasta que Morfeo me agarra del cuello y me obliga a ponerme en pie.

Me retuerzo en sus manos, pero eso sólo aumenta su firmeza. Su brazo me rodea la cintura con tanta fuerza y dureza como una abrazadera de metal. Me mantiene con la espalda clavada en su costado y los pies en el aire. Cincuenta hadas o más izan a Jeb asíéndolo de la ropa. Le cuelga la cabeza, y la camisa y los pantalones se fruncen allí donde lo mantienen agarrado, como si lo estuvieran alzando con cuerdas.

—¡Jeb! —Las lágrimas me nublan la vista cuando no me responde—. Tened cuidado con él.

Las pequeñas hadas sólo son capaces de levantarlo unos centímetros del suelo y la hierba, alta, se dobla bajo el peso de Jeb mientras lo arrastran desde el claro. Algunas de las hadas restantes siguen a la procesión tirando de la mochila. Cuando el último tramo de hierba aparece a su paso, me libero de Morfeo de un empujón; pero sólo porque él me lo permite.

—Si el tiempo que pasamos juntos significó algo para ti alguna vez, no le harás daño —digo mientras lágrimas calientes ruedan por mis mejillas.

Morfeo alarga una mano y recoge una de ellas con la punta del dedo. La sostiene en alto, a la luz del pálido resplandor que irradian las pocas hadas que hay sobre nosotros. Una curva en sus labios denota curiosidad.

—Lloras por él, pero por mí sangraste. Habría que preguntarse qué es más poderoso. Más vinculante. Supongo que lo sabremos algún día.

Se me seca la garganta.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo que *sangré* por ti?

Se aplica la lágrima en la piel como si fuera una loción.

—Todo a su debido tiempo. En cuanto a tu soldado de juguete, no te preocupes por él. Va a recibir un montón de atenciones. Y, una vez el éxtasis le haga perder la consciencia, olvidará dónde está y con quién vino. Aunque imagino que tendré que mandarlo a otra parte del País de las Maravillas para quitármelo de encima.

Me atenaza el terror. Ya resulta lo bastante terrible que esas ninfas tamaño bolsillo vayan a seducir a Jeb; pero, si además le hacen olvidar quién es, se perderá en este lugar para siempre.

Jeb está aquí por mí; no se merece un final así.

—Por favor, envíalo de vuelta a nuestro mundo.

Morfeo se encoge de hombros.

—No es posible. Estamos experimentando algunos problemas con esto del transporte aquí en el Reino de las Profundidades.

—Eso no puede ser verdad.

Da un paso hacia mí.

—¿No?

Me alejo dos pasos.

—Tú me visitaste en casa, en el trabajo. Me vigilaste. Prácticamente hiciste que Alison se asfixiara con el viento...

Echa para atrás la cabeza y se ríe, alzando los brazos como si fuera un gran intérprete.

—Menuda imagen: yo, controlando el viento y el tiempo. Debo ser un dios, entonces.

Lo fulmino con la mirada.

—Sé lo que vi.

Él se recoloca los puños.

—Utilizaba reflejos para visitarte. La esfera de jardín del psiquiátrico, los espejos de las tiendas, los que tienes en casa... A través de ellos proyectaba una ilusión, pero no podía materializarme por completo porque los portales están obstruidos. Tu mente era mi escenario. Nadie más podía verme, ni oírme ni sentirme. Sólo tú. Y claro que me sentías, ¿verdad, cariño?

Pensar en cómo su aliento fantasma me hacía cosquillas en el cuello mientras tarareaba, cálido y burlón, me sacude hasta los huesos. Levanto la barbilla en un pobre intento de ocultar el efecto que ejerce en mí.

—Fue magia... lo de la trenza de mi madre. Se movió, me aprisionó los dedos en su garganta. Fuiste tú.

Se abrillanta las uñas en la solapa.

—Fue magia, lo admito. Magia equivocada. Y no fue mía.

—¿Qué significa eso?

—Aún no estás lista para esa respuesta.

Harta de sus manipulaciones, le hago perder el equilibrio de un empujón y corro hacia el claro entre los árboles donde desaparecieron las hadas; en mi desesperación por encontrar a Jeb estoy a punto de tropezar con mis tacones. Oigo un duro aleteo sobre mi cabeza y Morfeo se planta en mi camino. Freno derrapando.

Se agacha con las alas extendidas en paralelo al suelo y me mira fijamente, como un ave de presa gigante: oscuro y peligroso. Conozco este lado suyo... su negro humor temperamental. No habrá forma de razonar con él, a menos que consiga tener el control.

Se pone en pie y me coge por los hombros antes de que pueda echar a correr de nuevo.

—Basta de juegos —dice—. Es hora de que cumplas con tu destino. No me pasé el primer tercio de tu vida entrenándote en vano. Alicia dejó ondulaciones en nuestro mundo que sólo tú puedes alisar. Llevaba más de setenta y cinco años esperando a que llegase este día... he hecho demasiados sacrificios como para que todo se desmorone ahora. Arregla lo que ella estropeó y allanarás el camino para romper la maldición y volver a casa. Hasta entonces, yo fijo las reglas.

Alicia ha dejado ondulaciones en nuestro mundo que sólo tú puedes alisar. Las flores zombis dijeron algo parecido: que sólo una descendiente de Alicia podría solucionar este problema. Y el octobeno insistió en que el Sabio —Morfeo— necesitaba mi ayuda desesperadamente. *Desesperadamente.*

Él fue quien me hizo conservar la esponja, el que lleva años enseñándome cosas acerca del País de las Maravillas. ¿Por qué? Tiene que tener algún tipo de interés personal en esto.

—Me necesitas. —Alzo la voz, arriesgándome con la suposición—. No es que mis antepasadas no encontraran la forma de venir. Es que no *quisieron*. Tiene que ser una elección. No les puedes obligar; de lo contrario, ya habrías secuestrado a alguna y solucionado este lío. Yo soy la primera que ha estado dispuesta a llegar tan lejos, y no tengo que hacer nada de lo que me digas. ¿Y qué si me tengo que quedar aquí? Siempre he sido una marginada; ya he aprendido a vivir con ello. En cuanto a Alison... sobrevivirá, como siempre ha hecho.

Morfeo no necesita saber la verdad: que la calidad de vida de Alison

depende de que yo tenga éxito. Voy a marcarme este farol hasta las últimas consecuencias.

—Ésta es tu única oportunidad —digo apoyando las manos en la cintura—. No intentes joderme, porque podrías terminar esperando otros setenta y cinco años.

Una extraña expresión surca el rostro de mi compañero de infancia. Si no llevara puesta la máscara tal vez podría leer mejor su expresión, pero parece que podría haber un destello de orgullo.

Sus dedos aplican menos fuerza sobre mis hombros.

—¿Qué es lo que quieres?

—Jeb y yo nos reuniremos. Hoy. Vas a decirles a tus hadas que no hagan nada y vas a mantener sus recuerdos intactos. Será tratado como tu igual, no como tu peón. Y quiero las cosas claras: cómo puedes decir que eres amigo de Alison si tú y yo crecimos juntos; cómo conociste a mis antepasadas si tienes mi edad. Y qué es lo que sacas tú con todo esto.

Me suelta.

—¿Es eso todo lo que quieres?

Recordando lo que dijo el octobeno acerca de los juramentos entre los seres de las profundidades —hecho verificado por la promesa que Morfeo hizo a Alicia de no ponerse en contacto conmigo, y que mantuvo—, añado una cosa más.

—Quiero tu palabra: un juramento.

—Qué rollo. —Suspirando, se coloca una mano sobre el pecho como si estuviera jurando lealtad—. Juro por mi vida mágica que no mandaré lejos ni haré daño a tu querido novio siempre y cuando él te guarde lealtad a ti y a tu noble causa. Aunque me reservo el derecho a mostrarme hostil con él a la mínima oportunidad. Ah, y responderé a todas tus preguntas con mucho gusto. —Llegado este punto hace una reverencia: es todo un caballero.

Con ese traje de cuero, esa máscara arrugada y ese sombrero morbosamente seductor, se cree que es una estrella de rock; tal vez en este lugar lo sea. Pero me ha dado su palabra y tiene que cumplirla, o se le marchitarán las alas y perderá todo su poder.

Se endereza y da un paso al frente hasta que las puntas de sus botas tocan las mías.

—Listo. Dado que ya nos hemos quitado de encima la parte más desagradable, ¿podemos continuar? En vista de que los dos somos adultos ahora, tenemos que ponernos al día.

Miro hacia los árboles. Se han ido todas las hadas. Me hormiguean los nervios bajo la piel.

—¿Dónde están todos?

—Preparándonos un banquete de celebración en la mansión. No tenemos carabinas. Deberíamos aprovecharlo.

Doy un paso atrás presa del pánico, pero Morfeo me envuelve con sus alas y me mantiene en el sitio, tapándolo todo menos él. Es como si estuviéramos compartiendo una cueva. Su piel es casi translúcida a la tenue luz.

—Es hora de dejarme entrar, adorable Alyssa.

Antes de que pueda responder se quita la máscara y la deja caer sobre la hierba. Lo que creía que era maquillaje alrededor de sus ojos son en realidad marcas permanentes; como los tatuajes, pero de nacimiento. Son negras, como pestañas exageradamente largas, y zafiros en forma de lágrima embotan los extremos puntiagudos. El efecto es hermoso, de una forma macabra y circense. No puedo resistir la tentación de levantar la mano y tocar las lágrimas brillantes: un arcoíris de colores arranca destellos a las joyas hasta que dejan de ser zafiros azules y se convierten en ardientes topacios, cálidos y anaranjados. Baja las pestañas en un gesto de dicha durante dos largos segundos. Luego, sus ojos de tinta se abren y me tragan entera.

—*No tengo edad.* —Su voz resuena en mi cabeza como un eco, aunque sus labios no se mueven—. *Utilizo la magia para imitar cualquier edad que desee. El uso de este poder afecta a los seres de las profundidades mental, física y emocionalmente.*

Nos convertimos en la edad en todos los sentidos. Así que, en esencia, la única infancia que he tenido fue la que disfruté contigo en tus sueños. Desata tus recuerdos y lo verás.

La canción cobra vida una vez más: es la nana de Morfeo.

Esta vez no intento resistirme a ella. Envuelvo con mi mente las fluidas notas, dejando que impregnen todos mis pensamientos hasta que...

Retazos de mi pasado se proyectan, como películas, en la negra pantalla de sus alas. Acabo de nacer y estoy en la cuna. Una suave manta de satén me

envuelve; es roja, ribeteada de blanco. La ventana está abierta y la brisa veraniega susurra bajo los ojales de las cortinas, haciendo que el móvil de mi cuna se balancee; caballitos y bailarinas danzan sobre mi cabeza.

Esa es la canción que me despertó. No la música del móvil, sino la de Morfeo. Hay luz de luna, y ahí está él: la silueta de una mariposa de noche que cuelga de la parte exterior de la mosquitera. Su voz profunda se filtra por la tela, suave y arrulladora:

—Pequeña flor blanca y roja, que tu cabecita descanse ahora, crece y progresa, sé fuerte y sagaz, pues algún día...

Antes de que pueda invocar el final del verso, me veo lanzada a otro recuerdo. Este resulta brumoso, como si estuviera mirando a través de un cristal lleno de manchas. Me doy cuenta de que es porque estoy soñando. Soy una niña de no más de tres años y voy caminando con un Morfeo de seis a lo largo de una playa negra y brillante. Sus pequeñas alas se curvan sobre nosotros para darnos sombra. Voy cogida de su mano, embelesada por el centelleante espectáculo que se despliega ante nosotros: un árbol hecho de joyas. Morfeo se agacha para señalar el laberinto que hay en la base del árbol y luego se arremanga el puño de encaje para revelar una marca igual en su antebrazo. Giro el tobillo: he establecido la conexión. Morfeo me ayuda a presionar mi marca de nacimiento contra el tronco. La puerta comienza a abrirse y Morfeo, levantándose de un salto, se pone a bailar.

—¡Tenemos las llaves! ¡Tenemos las llaves!

Su dulce voz grita llena de alegría infantil. Yo me río, saltando también detrás de él.

Después estoy de vuelta en casa, dos años más tarde. Es sábado por la mañana y me siento atraída hacia la puerta de rejilla metálica por la nana de Morfeo, que ahora me resulta tan familiar como las sábanas color rosa que hay en mi cuna. El aroma de una tormenta de primavera se filtra a través de la red. Él, en forma de mariposa nocturna, espera al otro lado. Es nuestra rutina: juego con él, con mi amigo de la infancia, de noche, en mis sueños — explorando nuestro mundo encantado gracias a los destellos que me proporciona— y, después, a intervalos a lo largo del día, lo veo con forma de insecto. Resplandece un relámpago y me estremezco ante la puerta, atemorizada por la tormenta. Pero sus enseñanzas ya se han asentado en mi cabeza, y vuelven a la vida con una revoloteante sensación de confianza que me empuja a encontrar una salida. Pronto estoy en el jardín, bailando con mi

mariposa nocturna. Mamá me ve. Sale corriendo con unas largas y afiladas tijeras y arremete contra los pétalos de las flores mientras grita:

—*¡Te voy a cortar la cabeza!*

Cuando me doy cuenta de lo que busca realmente, una extraña incomodidad se despierta en mi interior. He visto cómo el embiste de las tijeras hace jirones de los pétalos. Las alas de mi mariposa son muy bonitas y no quiero que se las estropee.

Pongo las manos en la trayectoria de las tijeras para detenerlas. La mariposa nocturna escapa ilesa, pero yo no tengo tanta suerte...

Salgo del trance y caigo al suelo, apretándome las doloridas palmas contra el pecho. Las cicatrices palpitan como si estuvieran recién hechas. Morfeo se inclina sobre mí y me acaricia el pelo.

—Te dije que eras especial, Alyssa —murmura, y el peso de su mano sobre mi cabeza resulta extrañamente reconfortante—. Nadie más ha sangrado por mí. La lealtad de un niño hacia otro es inconmensurable. Tú creíste en mí, compartiste conmigo nuevas experiencias, crecimos juntos. Eso te ha granjeado mi más sincera devoción.

Por fin lo comprendo. El otro recuerdo, el que durante todos estos años creí que era real, estaba teñido por lo que mi padre creyó que había sucedido basándose en lo que vio al mirar por la ventana de la cocina, donde estaba haciendo tortitas. Creyó que estaba bailando detrás de Alison, cuando en realidad estaba tratando de proteger a mi amigo.

Alguien que yo *creía* que era mi amigo. ¿Acaso un amigo se marcha volando y te deja sangrando y con el corazón roto?

Estoy destrozada. Tengo un revoltijo de revelaciones en la cabeza; demasiado que procesar. Las contusiones que ha sufrido mi cuerpo en las últimas horas vienen a ajustar cuentas conmigo. Los moratones me laten y siento las extremidades tan pesadas como la piedra.

Sigo de rodillas y me apoyo en los muslos de Morfeo; son un sólido soporte. El cuero fresco de sus pantalones es como un cojín para mis mejillas. Cierro los ojos. Sí... he estado aquí antes, apoyándome en él, a salvo.

Al principio, cuando se inclina sobre mí para rodearme con los brazos, creo que me lo estoy imaginando. Pero el aroma a regaliz y a piel caliente me envuelve, sé que es real.

—Te fuiste —lo acuso, luchando por mantenerme despierta—. Estaba herida... y me dejaste allí.

—Un error que juro, por mi vida mágica, que nunca volveré a cometer.

Aunque me está acunando entre sus brazos, su respuesta suena lejana. Pero la distancia no importa: me ha dado su palabra. Y se la voy a hacer cumplir.

Entreabro los ojos y veo cómo unas sombras se ciernen sobre nosotros. ¿O son alas?

Por un instante, resurge en mi mente la preocupación por Jeb; luego me abandono a un sueño oscuro y sin sueños.

10

¡Qué raro!

Tengo calor... demasiado calor. Una niebla azul brilla intensamente y luego se apaga, como el sol reflejándose en las olas. Me llega un ruido de agua cercano y todavía más cerca oigo el roce de tejidos característico de la ropa.

—¿Jeb?

—Tómatelo con calma, querida —Morfeo se sienta a mi lado. Su piel huele a regaliz, su cabello está despeinado y es azul, y tiene ojos tatuados con joyas en los extremos. Ahora lo recuerdo. Me ha traído hasta aquí desde la guarida de las setas.

Me desperté un instante durante el vuelo y me desmayé de inmediato debido a mi miedo a las alturas, y luego abrí los ojos durante unos segundos cuando me arropó en su cama.

La niebla azul es en realidad una pantalla de agua que cae del elegante dosel de la cama, formado una cortina líquida. Las alas de Morfeo cortan la pequeña cascada, que se retrae y le abren paso sin mojarlo. Conforme se mueve, la cortina de agua imita el gesto, como si hubiera algún tipo de barrera invisible entre él y el líquido.

Intento sentarme en la cama, pero las mantas pesan demasiado. Me invade la claustrofobia y mi corazón empieza a latir demasiado rápido.

—¿Morfeo?

Mi voz, ronca y áspera, me falla. Siento la garganta como si hubiera estado chupando galletas saladas. Debe ser por todas las lágrimas que tragué en el océano.

Se tiende a mi lado en el colchón, apoyado en un codo. Acaricia con los

dedos las hebras de cabello platino que, desperdigadas por la almohada, rodean mi cabeza.

—Has llorado mientras dormías. ¿Algo va mal?

Asiento, esforzándome en sacar la mano de debajo de las mantas para tocarme la garganta.

—Jeb —murmuro.

Morfeo frunce el ceño.

—Tu amigo está a salvo y descansa en los aposentos de invitados. Lo que quiere decir que por ahora eres mía.

Empieza a retirar las mantas.

Lo que hace un minuto me parecía una atadura insoportable ahora me parece una armadura que me retiran poco a poco. No estoy segura de si estoy vestida, así que me aferro a la última manta y no permito que baje más allá de mis clavículas.

Morfeo se inclina sobre mí. Su cabello roza mi hombro desnudo con una caricia excitante.

—Pequeña y tímida flor —susurra, cubriéndome con su dulce aliento—. Piel contra piel vamos a borrar tu dolor.

Piel contra piel... no parece algo que mi padre fuera a aprobar. Ni Jeb tampoco, huelga decirlo. Intento apartar a Morfeo, pero él aprovecha para retirar la manta con sus pálidas y elegantes manos. Llevo puesto un camisón largo de tirantes color champán, de raso con encajes. Tapa todo lo que tiene que tapar, pero aun así me siento expuesta y vulnerable. Para ponérmelo, Morfeo ha tenido que desnudarme. Cruzó los brazos sobre mi pecho y me ruborizo.

Él sonríe.

—No te preocupes. Fueron mis mascotas quienes te desvistieron. Te quitaron la ropa que llevabas para quemarla.

—¿Quemarla? Pero... no tengo nada más que...

—Ahora guarda silencio, y no te muevas.

—Dijiste algo de un banquete. De ninguna manera voy a ir a un banquete vestida con esto.

Cruzo los brazos con fuerza.

Él sacude la cabeza y luego pone el dobladillo del camisón por encima de mi tobillo y deja al descubierto mi marca de nacimiento. Me levanto, a punto de apartar la pierna con brusquedad, cuando sus ojos profundos y oscuros se vuelven hacia mí.

—Confía en mí.

La sensación de aleteo en mi mente me empuja a escucharle. Aquí, en este lugar donde el ruido de fondo de los susurros ya no me distrae, puedo escuchar mis pensamientos con claridad por primera vez en muchos años. Puedo comprender cómo late mi mente. Ese aleteo... soy yo. Tengo un lado, más allá de la buena chica y la hija obediente, que es salvaje y se mueve por instinto.

Y es ese lado el que decide confiar en él, a pesar de nuestro extraño pasado... o quizá precisamente por eso.

Arremangándose el puño de la camisa hasta el codo, Morfeo me muestra la marca de nacimiento a juego con la mía, la que recuerdo de mis sueños. Intrigada por nuestras similitudes, le agarro la muñeca con una mano y recorro las líneas con la otra. El laberinto brilla al notar mi tacto. Sus rasgos cambian y no puede contener un murmullo sordo, a medio camino entre un ronroneo y un gruñido. Noto que su brazo está en tensión, como si tuviera que esforzarse al máximo para no moverlo mientras satisfago mi curiosidad.

Morfeo es una viva contradicción: una magia potente pero contenida, un carácter en que la bondad está en guerra constante con la severidad, una lengua hiriente como la cola de un látigo y sin embargo una piel tan suave que bien podría parecer que está envuelto en nubes.

Le sostengo la mirada y comprendo lo que *piel contra piel* significa. Tomo la iniciativa y hago que nuestras marcas de nacimiento se toquen. Del punto de unión surge calor, como cuando Alison me curó el tobillo y la rodilla, aunque ésta es una reacción mucho más volátil. El calor invade todo mi cuerpo y me ruborizo de pies a cabeza.

Morfeo me hace tenderme de nuevo, me baja el camisón para que me cubra el tobillo y me sube la manta hasta la barbilla. Se pone el sombrero, ladeado, y abre las alas hacia el cielo al ponerse en pie. La cortina de agua se aparta, formando un arco a su alrededor.

—No te muevas de donde estás hasta que regrese con algo para tu

garganta.

Su voz tiene un punto de crudeza que hace que mi cuerpo se acalore todavía más.

Cuando se retira, la cortina de agua se cierra tras él, impidiéndome ver lo que me rodea. En cuanto oigo cerrarse la puerta de la habitación me destapo, me siento apoyando la espalda en la cabecera y elevo las rodillas casi hasta la barbilla. Hecha un ovillo, tiemblo por las ráfagas de aire frío.

Cierro los ojos y pienso en lo que he sentido: el pulso de su magia contra mi dedo, de su carne contra la mía. Tengo que frotarme mi marca de nacimiento para disipar la euforia.

Cuanto más me acuerdo de Morfeo y de este lugar, más me olvido de mí misma... de la persona que creía ser.

¿Por qué no me dijo nada Alison? Si hubiera sido honesta conmigo, ahora no estaría tan confundida ni Jeb encerrado en otra habitación.

Una punzada de culpa me atraviesa el corazón. No. Mi madre sólo quería protegerme. Y van a someterla a unos electrochoques innecesarios a menos que yo pueda romper la maldición y regresar pronto.

Instintivamente, alargo una mano hacia la cortina líquida y hago que el agua reaccione como lo hacía ante Morfeo. Se aparta como si estuviera viva, sin que me caiga encima una sola gota. Cojo una manta, me la ato a los hombros a modo de capa improvisada y salto a través de la cortina para aterrizar sobre una mullida alfombra. Mis músculos todavía emiten un eco de dolor, pero aparte de eso, estoy bien.

Giro sobre mis talones para contemplar la habitación, cuya decoración, salvaje y asombrosa, como su dueño, me resulta vagamente familiar. No hay ventanas ni espejos. Una suave luz ámbar desciende de la gigantesca araña que ocupa la mayor parte de la cúpula del techo. Las paredes están cubiertas de terciopelo púrpura intercalado con franjas de hiedra, caracolas y plumas de pavo real.

Un juego de estantes de cristal ocupa la parte a mi izquierda. La mitad de ellos están ocupados por sombreros de todo tipo y tamaño adornados con mariposas nocturnas muertas; la otra mitad la ocupa lo que a primera vista me parecen casas de muñecas transparentes, pero que pronto comprendo que son terrarios.

Dentro de los terrarios, las mariposas nocturnas vuelan de un lado a otro y se posan sobre hojas y ramitas. Hay lugares de los paneles de cristal cubiertos por densas redes, similares a las que aparecen en mi pesadilla de Alicia. Son capullos —orugas que están transformándose en mariposas—. Acompañada por el sonido de la cortina de agua, pienso en cómo el ala de Morfeo atravesó el agua antes y comparo esa imagen con mi sueño en el bote de remos, cuando una hoja negra estaba a punto de cortar la red.

No era una hoja en absoluto.

La puerta se abre con un chirrido y me vuelvo hacia ella, sobresaltada.

Morfeo cruza el umbral y cierra la puerta tras de sí, encerrándonos dentro.

—Así que ya te has levantado, ¿eh? Y sin mojarte ni una gota. —Trae una bandeja con una tetera y un juego de tazas de té de porcelana—. Muy bien.

—Eres tú. —Señalo a los capullos con mi tembloroso dedo—. La pesadilla que he estado teniendo durante años, fuiste tú quien la puso en mi mente, ¿verdad?

Su mandíbula se tensa mientras deja la bandeja sobre una mesa de cristal.

—¿De qué pesadilla se trata? No he conectado mentalmente contigo desde que ingresaron a tu madre... hasta ayer.

Sirve una taza de té. Hilos de vapor recorren la habitación, llevando con ellos olor a miel y limón.

—Yo soy Alicia —digo— y estoy buscando a la Oruga. Van a cortarme la cabeza y él es mi único aliado. —Me acaricio el cuello—. No, espera, también está el Gato de Cheshire, pero ninguno de los dos puede ayudarme. El Gato ha perdido su cuerpo y la Oruga... —miro las cajas de cristal—. Eres tú quien está atrapado dentro del capullo.

Morfeo titubea con la tapa de la tetera, que se cierra haciendo bastante ruido. Cuando se vuelve hacia mí, tiene los ojos como platos.

—Te acuerdas. Después de todos estos años, has retenido los detalles.

—¿Los detalles de qué? —Me tiemblan las piernas y me aprieto la manta alrededor del cuello.

Morfeo me señala la silla que hay tras él.

—Siéntate.

Al ver que no me muevo, me toma de la mano y me lleva hasta allí. Ahora lleva puestos guantes negros, que recuerdan a aquellos con los que soñé en el bote de remos. Estoy a punto de decírselo cuando me entrega una taza.

—Bebe un poco de té, después recordaremos juntos la historia.

¿Recordaremos?

Mientras él se sirve otra taza, doy un sorbo a la mía y el líquido dulce me suaviza la garganta. Paso el dedo sobre la mesa bajo el platillo de mi taza. La superficie es un tablero de ajedrez, negro y plata. Una lámina de cristal lo cubre para protegerlo de manchas y arañazos. Piezas de ajedrez de jade — peones, torres, caballos y demás— están dispuestas sobre él de forma inusual. Sobre tres de las casillas plateadas, como por arte de magia, flotan unas frases escritas con letras diminutas y brillantes. Me inclino para leerlas y capto las palabras pluma y océano antes de que Morfeo pase su guante sobre el cristal y las borre.

—¿Qué era eso? —pregunto.

—Es como sigo tus logros.

—¿Mis «logros»? ¿Te importaría explicármelo?

Tomo otro sorbo del té.

Se ha sentado frente a mí y sus grandes alas sobresalen por ambos lados de la silla. Ha dejado su sombrero sobre la mesa.

—Preferiría mostrártelo.

Saca una pequeña caja de metal de un cajón de su lado de la mesa. Hace girar la tapa de la caja sobre sus bisagras y la inclina sobre la mesa. Su contenido se dispersa sobre el tablero: se trata de otro juego de pequeñas piezas de ajedrez. Éstas también están talladas en jade verde pálido: una oruga fumando en narguile, un gato con una enorme sonrisa tallada en la cara y una niña pequeña con un delantal sobre el vestido. Hay más personajes, todos conocidos. Morfeo y yo jugábamos con ellos cuando le visitaba en mis sueños.

Tomo la figura de Alicia y la sostengo en la mano, pasando la yema del dedo por el borde de su delantal. Con su exterior jaspeado y verdoso, tiene un aspecto muy distinto del de los dibujos. Parece mucho más frágil. Preciosa y excepcional, como la piedra en que está tallada.

Morfeo levanta su taza y, mientras bebe, me mira por encima de su borde.

Luego deja la taza sobre el platillo con un tintineo.

—Siempre fue tu favorita.

Cruza su rostro una expresión de adoración que me adula y aterroriza a la vez. En mi pecho se abre paso una nostalgia que cobra forma poco a poco.

—Solías contarme historias con estas figuritas.

—Desde luego. O, mejor dicho, solíamos verlo.

—¿Verlo?

Las joyas bajo sus ojos relucen, iluminándose de un azul tranquilizador.

—¿Cómo te encuentras, Alyssa?

Intrigada por la pregunta, frunzo el ceño.

—Bien. ¿Por qué lo preguntas? —En cuanto termino la frase, la habitación empieza a dar vueltas y con ella también las piezas de ajedrez. Mi taza se vuelca sobre la mesa y la mitad de su contenido se derrama hacia arriba. Me llevo ambas manos a la garganta—. ¡Has echado algo en el té!

—Simplemente estoy limpiando el paladar de tu mente. Debes estar relajada y ser tan ligera como una pluma para canalizar tu magia durante las primeras etapas. De otro modo, podría emerger en estallidos y arranques y ser ingobernable, como sucedió en el psiquiátrico.

La voz incorpórea de Morfeo flota a mi alrededor y la araña en el techo parpadea: oscuridad y luego luz, oscuridad y luego luz.

—¿Quieres decir que...? —*No, no es posible*—. ¿Yo controlaba esa magia?

Pensar que he tenido algo que ver con casi asfixiar a Alison hace que se me remuevan las tripas.

—Más bien la magia te controlaba a ti —se burla Morfeo—. Estabas demasiado preocupada como para que funcionara correctamente.

Me esfuerzo por localizarlo entre el caos: necesito ver su rostro para asegurarme de que está hablando en serio.

—Pero ¿cómo es posible?

—En el instante en que tu mente aceptó la posibilidad de que el País de las Maravillas fuera real, destruyó la cámara de vacío en que las dudas te habían aprisionado —dice desde algún punto sobre mí—. Ahora, deja de

pensar como una humana. La lógica del Reino de las Profundidades reside en la difusa frontera que separa lo lógico y lo absurdo. Si conectas con esa lógica y visualizas que las piezas de ajedrez cobran vida, lo harán. Tienes que creerlo para verlo.

Escéptica, orbito en círculos ingrátidos junto a todo lo demás: los estantes de cristal, los sombreros, la mesa y el tablero de ajedrez. Las cortinas de agua del dosel de la cama forman un embudo a nuestro alrededor, y oscilan y forman remolinos esforzándose por no tocar nada. La figurita de Alicia se me escurre de la mano mientras intento mantener el equilibrio en una habitación en la que todo se mueve. Sin convicción, finjo que puede estirar un brazo para cogerme y tomar mi mano, pero la estatuilla sigue cayendo y la pierdo de vista.

—Había una vez una niña llamada Alicia —dice Morfeo con una voz que es como un brebaje hipnótico. Sigo sin verlo—. Era toda inocencia y dulzura, felicidad y luz. Quizá su único defecto es que era muy...

—Curiosa —digo, terminando la frase por él y, al instante las piezas de ajedrez crecen hasta cobrar tamaño humano. Me esfuerzo más por imaginar que están vivas: visualizo sangre recorriendo sus tallados cuerpos como los claros arroyos recorren la montaña, dibujo en mi mente sus pulmones expandiéndose y enviando oxígeno a las arterias que impulsan los latidos de sus corazones de piedra.

Me concentró tanto que me sobresalto cuando la Oruga, que con una mano fuma en su narguile, me agarra la muñeca con la otra.

—Te pareces a una chica que conocía. Su nombre empezaba con A. ¿Quizá el tuyo empieza también por A?

El humo verdoso de la pipa se expande hasta formar ante mí una espesa y fragante lámina a juego con el brillo de jade de la oruga.

El Gato flota a nuestro lado. Agarra la lámina de humo y, utilizando sus garras como tijeras, recorta de ella ocho vaporosas letras que forman la palabra Alegoría. Estira las letras como si fueran una de esas guirnalda de papel de copos de nieve que se hacen en Navidad. La sonrisa de su rostro teñido de verde se hace todavía más grande.

—Ah —dice la Oruga, cuyas exhalaciones de tabaco forman nubecillas a nuestro alrededor—, es una figura simbólica. En ese caso debería jugar en mi equipo, pues yo soy el académico.

El Gato niega con la cabeza y su sonrisa desaparece. Empiezan a tirar de mí cada uno hacia un lado, llevándome ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda. No sé cuánto aguantarán mis brazos sin soltarse del cuerpo, así que grito.

—¡Soltadme!

—Ya basta. Aquí lo único que hay figurado sois vosotros dos, memos. — Morfeo hace que me suelten y luego me pasa un brazo por la cadera y agarra la pipa de la Oruga con la otra mano—. Ahora, a vuestras posiciones.

Siguiendo sus órdenes, las piezas de ajedrez que han cobrado vida descienden con las demás a través del embudo de agua. Morfeo nos hace flotar cada vez más alto, hacia la enorme araña que cuelga del abovedado techo y que es la única parte de la habitación que permanece estable. Le paso las manos por el cuello y hundo el rostro en su suave pecho mientras me deposita en la gran lámpara de metal.

—Esto no está pasando —digo, pero sé que sí, porque recuerdo que pasó también en el pasado, años atrás.

—Reúne el valor necesario. Mira hacia abajo. Tu espectáculo está a punto de comenzar.

Niego con la cabeza y cierro con fuerza los ojos.

—Estamos demasiado altos... tengo vértigo.

Él se ríe, da una calada a la pipa y luego exhala el humo sobre mí, envolviéndome en el reconfortante aroma.

—Así es como sabes que estás viva, Alyssa. Por el vértigo.

Antes de que pueda responder, un fuerte golpeteo me sobresalta y me impulsa a mirar.

La pantalla de agua forma un telón, que se abre para revelar un escenario. El dormitorio de Morfeo se ha transformado por completo. Las piezas de ajedrez vivientes dominan la escena y sus cuerpos lechosos y verdes destacan con fuerza sobre un gran tablero de ajedrez negro y plata que se extiende por toda la longitud del suelo. Todo está dispuesto en un gran círculo que me hace pensar en la pista central de un circo.

El marido de la reina, el Rey de la Corte Roja, está apoltronado sobre su trono de terciopelo. Otra mujer en atuendo regio está en pie a su derecha, con lazos carmesíes atados en todos y cada uno de sus dedos. También lleva lazos

en los dedos de sus pies desnudos. Una y otra vez manda callar a los lazos, como si no pararan de hablar. La Reina Roja está frente a ambos, cargada de cadenas. La tarima del jurado, que en realidad es una jaula llena de tigres de afilados dientes y focas de cabeza redonda, está a la derecha. Hay soldados naípe por toda la pared.

Sentada en la silla de los testigos está la pequeña Alicia, que juega con el dobladillo de su vestido tallado.

Cornelio Blanco está tras ella, con las astas bajas, los hombros hundidos y aspecto de estar cansado y sentirse abatido. Su chaqueta y sus botas son del mismo color marmóreo que su brillante y calvo cuero cabelludo. Una extraña variedad de criaturas está sentada en bancos de madera comiendo cacahuetes o palomitas. Incluso la Reina Marfil y sus caballeros élficos están entre el público.

En lo más alto del estrado hay una criatura con rostro de sapo y que, por la forma en que va vestida, parece más el cabecilla de una banda que un juez. Da un golpe con su maza.

—¡Se abre la sesión de la Corte Roja!

Su emplumada peluca se agita sobre su cabeza. Sólo cuando se levanta sobre sus largas y esqueléticas patas me doy cuenta de que es una cigüeña. Tras acicalar sus plumas de jade, se vuelve a aposentar sobre la cabeza del juez y el proceso continúa.

—Reina Roja, puesto que *La Alicia* entró en nuestro mundo a través de la madriguera del conejo, que está en la provincia Roja, y puesto que no pudo capturarla antes de que recorriese todo el País de las Maravillas creando problemas, se la acusa de negligencia grave y de ser cómplice de crear el caos. ¿Cómo se declara?

Las alas de la Reina Roja se hunden a su espalda. Mira hacia el rey y hacia la mujer con los lazos.

—Aduzco preocupación temporal provocada por un corazón roto. Mi marido me dejó por Granate... estaba demasiado distraída por su traición como para notar que algo tan insignificante como una niña mortal estaba entre nosotros.

En la plataforma del jurado estallan murmullos. Granate baja la mirada hacia los lazos de sus pies con remordimiento. El rey cambia de postura sobre sus cojines de terciopelo.

—Tú eres quien debería llevar grilletes —dice la Reina Roja a su marido—. ¿Es que no era bastante que siempre fuera la favorita de mi padre mientras vivió, que prefiriera a una niñata amnésica que ni siquiera era de la familia? Pero tu traición es mucho peor. La pedazo de boba de mi hermanastra no sabe ni qué día de la semana es hasta que se lo dice uno de sus charlatanes lazos. Desde luego no tiene ni idea de a quién ama. Tú eres responsable de lo sucedido, por haberla seducido y haberme distraído de mis deberes.

El juez se inclina por encima del estrado, que sujeta con sus manos palmeadas.

—Quizá debería agradecer a su real esposo que negociara con esta corte para evitar la condena más dura. Si se la declara culpable, será exiliada a las tierras baldías. Muy preferible, en mi opinión, a perder la cabeza.

—¿Y qué hay de *La Alicia*? —la Reina Roja lanza una mirada asesina a la silla de los testigos—. ¿Qué hay de su sentencia?

El juez apunta a Alicia con la maza.

—Ha accedido a leer su confesión escrita a cambio de que se la envíe a casa con la promesa de no regresar jamás y de olvidar cuanto ha visto.

Le hace un gesto con la cabeza a la niña, indicándole que se ponga en pie.

Me inclino hacia delante para ver mejor. El juicio me tiene tan absorbida que ya no me importa lo alta que estoy y no me preocupa que lo único que me mantiene anclada a la araña es el brazo de Morfeo, que me sigue sujetando por la cadera.

Alicia hace una pequeña reverencia y luego saca un trozo de papel del bolsillo de la pechera de su delantal. Tose dos veces, delicadamente, y luego lee en voz alta:

—Quizá mi primer error fue a quién escogí por amigos. ¿O me escogieron ellos? El Gato sonriente y la Oruga fumadora... oh, ¡qué astutos planes cavilaban!

Miro por encima del hombro a Morfeo, que exhala una bocanada de humo y esboza una sonrisa tímida.

Debajo de nosotros, el juez agita su maza, molestando a la cigüeña posada sobre su cabeza. El pájaro emite una especie de cloqueo y agarra la maza con el pico.

—¡Describe esos planes, si es tan amable! —grita el juez mientras se

pelea con el pájaro para recuperar su martillo.

Alicia se aclara la garganta e inspira profundamente:

—Pusimos fin abruptamente a la fiesta del té, vertimos sopa sobre una duquesa para hacerla estornudar y robarle sus guantes y su abanico, desencadenamos un océano accidental y ayudamos a un artesano hambriento a atraer a su morseco amigo y alejarlo de una bandada de ostras muy ruidosas, gracias.

Varios miembros bivalvos del público lanzan sus palomitas hacia la testigo y gritan:

—¡Qué escándalo!

Alicia evita la lluvia de maíz agachándose detrás de su silla. El juez, que ha conseguido recuperar su maza a costa de perder su peluca y su dignidad, le hace un gesto para que se levante.

—¿Cómo acabaste escondida en el castillo de la Reina Marfil?

—De hecho, no estaba escondiéndome. El Gato Chessie y el señor Oruga insistieron en que debía visitar a la Reina Marfil y pedirle que me enviara a casa, pues es mucho más agradable que la Reina Roja —Alicia lanza una mirada con toda la intención en dirección a Roja.

La reina encadenada gruñe y sus eslabones se mueven como si tuvieran vida, y casi atrapan el tobillo de Alicia antes de que se suba a su silla.

Dando golpes con su maza, el juez pide orden.

—¿Puede el asesor real de la Reina Roja por favor adelantarse y retener a sus cadenas?

Cornelio Blanco corre a coger los eslabones de metal y los sujeta con fuerza.

—Continúe —dice el juez a Alicia.

Retorciéndose sus enguantadas manos, Alicia baja y recita el resto de su confesión de memoria.

—Marfil parecía contenta de tener invitados. Le tenía mucho cariño al señor Oruga, que es muy gallardo a su sinuosa manera. Justo cuando me preparaba para seguir a los caballeros a la torre más alta del castillo, donde me esperaba mi portal, llegó una invitación de la corte de la Reina Roja para un partido de croquet. Pero era una trampa, para que pudierais apresarme y

obligarme a confesar para este juicio. —Hace una nueva reverencia—. Lamento sinceramente los problemas que he causado. ¿Puedo irme ya?

—¡Nunca volverás a casa, pequeño pólipo canceroso! —chilla la Reina Roja.

Casi se me escapa lo que sucede a continuación. Las manos de Cornelio se mueven rápidas como un relámpago, sacando un cuchillo que mágicamente corta las cadenas de metal de la Reina Roja. Sucede tan rápido que nadie más se da cuenta hasta que la reina agita las alas y agarra a Alicia por los hombros, levantándola del suelo. La cigüeña del juez recoge el cuchillo del juego y sigue a la Reina Roja, que huye por la puerta del juzgado llevándose a Alicia.

En cuanto desaparecen, me vuelvo hacia Morfeo:

—¡Síguelos! —exijo.

—Síguelos tú misma —dice, y me suelta.

Grito mientras caigo dando vueltas de campana y el estómago se me sube a la boca. Siento un picor entre mis omóplatos, como si algo estuviera intentando atravesar la piel. El picor desaparece al poco de empezar. A pocos centímetros de darme de cabeza contra el suelo, doy otra vuelta y acabo sentada en mi silla, con la taza en la mano. Las piezas de ajedrez están tiradas por la superficie de la mesa, como si la recreación que acabo de presenciar no hubiera tenido lugar.

Pero yo sé lo que he visto.

Morfeo está sentado frente a mí, haciendo girar sobre la mesa a la figurita de la Reina Roja. Poco a poco, mi estómago se tranquiliza.

—¿Cómo acaba? —pregunto.

—Tu pesadilla lo sabe.

Coloco la figura de Alicia en un cuadrado negro.

—La cigüeña y la reina lucharon en vuelo. Alicia escapó y vino a buscarte.

—Pero yo no pude hacer nada por ella porque ya había empezado mi metamorfosis. Estuve encerrado en ese capullo setenta y cinco años.

—Entonces, ¿cómo logró ganar Alicia?

Morfeo lanza la estatua de la reina roja sobre el tablero y derriba con ella

a la de Alicia.

—No ganó. Como sabes perfectamente, su linaje está maldito.

—Y por eso me has traído hasta aquí.

Asiente.

—Para liberar a tu familia y para reabrir los portales que te permitirán regresar a tu mundo, debes corregir todos los errores de Alicia que provocaron que la Reina Roja fuera exiliada y perdiese su corona: debes secar el océano, devolver los guantes y el abanico a la duquesa y hacer las paces con las ostras y con los invitados a la fiesta del té. Sólo entonces podrás romper la maldición de Roja.

A continuación se produce un silencio profundo, roto sólo por el ruido de la cortina de agua que sigue cayendo desde el dosel de la cama. Alargo la mano hacia la figura de la Oruga, pero Morfeo la intercepta con la suya. El calor que emana de su guante me cala hasta los huesos.

Durante un instante lo veo claramente como el niño provocador y bromista que era cuando pasamos tiempo juntos en mis sueños. Entonces le comprendía. Comprendía por qué coleccionaba cadáveres de mariposas nocturnas: porque sus alas representaban la libertad, algo de lo que él había carecido mientras había estado encerrado en su capullo... Comprendía por qué le gustaba volar, especialmente durante las tormentas: porque adelantarse al relámpago le hacía sentirse poderoso. Y él comprendía mis defectos: mi vértigo, mi necesidad de seguridad. Pero aquí Morfeo es un hombre torturado, seductor e indescifrable. Un hombre adulto, con tanto bagaje como yo misma.

—Por eso haces todo esto —mascullo, poniendo a prueba una hipótesis—. Para apaciguar tu sentimiento de culpa por haberle fallado a Alicia.

Se pone en pie de repente en un frenesí de alas y cuero. El aire que provoca su rápido movimiento me agita el cabello.

—Nunca podré apaciguar la culpa que siento por lo que le pasó a Alicia. —Agarra la figurita del Gato de Cheshire y echa a caminar arriba y abajo por la alfombra. A pesar de su impresionante altura, se mueve con la elegancia de un cisne negro—. Y no te engañes. No soy tan altruista.

—Te conozco demasiado como para pensar otra cosa.

Arqueo una ceja y levanto mi taza hacia él a modo de brindis. Él me mira durante unos instantes y casi sonríe.

—Mientras peleaba con la cigüeña, Roja consiguió hacerse con el cuchillo. Puede que yo estuviera a salvo dentro de mi capullo, pero Chessie estaba allí. Se lanzó a proteger a Alicia antes de que Roja pudiera decapitarla. Él recibió el golpe que iba destinado a la niña. —Morfeo sostiene la figurita del gato en equilibrio sobre uno de sus dedos—. Chessie es de una especie muy peculiar: no tiene una parte espiritual y otra material, sino que es ambas cosas a la vez. Puede desvanecerse y aparecer en mitad del aire y transformarse en cualquier cosa. Un ser así es casi imposible de matar. Cuando Roja lo hirió con la espada vorpalina, la única espada que puede atravesar cualquier magia del Reino de las Profundidades, dividió su magia en dos. Está partido, pero todavía vive.

—¿Así que no murió? —dejo mi taza de té a un lado.

—No exactamente. Su cabeza rodó hacia los matorrales en que Alicia se había escondido. Consiguió atrapar la espada vorpalina con la boca y la escupió a los pies de la niña. El cuerpo de Chessie fue capturado por la Reina Roja y, en un último acto de desafío, se lo dio de comer a su mascota el zamarrajo antes de que la capturaran y la desterraran del reino.

Morfeo coge la caja de las piezas de ajedrez. De ella cae la figurita más grande de todas: una criatura grotesca con garras de dragón y una cola con púas. Su boca abierta y sus dientes afilados hacen que un escalofrío de terror me recorra la espina dorsal. Cuando era pequeña, solía esconder esa pieza cuando hacíamos que las otras cobrasen vida.

Morfeo tira el gato al aire y luego deja que caiga con un *plop* sobre la palma de su mano y lo aprieta entre sus dedos.

—¿Qué te enseñé sobre el zamarrajo? —me pregunta, poniéndome a prueba.

—Es más grande que un vagón de carga. Traga su comida entera, de modo que la víctima se descompone lentamente en el oscuro vacío de su estómago, donde puede tardar más de un siglo en morir.

Me vuelve a mirar con orgullo.

—Exacto. Para Chessie, que no puede morir, es como estar exiliado en una isla desierta sin sol ni luna ni estrellas. Ni viento o agua. Sólo muerte por todas partes. Allí reside su mitad hasta el día de hoy, atrapado y deseando reunirse de nuevo con su cabeza.

Una vena de empatía se abre paso en mi corazón.

—Quieres que te ayude a liberar a Chessie del zamarrajo para que pueda recuperar su cabeza.

Morfeo gira sobre sus talones, me mira directamente y sus alas se hunden.

—Lo único que necesito es la espada vorpalina. Sólo la hoja de esa espada puede atravesar la piel del zamarrajo. Alicia escondió la espada en el único lugar en que sabía que nadie la encontraría. En un sitio tan ridículo y prosaico que nadie jamás pensaría en buscarla allí.

Su mirada desciende sobre las figuritas que hay frente a mí y cojo un personaje con un extraño sombrero que parece una jaula.

—La fiesta del té. La tiene el Sombrerero Loco —aventuro.

—Lo has olvidado. Eso es estrictamente un *carrollismo*, es decir, ese es el nombre que Lewis utilizó en su novela. Su verdadero nombre es Samuel Sombrerero y no está loco en absoluto. De hecho, es un tipo bastante normal y alegre, *cuando está despierto*.

Doy unos golpecitos con el dedo en la cabeza de la figurita, aguardando a que llegue la explicación.

—Alicia se marchó de la fiesta del té dejando a los invitados bajo un hechizo de sueño —continúa Morfeo—. Si los despiertas, podrán decirte dónde está la espada. Ya has secado el océano y hecho las paces con las ostras. Uno de los invitados al banquete de esta noche recibirá los guantes y el abanico en nombre de la marquesa. Tras ello, lo único que quedará por arreglar será despertar a los participantes en la fiesta del té.

Pongo de nuevo de pie la figurita de Alicia y coloco junto a ella a la Oruga mientras reflexiono.

Morfeo regresa a la mesa y guarda el gato en la caja de metal. Luego barre a todos los demás personajes y los guarda también. En pie a mi lado, extiende la palma de su mano hacia mí.

—¿Qué me dices, Alyssa? ¿Estás dispuesta a ayudarme y a ayudarte a ti misma? ¿Harás este favor a tu amigo de infancia?

Cuando Jeb y yo regresemos a casa le podré decir a Alison que la pesadilla ha acabado para siempre y que ya nunca jamás estaremos conectadas con el País de las Maravillas. Sólo con pensar en su sonrisa, me reconforta el corazón.

Respirando profundamente, pongo mi mano sobre la de Morfeo y,

mirándole directamente a los ojos, le digo:

—Sí, lo haré.

Él levanta mi mano y besa delicadamente mis nudillos con sus suaves labios.

—Siempre supe que lo harías.

Luego sonrío y sus joyas emiten destellos dorados y brillantes.

Galimajaula

Espero en un pasillo frío y lleno de espejos, acompañada de una mesa y unas sillas de cristal. He quedado en reunirme aquí con Jeb. Me muero de ganas de verlo de nuevo, pero al mismo tiempo estoy nerviosa por cómo reaccionará ante mi decisión de ayudar a Morfeo sin hablar con él primero.

Cierro los ojos, desorientada por el movimiento que hay a mi alrededor. Los espejos cubren cada centímetro del techo y las paredes, incluso el suelo.

Siluetas de sombras se deslizan por los reflejos.

En nuestro mundo, los espejos se hacen cubriendo la parte trasera de un cristal liso con una capa de pintura de aluminio plateada. La gente solamente puede ver su reflejo. Aquí, veo sombras en su interior, como si estuvieran atrapadas entre las capas. Morfeo me ha dicho que son los espíritus de las mariposas nocturnas. Me hace preguntarme por los insectos que maté en mi casa.

Al parecer, en el País de las Maravillas, todos y cada uno tienen alma. El cementerio es un lugar embrujado, venerado por todo ser de las profundidades. Nadie se atreve a poner un pie dentro, salvo las guardianas del jardín: las Gemesas.

Los muertos se cultivan bajo el cuidado de las gemelas: se siembran, se riegan y se podan como un verdadero jardín de fantasmas. Una hermana cuida de las almas, cantando a los recién llegados y manteniendo contenta a la flora espiritual. La otra escarda los espíritus marchitos que se han podrido y se han amargado o enfadado. Los encierra en el interior de formas para toda la eternidad.

Ahora las Gemesas no se llevan muy bien con Morfeo porque se niega a

enviarles sus mariposas nocturnas muertas. Prefiere que vuelen libres en algún lugar entre la vida y la muerte en vez de mantenerlas cautivas en una prisión de tierra, así que las esconde en sus espejos.

Podría parecer mórbido. A mí me parece que hay cierta ternura en su esfuerzo por darles dignidad. La misma ternura que entreveo en nuestro pasado, y también antes, cuando curó mis heridas.

Todas las criaturas del País de las Maravillas poseen la misma marca de nacimiento que yo, la que tengo en el tobillo. Son las llaves a su mundo y un modo de curarse entre ellos, y también son parte de la maldición Liddell. Todavía no sé por qué, cuando se fue haciendo mayor, Alicia perdió su marca. Tampoco sé por qué olvidó el tiempo que había vivido en el mundo real y juró que vivía aquí, en una jaula de pájaros, en lugar de estar casada y tener una familia. Pero al menos una cosa está clara: yo formo parte de este reino hasta que rompa la maldición a pedazos.

El eco de unas botas pesadas resuena por el suelo de espejos y yo levanto la mirada.

—¡Jeb!

Corro hacia él. El suelo está resbaladizo y las botas que me dieron las hadas tienen poca tracción. Resbalo. Jeb suelta la mochila, se precipita hacia delante y me atrapa.

Me levanta hasta que nuestras frentes se tocan y mis pies cuelgan sobre el suelo. Nunca deja de maravillarme lo fácil que le resulta levantarme, como si no pesara nada de nada.

Acaricio su cara afeitada y su *piercing* granate, respirando su olor, asegurándome de que está bien.

—¿Te ha tocado? ¿Te ha herido? —susurra en el silencio.

—No. Fue un caballero.

Frunce el ceño.

—Dirás más bien un educado *cucarachero*.

Suelto un bufido, desvaneciendo su severidad y arrancándole una sonrisa. Me hace girar como una peonza.

—Te he echado de menos —dice.

Entierro la barbilla en sus anchos hombros y lo abrazo con fuerza. Mi

cuerpo tiene sed de él, y absorbo su calidez como una esponja.

—No me dejes nunca, ¿vale?

En cualquier otro momento, sería una súplica lamentable. Pero ahora, es la petición más sincera que he hecho en la vida.

—No pienso hacerlo —susurra, y su boca está tan cerca que su aliento roza la parte superior de mi oreja. Cuando me suelta, veo que está observando las siluetas en movimiento que corretean a nuestro alrededor.

—Sedosa me habló de ellas —dice—. Al principio no le di crédito. El chico está loco por las mariposas nocturnas.

Me apoyo en sus hombros, mis pies siguen balanceándose a la altura de sus espinillas.

—Deberías ver su habitación. Tiene unas casitas de cristal llenas de mariposas vivas. Las guarda ahí hasta que abandonan el capullo. Cuando son lo bastante fuertes, las deja en libertad.

—¿Has estado en su habitación? —El rostro de Jeb se ensombrece—. ¿Me juras que no intentó nada?

—Palabra de *scout*.

Me aprieta la cintura, haciéndome cosquillas.

—Lástima que nunca fueras una *scout*.

Yo me retuerzo para liberarme y sonrío.

—No pasó nada.

Es mentira. Morfeo me afectó enormemente. Despertó una parte de mí que apenas puedo creer que exista, y no estoy segura de que Jeb sea capaz de aceptarlo. Pero quizás no hace falta que sepa nunca lo del tamborileo en mi cabeza o mis extraños poderes. Quizás pueda ocultar mis inclinaciones malditas hasta que salgamos de aquí y me haya curado.

Con los dedos aferrando el cuello de Jeb, doy un tirón a su corta coleta. Queremos pasar desapercibidos en el banquete, así que los dos vamos disfrazados. Él va de caballero élfico; las hadas le cubrieron las orejas con el pelo para ocultar sus bordes redondeados. Me gusta así. Su fuerte mandíbula y sus facciones expresivas quedan resaltadas.

—Pensaba que te pondrían un sombrero —me burlo un poco.

—Nada de eso. Los reservan para los gusanos alados.

Me río y le doy un golpecito en los hombros, pidiéndole en silencio que me baje. Me deja en el suelo.

—Estás increíble.

—Gracias.

No le digo que mi atuendo es una creación de Morfeo: una túnica sin mangas color melocotón, con cascadas de pliegues que comienzan bajo mis pechos y descienden hasta la mitad de los muslos. Un encaje rojo adorna los pliegues y complementa el cinturón rojo que recuerda al de una esclava, incrustado con rubíes brillantes que me ciñe la cintura. Cinco robustos anillos de plata decoran el cinturón y hacen juego con la blusa gris que llevo bajo la túnica. Las mangas abombadas de la blusa me cubren los brazos hasta las muñecas, donde asoman unos mitones de encaje rojo. Unas mallas a franjas grises y melocotón cubren mis piernas como si se trataran de barritas de caramelo, y desaparecen en unas botas de terciopelo rojo que me llegan hasta la rodilla.

El atuendo es un intento calculado para que parezca salvaje e indómita y así los excéntricos invitados de la cena me reciban mejor. Para ello, las hadas me han peinado con un tocado de bayas rojas y flores que decoran mis trenzas. Llevo la horquilla de Alison que encontré entre los tesoros ocultos del sillón justo encima de mi sien izquierda.

Por alguna razón, Morfeo insistió en que me la pusiera.

Señalo el uniforme de caballero élfico de Jeb.

—Lo he visto antes. Esa cruz representa la élite de los elfos enojados.

Los pantalones negros rodean sus piernas como un par de vaqueros desgastados. Una cadena de plata que entra y sale de dos de las trabillas del cinturón, creando la ilusión de que hay cinco cadenas, y una cruz de brillantes diamantes blancos en la parte superior de su pierna izquierda. Deslizo los dedos por las joyas.

—No eres sólo un caballero... Eres uno de los consortes reales.

Jeb detiene mi palma en su muslo y noto los músculos tensarse bajo mi mano. Sus ojos se vuelven intensos, como cuando nos abrazamos en el lecho marino.

Aparto la mano y él aprieta la mandíbula.

Avergonzada, me concentro en el resto de su uniforme. La camisa es de manga larga y ajustada. Es plateada, con franjas verticales de color negro hechas de algún tejido semitransparente. Busco las quemaduras de cigarrillo, y me duele verlas; entonces noto que le ha desaparecido el vello del pecho.

—¿Te has afeitado el pecho?

Él baja la mirada hasta las franjas negras transparentes.

—En realidad no había espejo en mi habitación. Lo hizo Sedosa después de mi baño, cuando me afeitó la cara. Dijo que los elfos no tienen pelo en ningún sitio excepto en la cabeza.

¿En ningún sitio? Me lo imagino desnudo, con Sedosa toqueteándole los abdominales, por no mencionar otros sitios.

—¿Esa hada te vio desnudo?

Se aclara la garganta.

—No sólo ella. Creo que en un momento dado habría unas treinta encima de mí.

Noto el arrebato de celos, y aprieto los puños.

—¿Treinta hadas subidas en tu cuerpo desnudo?

—Relájate, ¿vale? Las hadas voladoras fosforescentes de color lima no me van. Ahora ven aquí. Quiero enseñarte algo.

Me gira para que mire la pared de espejos y se queda detrás de mí, con la barbilla descansando sobre mi cabeza mientras levanta las manos a ambos lados de mi cara.

—Mira tus ojos.

Mi reflejo me devuelve la mirada, superponiéndose a las sombras de las mariposas nocturnas. Me percaté del maquillaje en cuanto entré. Las hadas habían hecho un trabajo increíble, logrando que pareciera real. Llevo sombra de ojos negra en franjas curvas como las de un tigre bajo las pestañas inferiores.

Los arabescos recuerdan a los tatuajes de Morfeo, pero en una versión más femenina.

—Eres así desde que llegamos. Me di cuenta la primera vez que salimos de la madriguera del conejo. Pensaba que se te había corrido el maquillaje.

Pero, después del océano, seguías igual. No hice la conexión hasta que vi a Morfeo sin máscara hace unos minutos. —Hace una pausa, con expresión de malestar. Sus pulgares recorren los bordes de los motivos negros—. No se borran. Y esa purpurina negra sobre tu piel, no es sal residual. Empiezas a parecerte a uno de mis dibujos de hadas.

También yo siento náuseas. Con un dedo, recorro los pliegues de mi túnica. Eso explica por qué el octobeno creyó que era un ser de las profundidades.

—¿Por qué no has dicho nada hasta ahora?

—Estábamos demasiado ocupados, ¿no crees?

Me aparto de mi reflejo.

—Así que la maldición está empeorando.

—Más de lo que crees. —Se pone detrás de mí y pasa las manos por la parte posterior de mis hombros—. Tienes hendiduras en el traje. ¿Qué viene ahora, alas?

Sus pulgares acarician la piel desnuda de mis omóplatos. No sé qué decirle. A juzgar por lo que he visto hasta el momento, sólo algunos seres subterráneos tienen alas. La idea de que algo brote de mi piel me deja anonadada. De hecho, si me paro a pensar en los cambios que ya se han operado en mí, basta para hacerme sentir como si estuviera atrapada en una especie de carrusel absurdo y fuera de control.

El reflejo de Jeb me mira frunciendo el ceño con severidad.

—¿Por qué esta maldición afecta sólo a las mujeres de tu familia?

—Alicia era una mujer —contesto, aún nerviosa por lo de las alas—. Sólo una mujer puede arreglar sus propios desastres.

—Desastres —repite Jeb, frunciendo todavía más el ceño. Me sujeta los brazos con firmeza, me gira y me mira a los ojos—. Cuando estuve con las hadas, Sedosa mencionó lo que le hiciste al océano. Ella no dijo que fuera un desastre. Dijo que era una *prueba*. Y, ¿sabes lo que es más raro todavía? No parecía contenta, sino más bien resentida porque lo habías logrado, por el simple hecho de que estuvieras aquí. Algo no encaja. No vamos a hacer nada para ayudar a ese insecto hasta que nos diga la verdad.

—A mí ya me ha dicho la verdad. Me dijo lo que tengo que hacer. —Le cuento a Jeb lo que aprendí en la habitación de Morfeo, aunque no soy lo

suficientemente valiente como para decirle la verdad sobre nuestra «conexión», ni tampoco sobre el espectáculo de marionetas con las piezas de ajedrez mágico.

—¿Así que vas a confiar en su palabra?

—Sus motivos son nobles. Su amigo está en peligro.

—¡Deja de humanizarle, Ali! —Jeb golpea la pared de espejos con la palma de su mano. Las sombras de las mariposas se alejan rápidamente, sobresaltadas—. No es de nuestro mundo, ¿vale? Y tiene el poder de meterse en tu cabeza. Te vi con él en el claro. No eres capaz de pensar fríamente cuando lo tienes cerca.

Su acusación reaviva mi furia por lo de Londres.

—No puedo creer que vayas a emplear esa carta ¿Me estás diciendo que no soy lo bastante fuerte como para pensar por mí misma?

—No es eso, esto es diferente. ¡Mira lo que te está pasando!

—Pero voy a detenerlo. Solamente tengo que hacer una cosa más. Eso es todo.

—¿Ah sí? Pues a mí me parece que cuanto más haces por él, más te pareces a él.

—No es verdad. Te equivocas.

Tiro de una de mis trenzas, deseando poder convencerme con la misma facilidad con la que pronuncio esas palabras. Me gustaría poder negar que cuanto más tiempo paso aquí, más se imbuye mi sangre de este lugar, o que Morfeo es el torniquete que aprieta mis venas con fuerza. Jeb rechina los dientes con tanta fuerza que su mandíbula se mueve.

—No vamos a discutir sobre esto, Ali. Eso es lo que él quiere. No dejaré que lo haga.

—¿Hacer *qué*?

Se envuelve la muñeca con el mechón de pelo que tengo entre mis dedos y tira de mí para acercarme a él, inclinando la cabeza hasta que nuestras cejas se juntan.

—Entrometerse entre tú y yo.

Todo mi cuerpo se suaviza y se llena de calidez ante la áspera posesividad

de su voz, pero no tiene derecho a ello.

—¿Lo has olvidado? Ya hay alguien entre los dos. Te vas a mudar con ella a Londres.

—Fui un idiota. Por pensar por un segundo que estar al otro lado del océano me daría control.

Un nudo ardiente me atenaza el pecho; doy un paso hacia atrás.

—¿Control? ¿Sobre qué? ¿Mi vida? Ésta es la realidad, señor inconsciente: ya no soy tu «hermanita». Estoy harta de que me consideres parte de tus deberes y responsabilidades, en algún lugar entre cortarte las uñas de los pies y cambiarte los calcetines sucios.

Lo aparto de un empujón y me dirijo hasta la silla de cristal, decidida a esperar ahí a Morfeo. Sin advertencia previa, Jeb tira de uno de los anillos de mi cinturón y me hace girar. En un movimiento suave, me pone sobre la estrecha mesa en forma de media luna. Mi piel tiembla bajo su roce cuando me sitúa contra la pared, con las caderas encajadas entre mis muslos. Estamos frente a frente, las caras muy juntas. Mi cabeza se llena de agitación y en la sombra de mi lado más oscuro, brota una oleada de satisfacción, un perverso entusiasmo al saber que puedo azuzar sus emociones hasta causar esta reacción visceral.

Me apoyo contra sus hombros para que haya espacio entre nosotros, pero estoy fingiendo. Mi engaño se desvanece, mis rodillas tiemblan de alegría, en el instante en que él me agarra las muñecas y las baja, inclinándose sobre mí hasta que nuestras narices casi se rozan.

—Esto es la realidad —dice él, y su aliento es una ráfaga cálida en la fría habitación—. Sé que ya no eres una niña. ¿Crees que estoy ciego? —Sus dedos se entrelazan con los míos, apretando mis brazos contra los espejos fríos y lisos para sentir su latido contra el mío—. Tú eres la inconsciente. No hay nada fraternal en lo que siento por ti.

Mi cerebro se apaga. Debo haberme tragado todos los espíritus de mariposas del reino. Juro que las noto revoloteando en mi estómago.

Jeb me libera para tomar mi cara entre sus manos, casi sin tocarme, como si tuviera miedo de romperme.

—Soy yo quien pierde el control. He dibujado cientos de bocetos de tu cara y sigo sin tener bastante. —Delinea el hoyuelo de mi barbilla con el

pulgar—. Tu cuello. —Su palma se mueve por mi garganta—. Tu... —Sus dos manos encuentran mi cintura y me levantan de la mesa, de nuevo frente a frente—. No voy a desperdiciar otro segundo en dibujarte —susurra contra mis labios— cuando en lugar de eso puedo tocarte.

Aprieta su boca contra la mía.

Una chispa salta entre nosotros, caliente y eléctrica. La conmoción y la sensación brillan a través de mí, resplandecientes por su calor y su sabor. Seis años de secreto deseo. Seis años negando que él es la órbita de mi mundo.

Y pensar que él también estaba huyendo de mí.

A la deriva entre la incredulidad y el deseo, me quedo quieta. Mis brazos cuelgan flácidos a ambos lados, con los puños abriéndose y cerrándose. La boca de Jeb vibra contra la mía con un gruñido. Me coloca las manos alrededor de su cuello, inclinándose más cerca.

Su sabor es increíble, a chocolate y sal. Conocido, pero también nuevo y excitante. Aferro su cuello con los dedos. Los sentimientos que he estado reprimiendo se enroscan y desenroscan en mi interior como anguilas eléctricas, electrocutándome y devolviéndome a la vida. Todos mis receptores sensoriales zumban, plenamente conscientes. Lo saboreo, lo respiro, lo siento.

Sólo él.

Mis labios siguen los suyos, latiendo lentamente, suaves y cálidos. Su *piercing* raspa mi barbilla, una sensación entre áspera y sexy. Sus manos guían mi mandíbula, mostrándome cómo inclinar la cara. Obliga a mis labios a abrirse con los suyos y yo paso la lengua por sus dientes, encontrando su incisivo torcido antes de que su lengua atrape la mía. Quizás estoy respirando demasiado fuerte. Quizás estoy babeando demasiado.

Quizás nunca llegue a hacerlo tan bien como las otras chicas con las que ha estado. Pero no importa, porque de todas las cosas que he sentido y he visto en este viaje (encogerme y crecer, hadas voladoras, piezas de ajedrez vivientes), ninguna es más mágica que este momento.

Sus besos se desvanecen en simples caricias que desliza con sus labios por mi cara y mi cuello, suaves y tiernos.

—Ali —susurra—. Tienes un dulce sabor... como a madre selva.

—No lo hagas —murmuro, aturdida.

Se aparta, con los ojos densos y oscuros.

—¿Quieres que pare?

—No. —*Me he quedado dormida rezando para que me mires así. Para que me toques así*—. No me rompas el corazón.

Las sombras de las mariposas se deslizan sobre él en el techo de espejos, distrayéndome de la intensidad de su ceño fruncido.

—Antes me arrancaría el mío.

Creo que lo haría. Estirándome y poniéndome de puntillas, agarro su pelo. Esta vez, lo beso. Él responde con un gemido que me hiela la columna, apretando los dedos en mis caderas. Yo bajo mis manos enguantadas para encontrar su pecho, buscando las cicatrices. Me detengo en las cadenas de su cintura, las agarro hasta que el metal me muerde los dedos, y nos empujo contra la pared. Un escalofrío me atraviesa los omóplatos desde el espejo, pero su cuerpo encaja a la perfección con el mío, y enciende mi sangre con mil pequeños fuegos, consumiéndome.

Estamos tan concentrados que ninguno de los dos oye los pasos hasta que un gruñido nos separa. Al girarnos está Morfeo, con suficiente ira en sus ojos negros como para convencer al Diablo de irse a vivir al cielo. Jeb saca los dedos de los anillos de mi cinturón, pero mantiene la mano en la parte baja de mi espalda. Me toco los labios, que latén con avidez, sedientos de más.

—Vaya, vaya, qué agradable —la voz de Morfeo no suena líquida esta vez. Chirría cual uñas oxidadas contra mis tímpanos. Se quita los guantes y se golpea la palma de la mano con ellos, con las alas caídas y arrastrándolas por el suelo como una capa—. Tal vez deberías devolverle el pintalabios a Alyssa. No tenemos tiempo de volver a por más antes de la cena.

Jeb se limpia la boca. Yo me lamo los labios, sintiéndome inexplicablemente culpable. La canción de cuna de Morfeo suena con suavidad en mi cabeza, melancólica y ligera. Las palabras de la canción parecen haber cambiado a juego con su humor:

*Pequeña florecilla de rojo y melocotón,
Atrapas chicos con tu hermosa cabecita;
Provoca y juega, sé tímida, no seas tontita,
Pues algún día le romperás el corazón.*

Las notas de la nana ensordecen en mis oídos y me arrancan una mueca de dolor.

Rugiendo, Morfeo se gira hacia un espejo y quita las motas de polvo de su

ropa con los guantes. Lleva una camisa blanca con volantes bajo una chaqueta roja con brocado que se balancea a la altura de sus músculos. Es una chaqueta cruzada, con botones de latón en ambas solapas. Lleva pantalones ceñidos de terciopelo rojo y unas botas negras de cordones que le llegan hasta las espinillas.

De no ser por el pelo azul y las alas, parecería el Romeo de Shakespeare.

Abre las alas mostrándolas en su máximo esplendor. Las joyas que lleva en los bordes de las marcas de sus ojos brillan con su genio, de rojo a verde.

—¿No sabes, caballero élfico —se gira hacia nosotros—, que es muy indecoroso para un guardia seducir a su inocente pupila?

Frunzo el ceño. ¿Qué pasa, llevo la palabra mojigata escrita en la frente?

—No sabes nada de mí.

La boca de Morfeo se retuerce en una sonrisa irónica.

—Entonces, ¿sólo estabas fingiendo? ¿Sonrojándote como un melocotón inmaculado?

Jeb me coloca tras él.

—No va a hablar de eso contigo.

Morfeo resopla.

—Es un poco tarde para este despliegue de caballerosidad. Si alguien hubiera presenciado este espectáculo, tu mascarada de caballero élfico habría terminado antes de comenzar siquiera. ¿Se te olvidó decirle cuál es la primera norma de un caballero, dulzura? ¿La de controlar sus manos y sus emociones?

La atención de Morfeo recae en su hombro derecho. Por debajo de su pelo asoma Sedosa, que intercambia una mirada con Jeb. Los ojos de Morfeo vuelven a fijarse sobre mí, penetrantes como cuchillas de ónice. Yo sólo quiero disfrutar del recuerdo de mi primer beso. En lugar de ello tengo que luchar contra la idea de que acabo de traicionar a un tipo del mundo de las profundidades a quien llevo años sin ver y, por alguna razón, la idea de hacerle daño me resulta insoportable.

Jeb se pone rígido.

—Cambio de planes —dice—. Ali no va a ayudarte en tu jueguito, sea lo que sea. Nos vas a mandar de vuelta. Ahora.

Una de las comisuras de la boca de Morfeo se alza en una mueca. Va dirigida a Sedosa, aunque sigue mirándome.

—Parece que te equivocabas. Habías dicho que el mortal no sería una amenaza. Quizá hayas subestimado la atracción que nuestra hábil Alyssa despierta en él.

Sedosa se concentra en sus piecitos. Aletea con lentitud, como una mariposa cuando descansa.

—Pensaba que prefería a otra...

—¡Calla! ¡Ese no es un secreto que debas desvelar! —grita Morfeo. El volumen de su voz hace caer a Sedosa, que aletea en el aire, tapándose las orejas picudas con sus manos.

Morfeo se toca la boca con un dedo.

—Léeme los labios, duendecilla de lengua ligera. *Busca. La. Maldita. Caja.* Es hora de enseñarle a nuestra doncella y su soldadito de juguete la clase de bienvenida que recibirían en caso de que den la espalda a su único aliado.

Sedosa desaparece por el pasillo.

—¡Y tráeme mi Sombrero Embaucador! —grita Morfeo tras ella. El eco de su orden sigue flotando cuando gira sobre sus talones para observarnos. Con expresión petulante, se pone los guantes—. Hay un problema con lo que me has pedido, pseudoelfo. No puedo enviaros de vuelta así como así. Y Alyssa lo sabe.

Jeb mira por encima de su hombro, con la mirada interrogante.

—Oh, cielos. —Morfeo se da una palmada en la mejilla, como si estuviera aturdido—. ¿Estabais demasiado ocupados como para hablar de algo importante? O tal vez nuestra inocente doncella se sentía culpable por el dinero que había tomado prestado del bolso de tu otra novia, y tú, noble caballero, decidiste reconfortarla.

Jeb se gira hacia mí.

—Espera... El dinero de tu lapicero. ¿Tae sí se dejó el bolso en la tienda, verdad? Y tú se lo robaste.

Morfeo se inclina entre nosotros.

—Bueno, ¿y de qué otro modo podría Alyssa haberse escapado a Londres

para ir a buscarme?

La mirada de Jeb está clavada en mí, llena de acusaciones.

—No puedo creerme que me mintieras a la cara. Robaste dinero para conseguir un pasaporte falso, y en realidad todo el tiempo planeabas ir a Londres.

—Dos por dos —se burla Morfeo, ahora detrás de mí—. Mentirosa y ladrona. Ese pedestal se está volviendo resbaladizo, ¿verdad, bizcochito?

Le doy un codazo con tanta fuerza que sus alas crujen.

—Hice lo que tenía que hacer para ayudar a Alison. —Me dirijo a Jeb, ignorando la sonrisa pretenciosa de Morfeo mientras él camina en mi periferia—. Sólo tomé *prestado* el dinero. Voy a devolvérselo.

Morfeo se detiene junto a Jeb.

—Lo que dice tiene sentido. El motivo siempre justifica el crimen. Es la ley aquí.

—¿Has oído eso? —dice Jeb, taladrándome con la burla de su voz—. La cucaracha local te ha dado su aprobación. Y te preguntas por qué no puedo confiar en que te vayas por tu cuenta.

Un diminuto fuego prende en la base de mi garganta, y la molesta necesidad de justificarme sube como el ácido.

—Tenía un plan.

—Un plan genial —dice Jeb, señalando la estancia que nos rodea.

—¡No tenía ni idea de que pasaría esto, Jeb!

Antes de que pueda responder, Morfeo se interpone entre nosotros, agarrándonos a cada uno por el hombro.

—Os pido perdón, tortolitos —canturrea—, pero por mucho que esté disfrutando de esta escena, vuestra pelea corre el peligro de eclipsar mi gran inauguración.

Hace un ademán en dirección a la puerta, por donde vuelve Sedosa con otras veinte hadas. Cinco de ellas llevan un sombrero rojo de copa con una ancha banda negra que sujeta una pluma de pavo real. Un cordel de cadáveres de mariposa nocturna de un azul iridiscente adorna el ala como una guirnalda.

Las demás hadas traen una bolsa negra pesada que apenas pueden

levantar, así que la arrastran por el suelo.

—Todos los invitados han llegado, Amo —dice Sedosa con voz entrecortada. Ella y sus compañeras colocan el sombrero sobre la cabeza de Morfeo, y las otras dejan la bolsa cerca de nuestra mochila.

—Saca los aperitivos y haz que el arpa toque algo —dice Morfeo, y tuerce un poco el sombrero. Las mariposas muertas tiemblan, como si trataran de escapar—. Estaremos allí en breve.

Sedosa asiente y sigue a las demás, mirando por encima de su hombro antes de revolotear hasta el pasillo contiguo. Morfeo toma la bolsa. Cuando se acerca hasta la mesa de cristal, sus alas de satén me rozan la bota derecha. Mi marca de nacimiento vibra y un zumbido recorre mi espinilla antes de detenerse en el muslo, cálido y titilante. Frunciendo el ceño, alejo la pierna y doy unos golpecitos en la bota para disminuir la sensación. Jeb me observa con desaprobación.

Morfeo pone la bolsa boca abajo: es una caja de sombreros de plata decorada con terciopelo blanco. Nunca había visto nada parecido, ni siquiera en mis sueños. La curiosidad me atrae hasta la mesa.

Morfeo señala la silla, de nuevo en su papel de anfitrión caballeroso.

—Me quedaré de pie —murmuro. Me gustaría que sus ojos se volvieran aún más negros. Sé que ha metido la cizaña entre Jeb y yo, sólo para vengarse por el beso. Aunque estoy extrañamente intrigada de por qué le importa tanto como para ponerse celoso.

Jeb se coloca tras nosotros y me aprieta los hombros. Sigue siendo mi protector, aunque esté enfadado. Me inclino hacia su calor corporal, agradecida.

Morfeo nos lanza una mirada de disgusto, y después arrastra la caja hasta el centro de la mesa. En realidad está hecha de peltre. Unas rosas de terciopelo blanco cubren los lados, y un grabado recorre la parte superior del cierre con bisagras en algún lenguaje arcaico. Cuanto más observo las palabras, más legibles se vuelven. ¿Es otra manifestación de la maldición Liddell? ¿Que de forma progresiva, entienda este idioma?

—Es hora de hacer las presentaciones —dice Morfeo, abriendo la tapa un instante antes de que comprenda el sentido de su frase. Dentro de la caja hay un fluido oscuro y aceitoso. Una capa de cristal sobre la parte superior mantiene el líquido en el interior. Morfeo le da una sacudida al contenido y un

objeto blancuzco se mueve hacia la superficie.

Me recuerda a una bola mágica que vi una vez en un mercadillo doméstico. La bola de plástico negro tenía una ventanita. Estaba llena de un fluido azul, y en su interior había un dado negro que flotaba hasta la ventanita, con una frase en cada lado. Lo único que tenías que hacer era preguntarle algo a la bola, agitarla en las manos y darle la vuelta. La respuesta aparecería en la ventana, y podía ser cualquier cosa, desde *Probablemente* hasta *Pregúntamelo más tarde*. Sólo que este objeto flotante es casi del tamaño de un melón y con forma oval. A su alrededor, unidas a él, se arremolinan unas gruesas cintas blancuzcas. Morfeo vuelve a agitar la caja, y la bola gira para revelar una cara.

¡Es una cabeza!

Suelto un aullido, luchando con la bilis que me sube por la garganta.

Jeb maldice y trata de girarme en su dirección, pero yo no puedo apartar la mirada. El líquido debe ser alguna clase de formaldehído. ¿Por qué iba a tener Morfeo una cabeza en conserva dentro de una sombrerera de peltre? ¿Qué clase de psicópata es?

—Despierta, preciosa —susurra Morfeo, con una ternura forzada en su petición. Observo, mortificada, mientras él pasa un dedo por el cristal, recorriendo las pestañas cristalizadas de la cara. Cuando los ojos se abren, casi me quedo helada.

Está viva.

La reconozco gracias a las piezas de ajedrez. Es la Reina Marfil, aún más hermosa que su contraparte de jade, delicada y pálida como la luz de la luna. Unas marcas como tatuajes negros cubren sus sienes en una red venosa, como si hubieran presionado las alas de una libélula contra un sello para transferir la imagen a su piel. Sus ojos son de un azul tan pálido, casi incoloros, y las largas pestañas se curvan hacia arriba con cada pestañeo.

Tiene las cejas plateadas y cristalinas como si estuvieran cubiertas de hielo. En las esquinas exteriores hay dos líneas negras que descienden hasta sus pómulos y terminan en forma de lágrima, como si estuviera llorando tinta.

Los labios son de un rosa pálido, curvados y encantadores como un corazón, y se abren en una sonrisa de adoración cuando su mirada recae en Morfeo. Intenta hablar.

Él se acerca, acariciando cariñosamente su mejilla encerrada con la palma de la mano. Ella intenta hablar de nuevo, pero no la oímos a través del líquido y el cristal.

Jeb y yo nos quedamos mudos, aprisionados por nuestro propio silencio.

Morfeo rompe la calma.

—Esto es una galimajaula. Puede contener un ser completo en su interior, aunque sólo aparece la cara. Habréis oído el dicho, «*Que le corten la cabeza*». Sale en el libro que lleváis.

Miro mis manos enguantadas y pienso en mis cicatrices. No es el único lugar donde he oído esas palabras, y Morfeo lo sabe. ¿Se refería a esto Alison cuando dijo que no quería que yo perdiera la cabeza?

—Bueno, pues éste es el origen de esa frase —termina Morfeo—. La pequeña Alicia se lo tomaba todo de forma demasiado literal. Era el castigo habitual aquí en el País de las Maravillas, aunque ahora se considera una barbaridad. Es peor que cualquier prisión, porque sus ocupantes pueden ser vistos pero no oídos. Sus palabras están enjauladas para siempre.

La caja tiembla bajo las manos de Morfeo. La expresión de la reina pasa de la adoración a la desesperación. Se mueve de atrás hacia adelante, y unas burbujas se agitan en la superficie. Su pelo se arremolina como si fuera de algas albinas.

Morfeo rodea la caja con los brazos para evitar que caiga de la mesa. Cuando la boca de la reina se estira en un grito silencioso, él cierra la tapa. Sus facciones palidecen. Envuelve de nuevo la caja en la bolsa antes de que pueda leer otra vez la inscripción.

Alisa las mangas sobre sus guantes con dedos temblorosos, y suelta un suspiro.

—No quería molestarla. Está en paz la mayor parte del tiempo, cuando la dejamos tranquila. Pero si no la liberan pronto, sus recuerdos se perderán para siempre.

—Ella te importa—digo con un inesperado ramalazo de envidia. En mis recuerdos perdidos durante tanto tiempo de nuestra infancia, siempre estábamos nosotros dos. Nos entendíamos a todos los niveles. Morfeo me hacía sentir adorada, especial, importante. Nunca se me ocurrió que de grande pudiera sentir lo mismo por otra persona—. Morfeo, ¿qué significa ella para

ti?

No responde. Al menos, no en voz alta. Su expresión es confusa y turbada, y las joyas alrededor de sus ojos centellean, pasando del plateado al negro, como estrellas que observaran desde del firmamento en una noche tormentosa. Recuerdo la confesión de Alicia en el juicio: *De hecho, Marfil sentía mucho aprecio por el señor Oruga*. A juzgar por cómo acaba de mirar Morfeo a la reina, y por cómo lo miraba ella, regresó al castillo después de su metamorfosis.

Imagino sus elegantes dedos recorriendo su piel, sus labios suaves sobre los de ella.

Ese pinchazo de envidia se convierte en algo mucho más desagradable, un codicioso remolino de emociones que no soy capaz de nombrar. ¿Qué me pasa? ¿Por qué debería importarme la vida amorosa de Morfeo, cuando por fin he besado a Jeb después de todos estos años?

Las alas de Morfeo se abren del todo, y después se vuelven a cerrar. La niebla soñadora que cubría sus facciones es reemplazada por ira reprimida.

—En este reino, los espejos son portales. Pero el pasillo en que nos encontramos sólo lleva a otros lugares del País de las Maravillas. Los caminos de vuelta a tu mundo se encuentran dentro de los castillos Blanco y Rojo, y están conectados a las reinas. El portal de Marfil está congelado debido al estado de la Reina, y seguirá así hasta que la persona que la metió en la caja la libere. Así que solamente tenemos el portal del castillo Rojo. Tengo entendido que ya conocéis a Cornelio Blanco.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Así que ya sabes lo bien que te recibirían en la provincia Roja. Si pones un pie allí, podrías acabar en una caja como ésta.

Una imagen de mí o Jeb flotando en el líquido negro cruza mi mente. Jeb debe sentir mi escalofrío, porque me aprieta el hombro para darme fuerzas.

—¿Quién puso ahí a Marfil? —pregunta.

Morfeo se quita el sombrero y lo coloca cerca de la bolsa, dejando su pelo hecho una maraña de brillantes enredos azules.

—Después de que la Reina Roja fuera exiliada a las tierras salvajes, jamás se la volvió a ver. Su hermanastra, Granate, se casó con el rey y se convirtió en la Reina. Era una mujer tan olvidadiza que nunca se acostumbró a llevar la

corona. Y ahora su rey quiere darle dos. —Morfeo saca una centelleante tiara de diamantes de la bolsa—. Tengo un espía infiltrado en el castillo Rojo. Cuando la Corte Blanca me mandó noticia del destino de Marfil hace unas semanas, envié un mensaje a mi contacto para que robara la galimajaula. Estoy protegiendo a Marfil en su interior, junto con su corona, para mantenerla a salvo de Granate y el Rey Rojo. Si ambos llegan a controlar tanto el portal Rojo como el Blanco... Bueno, digamos que te deseo buena suerte con eso de volver a casa. —Vuelve a guardar la tiara—. Todo esto mejorará en cuanto Alyssa encuentre la espada vorpalina. Es el arma más poderosa del País de las Maravillas. Yo puedo usarla para obligarles a liberar a Marfil. Entonces se os abrirá su portal.

Jeb mira fijamente a Morfeo.

—A ver si lo entiendo. Nos has atraído hasta aquí abajo con la promesa de salvar a la madre de Ali, pero sabiendo que no podríamos volver a casa hasta que liberáramos a tu novia-monstruo.

Morfeo alza un dedo.

—Ya que estamos exponiendo los hechos, no olvidemos para empezar que *tú* no estabas invitado. Si esto es demasiado para tu delicada constitución, despojo mortal, te invito a que te quedes a salvo en mi estancia de invitados hasta que todo esto explote.

—Yo voy donde vaya Ali, bailando-con-bichos. Y, para que lo sepas, si le pasa algo, te clavaré por las alas a un corcho y te usaré para jugar a los dardos.

La discusión entre Jeb y Morfeo es sólo ruido de fondo. Estoy aquí para romper la maldición de Alison... Eso es todo lo que importa.

Sólo que no debería haber metido a Jeb en esto. Ojalá pudiera volver atrás. De repente recuerdo algo que dijeron las flores zombis. Algo sobre que el tiempo se mueve hacia atrás en el País de las Maravillas. ¿Qué querían decir con eso? Obviamente no es una verdad literal. El tiempo se ha movido hacia adelante desde la visita de Alicia, de lo contrario, las cosas no habrían llegado a este punto.

Me invade una sensación de urgencia. El lunes comenzará la terapia de electroshocks de Alison.

—Necesito ir a la fiesta del té y despertar a los invitados.

Jeb me mira.

—Y, ¿cómo vas a hacerlo? ¿Dándole un besito mágico a ese sombrerero chiflado?

Morfeo se sujeta bien el sombrero y lo inclina.

—¿Chiflado? Las habilidades de Samuel Sombrero son excepcionales. Nadie puede hacer un sombrero a medida como él. ¿Y eso de que un beso lo despierte? Te equivocas de cuento, Príncipe Azul. Aunque, te aseguro — Morfeo me golpea la sien con el pulgar— que nuestra querida niña nos va a traer a todos un final feliz.

Jeb atrapa la muñeca de Morfeo en el aire. Sus miradas se cruzan.

—Sin tocar —gruñe.

Morfeo se libera de un tirón.

—Nuestros invitados saben por qué Alyssa está aquí. Desde que ya no pueden ir de excursión al reino humano, están deseosos de darle la bienvenida, porque esperan que les ayude a recuperar el portal blanco. Pero si se dan cuenta de que tú eres un forastero que se ha colado sin invitación, no serán tan amables. Por tu propia seguridad, debes resultar convincente como compañero élfico. Los caballeros élficos son tranquilos y desapasionados. Ha llegado el momento de que finjas poseer esas virtudes.

Noto la tensión en el aire mientras Jeb se esfuerza por contener su genio. Están enfrentados, cara a cara, así que interpongo un brazo entre ellos.

—¿No deberíamos ir al banquete?

Frunciendo el ceño, Morfeo saca los guantes blancos de Alicia de su chaqueta. Las manchas de césped y tierra ya se han lavado.

—Necesitamos el abanico de encaje.

La orden va dirigida a Jeb, que se detiene como si planea derribarlo. Le doy un golpecito en el hombro, una súplica silenciosa. Jeb se aleja en busca de la mochila.

Morfeo y yo nos estudiamos en un silencio eléctrico. No sé decidir qué me molesta más: mis rasgos subterráneos, cada vez mayores, el reloj que marca lo cerca que están los tratamientos de Alison, la galimajaula. Por qué a Morfeo parecía importarle que besara a Jeb cuando al parecer siente algo por otra. O, lo peor de todo, por qué me molesta a mí descubrir lo que siente por

Marfil.

Los pensamientos se dispersan a mi alrededor como cristales rotos cuando Jeb regresa. Morfeo se mete el abanico en la solapa de la chaqueta junto con los guantes.

—Dejad aquí vuestro equipaje. Si algo sale mal durante la cena, regresad aquí inmediatamente. Es un lugar aislado, casi imposible de encontrar a menos que se conozca la entrada secreta. Sedosa se ocupará de que vayáis a la fiesta del té en caso de que tengamos invitados inesperados.

—¿Invitados inesperados? —pregunto.

—Invitados con intenciones asesinas o maliciosas. Después de todo, eres una fugitiva de la Corte Roja —Morfeo se frota las manos, como deleitándose con la idea de que pueda haber problemas—. Estoy famélico. Vamos a comer.

El banquete de las bestias

Rayas blancas y negras cubren las paredes de la sala del banquete, desprovista de ventanas. No llego a distinguir en qué punto empiezan o terminan las paredes o el techo.

Es tan desorientador como el anterior enjambre de hadas luminosas. Incluso las largas mesas y las sillas al otro extremo de la sala están pintadas a juego, creando un desconcertante efecto de camuflaje. Los invitados parecen estar flotando contra un paisaje de rayas. Me siento perdida y a la vez, extrañamente en casa; como una pulga instalada en el lomo de una cebra.

Una lámpara de araña gigante cuelga de la bóveda casi catedralicia, e ilumina el espacio con ráfagas de luz oscilante. Cruzo el umbral con Morfeo a mi lado y con mi mano posada sobre el dorso de la suya. Jeb nos sigue dos pasos por detrás, a mi izquierda. En el código de comportamiento élfico, es impropio para un caballero tener interacción con su pupila, excepto cuando se vea obligado a luchar para proteger su vida. No podemos tocarnos. No podemos mirarnos. Ni siquiera está bien visto que hablemos, o se descubrirá que no pertenece a este mundo.

—Atención, por favor —Morfeo se dirige a los invitados. Sedosa vuelve a asomar bajo sus cabellos, y el arpa que se toca a sí misma se queda en silencio, al tiempo que las conversaciones y el tintineo de los cubiertos—. La señorita Alyssa, del Otro Reino. —Se dirige a mí y levanta mi brazo—. He aquí a los solitarios de nuestra especie, que no han nacido ni en la Corte Blanca ni en la Corte Roja. Somos los bandidos del País de las Maravillas, y os damos la bienvenida al Banquete de las Bestias.

Le aprieto la mano mientras sus invitados me observan, con la comida aún resbalando por las comisuras de sus fauces.

Alrededor de la mesa hay un batiburrillo de criaturas, algunas vestidas y otras desnudas. Son distintas en tamaño y género, pero sus rasgos son más de bestia que humanoides. Una se parece a un erizo con púas y todo, excepto que tiene el rostro de una golondrina. Debe ser tímida porque se hace una pelota y rebota bajo la mesa en cuanto entramos. Una mujer de color rosa con el cuello tan largo como el de un pelícano se acucilla y da un golpe al erizo con la cabeza, enviando la pelota desde debajo de la mesa hasta el otro extremo de la sala.

Hay más criaturas: algunas tienen alas, otras son mitad rana y mitad planta, y brotan enredaderas de su piel. Otras son calvas como focas, con cuerpos de primate y lanosa cabeza de carnero.

Lo único que tienen en común es el interés que despierto en ellos. Soy el objetivo hacia el que cincuenta y tantos pares de ojos se dirigen.

Unos pocos susurros rompen el silencio.

—Es ella...

—Clavada, es su viva imagen.

—He oído decir que vació el océano con una esponja. Una *esponja*. Astuta e imaginativa, ¿eh?

Todos saben de mi relación con Alicia y lo que he venido a hacer. No hay forma de rebajar sus expectativas. Esto tiene el potencial de un fracaso épico.

Mis nervios se alían con el hedor de la comida, de las pieles animales y el almizcle. La habitación da vueltas. Jeb está detrás de mí. Sé que si me desmayo, me sostendrá entre sus brazos. También sé que si lo hace, todo se descubrirá. Tengo que ser fuerte, por Alison, así que me rehago y miro alternativamente a todos y cada uno de los rostros que me contemplan. Me pregunto cuál de ellos es la bestia destinada a recoger el abanico y los guantes en nombre de la duquesa.

Morfeo me acompaña hasta la mesa y me ofrece una silla a la derecha de su propio sillón de cabecera. Hay una enorme maza al lado de la pata de la mesa, y otra bajo cada silla de nuestro lado. Morfeo me instala cerca de una pequeña criatura nervuda que parece un hurón albino, con un casco negro de béisbol. Tiene ojos de serpiente y lengua bífida, lo cual elimina el menor rastro adorable que pudiera tener su aspecto.

Jeb ocupa su sitio detrás de mí, lejos de mi alcance. Morfeo se pone en pie

y se toca el borde de sombrero, saludando a sus invitados, con las alas negras desplegadas.

—Lamento mi tardanza. Pero la buena noticia es que nuestro ángel vengador ya ha llegado, por fin. ¡Que empiece la fiesta!

Después de una ronda de aplausos, Morfeo entrega su sombrero a Sedosa y un grupo de hadas más. Lo cuelgan en el brazo de la silla donde Morfeo se sienta, mientras pliega sus alas sobre su espalda, como si fuera una capa. Sedosa se instala en su hombro y el resto se introduce entre las rendijas de la madera y el zumbido de piel y tela. Todo el mundo se pone a conversar de nuevo, y a tragar, sorber y beber de nuevo.

—Pruébalo, preciosa —dice Morfeo, señalando mi plato. Luego se gira y se pone a hablar entre susurros con una bestia verde con aire de cerdo que está sentado a su izquierda, al otro lado de la mesa. El cerdo lleva un traje de rayas gris con gemelos de piel. Las mangas apenas cubren sus pinzas de langosta. Sonríe, y sus dientes me hacen estremecer: son negros y redondos como granos de pimienta.

En mi plato un puñado de carpas boquean en el centro.

—¿Golpe? —me dice el hurón que tengo al lado con voz aflautada. Señala una pinza hacia el pescado.

—¿Tenemos que comer esto crudo? —le pregunto—. Nunca me ha gustado demasiado el *sushi*.

—¿Sue-she? —dice.

—No importa —aparto la vista del pescado que hay en mi plato y me concentro en él, agradecida por la excusa—. ¿Así que te llamas Golpe?

Ladea la cabeza, y su reluciente casco titila cuando me señala las espinas de pescado que hay en su plato.

—Golpe.

Las náuseas me suben por la garganta y vuelvo a fijar la vista en mi propio plato.

Me están mirando con ojos vacilantes en sus cuencas, y la piedad y la repulsión se mezclan en la boca de mi estómago. No quiero ni imaginarme cómo estarían mis mascotas, fuera del agua e incapaces de respirar. ¿Sufren así las mariposas nocturnas y los insectos que utilizo en mis mosaicos cuando mueren? ¿Por qué nunca me importó lo bastante para siquiera hacerme esta

pregunta?

—Golpe —repite la criatura sentada a mi lado. Levanta una cuchara de plata casi tan grande como él, se pone en pie en la silla y procede a golpear la cabeza de varios de los pescados que hay en mi plato, matándolos a golpes—. ¿Golpe, ves?

Su lengua bífida asoma tras sus labios.

—¡Oh, no! Por favor... —Impulsivamente, alcanzo mi copa para verter líquido sobre los pescados que aún están vivos, para ayudarles a respirar. La mezcla cae lentamente y cubre a los peces con una sustancia casi sólida que huele a zumo de manzana y canela. Desesperada, rescato a los pobres peces del plato, y al hacerlo me mancho los guantes y el líquido se queda pegado bajo mis uñas.

Todo el mundo se me queda mirando, pero siento demasiado asco como para que me importe.

—¿Qué es esto? —le digo a Morfeo, malhumorada.

Sus ojos resplandecen.

—¿Es que en tu país no ponéis arena en la sidra? —sonríe, burlón. Recuerdo esa misma sonrisa en mis sueños de niña, y que entonces significaba que íbamos a hacer algo juntos, divertido y atrevido. Pero ahora, también implica malicia. ¿Qué puede haberle transformado del muchacho juguetón que fue, al hombre cruel en que se ha convertido?

—¿O prefieres el vino? —pregunta.

Al otro extremo de la mesa, las criaturas primates están capturando las botellas de vino que flotan en el aire, y meten pedacitos de lana que se arrancan de las cabezas en el cuello de la botella, para que ganen peso y bajen. Luego se beben el contenido, en rondas de brindis.

Arrugo la nariz y rechazo su ofrecimiento.

—Ah, pobre y delicada florecilla. —Morfeo toma una servilleta y sujeta con dulzura mi mano izquierda—. Vamos a limpiarte, ¿sí?

Sedosa aterriza en la mesa que tengo a mi derecha y colabora, con rudeza, tirando de mis guantes y pellizcándome los nudillos mientras me mira con muecas desagradables. En cambio, Morfeo limpia la mezcla arenosa de mis dedos con extrema suavidad. El contacto con su piel me enciende.

También noto el calor de la mirada de Jeb a mis espaldas. No necesito verlo, la noto. Hace un rato advirtió a Morfeo que no me tocara durante la fiesta.

—Qué lástima que estuvieras tan preocupada en el Salón de los Espejos hace un rato, y te perdieras el aperitivo —dice Morfeo, mirando de reojo a Jeb con expresión provocadora—. Te habría encantado la sopa de araña, dado que te gusta tanto hacer daño a los insectos.

Parpadeo.

—Es una lástima aún mayor —se inclina y murmura en voz tan baja que solamente yo le oigo— que desperdicies tus besos en un hombre que fantasea con otras chicas. La pequeña Sedosa puede leer la mente de las personas cuando duermen. La hermosa joven con la que sueña Jeb no eres tú. Es interesante que ahora decida revelar sus sentimientos «ocultos» hacia ti. Ahora, cuando está aquí abajo, lejos de todos los demás, y quiere convencerte tan desesperadamente de que abandones tu misión.

Una sombra aguda atraviesa mi pecho, cortante como un cuchillo.

—Oh, pero está claro que es sincero —prosigue Morfeo—. No es como si te hubiera mentido alguna vez. Siempre ha sido honesto.

Pienso en la mudanza de Jeb, en cómo se había propuesto irse con Taelor a Londres, y me siento tan apagada como las nubes negras que adornan los ojos de nuestro anfitrión. Morfeo observa mi reacción y sonríe.

—Sí. Exacto. Un hombre que nunca miente jamás te romperá el corazón.

Planta un beso encima de mi guante, arroja la servilleta y me suelta la mano.

Sedosa resplandece antes de revolotear de vuelta hasta su hombro.

Las lágrimas acuden a mis ojos. No voy a derramarlas pero tampoco puedo deshacerme del dolor que invade mi estómago. Morfeo tiene razón. Jeb nunca mencionó lo que dice sentir ahora por mí, no durante nuestras vidas reales. Ahí afuera aún sigue con Taelor, y sigue soñando con ella aquí abajo.

Morfeo se pone en pie y vuelve a colocarse el sombrero, con aire oficial.

—¡Basta de jugar con estos blandos pedazos de comida! Camareros, ¡el primer plato!

En las paredes se produce un movimiento que me distrae

momentáneamente del dolor que siento en el corazón. Es como si de los pedazos de yeso brotaran piernas. Solamente cuando se separan y se deslizan hacia una de las estancias que dan al salón me doy cuenta de que es una banda de camaleones del tamaño de un ser humano, con ventosas en los pies.

Cuando los lagartos a rayas regresan, con sus ojos bulbosos mirando en todas las direcciones, llevan grandes fuentes decoradas con frutos secos y algo que se parece a un pato. Está desplumado y asado pero aún tiene la cabeza intacta. Un aroma cálido, de hierbas, me hace cosquillas en la nariz. Al menos a éste sí lo han cocinado.

—¿Me permitís que os presente al primer plato? —Morfeo extiende su brazo con un gesto dramático—. Cena, he aquí tus dignos adversarios: ¡los hambrientos invitados!

Mi lengua se seca de repente cuando el pájaro abre los ojos y se pone en pie, su carne cocida está glaseada y cubierta de aceite. Lleva una campana alrededor del cuello, y cuando se inclina en una reverencia para saludar a todos, suena alegremente.

Esto es imposible.

Todos los nervios de mi cuerpo me impulsan a girarme para mirar a Jeb, pero no puedo hacerlo.

Morfeo arrastra la pesada maza que hay al lado de su sillón y la utiliza para aporrear la mesa como si fuera un juez.

—Ahora que ya nos hemos presentado, ¡que dé comienzo la paliza!

Sedosa se arroja desde el hombro de Morfeo y abandona la estancia junto con las demás hadas, mientras se desata una ceremonia de lo más confusa. Todos los invitados se ponen en pie de un salto, enarbolando las mazas, para cazar al pato y su campanilla.

Es sorprendentemente ágil, y salta de aquí para allá, maniobrando entre las fuentes que ya están en la mesa, los platos y la cubertería de plata.

—¿Qué estáis haciendo? —le digo a Morfeo—. Nunca he visto nada tan salvaje.

—¿Salvaje? —responde en su lugar el cerdo verde—. Hablas como si fuéramos un montón de animales.

Sus dientes de pimienta negra forman una mueca de burla.

—Deja de pensar con la cabeza, Alyssa. —Morfeo se inclina, su pelo azul cayéndole sobre los hombros—. Piensa con esto.

Toca un punto justo encima de mi ombligo. Me alegro de que con este ángulo Jeb no pueda vernos, o le rompería la mano a Morfeo.

—¿Mi estómago? —Apenas logro decir.

—Tu instinto. La parte más profunda de ti sabe que esto —hace un gesto señalando al caos— es como deberían ser las cosas. Es la misma parte de ti que te empujó a buscarme, y cruzar el espejo. La misma que te concede el poder de dar vida al mosaico que hay en tu casa.

Sus palabras me hablan del momento en que me encontraba en el pasillo, y las patas de los grillos chocaban y las cuentas de cristal brillaban. ¿Quiere decir eso que mi maldición mágica también tuvo la culpa de ese momento?

—Tú comprendes la lógica que hay detrás de lo que no tiene lógica, Alyssa. Tu naturaleza te lleva a encontrar la tranquilidad en medio de la locura. Y eso es lo que estamos haciendo aquí. Le damos una posibilidad de salvarse a nuestra comida. —Me guiña el ojo y añade—: Y ahora, si me perdonas, mi camarada y yo tenemos que ir a darle una tunda a ese pato.

El cerdo y él se levantan. Morfeo le acompaña, inclinando la cabeza para poder conversar con el animal mientras alcanzan la pared opuesta.

—¡Golpe! —grita el erizo blanco. Se iza a la mesa con la cuchara en la mano, pero el pato asado le empuja de nuevo hacia abajo. Atrapo a mi peludo compañero de mesa antes de que se caiga de cabeza. La cuchara sí cae al suelo, igual que su casco. Sin él, queda revelada su cabeza calva. Tiene la piel tan fina que se ve el cerebro a través de ella. Ni siquiera tiene cráneo.

Se acurruca en mi regazo.

—¡Datum, datum! Muchas datum, ángel de luz.

Sus ojos rosados y pequeños me estudian, con mórbida adoración. Estoy tan distraída por lo extraño de la criatura que no me doy cuenta de que un grupo de invitados se abalanza sobre nosotros, con sus mazas en alto en un caótico ataque en busca del premio.

Jeb aparta mi silla de la mesa para evitar que me golpeen con las mazas, mientras el erizo se agarra a mi túnica para no caerse. Luego Jeb regresa a la esquina que queda frente a mí en diagonal, para respetar la distancia formal y obligada entre los dos. Su expresión denota el esfuerzo que le está costando

no mirarme.

—¡Ya conocéissss las reglassss! —sisea un lobo-serpiente en mitad del golpeo, que falla, y el pato se escurre entre las fuentes de la mesa—. ¡El primero que consssiga darle a la campanilla, sssse queda el mejor huesssso!

Un aullido estremecedor rompe el caos cuando uno de los perseguidores logra hacerse con una de las patas del pavo. Éste sigue huyendo, cojeando, mientras varios comensales se distraen royendo el preciado trozo de carne.

El pato logra subirse a una de las botellas de vino voladoras y se queda en el aire, chillando y riéndose en pleno delirio fugitivo. Se burla de sus verdugos, arrancándose pedacitos de carne y arrojándolos a los que aún le persiguen.

Es como si *quisiera* que le devoraran.

Un espasmo nauseabundo recorre mi estómago. Siento tentaciones de unirme al grupo y de participar en la emocionante cacería. Mis piernas me escuecen, pidiéndome que me levante y me sume al festín. Contengo ese impulso con todas mis fuerzas.

Las criaturas que son capaces de volar han seguido al pato hasta la botella de vino, con las mazas firmemente agarradas, flotando sobre los demás. Los que están obligados a seguir en el suelo se suben encima de la mesa o corretean, apilando fuentes y sillas con la esperanza de que alguien termine por hacer que el primer plato caiga al suelo.

Me cubro la boca para no gritar ni reírme como una histérica, porque llegados a este punto creo que sería capaz de ambas cosas. Empiezo a disfrutar de la locura.

Y eso no es bueno. No es nada bueno.

Mi nuevo amigo el hurón me da golpecitos en los dedos, y sus suaves patitas rosadas acarician mi piel.

—Hal, sé ángel de luz —dice su voz aflautada y cariñosa—. Hal y agradable. Sal y canta. Sé sonrisas reales para mí.

Me ofrece su propia sonrisa, con sus afilados dientes brillando a la luz de la lámpara de araña. Sus caninos son tan grandes como los colmillos de una serpiente.

Mi instinto responde y hago lo que Morfeo me ha sugerido: lo sigo. Le

hago cosquillas a la criatura en su oreja izquierda, como haría con un cachorro. Me recompensa con un ronroneo.

Trato de no pensar en lo demás —en la persecución de la cena, los chillidos enloquecidos y las risas de los invitados, la criatura afectuosa y peluda que tengo en el regazo— mientras observo a Morfeo entregarle el abanico y los guantes al cerdo.

A cambio, éste le da una pequeña bolsita blanca atada con un lazo negro. Luego el cerdo toma su maza y se va trotando a sumarse al resto de sus compañeros, que han perseguido al pato hasta la cocina. El ruido metálico de ollas y sartenes de la otra habitación se oye con un eco ahora que en el salón apenas se distingue el menor ruido.

Me alarmo cuando el hurón me pone ambas patitas en la cara.

—Dulce-limpia, ángel de luz. —Me lame la barbilla con su fría lengua bífida, y luego se deja caer al suelo, agarrando su cuchara y el casco—. ¡Golpe! Gusto y adiós.

Con esas palabras, se pone el casco y sale corriendo hacia la cocina.

En cuanto desaparece solamente quedamos Jeb, Morfeo y yo. Libre por fin, miro a Jeb desde mi silla y él me devuelve la mirada desde el otro lado de la estancia. Ninguno de los dos se mueve.

Una extraña opresión penetra por mi mentón, allí donde la lengua de serpiente del hurón ha dejado una marca de babas.

Se introduce bajo mi piel y termina en mi boca, cálida y fría a la vez. Pruebo su sabor, y es amargo y dulce, como un pastelillo hecho de lágrimas.

La sensación no termina ahí. Fluye hasta mi garganta, luego pasa por el pecho, y lo oprime con una profunda y terrible tristeza. Al principio me siento mal por Jeb y por mí, por todo lo que tenemos que resolver entre nosotros y por todo lo que no nos hemos dicho. Luego pienso en Alison y en papá, en los años perdidos. Me siento triste por la Reina Roja y su corazón roto, y por Marfil, que siempre ha sufrido sola, y ahora sigue sola atrapada en la jaula. La tristeza crece y crece en mi interior, como si todo el dolor del mundo convergiera en un único lugar, justo encima de mi corazón. Tengo muchas ganas de llorar. Tanto, que casi no puedo respirar.

Jeb se abalanza sobre mí, y se arrodilla a mis pies.

—Ali, ya está. Ya ha terminado. —Pone la mano en mi frente—. Estás

muy fría. Dime algo, por favor.

No contesto porque temo empezar a llorar incontroladamente.

—¡Se está volviendo de color azul! —le grita Jeb a Morfeo—. ¡Ese monstruo le ha hecho algo!

—Tonterías. No montes ningún numerito, pseudoelfo —dice Morfeo, arrojando su sombrero sobre una silla y acercándose. Se inclina sobre mí. Jeb se aparta un centímetro, reticente, para dejarle espacio.

Morfeo levanta mi mentón y observa mi rostro, ladeándolo como un médico que examinara un paciente.

—Tienes suerte, bizcochito. Les has gustado. Las comadreja del País de las Profundidades son conocidas por sus cambios de humor, y una única incisión de sus caninos dispensa el veneno de mil áspides. Sus cabezas son blandas y vulnerables. Si lo hubieras tocado en cualquier otro sitio excepto sus orejas, se lo hubiera tomado como una amenaza y ahora estarías retorciéndote en el suelo, probablemente asfixiada en tu último y dolorosísimo aliento.

Trato de hablar pero no puedo. La tristeza crece y crece. Cada uno de los latidos de mi corazón golpea mi caja torácica y absorbe energía como si fuera una sanguijuela. Quiero dejarme caer al suelo, enroscarme y hacerme un ovillo y llorar para siempre. Pero en lugar de eso, me quedo quieta, inmóvil.

—La pusiste al lado de ese bicho peligroso a propósito, ¿verdad? —dice Jeb, aunque es más bien un grito—. ¡Para castigarla, porque me besó! Eres un enfermo, un hijo de... —Se abalanza sobre Morfeo, le agarra por las alas y lo aplasta contra la mesa. Los platos y los cubiertos tiemblan a causa del impacto. Con su antebrazo sobre la laringe de nuestro anfitrión, Jeb le mantiene clavado en su sitio—. Arréglalo. Cúrala. Ahora.

—No hay nada que curar. Es un regalo. Le dio un regalo —gruñe Morfeo mientras el brazo de Jeb sigue presionando su garganta. Trata de zafarse pero Jeb le tiene agarrado por las alas y no puede moverse—. Si me dejas levantarme, te lo demostraré.

Con un rugido, Jeb se aparta de él y vuelve a arrodillarse a mi lado, tomando mi mano, acaricia con suavidad cada uno de los dedos.

—Venga, quédate aquí conmigo, patinadora. ¿Me oyes? Sea lo que sea, no dejes que lo que te está pasando por la cabeza gane.

La preocupación altera sus facciones, y es otra losa que oprime mi pecho y me impide respirar. Necesita que le conteste, pero si lo hago, si abro la boca para contestar estoy segura de que gemiré como un espíritu de la tristeza hasta convertirme en una cáscara vacía.

—Déjame espacio —ordena Morfeo acucillándose a mi lado, y Jeb así lo hace pero sin dejar de sostener mi mano. Morfeo acerca una servilleta de tela a mi rostro y dice—: Suéltala, querida. Sé que parece que vayas a dejar ir una presa pero te aseguro que con una lágrima bastará, y te sentirás feliz como una perdiz.

No es posible. Una sola lágrima nunca bastará. Me doblo en dos. Un agudo chillido emerge de mi garganta, de un lugar tan profundo que fuerza mis cuerdas vocales y ahueca mi abdomen. El grito termina en sollozo. Y luego una única lágrima cae rodando por mi mejilla izquierda.

Y cuando termino, vuelvo a sentirme bien. Aprieto la mano de Jeb.

Morfeo ata la servilleta y envuelve lo que parece una canica de cristal transparente, aunque es blanda y se mueve como una cuenta de sales de baño.

—Es tuya.

—¿Es mi lágrima? —pregunto.

—Es un deseo. Tu nuevo amiguito tiene el poder de la invocación. Solamente conceden uno durante toda su vida, y te ha escogido a ti. Si fuera tú, la guardaría en un lugar seguro. Aún no estás del todo lista para manejar tanto poder.

Se guarda la servilleta en su chaqueta, y empieza a ponerse de pie, pero Jeb le agarra del codo y le obliga a arrodillarse de nuevo.

—De ninguna manera. Se la vas a dar ahora. Dásela, y la utilizará para desear que los dos volvamos a casa.

Morfeo se suelta y dice:

—¿Y permitir que la maldición siga sin romperse? Además, me temo que no es tan sencillo. Esto solamente puede utilizarlo para su beneficio. Ella tiene que ser el objeto de su deseo, porque es la que ha llorado la lágrima. Nadie más puede aprovecharse de ese poder. Así que no podría llevarte a ti de vuelta a casa, solamente a uno de los dos. Si queréis volver juntos, los portales son vuestra única oportunidad.

Jeb y yo nos miramos, frunciendo el ceño.

—Pediré más deseos —le ofrezco.

Morfeo se echa a reír.

—Oh, claro que sí. Como hizo Alicia. Ella pidió una provisión interminable de deseos. Y claro, empezó a llorar sin parar. Así es como nació el océano. Casi no logramos detenerla. No trates de hacerte la lista con la magia, porque siempre hay un precio que pagar.

Morfeo se pone en pie y le agarro de la muñeca.

—Hiciste que me sentara a su lado por una razón. Tú querías que obtuviera ese deseo. ¿Por qué?

Se queda unos instantes callado y se afloja la corbata alrededor del cuello con un gesto relajado mientras me sostiene la mirada. El lado izquierdo de su boca se tuerce, en una media sonrisa.

—Eh. —Jeb levanta nuestras manos, que siguen unidas, y aprieta su pulgar contra mi esternón para captar mi atención. Mi corazón late de nuevo rápidamente al recordar sus caricias en la sala de los espejos—. Te estabas poniendo azul, Ali. Ese bicho podría haberte matado en un santiamén. Aquí el amigo jugó con tu vida para entretenerse y nada más. No lo hizo por ninguna razón noble ni nada por el estilo.

—Las comadreas de nuestro mundo son unos excepcionales jueces del carácter —empieza Morfeo—. Sabía que Alyssa estaría a la altura. Tengo una fe absoluta en su capacidad de defenderse sola. Tú, por el contrario, no pareces aceptar esa idea.

Jeb me ayuda a levantarme y me abraza. Me siento bien en sus brazos, aunque no estoy segura de sus motivos.

Nuestro anfitrión se recoloca el sombrero.

—Qué bueno que no he cenado nada, porque tanto despliegue de carantoñas me daría ganas de vomitar.

Jeb besa mi frente, creo que para molestar a Morfeo. Me aparto, porque me gustaría pensar que me besa simplemente porque tiene ganas de estar conmigo.

—El cerdo —digo, para cambiar de tema. No tengo ningunas ganas de ser el árbitro de sus disputas.

—Sí —contesta Morfeo, sin romper su duelo de miradas con Jeb—. En

realidad el cerdo es un duende, hijo de la duquesa.

Los retazos y fragmentos de la historia de Lewis Carroll empiezan a encajar. Alguien cocinaba sopa para la duquesa, con muchas especias. Por eso el abanico y los guantes olían a pimienta. Y ella tuvo un bebé, que se convirtió en un cerdito.

—¿Qué te dio a cambio de los guantes y el abanico?

Morfeo levanta la bolsita blanca.

—La llave para despertar a Samuel Sombrerero en la fiesta del té, y sin cobrar nada a cambio.

Me la entrega y Jeb empieza a deshacer el lazo.

El pulgar de Morfeo le detiene antes de que lo haga.

—No creo que eso sea buena idea. Es la pimienta negra más potente y preciada a este lado del País de las Profundidades. Y solamente hay lo bastante como para una sola dosis.

La frente de Jeb se arruga, sin entender.

—¿Pimienta negra? ¿Qué clase de magia de segunda es eso?

Antes de que Morfeo pueda responder, una horda de hadas inunda el salón, revoloteando desde la puerta de entrada.

—Amo, tenemos compañía —exclama Sedosa—. ¡Mala gente!

—Vete —le dice Morfeo a Jeb, inclinándose para agarrar una maza.

Jeb se guarda la bolsita con pimienta en el bolsillo y toma mi mano. Apenas hemos dado dos pasos hacia la salida secreta cuando un juego de cartas —cada una con seis piernas y brazos, como palillos— desfila por la puerta principal. Los soldados carta siguen llegando hasta que todas las paredes están forradas con ellos.

Al observarlos más atentamente me doy cuenta de que todos tienen rostro de insectos, con antenas temblorosas, y sus torsos finos como el papel son en realidad cáscaras aplastadas, arrugadas en los extremos y pintadas de rojo y de negro para parecerse a un juego de cartas. Con sus miembros extraños y las hendiduras para la boca, son más parecidos a un insecto que a un pedazo de cartón.

Durante todos estos años he matado insectos y ahora el *karma* va a

hacérmelo pagar, estoy segura, doble o nada.

Los bichos se separan por palos: cinco corazones y cinco tréboles a un lado, cinco picas y cinco diamantes al otro lado y Cornelio Blanco en el centro. Las hadas, diminutas e indefensas, nos miran desde la lámpara de araña.

La figura bajita y esquelética de Blanco está enfundada en un chaleco rojo y guantes a juego. Con una mano sostiene una trompeta y en la otra un pergamino enrollado. Ladea su cabeza y sopla, arrancando tres ruidosas notas al instrumento. Luego con un giro de muñeca y un rechinar de huesos, abre el pergamino.

—Se hace saber que se requiere la presencia Alyssa Gardner, de la Corte Humana, a petición de la Reina Granate de la Corte Roja.

Sus ojos rosados y brillantes se fijan en mí. Una oleada de terror me invade.

Tanto Jeb como Morfeo me agarran y se interponen entre ellos y yo. Menuda confianza en mi capacidad de defenderme por mí misma.

—No irá a ninguna parte contigo, Cornelio —Morfeo levanta su maza.

—Otra cosa, la Reina Granate dice que si no —la espuma se acumula en los labios de Cornelio, y sus ojillos brillan como el carbón, rojos y encendidos —, su ejército manda.

A su señal, las cartas que estaban contra la pared se barajan entre ellas y saltan hacia nosotros, como si las repartiera una mano invisible.

Las hadas se dejan caer desde lo alto, intentando distraerles. Morfeo despliega sus alas cuán anchas son para bloquear el ataque y protegernos a Jeb y a mí. Las lanzas rompen contra sus alas, pero no se clavan. Mis palmas se aprietan contra la espalda de Morfeo, absorbiendo el choque mientras cada golpe de la maza fuerza sus músculos. Sus rugidos ahogan el chasquido de los soldados carta que caen al suelo.

—¡Sácala de aquí! —grita por encima del hombro, a medida que recula hacia la salida secreta que conduce a la sala de los espejos, utilizando aún sus alas como barrera defensiva.

Jeb me agarra del codo y me arrastra hacia el umbral.

—¡No! —me resisto—. No podemos dejarlo solo luchando contra ellos. ¡Son demasiados!

Jeb aprieta los dientes y me agarra sin contemplaciones, colocándose como un saco encima de su hombro.

—Puede con ellos. Y tú eres lo único que importa.

Su brazo se aprieta contra mis muslos, mi cabeza y mi torso cuelgan de su espalda. La escalera de mármol negro de espiral salta con nosotros, y la sangre me sube a la cabeza.

Cierro los ojos y los ruidos de la batalla campal que se ha librado en la sala se apagan más y más.

Los recuerdos de cómo jugábamos de niños Morfeo y yo, la manera en que ha curado mis heridas hoy, el sonido de su hermosa canción de cuna: todo se combina en una confusa mezcla de emociones. Pienso en el deseo que se ha guardado en la chaqueta, el que quería que yo tuviera en mi poder, por alguna razón. Si ahora pudiera, desearía estar en el salón, ayudándole a luchar.

Estoy casi a punto de intentar escaparme de nuevo, cuando oigo un ruido de ollas y sartenes.

—¡Golpe! ¡Golpe a todos!

De repente se oyen rugidos, gruñidos y más sonidos metálicos. Son las mismas voces animales del banquete. Las bestias han regresado de su cacería, y Morfeo ya no está peleando solo.

Jeb y yo nos deslizamos por el pasadizo oculto que lleva a otro rellano de escaleras. Pronto estamos tan lejos que lo único que oímos es el ruido de sus botas contra el suelo de espejos.

—Ahora ya puedes soltarme.

—No estoy muy seguro. Es mucho más fácil salvarte cuando te tengo quietecita encima de mi hombro.

—No hace falta que me salves.

Jeb suelta una risa sarcástica.

—Bueno, no es que pueda escoger. Te metes de cabeza en un puñado de situaciones arriesgadas mientras intentas llevar a cabo esa cruzada tuya. Ahora resulta que estamos en mitad de una guerra mágica.

Le doy un golpe entre los omóplatos.

—¡Eh! —Me suelta y los dos nos quedamos mirando mientras él se frota la espalda, dolorida. A pesar de su expresión enfadada, parece impresionado.

La verdad es que me duelen los nudillos. Tiene la espalda tan dura como una roca.

—Mira, ya me siento bastante culpable por haberte arrastrado hasta aquí, ¿de acuerdo? Si tuviera que volver a empezar, no estarías aquí.

Sacudo los dedos. Sedosa aún no ha venido a abrir el portal del espejo, y de repente siento una tremenda prisa por llegar a la fiesta del té.

Jeb toma mis nudillos doloridos y los besa.

—Si volviéramos a empezar, yo sí querría estar aquí contigo. Pero para que todo esto termine bien, tienes que dejar de creer en todo lo que te dice ese tipo como si sus palabras fueran el Evangelio.

—Su nombre es *Morfeo*. —Se me hace un nudo en la garganta cuando pienso en lo que debe estar sucediendo tres pisos más abajo—. ¿Crees que estará perdiendo? ¿Que le harán daño?

—¿Por qué te preocupa tanto?

—Crecí con él. Me importa.

—Eso no tiene ningún sentido. Sucedió en tus sueños. Vuestra amistad no era real.

—Pero a mí me lo parece, es como si lo fuera. Y él cree en mí. Me deja arriesgarme y aprender de mis errores. Eso es lo que hacen los amigos.

Aprieto la mandíbula y le sostengo la mirada.

Su expresión se oscurece, como si una sombra cubriera su rostro.

—Así que como ese monstruo alimenta tu ego, estás dispuesta a dejar pasar todas sus mentiras, ¿no? Desde que hemos llegado aquí, no te ha dicho la verdad sobre nada.

—Entonces encaja bien contigo, porque los dos sois unos mentirosos. —Odio el tono de acusación que desprende mi voz, pero no puedo contenerme. Me aparto de él y reparo en la bolsa encima de la mesa, la que contiene la galimajaula—. ¿Qué hace esto aquí?

Jeb la mira, frunciendo el ceño mientras abro la caja.

—Probablemente es para que esté en un lugar seguro. No deberías tocarla.

—Quiero echarle otro vistazo a la inscripción.

Y también quiero mirar otra vez a la reina. ¿Qué tiene de especial para cautivar tanto a Morfeo?

Jeb cubre la tapa con la mano.

—Espera. No puedes llamarme mentiroso así como así y quedarte tan tranquila. Quizá no fui del todo sincero acerca de Londres, pero tú también me has mentido.

Los espíritus de las mariposas nocturnas se mueven, las veo de reojo, como si se activaran con mi pulso acelerado.

—Yo no te he mentado acerca de mis sentimientos. Tú esperaste a que estuviéramos aquí abajo para hablarme de tu supuesto amor hacia mí. Pero en el mundo real, donde las cosas cuentan de verdad, escogiste a Taelor.

Me obliga a mirarle de frente, empujando la caja al fondo de la mesa.

—¿Qué estás diciendo? ¿Es que ese bicho repugnante ha estado nadando en tu cerebro de nuevo?

—No, pero Sedosa sí que te leyó la mente, cuando te desmayaste. Y dice que soñabas con otra chica. Cuando me besaste, solamente era para convencerme de que me vaya de aquí, y regrese a casa contigo. Así podrás volver a estar con Tae.

—¿Qué? —Sus dedos aprietan mi piel, calientes y firmes incluso a través de la ropa—. Soñé con Jen y con mi madre. Estoy preocupado por ellas.

—Seguro —digo, queriendo estar convencida. Pero aún no lo estoy.

Se aleja repentinamente y se va a la otra punta de la sala, en silencio.

Mis brazos le echan de menos y se enfrían con la ausencia de su calidez. Me alegro de haber hablado a pesar del dolor que ahora siento, o de otro modo habría albergado esa duda para siempre, pensando que estaba robando los besos destinados a otra chica. Cojo la bolsa de peltre de nuevo, concentrándome en la inscripción que hay en la tapa y tratando de contener las lágrimas que acuden a mis ojos. Si me concentro, las letras se mueven y forman un texto legible. Lo recorro con la punta del dedo y susurro las palabras:

He aquí la galimajaula, donde la más bella descansa. Basta con liberar a la dama y solazar su pena para redimirla de su condena. Un océano rojo por los lazos del amor, que pintó de cada una de las rosas el corazón, a nando pinceladas detallistas guiadas por la mano de un artista. Un intercambio de

almas la puerta cerrará, y por siempre jamás, la sangre la sellará.

—Es la clave para liberar a la dama, si no eres el que la encerró. —La vocecita de Sedosa me arranca de mis reflexiones—. Está personalizada para describir al habitante de la caja.

Se posa sobre mi hombro para que pueda verla de cerca: tiene la forma perfecta de una mujer, cubierta de polvo verde y desnuda excepto por unas escamas situadas en los puntos estratégicos. Tiene la mano sobre la cadera.

—«Un océano rojo por los lazos del amor». —Sus ojitos de libélula brillan—. Las rosas tienen que pintarse con la sangre de alguien dispuesto a cambiar su sitio por el de ellas, por la más noble de las razones. Es el amor lo que inicia el intercambio.

La famosa escena descrita por Lewis Carroll acude a mi mente: los soldados carta pintando de rojo las rosas del jardín para evitar ser decapitados. Qué irónico que en este País de las Maravillas, alguien pueda *perder* la cabeza para siempre por pintar las rosas que manda esta caja.

—Así que Morfeo no fue del todo sincero —digo—. Hay otra manera de liberarla y de abrir el portal. No sólo depende de la persona que la encerró aquí.

Jeb está de pie detrás de mi reflejo, con expresión satisfecha. Casi puedo oír el «te lo dije» que leo en sus ojos.

—No es una decisión tan sencilla —me riñe Sedosa, y luego revolotea alejándose de mi hombro, con sus alas zumbonas—. Una vez se realiza el intercambio, nadie puede volver a liberar jamás el alma de repuesto. La sangre sella el trato, eternamente. *«Un intercambio de almas la puerta cerrará, y por siempre jamás, la sangre la sellará».*

—Lo que quiere decir —interviene Jeb— es que tiene que ser un acto de amor y generosidad, un sacrificio. Y Morfeo es incapaz de hacer eso porque le falta ese tipo de valor.

Sedosa revolotea y se queda flotando en el aire, con los brazos cruzados.

—Mi amo posee mucho valor. Una vez me salvó la vida. —Echa una mirada hacia la entrada de la sala y prosigue—: Nadie sabe de qué es capaz hasta que llega su hora más oscura. Por eso la clave para abrir la caja es la esencia del corazón. Ahí es donde se encuentra el mayor poder del mundo.

Sus crípticas palabras flotan en el aire, al igual que ella. Se mete debajo de

la mesa y arrastra la navaja suiza de mi padre hasta los pies de Jeb, que guarda el arma en su bolsillo. Me gustaría preguntarle al hada lo que ha querido decir sobre la esencia de un corazón y la hora más oscura. Me gustaría preguntarle cómo está Morfeo y las criaturas solitarias de las profundidades que se han quedado luchando con él. Pero mi lengua sigue prisionera del poema de la galimajaula, y también temo la reacción de Jeb a mis preguntas.

Sedosa nos coloca frente a los espejos y toca el vidrio con la punta del dedo. Los espíritus de las mariposas nocturnas desaparecen y se esparcen en los demás espejos de las paredes.

Con la palma sobre la superficie del espejo, el hada inicia el mismo efecto de escisión que vi en el espejo de mi dormitorio. De repente aparece una larga mesa cubierta de pastelillos y tazas de té, situada bajo un árbol frente a una casita de campo con forma de cabeza de conejo, con chimeneas en forma de orejas y un tejado forrado de piel. Esta vez parece que el sol ha ganado la partida a la luna, porque es de día. Con una llave del tamaño de su antebrazo, Sedosa abre el portal, alisando el espejo.

De la sala adyacente llega el ruido de pasos. La batalla nos ha seguido hasta aquí.

—¡Id, vamos! —nos conmina Sedosa.

Jeb ni siquiera me mira cuando recoge la mochila y se la cuelga al hombro. Tiene la piel casi tan verde como la de Sedosa. Cruzo el espejo, más desesperada por escapar de mi dolor y de mi confusión que de cualquier cosa que Cornelio Blanco y su ejército rojo puedan hacerme.

Samuel Sombrerero

Planto las botas en una fuente llena de pastas. Cuando se me pasa el mareo, levanto el pie y me sacudo un poco de relleno azucarado.

Antes de poder explorar la mesa en la que he aterrizado, algo me golpea por detrás. Salto hacia delante, y hundo la cara en un pastel de succulentas moras.

—Lo siento, Ali —Jeb me ayuda a levantarme, sosteniéndome por el codo y acercándose hacia su pecho—. ¿Estás bien?

Me niego a contestar porque no ha especificado: ¿física o emocionalmente? Con su ayuda, recupero el equilibrio entre un plato de pan con mantequilla y un bol de violetas azucaradas. Tengo restos de pastel en los labios y en la boca. Me lamo, y luego trato de limpiarme con los dedos.

Desde este lado de la mesa, el paisaje que vimos fragmentado en el espejo se despliega totalmente frente a nosotros. La casita en forma de conejo está en una colina, un oasis verde y frondoso en medio de un desierto. Las dunas de arena en la distancia parecen un tablero de ajedrez, con casillas blancas y negras como las que siempre cruzo, tropezando, en mis pesadillas. Me gustaría tener un lienzo y pinturas para capturar esa vista torcida para siempre.

Una brisa agradable acaricia mis trenzas, y los pájaros trinan en una morera más arriba mientras la luz del sol cae sobre mí. Me recuerda tanto a Pleasance que me invade una oleada de nostalgia. Ojalá pudiera hablar con papá, y aún más: tengo ganas de abrazarle.

Es sábado. Al menos, eso creo. Si estuviera en casa, papá estaría haciendo bistecs a la brasa. Yo prepararía una ensalada de frutas, porque soy la

encargada de vigilar que comemos de forma equilibrada en casa.

¿Y si no puedo lograrlo? ¿Y si no puedo volver a casa jamás? Alison se culpará para siempre, y se perderá en las profundidades de su mente de verdad. Los tratamientos de electrochoque empeorarán su estado y papá se sentará en la cocina, comiendo cereales fríos con el dolor como única compañía. Por no hablar de la madre de Jeb y de Jenara. Su trabajo en el centro recreativo ayuda a pagar las facturas cada mes. Confían en él. ¿Qué harán si no está?

Si no logro salir de aquí, las vidas de muchas personas sufrirán por ello.

Jeb, a mis espaldas, me ofrece una servilleta. Me limpio la cara y murmuro:

—¿Por qué no aterrizaste al otro lado de la mesa?

—Estaba ocupada —me gira y señala hacia ese punto.

Casi me ahogo cuando veo los invitados de la fiesta del té —Samuel Sombrerero, Marcela Libra y Dor Milón—, todos sentados al otro extremo, congelados bajo una capa espesa y reluciente de hielo azul gris.

—El hombre-escarabajo tiene una forma muy curiosa de describir el sueño —dice Jeb.

Morfeo tiene una forma muy curiosa de describirlo todo. Sacudo la cabeza y me dirijo a ellos. Al pasar por encima del pitorro de la tetera, un chorro de vapor lame mi pantorrilla y me humedece las mallas. Sombrerero y su pandilla están suspendidos como cubitos, pero la comida parece fresca y el té está caliente.

—¿Dónde está la pimienta? —digo, extendiendo la mano. Se me hace raro trabajar en equipo. Mi familia está hecha un lío desde que tengo uso de memoria, pero al menos durante los últimos años sabía que podía contar siempre con la amistad de Jeb. Ahora pende de un delicado hilo emocional; no sé si creerle a él o a Morfeo. Era más fácil estar enfadada con él en el mundo real, cuando estaba segura de que había escogido a Taelor.

Jeb rebusca en su bolsillo y saca la pimienta. Suelto el lazo negro, respirando por la boca y procurando no aspirarla. No pienso arriesgarme. Recuerdo que bastó con el aroma de la pimienta de los guantes y el abanico para arrancarme un estornudo.

Estornudo.

Eso debió ser lo que Morfeo intentaba lograr con su bolsita de especias.

—¿No pensarás desperdiciarla para que el tipo del sombrero estornude? —dice Jeb—. Es una escultura de hielo. Ni siquiera tiene orificios nasales. Y solamente tienes pimienta suficiente para una dosis. Tenemos que estar seguros.

Es increíble lo bien que sabe adivinar mis pensamientos a veces, y en cambio otras no acierta ni de casualidad.

Cierro la bolsita y se la devuelvo. Tiene razón. Nunca podremos despertar a Sombrerero con la pimienta. Ni siquiera *tiene* nariz.

Me acerco un poco más. Sostiene una taza de té humeante, como si estuviera en mitad de una frase y levantara la taza para acentuar sus palabras.

—Jeb, algo pasa con su cara. Es un espacio blanco, no hay nada. —El vacío reluciente y azulado me devuelve mi reflejo, lo cual es más inquietante que el rostro congelado de un extraño.

—Quizá el hielo es tan espeso que oculta sus facciones —sugiere Jeb.

—No sé. Pero mira ese sombrero. —Podría ser un instrumento de tortura medieval, es parte sombrero de copa y parte jaula. Está hecho de imperdibles de metal y tiene una tapa con bisagra que se abre hacia arriba. Observándolo mejor, veo que el metal crece de su cabeza como si fuera un hueso. La jaula asoma por los agujeros de su cuerpo, como la pieza de ajedrez de la habitación de Morfeo.

—Es un conformador —dice Jeb con la voz tensa—. Le está brotando un conformador de la cabeza.

La mayoría de la gente no sabría lo que es un conformador, una herramienta del siglo XIX que se utilizaba como horma de sombreros para encajar las distintas formas de la cabeza de la gente, pero Jenara tiene uno en su habitación. Perséfone vio uno en una subasta de mercadillo y como sabía la pasión de Jen por cualquier cosa relacionada con la moda, pujó por él con una cifra baja y se lo quedó porque nadie conocía el verdadero valor del artefacto.

La estructura metálica se encaja alrededor de la cabeza del cliente en el mismo punto en que iría el borde del sombrero, y las agujas se adaptan a los huecos y bultos del cráneo. Por la tapa se introduce un óvalo de cartón, que se presiona contra la coronilla, de modo que así los imperdibles agujerean la forma de la cabeza sobre el mismo. Esa forma es la que el sombrero utiliza

para elaborar un sombrero a medida de la persona.

No tengo la menor idea de por qué este conformador está físicamente atado al cráneo de Samuel, y no quiero siquiera imaginar cómo lo utiliza de verdad.

Me obligo a apartar la vista de su rostro invisible y me concentro en la «liebre», que es doce veces más repugnante. Sobre todo porque parece vuelta del revés: no tiene piel, solamente carne viva. Es como mirar un conejo desollado, pero al menos tiene cara. Eso sí, con expresión demencial y un brillo de locura en sus ojos blancos. Una taza de té se balancea sobre la pastita que hay en su plato. Tiene la pata metida en la taza hasta la muñeca, como si estuviera mojando algo.

De los tres invitados, el ratón es el único que tiene un aspecto normal. Si es que un ratón con librea se puede considerar normal.

—No sé cómo resolver este acertijo —digo—. Están congelados, ¿cómo vamos a lograr que estornuden con una pizca de pimienta?

Jeb sacude la cabeza.

—Vamos a echar un vistazo al libro. —Camina por entre las fuentes y los cubiertos que hay sobre la mesa y se baja, utilizando una silla vacía. Aparta una mesita auxiliar de tres bandejas, y cae hasta la hierba—. Vamos, ven.

Me toma de la mano mientras se sienta en la mesa e instala la mochila a su lado. Le dejo que me ayude pero me vuelvo a soltar en el mismo instante en que mis pies alcanzan la hierba. Me limpio el resto de pastel de moras de la cara con una servilleta y compruebo mi ropa para asegurarme de que no hay ninguna otra mancha.

—Tengo hambre.

Eso es quedarse corto. Estoy famélica y no recuerdo la última vez que comí algo.

—Vale, pero es mejor que no comamos nada de esto —dice Jeb, señalando las pastas y las fuentes de la fiesta del té—. ¿Quién sabe qué efecto tendría en nosotros?

Encuentra una barrita energética en su mochila y me da la mitad. Me señala una silla vacía al lado de la suya, pero en lugar de eso me siento en otra, dos sillas más allá. Me mira fijamente mientras comemos; solamente se oye el ruido del envoltorio, los pájaros y la brisa.

Evito su mirada y cuento las rayas grises y naranjas de mis mallas. Mis piernas empiezan a parecerse a palitos mentolados.

Sabrosos y redondos palitos mentolados.

Se me hace la boca agua.

¿Qué me está pasando? Necesito pensar con Jeb cómo solucionar las cosas, pero solamente puedo pensar en comida.

Después de devorar la mitad de la barrita, sigo teniendo hambre canina. Recuerdo lo bueno que estaba ese pastel de moras y empiezo a desear no haber caído nunca encima de él.

Pero por otra parte, debió ser divertido. Me imagino cayéndome otra vez y me río en voz alta.

—¿Qué pasa, por qué te ríes? —pregunta Jeb. Tiene la novela de *Alicia en el País de las Maravillas* abierta sobre su regazo, y se mete el último pedacito de barrita en la boca.

—Nada. —Pero otra oleada de risas me asalta. Tengo tantas ganas de reír, que me muerdo la parte interior de las mejillas para no hacerlo.

Sin hacerme caso, Jeb hojea el libro.

—Aquí en el capítulo siete dice que el ratón se quedaba dormido todo el rato en la fiesta, y que el Sombrerero le vertía té caliente en la nariz para despertarlo. El fragmento está subrayado, así que quizá sea una pista. ¿Qué te parece?

—Que para eso necesitamos un ratón con narizón para olfatear el té. —Me tapo la boca con la mano, avergonzada por el estúpido juego de palabras.

—Vale, deja de fingir que no pasa nada. —Jeb tira el libro en la mochila, junto con el envoltorio de la barrita. Se acerca y me coge de la barbilla, obligándome a mirarle—. ¿De veras crees que fingí las ganas que tenía de besarte?

Un extraño sentido burlón brota dentro de mí, algo completamente inapropiado para la seriedad del momento.

—Ajá, caballero élfico —me aparto de él y me pongo en pie. Me siento ligera, frívola y tengo ganas de flirtear—. Recuerda que no debes tocar mi precioso cuerpo. ¡Obedece, caballero Jebi!

Le doy la espalda. Jeb me agarra del codo y dice:

—Mírame, por favor.

Me suelto y voy corriendo hacia la mesita auxiliar y la empujo al otro lado de forma que actúe de barrera entre nosotros. A mi izquierda tengo a Dor Milón. Es del tamaño de un jerbo, pero su delgada colita es peluda como la de una ardilla y está cubierta de escarcha. Está instalado encima de un montón de cojines para que pueda alcanzar la mesa desde la silla. Su cabeza descansa al lado de una taza de té caliente llena hasta el borde. Debió haberse congelado mientras echaba una siesta.

Me acerco a sus orejas: son oblongas y están cubiertas de hielo plateado.

—No te culpo por pasarte la vida durmiendo —le susurro. Jeb me está mirando como si fuera marciana—. Desearía haber dormido durante las últimas horas de mi vida.

Jeb se queda abatido y sé que le he hecho daño. No era mi intención. No siento el menor rencor o deseo de venganza.

Aparte del hambre que me acucia, me siento ligera, desinhibida y caprichosa. Es muy liberador.

—Ali, vamos. No quiero que las cosas sean así entre nosotros. —Jeb empieza a dar la vuelta a la mesa y yo estoy a punto de salir corriendo, porque una buena persecución me parece algo divertido, hasta que oigo una inspiración. Es tan suave que al principio creo que se trata del rumor de hojas encima de nuestras cabezas. Luego veo la nariz del ratón moverse. Es brillante, húmeda y rosada, como una diminuta fresa en un pastel de nata. Casi estoy a punto de arrancarla y comérmela cuando Jeb se acerca a mi espalda.

El ratón vuelve a inspirar.

—¿Qué te parece, Jeb? Utilizamos la pimienta para despertarlo, y nos lo llevamos. Puede ser nuestro compañero, y le llamaríamos Bolita, como el caramelo.

De mi boca sale una sarta de tonterías, pero no puedo detenerlas. Tampoco puedo contener el tremendo rugido de mis hambrientos intestinos que sigue.

Jeb me observa con preocupación inquieta y toma asiento a mi lado, sacando la mochila.

—El té caliente de la taza debe haberle descongelado la nariz.

No puedo concentrarme en nada excepto mi propio cuerpo. Mi piel pica, como si tuviera que hacer algo. Me subo en la silla, luego sobre la mesa, apartando algunas fuentes a patadas.

—Ali, ¿qué demonios...?

Oigo una música en mi cabeza, pero no es la nana de Morfeo. Es algo sensual y de ritmo adictivo. Muevo las caderas hacia delante y atrás, y los rubíes de mi cinturón brillan, y los anillos tintinean como si fuera una bailarina oriental ejecutando la danza del vientre. No sabía que podía moverme así. Deben ser todos esos años de hualop con Jen.

Jeb me mira con los ojos muy abiertos y su cuello parece que vaya a estallar de tan rojo que está. Emite un sonido, a medio camino entre la tos y un gemido, fascinado por el vaivén de mis caderas. Se pone en pie.

—¿Te importaría bajar? Vas a hacerte daño.

—No, sube tú, conmigo. —Levanto los brazos y me contoneo aún más, seductora—. Es un baile para despertar a Bolita. Ya sabes, como solían hacer los indios americanos para convocar a la lluvia.

—Dudo mucho que los indios americanos se movieran así —dice Jeb sin dejar de mirarme.

Siento el ritmo palpitando por todos los nervios de mi cuerpo y me imagino las cadenas que cuelgan del pantalón de Jeb moviéndose al ritmo de esa música, los brotes de energía que recorrerían los eslabones. Le hago una señal con el dedo para que se una a mí.

—¡Eh, eh! ¡Espera! —Las cadenas de Jeb obedecen a mi señal y le arrastran a la silla. Trata de agarrarlas pero ellas se sueltan, y tiran de él hasta que le suben a la mesa, frente a mí.

Pongo mis manos en sus caderas, marcando el ritmo que quiero que su cuerpo siga, junto al mío. Me acerco a él y acaricio su cuello con los labios, depositando suaves besos sobre su piel mientras deslizo mis dedos por su pelo. Le suelto la cola de caballo.

—Sabes divinamente. Estás casi tan bueno que podría comerte —susurro.

La cadena alrededor de su muslo tira aún más, atrayéndole hacia mí. Tenso, trata de controlarlas.

—¿Cómo lo haces?

Me río y acaricio su pecho con las manos.

—Morfeo me enseñó a animar los objetos a mi alrededor. ¿Espectacular, verdad?

Estoy disfrutando tanto del contacto con su piel que me olvido de mantener la conexión con los eslabones de metal. En cuanto se libera, Jeb salta al suelo y me arrastra consigo. Me dejo caer en la silla, riéndome como una niña. Jeb me toma las manos y las cruza sobre mi pecho, reteniéndolas.

—Me estás asustando, Ali. Vamos.

—¿A dónde vamos? —Libero una mano y deslizo el índice por su camisa, desde el cuello hasta su delicioso estómago y me detengo en el cinturón, agarrándolo con avidez.

Un músculo de su mandíbula salta como si acabara de tensarlo. Ronroneo:

—Pobre Jeb, siempre tan preocupado por controlarte. Así que tu mundo se vuelve del revés cuando la pequeña Alyssa se suelta el cinturón de castidad, ¿eh? Así es mi chico malo, ¿verdad?

Doy unos golpecitos al botón de su pantalón.

—Ah...

—¿Por qué no despiertas a Bolita, y luego nos vamos a casa y celebramos una fiesta de verdad?

Estoy sonriendo tanto que me duele la cara. Es una sonrisa tentadora y provocativa y por alguna razón, no puedo detenerme.

—No sigas mirándome así —dice Jeb, con voz ronca.

—¿O qué? —Me siento poderosa, una sensación poco habitual en mí, al saber que soy capaz de causarle tanta agitación.

Traga saliva y saca de nuevo la bolsita de pimienta.

—A casa. Sí. Quizá si despertamos al ratón los demás también se descongelen.

—¡Eso! ¡Que empiece la fiesta del té!

Y entonces quizá pueda comer algo. Tamborileo el borde de la mesa con los dedos.

Jeb vuelve a mirarme como si me faltara un tornillo. Es delicioso sentirme capaz de alterarle tanto, como cuando se puso verde de celos a causa de

Morfeo, un rato antes. Nunca he sabido de ninguna chica que pudiera causar tal efecto en Jebediah Holt. Sería estupendo ser la primera.

Una vocecita en mi interior intenta recordarme que esta faceta de mí no es mi verdadero yo. Que yo no diría esas cosas a Jeb, ni tampoco me complacería torturarlo de esta manera. Algo va mal y debería decírselo, para que me ayude, o al menos para que pueda defenderse. Pero el hambre que siento aplasta mi conciencia. Es más que necesidad de comer. También estoy hambrienta de poder. De la capacidad de doblegar la voluntad del chico al que deseo. Hacer que pague porque no me ha hecho caso hasta ahora.

Sin dejar de mirarme de reojo, Jeb acerca la bolsita a la nariz del ratón. El pequeño animal inspira profundamente. Se forma un estornudo, que termina en un repentino hipo. Su capa de hielo se quiebra. Pedacitos de hielo resbalan por su piel marrón y por la chaqueta roja mientras se incorpora y se frota la nariz.

En el mismo momento en que nos ve, se oculta detrás de su taza de té. Al cabo de un instante, se atreve a mirarnos, con ojazos negros y cubiertos de rocío. Parecen galletas de chocolate. Una feroz oleada de hambre vuelve a asaltarme.

Babeando, me subo encima de la mesa.

—¡Eeee! —La voz del ratón es un chillido agudo, mientras se escurre de su escondite.

—Ali, espera. Necesitamos su ayuda —Jeb trata de agarrarme los tobillos, pero soy más rápida. Aparto fuentes y platos, y me arrastro persiguiendo al ratón mientras él corre hacia sus amigos, con la colita balanceándose tras él. Se para de repente al ver que están congelados. Con los bigotes caídos, se gira y me mira.

—¡Señorita Alicia, tiene que despertarles! —gimotea. Vacilante, su patita da un paso atrás—. Un momento. Usted no es la señorita Alicia. Está más...

—*Hambrienta.* —Ahora entiendo perfectamente la terrible preocupación del octobeno por su estómago. Chasqueo los labios y voy a la izquierda, esquivando el intento de Jeb de agarrarme por la cintura. Mis manos aterrizan en un hojaldre y me limpio la pasta rápidamente. Estoy concentrada en mi presa viva.

El ratoncito sigue reculando, sin dejar de chillar nerviosamente. Sus patitas tratan de alcanzar sus bigotes y doblarlos bajo su mentón. Está a punto

de tropezar con el mismo pastel en el que yo caí antes, y espero que lo haga. Me apetece mucho una rodaja de pastel de tierno ratoncito, ahora mismo.

Jeb se sube a una silla y salta de una a otra, siguiéndome.

—Escucha, amigo —le dice suavemente al ratón—. Yo impediré que te devore si tú nos ayudas a despertar a los demás. ¿Te acuerdas de qué hizo Alicia para que te durmieras?

El ratón se envuelve con su colita, abrazándose y tembloroso.

—Dejó caer el reloj en la taza de té.

Me observa temeroso desde la mitad de la mesa, acercándose aún más al pastel morado.

Entonces me arrodillo y me clavo las uñas en las rodillas para olvidar la tremenda hambre que siente mi estómago. Con los ojos cerrados, me concentro en el libro. No consigo recordar los detalles precisos, pero si una discusión sobre el funcionamiento mecánico del reloj de cadena del Sombrerero. Algo acerca de la liebre, el reloj y mantequilla. Mmmm, mantequilla. Caramelos de mantequilla, capas de mantequilla azucarada, galletas de mantequilla.

Gruño y golpeo la mesa con el puño, sacudiendo la cubertería y las fuentes. Una punzada de dolor sube por mi brazo y pone de nuevo en marcha el mecanismo de mi cerebro. ¡*Mecanismo!* Eso es. La liebre embadurnó con mantequilla el mecanismo del reloj con un cuchillo para el pan, llenándolo de migas. En la versión del libro, es el motivo por el cual la liebre introduce el reloj en el té, para limpiarlo de migas. Pero quizá no fuera ella quien lo hizo. Tal vez estaba tratando de sacar el reloj. Al poner el reloj en el té, Alicia suspendió el mecanismo y congeló a los invitados y el tiempo. Eso es lo que tengo que arreglar. Los mecanismos del reloj. Bastará con secarlo y volverlo a poner en marcha.

Abro los ojos y veo a Jeb con el libro en la mano, y adivino que ha llegado a la misma conclusión. Está al lado de la Marcela Libra e inclina la taza de té, con cuidado de no romper la pata congelada del animal. Me arrastro por la mesa mientras el té cae sobre las pastas del plato. Aparece el reloj de bolsillo, con su cadanita. Jeb abre la tapa.

—Se paró a las seis en punto.

—¡La hora del té! —exclama Dor Milón excitado, dando palmas. Su

entusiasmo le empuja hacia el pastel de moras.

Solamente alcanzo a mantener mi concentración unos minutos, lo bastante como para agarrar el reloj, secarlo, mover las manecillas a las seis y un minuto, y darle cuerda. Después de eso pierdo el control de mis pensamientos, porque el ratoncito asoma desde el borde del pastel, cubierto de moras y chorreando jarabe azucarado.

Delicioso jarabe de moras.

Estoy salivando. El hambre insaciable que viene persiguiéndome desde que llegué aquí estalla por fin. Todo lo que me envuelve desaparece. En mi cabeza, Dor Milón es el pato asado del banquete, y eso le convierte en una presa legítima.

Arrojo el reloj, y apenas me fijo en dónde ha caído. Me pongo en pie y empiezo a perseguir al ratoncito de nuevo. Mi presa se hunde entre pastelitos y túneles de pan, logrando escabullirse cada vez que caigo sobre él. Casi lo atrapo un par de veces. Patino entre platos, tropiezo con las fuentes, me deslizo sobre los pasteles. Ni siquiera me doy cuenta de que Jeb se ha subido a la mesa hasta que me agarra con fuerza y me bloquea, con su propio peso encima de mi espalda.

—¡Ali, detente! ¿Te has vuelto loca?

Como un animal, araño el mantel, gruño y rujo hasta que se clava en mis uñas y se rompe con un terrible ruido.

—Ali —Jeb respira con fuerza sobre mi cuello—. Vuelve conmigo. Sé la patinadora. Sé mi chica de nuevo.

Su chica. La patinadora. Su tierna súplica casi me trae de vuelta.

Casi.

Quizá es la adrenalina, o tal vez lo que sea que me transformó cuando caí de cara sobre el pastel y probé esa porquería morada, pero reúne la fuerza suficiente como para apartar a Jeb a un lado, como si fuera de papel. Cae de la mesa con un quejido y tomo el delicioso bocado morado, el ratoncito cubierto de azúcar y jarabe. El animalito chilla y el sirope me cae por los dedos y mancha mis guantes. Estoy a punto de arrancarle la cabeza de un mordisco cuando me agarran por detrás, y el animal logra escapar.

—¡Déjame! —chillo. Mi momentáneo estallido de fuerza sobrehumana ha desaparecido.

Alguien me gira y me coloca sobre la mesa. No veo nada, apenas distingo dos formas inclinándose sobre mí.

—Ha probado el zumo de moras del Árbol del Tántamo —dice la silueta que lleva la jaula del sombrero con una voz entre tenor y contralto—. Debe comerse el pastel entero, o se volverá loca.

El que ha hablado estalla en risotadas tan ruidosas y absurdas que parece una hiena subida en un saltador.

—Vamos, vamos. Estar loco no es tan grave —dice la sombra con dos largas orejas, añadiendo sus propias risitas al coro—. Podríamos dejar que nos comiera a nosotros. Ábrele la boca, ya me meteré yo dentro. Siempre he querido ver el interior de un estómago.

Una pata se mete en mi boca y casi me asfixia. Una arcada me hace incorporarme. El intruso se aparta y escupo el sabor de carne desollada.

—¡Me ha mordido!

La risa y los aullidos explotan a mi alrededor.

—¡Apartaos de ella! —El grito de Jeb les hace callar. Me acaricia el pelo para calmarme, pero eso causa el efecto opuesto. Al estar cerca de él, mi hambre despierta y mi estómago ruge como si las raíces de un arbusto de espinos horadaran mi interior.

Ya no me río: no hay nada gracioso en cómo me siento.

—¡Jeb, por favor! Dame de comer, o me moriré.

—De acuerdo, de acuerdo. —Su voz se rompe, y me doy cuenta de que he vuelto a imponerle mi voluntad.

Mis intestinos arden como si hormigas devoradoras de hombres estuvieran royéndolos. Cierro los ojos pero sigo oliendo el aroma de la comida por todas partes, envolviéndome.

Tras una pausa que parece durar una eternidad, algo blando y frío me acaricia los labios. Abro la boca con avidez y me trago tantas moras como puedo. Estallan en mi lengua, jugosas y succulentas. Me las trago de un golpe y suplico. Quiero más.

Cinco bocados después, puedo volver a concentrarme y ya no siento dolor.

Me levanto y parpadeo para identificar a los invitados de la fiesta del té

que están instalados al otro extremo de la mesa. La liebre está ocupada en el reloj de bolsillo, limpiándolo con una servilleta y disculpándose con el Padre Tiempo. Sus ojos blancuzcos resplandecen como canicas cuando sonríe, y su boca sin labios revela tres dientes torcidos y amarillentos. El ratón Dor Milón está bañándose en una taza de té y su uniforme diminuto está secándose en un platito. Y Samuel Sombrerero no tiene cara, de verdad. Gira el cuello del ratón a la liebre, continuamente, como si alguien estuviera cambiando su canal de televisión de uno a otro.

Jeb se inclina sobre la mesa y me pregunta, preocupado:

—¿Estás bien?

La culpa me atenaza por la manera en que le he tratado.

—Estaba...

—Desinhibida e impulsiva. Mucho.

Miro los platos rotos a nuestro alrededor, y la comida aplastada.

—Tengo otro lado, Jeb. Otra manera de ser. Y no estoy segura de que tenga nada que ver con la maldición. Creo que siempre ha estado ahí.

Toma mis manos entre las suyas y dice:

—No pasa nada. Todos tenemos algo de maldad en nuestro interior. Yo también, así que hacemos buena pareja. —Me ayuda a bajar de la mesa y me abraza por la cintura. Me besa la frente y su *piercing*, frío y reconfortante, acaricia mis cejas. Me aparto—. ¿Entonces, no fingías cuando decías que querías estar conmigo, y no con Taelor? ¿Esto de ahora, es nuestra realidad?

Con el pulgar y el índice, me acaricia el lóbulo suavemente. Está tan callado y pensativo, que tengo miedo de que no me responda. Por fin, inspira profundamente y baja la mirada.

—Decidí salir con Tae para no pensar en ti. Esperaba poder olvidarte. Pero igual que me pasó con el álbum de dibujos, no funcionó. Entonces no sabía si sentías lo mismo que yo, y si era así, tenía miedo...

Jeb estudia las cicatrices de las quemaduras de cigarrillos de sus antebrazos, visibles a través de las rayas transparentes de su camisa negra.

—Sigue.

—De abrumar a alguien tan dulce como tú con mi pasado.

No puedo evitar sonreír.

—Vaya.

—¿Qué?

—Creo que ninguno de los dos nos enterábamos de nada. Es la misma razón por la cual tampoco yo quería admitir lo que sentía por ti.

—¿Porque soy dulce?

Un hoyuelo adorable y juvenil aparece en su rostro.

Le acaricio el pelo y me río.

—No quería arrastrarte a la locura de mi familia.

Un ruido de platos sacude el otro lado de la mesa, donde el ratón y la liebre se pelean por una cuchara. Ambas quieren ver su reflejo en la plata reluciente del cubierto. Jeb me pone la mano en la mejilla, recuperando mi atención.

—Nunca fue mi intención hacerle daño a Tae. Bastante mal lo pasa con su padre. Pero cuando fue a buscarme para ir al baile de la graduación, fui sincero con ella. Le dije que todo había terminado. Que teníamos que romper. Prometí ir al baile con ella porque me lo pidió. Ya había comprado su vestido, y yo había alquilado un traje, ¿recuerdas? Pero sabe lo que siento. Que eres la única para mí, Ali. Solamente tú.

Es lo más hermoso que he oído en mi vida. Mi estómago tiembla como cuando era una niña y me subía en el tiovivo y finalmente al terminar me quedaba allí, quieta, mirando el cielo remolineando —marcada y feliz y entusiasmada— hasta que el mundo volvía a su habitual claridad.

—Jeb.

Levanta mi mano y me besa los nudillos. El piercing de su labio brilla y me recuerda a los ojos enjoyados de Morfeo. Le odio por hacer que las dudas se metieran en mi cabeza, por permitir que me alejara del chico más entregado que he conocido jamás. No puedo dejar que Morfeo vuelva a hacerme eso. Nunca más.

—También yo siento lo mismo —entrelazo mi mano con la de Jeb—. Perdóname por lo que dije en la sala de los espejos. Y por haberte mentado acerca del monedero de Taelor y su dinero...

—Shhh. —Se inclina y me besa, tan suave y tiernamente que hace que me

no piense en nada excepto en sus labios—. Vamos a olvidar todo eso. Excepto una cosa —añade, susurrando contra mis labios—. Cuando volvamos a casa, ¿seguirás haciendo eso tan sexy con la cadena? Ese baile que te has marcado encima de la mesa era enloquecedor.

Me echo a reír, notando la sensual vibración de su pecho cuando casi ruge la última la frase. Se suma a mis carcajadas y luego me acerca hacia él besándome las orejas, la frente, los labios. Me hace sentir mil cosas diferentes, todas deliciosas, y casi me olvido de lo que aún tenemos que hacer.

Me aparto de él. Sumido en su propio momento de placer, Jeb me mira inquisitivo.

—Ahora vuelvo —digo. Me quito los guantes sucios, los arrojo a un lado y me subo a la mesa, deteniéndome al lado de Samuel Sombrero—. La espada vorpalina. Alicia te la trajo, antes de que te congelaras. La necesito.

La pantalla vacía de su cara parpadea y emite un reflejo de mi rostro y del de Alicia. El efecto es estremecedor, como una pantalla de cine zapeando entre dos eras diferentes. Jeb se acerca, esperando.

—¿Espada? —dice Samuel mirando a sus dos compañeros—. ¿Alguno de vosotros recordáis algo acerca de una espada?

Todos se echan a reír, y eso me irrita.

—Quizá te la tragaste, Samuel —sugiere la liebre, entre bufidos de risa—. Abre la boca y echemos un vistazo.

—Más vale que te lleves una pistola de bengalas —chilla el ratón— ¡porque ahí abajo está tan oscuro como la boca de un lobo!

Más risas y resoplidos.

Jeb agarra la liebre por las orejas y la sostiene encima de la mesa, poniendo fin al festival de risitas. Señala a Samuel y al ratón.

—Si cooperáis, igual podéis conservar el pellejo.

El rostro de Samuel sintoniza la imagen de Jeb.

—Estás pidiendo ayuda en el sitio equivocado, pedazo de alcornoque. — Levanta la cara hacia la morera que nos cobija—. Alguien os ha enviado hasta aquí, pero os ha tomado el pelo. Me pregunto quién será.

Las hojas se agitan y Morfeo aparece en lo alto de la bóveda de ramas.

—Creo que habláis de mí —contesta, con una mueca burlona.

14

Jaulas

Me coloco la mano a modo de visera para mirar a Morfeo; un nudo de enfado me crece en el pecho. Jeb tenía razón: lo único que va a hacer es engañarnos.

—Nos mentiste.

Su sonrisa se desvanece; Sedosa se asoma por debajo de su pelo.

—Estaba mal informado —replica.

El cuerpo de Jeb se tensa visiblemente.

—¿Mal informado? —dice—. ¿Mandaste a Ali aquí, la pusiste en peligro, estando *mal informado*?

Me encaramo a la mesa y apoyo los dedos en los agarrotados músculos de la espalda de Jeb para intentar calmarlo.

Morfeo sonríe de nuevo desde lo alto de la copa del árbol, regio y pomposo con sus alas extendidas hacia arriba, semejando un telón de fondo de satén brillante para proteger del sol su pálida complexión.

—Fue una tontería, lo sé. Dar crédito a los rumores. Yo me encontraba dentro del capullo cuando la pequeña Alicia escapó con la espada; no vi con mis propios ojos lo que sucedió. Se rumoreaba que la trajo aquí. Pero ahora sé la verdad: la espada ha estado escondida todo este tiempo en el mismísimo castillo Rojo... custodiada por los zamarrajos.

—Ya. —La voz de Jeb sale estrangulada debido al esfuerzo que hace por controlarse—. Y se supone que tenemos que creerte.

—Mi espía no se ha enterado de esto hasta hoy. Alyssa me cree, ¿a que sí? —Morfeo clava su mirada en mí.

Yo no respondo. La verdad es que no me fío de él.

—Tómate su silencio como un no, cerebro de oruga —dice Jeb con la mirada fija en el follaje.

—¿Ninguno de los dos sentís la más mínima curiosidad por la batalla que he librado para protegeros? Menudos ingratos. —Morfeo se recoloca los guantes mientras Sedosa revolotea en torno a su chaqueta en busca de roturas. Tiene la ropa arrugada y destrozada, incluso manchada de hollín en algunas partes. Ha perdido el sombrero y su pelo es una explosión de olas salvajes—. Tuvimos que incendiar el comedor para que el humo los obligara a salir a todos. Pero muy pronto se desplegarán por el País de las Maravillas para buscaros. La reina Granate tiene planeada una cena formal y está decidida a dar a conocer a una nueva mascota con la que entretener a sus invitados.

Los omóplatos de Jeb se revuelven, inquietos, bajo mis manos.

—¿Una mascota?

—Granate lleva décadas buscando un reemplazo para Alicia. Un pájaro enjaulado, por así decirlo. —Después de soltar esa bomba, Morfeo se desliza hasta la mesa con un grácil salto, aterrizando junto a Samuel Sombrero y el resto del grupo—. Me alegro de volver a veros, compañeros. ¿Qué tal la siesta?

Los tres seres saludan a Morfeo con abrazos y apretones de manos. Yo, con el pulso acelerado, agarro la mano de Jeb.

—¿Te acuerdas del informe psiquiátrico? Alicia le dijo al terapeuta que había estado encerrada en una jaula en el País de las Maravillas durante setenta y cinco años. Pero debió de volver. Se casó y formó una familia. Si no yo no existiría, ¿verdad?

Jeb tira de mí hacia él.

—No sé qué está pasando, pero tenemos que salir de aquí rápido.

—Ahora que la maldición se ha roto —añado, aunque no me siento en absoluto diferente.

Morfeo parece ajeno a nuestra urgencia. Le da unos golpecitos al conformador de sombreros de Samuel Sombrero; el inexpresivo hombrecillo apenas le llega al muslo.

—Es estupendo tenerte de vuelta entre los vivos, Samuel. Necesito urgentemente un nuevo sombrero de embaucamientos.

—¡Hecho! —La tapa del artilugio del sombrerero se cierra con un chasquido. La estructura ósea y el cráneo de Samuel se contraen y se recolocan con un crujido mientras el metal se le sujeta a la cabeza entre chirridos y se le amolda hasta que Morfeo y él parecen parte de un set de muñecas rusas.

Por eso es el mejor sombrerero del reino: se transforma en la cabeza y el rostro de la persona en cuestión hasta que termina un proyecto y consigue así que el sombrero case a la perfección.

¿Cómo será eso? ¿Lo de no tener nunca identidad propia? No me extraña que le llamen loco.

—¿Tal vez te apetezca estilo *derby*? —propone Samuel mientras se palpa los pómulos temporales—. Tengo un fieltro rojo estupendo en casa.

—Hmm. —Morfeo se sacude el hollín de la solapa con los dedos—. Estaba pensando que uno de bocací podía quedar bonito.

—¡Eh! —dice Jeb dando un golpe en nuestro extremo de la mesa. El grupo se vuelve hacia nosotros—. Ali corre el peligro de convertirse en el periquito humano de alguien. Ha concluido lo que vino a hacer. Ha cumplido los requisitos para romper la maldición. Ahora tenemos que volver a nuestro mundo. Igual que ayer.

—¿Ayer, dices? —trina el sombrerero con su característico timbre de voz, que parece rebotar—. Ayer es factible.

Entre risotadas, la liebre se da un golpe en la rodilla y añade:

—Aunque dos ayeres sería imposible.

El ratón Dor Milón suelta una risita y se vuelve a deslizar en su uniforme.

—¡No, no! Puedes retrogradar tantos ayeres como quieras. Puedes recorrer caminando hacia atrás el resto de tu vida.

Todos se doblan a la altura de la cintura, sujetándose las costillas mientras se ríen históricamente. Su falta de sobriedad me aturde y Jeb parece estar a punto de saltar.

Con un batir de alas, Morfeo aterriza en la hierba a nuestro lado. Sedosa se acurruca en su pelo.

—Todavía hay más malas noticias en lo concerniente a vuestra salida de aquí.

Jeb entrecierra los ojos.

—¿Hay algo que pueda ser peor?

—Cuando el ejército Rojo irrumpió en mi casa, encontraron la galimajaula y la volvieron a robar. Ya no se encuentra bajo mi protección y, sin la Reina Marfil, el portal permanecerá cerrado. Por eso es cada vez más urgente que consigamos la espada y derrotemos a Granate y a su rey.

Jeb se acerca un poco a Morfeo.

—¿Y cómo sugieres que los derrotemos cuando la espada está en su castillo bajo la vigilancia de algún perro guardián mutante?

Le agarro el hombro desde atrás para recordarle que actúe con moderación. Morfeo es nuestro único aliado, por muy exasperantes que resulten sus tácticas.

—No está todo perdido —dice Morfeo—. Chessie puede someter a los zamarrajos, ya que su otra mitad habita allí dentro. —Le hace cosquillas con el dedo a su hada en los pies, que se balancean, diminutos—. Me conseguiréis la cabeza de Chessie. Recuperará el control por completo y podré robar la espada, derrotar a Granate, y después enviaros de vuelta a casa por el portal que os dé la gana, rojo o blanco.

—¡No! —Jeb se abalanza sobre él con un movimiento tan veloz que casi me saca el brazo de su sitio. Agarra a Morfeo de la camisa de encaje y lo levanta hasta ponerlo de puntillas, de modo que arrastra las alas por el suelo. Sedosa cuelga de un mechón de pelo azul—. Todo esto es una estratagema para conseguir que Ali haga otra «tarea». ¿Verdad? Otra *prueba*. Lo que quiero saber es para qué se la pone a prueba. ¿Qué va a pasar cuando las supere todas?

Con petulancia, Morfeo le da a Jeb unos golpecitos en los dedos, uno por uno, como si estuviera tocando la flauta.

—Ah. Sedosa ha estado abriendo otra vez su bonita boquita, ¿no? Ninfa celosilla. —El hada salta rápidamente de su hombro y revolotea hasta posarse en un árbol—. Es que no hay que fiarse nunca de una mujer de piel verde. Si no, pregúntale a cualquier hombre que haya tenido resaca por beber absenta. —Morfeo me mira—. Todo lo que siempre he querido es liberar a Alyssa y devolverla al lugar que le corresponde.

—¿Y eso dónde es? —Jeb coloca la cabeza delante de mí para que

Morfeo tenga que mirarlo a él.

—A su casa, por supuesto. —Las joyas que bordean los tatuajes de Morfeo se aclaran y adquieren un brillo líquido, imitando la sinceridad de las lágrimas reales—. Nada me gustaría más que conseguir la cabeza de Chessie yo mismo. Pero, debido a nuestro malentendido acerca de los espíritus de las mariposas nocturnas que tengo, mi relación con las Hermanas Gemesas no está en su mejor momento. No me dejarán poner ni un pie ni un ala cerca de su puerta.

—Espera —digo avanzando un paso—. ¿Qué tiene que ver esto con el cementerio?

—Ahí es donde reside la cabeza de Chessie —responde Morfeo—. Como técnicamente está muerto «en parte», pudo hallar consuelo allí. Así que la solución es simple: utilizáis al gato para someter a los zamarrajos, liberáis a la Reina Marfil con la espada y os podréis ir a casa.

—Cuánta chorrada —dice Jeb dándole un empujón a Morfeo. Sus alas se despliegan de golpe, ayudándolo a mantener el equilibrio antes de estrellarse contra una silla. Sedosa baja volando desde el follaje y se acerca a él.

Jeb me coge de la mano.

—Que vaya otro a por el gato. Ali está en peligro aquí. Tenemos que escondernos hasta que podamos volver a casa. Ha hecho todo lo que le pediste. La maldición se ha roto, ¿no?

Morfeo me mira a mí en vez de a Jeb al decir:

—¿De qué sirve romper la maldición si no consigues ir nunca a casa? Si Alison no vuelve a ver a su hija, se pondrá peor que ahora. Su locura ya no será fingida.

Me estremezco. Morfeo tiene razón: Alison nunca se lo perdonaría si yo me perdiera por su culpa.

Morfeo mira por encima del hombro hacia el rincón donde los invitados de la fiesta del té discuten sobre quién podrá beber, de la bota de la liebre, el agua del baño del ratón. Los extremos de su boca se curvan.

—El jardín interior es sagrado para nuestra especie: tenemos prohibido caminar por él. Vosotros sois los únicos a los que puedo enviar.

Aprieto la mano de Jeb. Odio lo que voy a decir.

—No tenemos otra opción, entonces. Iremos.

Jeb me aprieta los nudillos contra su pecho.

—No. Iré yo. Tú te vuelves volando con el niño alado este.

—Por supuesto —interrumpe Morfeo. Su voz resulta punzante, a medio camino entre el sarcasmo y la sugestión—. Con mucho gusto llevaré a Alyssa de vuelta conmigo. Podemos continuar lo que dejamos a medias en mi dormitorio, ¿verdad, cariño?

Yo le dirijo una mirada ceñuda.

Jeb me empuja a un lado. Saca la navaja suiza y presiona la hoja contra el esternón de Morfeo.

—Tengo una idea mejor. Concédeme a Ali su deseo. Ahora.

Me da un vuelco el estómago.

—Jeb, no me iré sin ti.

—No va a hacer falta. —Desliza la hoja desde el esternón hasta llegar a la garganta de Morfeo—. Puedes desear no haber venido nunca. Seguirás siendo el sujeto del deseo y nos sacará a los dos de aquí. Yo nunca habría venido si no te hubiera visto meterte de un salto en ese espejo.

Tiene razón. Funcionaría. El único problema es que habré hecho esto para nada: a Alison le seguirán administrando terapia electroconvulsiva y mi familia volverá a estar maldita, porque yo no habré venido a arreglar las cosas.

—Concédeselo —dice Jeb—, o Ali tendrá una mariposa nocturna tamaño XXL que utilizar en su próxima obra maestra. ¿Entendido?

Sedosa vuela por la cara de Jeb en un frenesí de alas. Su distracción le da a Morfeo la oportunidad de agarrarlo por la muñeca y sujetarlo.

—No tengo el deseo —dice, rabioso—. Se me cayó cuando estaba intentando salvaros la maldita vida, y ahora está en manos de Cornelio Blanco.

Jeb se desembaraza de la garra de Morfeo.

—Mentira.

—No importa —responde Morfeo, mirando a Jeb con recelo—. Alyssa no usaría su deseo tan a la ligera. De lo contrario, su familia siempre sufrirá la

maldición. Y ya se ha jugado el pellejo para romperla.

El calor de la astuta mirada de Morfeo es mil veces peor que los focos de los cascos de los mineros de La Caverna, y no tengo dónde ocultar la desnudez de mi alma.

—Tiene razón —digo.

Jeb me mira con furia.

—Tienes que estar de coña. ¡Tu madre no querría verte en peligro!

Clavo la mirada en las botas.

—¿Por qué estamos hablando de esto? Si, de todas formas, ha dicho que no tiene el deseo.

La risa de Jeb, punzante, es como un aguijón envenenado.

—Esto es increíble. No dejas de caer en sus redes. —Se le endurece el rostro—. ¿Sabes lo que pediría yo si tuviera un deseo? Desearía que confiaras en mí como solías hacerlo. Del mismo modo en que ahora confías en él.

La insinuación me hiere profundamente. No puede pensar eso de verdad. ¿O sí?

Jeb se vuelve hacia Morfeo blandiendo de nuevo la hoja del cuchillo.

—Si algo sale mal, si Ali se hace apenas un rasguño, te voy a abrir en canal. De la cabeza a los pies.

Se obliga a retroceder y después se gira para recuperar nuestra mochila.

—Pregúntale cómo llegar al cementerio —me dice antes de acercarse al borde de la colina, deteniéndose en el límite del desierto en forma de tablero de ajedrez. Cierra la navaja y otea a lo lejos con la paciencia y el autocontrol de un animal salvaje enjaulado; mientras, Sedosa revolotea a su alrededor.

—Tu novio tiene verdaderos problemas para confiar en la gente —dice Morfeo con tono provocador.

—Cállate. Tuvo una infancia difícil.

—Debería estar agradecido. Al menos tuvo infancia.

—Deja ya de buscar mi compasión. Tú sí que tuviste infancia. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

Las marcas negras alrededor de los ojos de Morfeo se arrugan en una

sonrisa sarcástica.

—No, Alyssa. Me refería a la pobre Alicia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Necesitarás un arma —dice Morfeo esquivando mi pregunta.

Mete una mano enguantada en la chaqueta, rebusca en un bolsillo interior y extrae un pequeño y delgado cilindro de madera. Lo gira, dejando a la vista los agujeros que recorren la madera y la boquilla que corona uno de los extremos.

—¿Una flauta? ¿Cómo se supone va a protegernos esto? —le pregunto.

Morfeo se acerca a mí y me mete el cilindro en la blusa. Lo desliza sobre mi piel desnuda hasta que me encaja perfectamente en el escote. Sedosa debe de estar distrayendo a Jeb; si no ya habría arrojado al cretino colina abajo. Yo, por mi parte, estoy considerando la posibilidad de meterle el instrumento por las narices.

Pero me controla con la mirada. En algún lugar, más allá del insondable brillo negro, hay sinceridad, tal vez incluso preocupación. Mi corazón late con fuerza contra la madera, fría y lisa, de la flauta.

—Esperemos que recuerdes las clases de música a las que tu mami te obligó a ir.

Morfeo apoya la cadera en la mesa. Sus alas se relajan tras él.

—Un chelo debería bastar para aprender la escala musical. Si sabes tocar un instrumento sabes tocarlos todos, ¿no?

Por primera vez lo comprendo tan certeramente como un tiro a quemarropa.

—Tú eres la razón por la que quería que aprendiera a tocar.

—Aunque confiaba con todas sus fuerzas en que no vendrías nunca, te preparó. Y, hasta ahora, has demostrado ser gloriosamente capaz. Qué orgullosa se habría sentido al ver el numerito de antes en la mesa del té.

Mis mejillas se acaloran. ¿Me habrá visto bailar? ¿O tal vez se refiere a mi carrera surrealista para comerme al ratón Dor Milón? Ambas posibilidades son igual de inquietantes.

—¿Me estabas observando?

—Por cierto... —Echa un vistazo a la espalda de Jeb y se inclina hacia mí para hablarme en voz baja—. El zumo de tumtum altera las inhibiciones de la gente y aumenta su sensación de hambre. Pero no les provoca hambre de alimentos: lo que tienen es hambre de experiencias. Si hubiera sido yo en lugar de tu soldado de juguete, habría encontrado la forma de saciar tu hambre voraz sin necesidad de recurrir a las bayas.

Su arrogancia hace que me hierva la sangre.

—No estás equipado para satisfacer nada. *Polilla*. ¿Recuerdas?

Se ríe entre dientes, oscuro y suave.

—Soy un hombre en todos los sentidos relevantes. Igual que tú eres una mujer, aunque algunas personas creen que no eres más que una niña asustada que necesita constantemente que la salven.

Ignoro la pulla.

—Por supuesto. Eres un experto en mujeres. —La lujuriosa mirada, enferma de amor, que Marfil le dirigió detrás del vidrio sale a la superficie de mis pensamientos. Después siento esa punzada extraña, posesiva; pero la reprimo.

—¿Son celos eso que noto? —dice Morfeo.

—Por favor.

Morfes sonríe, pasándose un ala por encima del hombro para acicalarse las plumas.

—Llevo ya algún tiempo con esta forma. Tuve que practicar un poco, pero sólo hay una mujer que esté a mi nivel en todos los sentidos. Intelectual, física y mágicamente.

—Todo esto es por ella, ¿no? —Mi envidia es casi palpable—. Pondrías en peligro a cualquiera para tenerla en tus brazos.

—Desde luego que lo haría.

—Te odio.

—Sólo por cómo te hago sentir.

Se me clavan las uñas en las palmas de las manos.

—Sólo porque sacas lo peor que hay en mí.

—No, cielo. Despierto la vida que hay en ti. —Su intensa mirada tira de

mí. La nana resuena por mi sangre, adecuando mi pulso a su ritmo—: *Pequeña flor color gris y melocotón, creciste fuerte y hallaste la dirección, dos cosas todavía verás hasta que al fin...*

El final de la poesía —las últimas piezas del rompecabezas— todavía están fuera de mi alcance. Me aprieto las sienes para quitármelo de la cabeza. Rozo la horquilla con el dedo y me pellizca.

—¡Basta! —espeto—. ¿Dónde está el cementerio?

Sedosa reaparece y se posa en el hombro de Morfeo mientras él señala hacia abajo.

—Después del abismo... justo ahí.

Señala el descenso que hay en las arenas del tablero de ajedrez, en el borde de la duna; no muy lejos de donde está Jeb. Resulta difícil distinguirla desde aquí, pero parece que es una fisura en la tierra.

—¿Hay un abismo? —pregunto, dudando más a cada segundo.

—Separa el desierto del valle; demasiado grande como para que un mortal lo cruce de un salto. El cementerio está al otro lado, envuelto en una maraña de vides y hiedras que protege a los espíritus de la luz del sol.

El coraje me abandona ante la idea de atravesar a pie un matorral oscuro lleno de fantasmas —ya sean fantasmas de las profundidades o de otro tipo—, pero controlo mis temores. Jeb estará allí; no estaré sola.

—A menos que encontréis la forma de atravesar el abismo —continúa Morfeo— tendréis que ir a pie. Seguid la cresta superior, que lo rodea.

Las arenas de las colinas parecen extenderse eternamente. Si las bordeamos, podríamos tardar un día. Quizá dos. No tenemos tanto tiempo si queremos detener el tratamiento de Alison. Estoy a punto de objetar cuando Dor Milón grita:

—¡Pájaros jubjub!

Sedosa se mete entre el cabello de Morfeo mientras éste agita las duras alas y levanta el vuelo; el aire me trae una ráfaga de olor a regaliz. Los asistentes a la fiesta del té se apresuran a meterse en casa de la liebre y cierran la puerta de un golpe. Nubes de polvo blanco y negro se elevan en la distancia.

Las ráfagas de polvo se despejan, revelando un ejército de soldados naípe

a lomos de pájaros enormes, con forma de avestruces y cola de pavo real, y con cabezas y alas de saltamontes gigantes. Aunque parece que los pájaros no pueden volar, sus largas piernas cubren sin dificultad la distancia que nos separa. Son como un enjambre de saltamontes mutantes que vienen a devorarnos.

No volveré a matar un bicho mientras viva...

Con el corazón golpeándome las costillas como un gong, le grito a Morfeo que nos ayude.

—Cuidado con las arenas movedizas —contesta—. Usad la flauta si necesitáis ganar terreno. Si llegáis al valle, dirigíos directamente a la puerta del cementerio. El ejército no irá tras vosotros. —Se aleja volando en la dirección opuesta a nuestros atacantes. Se ha ido. Sin más.

¿Si llegamos? Estoy tan indignada que me arden los ojos.

—¡Me juraste que no volverías a abandonarme! ¡Se te van a marchitar las alas, maldito cobarde! —grito.

Pero no estás herida... todavía.

Es su voz, aunque no estoy segura de si procede de mis recuerdos o si está todavía en mi cabeza. En cualquier caso, me había olvidado de las condiciones del juramento por su vida mágica; es el maestro de los detalles técnicos.

Un martilleo desgarrar el aire. Me giro y veo a Jeb golpeando el carro del té contra el tronco del árbol. Antes incluso de que llegue a comprender lo que está haciendo, ya ha logrado separar dos de los estantes del resto de la estructura. Se aparta el flequillo de la cara y da la vuelta a las tablas para examinar la parte trasera. Son lisas y sin uniones, y los extremos se curvan ligeramente hacia arriba.

Me tiende una de ellas.

—¡Vamos! —dice.

Confusa, cojo el trozo de madera. Jeb se echa la mochila al hombro, corre hasta el borde de la duna que está a unos metros de distancia y coloca su estante en el suelo, en el comienzo de la arenosa pendiente. Con un pie sobre la tabla para inclinarla hacia abajo, se vuelve y me dice:

—¡Ahora, patinadora!

Corro hacia él con los brazos temblorosos y coloco la madera en el suelo. Quiere que nos deslicemos pendiente abajo, como quien hace surf en la arena. ¿Pero es que no ve el abismo que hay entre el desierto y el valle?

El extremo de la pendiente se inclina hacia arriba, como una rampa de lanzamiento. No puede ser que quiera que...

—Hoy vas a llegar a dominar un ollie —dice Jeb, confirmando mi pensamiento.

El pulso me repiquetea en el cuello.

—Ni de coña.

—Es lo que hay —dice alargando la mano—. Si empezamos a caer, haz tu truco de magia y que las tablas crucen el abismo flotando.

—¿Y si no puedo? He roto la maldición, he enmendado todos los errores de Alicia. Igual vuelvo a ser yo misma.

—Todavía pareces uno de ellos. Apuesto a que no volverás a la normalidad hasta que crucemos el portal de vuelta a casa. Ahora mismo, ¿qué podemos perder?

Su mano me espera. La agarro y echo un vistazo atrás. Nubes de polvo devoran la cuesta a medida que el ejército alcanza la colina; estarán en la meseta de un momento a otro. Entrecierro los ojos para protegerme del torbellino de arena.

Vista de cerca, la pendiente es tres veces más pronunciada que la de la caída más grande que hay en la pista de monopatín en La Caverna, y yo ni siquiera me he lanzado por allí ni una sola vez. Estamos tan alto que se me nubla la visión y siento como si tuviera las rodillas de mantequilla.

—Quieta. —Jeb me rodea la cintura con el brazo para ayudarme a mantener el equilibrio.

—Jeb... —Me aferro a su muñeca—. Nos vamos a separar.

—Eso no va a pasar. —Desata un lado de la cadena de metal que le cuelga de los agujeros del cinturón. Suelta ese extremo, pero mantiene el otro atado al pantalón. Después me engancha la cadena en una anilla que tengo en mi cinturón, formando una cuerda salvavidas. Al estirarse, los eslabones nos permiten separarnos un metro sin dejar de proporcionarnos seguridad.

—¿Lista? —pregunta, mirando por encima del hombro a nuestros

inminentes captores.

Respondo que sí, pero mi estómago dice que no a gritos. Cada parte de mí suplica que regresemos... que corramos en la dirección opuesta. Pero los pájaros jubjub chillan a nuestras espaldas —tan ensordecedores como pterodáctilos gigantes de una prehistórica banda sonora—, haciendo que se me erice el vello de la nuca.

Deslizo el pie sobre la parte superior de la madera.

—¡Ahora! —grita Jeb.

El estómago me da un vuelco cuando salimos volando, juntos, y caemos en picado hacia las claroscuros profundidades.

Salvavidas

Durante la primera mitad de la caída nos deslizamos como una avalancha cegadora. Sacamos ventaja a nuestros atacantes mientras la madera resbala por la arena. Controlamos nuestra dirección y velocidad mediante las piernas y los pies. Mis músculos se acostumbran a ese ritmo tan familiar y dejo de pensar en lo altos que estamos.

El viento hace ondear las trenzas a mis espaldas. A pesar de mi pulso errático, me anima la esperanza: tímida, callada, quieta pero cada vez más fuerte. ¿Se refería a eso Morfeo cuando me habló de encontrar la calma entre la locura?

Sonrío tentativamente hacia Jeb y él me devuelve un guiño cómplice de ánimos. La luz del sol parpadea entre sus mechones, negros y salvajes, como si fuera un halo y él un ángel guardián rebelde.

—Nos lanzaremos al mismo tiempo —me grita—. Cuando lleguemos el otro lado, soltaremos la cadena para poder aterrizar sin quedarnos enganchados.

Asiento. Un tirón de mi cinturón me tranquiliza: estamos atados y unidos. Estoy a salvo.

A nuestras espaldas, el galope y el griterío se oye cada vez más cerca. Los nervios electrizan mi pecho. Respiro la arena caliente y contengo una tos mientras diviso el abismo.

Antes de los matorrales, al otro lado, hay un claro de hierba en el valle que debería atenuar nuestro descenso y ralentizar el impulso lo bastante como para ponernos en pie y buscar un lugar seguro.

Podemos salir de este brete sin magia. Sólo tenemos que lograr que la

aceleración juegue a nuestro favor durante estos últimos minutos, para ganar la suficiente velocidad que nos permita cruzar el espacio.

Lo que significa que desde el punto en el que estamos hasta allí tenemos que lograr un salto en línea recta.

Preparo mis pies y coloco el talón en la parte posterior de la tabla de forma que pueda levantar el morro cuando llegue el momento, como si fuera un monopatín. La parte posterior de la tabla choca contra un obstáculo, y eso causa una alteración en el curso de mi trayectoria, haciendo que pierda velocidad. Jeb se acerca a mí para volver a colocarme en posición. Entonces le sucede lo mismo a él y la suya se mueve tanto que casi pierde el equilibrio.

Vuelve a colocarse derecho y grita:

—¡Algo se mueve bajo la arena!

Otro golpe a mis pies. Recuerdo la advertencia de Morfeo acerca de las arenas movedizas. Mientras Jeb y yo luchamos por mantenernos de pie, las casillas blancas y negras sobre las que nos deslizamos se mueven, chocan y convergen, haciendo del terreno un rompecabezas enloquecido, como si mil pequeños terremotos estuvieran recorriendo la tierra. Tengo un *déjà vu*. Es como en mi sueño.

Nuestras tablas se detienen del todo cuando las casillas chocan y se doblan sobre sí mismas. Nos quedamos inmóviles y jadeando. El ejército de la reina avanza hacia nosotros, con sus pájaros gigantes abriéndose camino por la superficie inestable.

El sol cae sin piedad. Somos un blanco fácil y no tenemos la menor posibilidad de escapar. Sobre nuestras cabezas, los soldados. A nuestros pies, un abismo demasiado ancho como para cruzarlo sin impulso. La primera hilera de jinetes llega al risco y desata una tormenta de arena, que se convierte en una nube con forma de seta y cae sobre nosotros, envolviéndonos. Me cubro la nariz y la boca. Los pájaros están lo bastante cerca como para que sus poderosas alas resuenen sobre la madera que hay bajo mis botas.

—¡Coge la tabla y utilízala como un arma cuando se despeje la nube de arena! —ordena Jeb, antes de que pueda recordar la flauta.

Morfeo dijo que la utilizáramos si necesitábamos ganar terreno.

Él sabía que esto iba a suceder.

Sigue estando detrás de todo, es quien dirige el teatro de marionetas,

como siempre.

Cojo la flauta e interpreto la melodía de su canción de cuna. Aunque nunca he tocado una flauta y los instrumentos de viento son completamente distintos de los de cuerda, las notas emergen sin el menor esfuerzo.

Jeb se queda mirándome, tan sorprendido como yo. Si supiera en realidad cuánto tiempo lleva esa melodía dormida en mi interior...

La música sobrevuela el caos y se impone, alta y mágica. En cuanto la última nota se apaga, se oye un estrépito tras nuestros perseguidores. En una oleada de barro gris, mil ostras acuden rugiendo como un desprendimiento de tierras hacia el risco, llevándose consigo al ejército de la reina.

La flauta se me cae de la mano y es arrastrada con los demás. Los pájaros que ya no logran mantener su equilibrio, los soldados caídos que intentan escalar las ostras como cabras de montaña en busca de peñascos, también quedan atrapados en la inundación marina. Las ostras se abren como el Mar Rojo a nuestros lados, sin tocarnos. Aún se acuerdan de lo que hicimos por ellas.

No van a capturarnos, pero hemos perdido la oportunidad de ganar velocidad para cruzar el abismo. Ahora nunca lo conseguiremos, y la escalada de regreso, con el terreno alterado, podría llevarnos mucho tiempo. He perdido la noción del tiempo, es posible que ya llevemos horas escapando de los soldados.

—¡Súbete a la tabla! —Jeb se sitúa frente a mí, gritando por encima de la cacofonía—. Vamos a saltar sobre las ostras, intentaremos utilizarlas de puente para cruzar el abismo. Venga, ¡será un buen paseo hacia el cementerio!

Observo a las ostras mientras sobrevuelan el hueco, aprovechando la física del revés que impera en el País de las Maravillas. Atrapan al ejército rojo en pleno impulso e inclinan sus conchas para arrojar a los pájaros y los soldados al abismo como si estuvieran vaciando el cenicero del coche por la ventanilla. Durante un segundo, temo que hagan lo mismo con nosotros, pero intento aferrarme a la idea de que no lo harán. Acudieron en mi ayuda respondiendo a la llamada de la flauta.

Jeb dobla sus muslos como si estuviera haciendo Sentadillas. Se dispone a saltar.

—A la de tres —dice. Sitúa su tabla varios centímetros por encima de la

marea de ostras y coloca el pie izquierdo encima mientras busca el equilibrio con el derecho en el suelo.

—Uno... —Su voz hace que me ponga en alerta. Sostengo mi madera en una mano e imito su postura, buscando el equilibrio con un pie y dispuesta a soltar la tabla en cuanto él lo haga—. Dos... —La mano que queda libre se agarra a la cadena que cuelga del cinturón de Jeb—. ¡Tres!

Simultáneamente, como si lo hubiéramos practicado cientos de veces, aterrizamos con la tabla sobre la marea de ostras que avanza manteniendo un pie encima e impulsándonos con el otro, para sumarnos al avance de la ola. Esto no es tan fácil como cuando hemos surfeado las dunas. Mi tabla choca continuamente con las conchas de las ostras y con soldados naípe. Cada impacto hace temblar la cadena y también mis huesos. Terminaré con el esqueleto tan perjudicado como el paisaje si no logramos cruzar pronto.

Ganamos velocidad a medida que nos acercamos al abismo. Tengo el corazón en la boca, latiendo contra mi laringe.

—Agarra la tabla, ¡y no mires hacia abajo! —grita Jeb por encima del hombro. Cojo con fuerza la madera con mi mano libre y encojo las rodillas para el salto. Me aferro tanto a la cadena que los eslabones se clavan en mis dedos, teniendo la sensación de que también son de metal.

Con los ojos cerrados, inspiro una bocanada de aire con sabor a mar, tratando de atenuar mi miedo.

—¡Woooo-hooo! —El grito de ánimo de Jeb me obliga a abrirlos.

Por un instante, creo en lo imposible. Estamos planeando, acucillados en nuestras tablas, a unos pies del borde del valle y parece que vamos a lograrlo. Ni siquiera estoy empleando magia. Debe ser algo relacionado con la curva de las conchas y la curva de nuestras tablas, porque el mismo extraño efecto gravitatorio que permite a las ostras planear también nos está ayudando a nosotros. La madera flota prácticamente sola. El viento corre a través de mi cuerpo y levanto mi barbilla hacia el cielo, absorbiendo la inmensidad azul que nos rodea. Estoy flotando, me siento segura y es alucinante.

—¡Woo-hoo! —Imito el grito triunfante de Jeb. Me mira por encima del hombro, sonriendo, y yo le devuelvo la sonrisa.

Ya no estoy asustada, hasta que Jeb gira la cabeza para mirar hacia delante y mis ojos miran hacia abajo.

El abismo tiene un final. Sería mucho mejor que no lo fuera; que no viéramos los cuerpos que se amontonan a nuestros pies. Estamos a unos veinte niveles por encima, desde donde se puede ver con espantosa claridad la carnicería y la masacre. Los restos de nuestros perseguidores están clavados y desgarrados sobre las rocas y los peñascos que se juntan hasta formar el lecho del vacío. Me mareo. Pierdo el equilibrio y comprendo que estoy a punto de caerme.

Inspiro para emitir un grito sin voz. Jeb aún no se ha dado cuenta. Un gemido se aloja en mi garganta mientras trato de soltar la cadena que nos une, decidida a no arrastrarle en mi caída. No consigo soltarme, y él ha tirado de la cadena para impedirlo. Me adelanta, gritando.

Intento responderle algo, pero el aire no parece salir de mis pulmones, como si absorbieran todos los sonidos de mi interior. El peso de Jeb tira de mi cintura, y los dos lados del cañón pasan a nuestro lado con un silbido de roca gastada. Deja caer la mochila para detener nuestra caída.

Es como si nos estuviéramos precipitando a cámara lenta. Veo nuestras muertes de forma horriblemente detallada. Jeb será el primero en golpearse contra el suelo, y su cuerpo quedará partido en pedazos mientras rebota de un lado a otro del cañón. Luego mi cabeza chocará contra una piedra y se abrirá como un melón maduro.

La indignación y el arrepentimiento casi me paralizan, hasta que algo en mi interior hace clic. Un hecho indescriptible me asalta.

Puedo volar.

El recuerdo del salto de mi abuela Alice por la ventana del hospital parpadea en mi cabeza. Quizá no saltó desde una altura suficiente. Sus alas no brotaron a tiempo. Como si la idea hubiera despertado mi cuerpo, siento un picor en los omóplatos. Luego una sensación horrible, como cuchillas abriéndome la piel. Los gritos que estaban anclados en mi garganta se liberan al tiempo que algo se abre a mis espaldas, en mi espalda, con un chasquido, como si fueran paraguas en la lluvia.

Jeb tira de la cadena, gritando:

—¡Ali! ¡Te han salido alas! ¡Úsalas!

Recuerdo las palabras de Morfeo durante el banquete: «*Deja de pensar con la cabeza, Alyssa*».

Así que en lugar de eso, me dejo guiar por mi instinto. Aprieto los hombros y arqueo la espina dorsal, y eso me permite controlar el impulso de mis dos nuevos apéndices. Dos segundos antes de que Jeb caiga sobre la primera roca que le habría despedazado, nos quedamos suspendidos en el aire.

Wow.

Jeb aúlla con agradecimiento desde abajo.

—¡Eres hermosa, cariño!

Está tan aliviado que se echa a reír. Yo también, hasta que empiezo a perder altitud. Sostengo la cadena con ambas manos y bato las alas con más fuerza para luchar contra el peso de Jeb.

Siento como si fuera a partirme en dos.

—Déjame abajo. —Su voz se vuelve más seria y llega con el viento—. Peso demasiado para ti.

Tiene los pantalones cubiertos de arena y la cruz de su muslo ha perdido tantas joyas que ahora ya parece una L invertida. La tela de su camisa está desgarrada por los codos, por donde asoman cortes sangrientos y morados causados por el esfuerzo que ha hecho cuando intentaba apartarse de las peligrosas paredes rocosas del abismo.

El cañón es cada vez más estrecho. Mis alas no tendrán espacio para seguir batiendo. Tendríamos que separarnos antes de que sus pies lleguen al suelo. No es una distancia muy alta, no más que los árboles a los que solíamos trepar de niños, pero no pienso dejarle caer. No voy a hacerlo.

—Puedo subirnos a los dos —digo, tratando de imaginar que las cadenas están vivas, que se enroscan a su alrededor y le levantan. Quizá estoy demasiado nerviosa para que la magia funcione, o tal vez él pesa demasiado. No lo consigo.

—Eh —dice Jeb. Se inclina hacia la izquierda y se apuntala sobre un peñasco para ayudarme a soportar su peso—. Tiré la mochila con el dinero dentro. Tenemos que volver a por ella. *Mi chica* no se pasará el verano encerrada en un centro de detención para menores.

Su chica. Solamente oír eso hace que tire con más fuerza. Trato de agarrarme mentalmente a las tablas que flotan por encima de nosotros. Si logro hacerme con una, podría guiarla hacia Jeb de manera que le sirviera de apoyo para propulsarse hacia arriba.

Pero planean por el valle, como si me ignoraran a propósito. Mis nuevas alas se esfuerzan por alcanzarlas, y la espalda me duele y se estira. Grito.

—¡Deja de hacerte daño! —Jeb pierde el equilibrio y se balancea debajo de mí como un péndulo—. O me bajas, o suelto la cadena y me dejaré caer. Tú eliges.

Sus dedos se acercan a su cintura.

—¡Pero es que no puedo bajar contigo!

—Pues déjame lo más suavemente que puedas, y luego busca algo. Cuerdas, enredaderas, lo que sea. Lo ataremos a la cadena y me sacarás de aquí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asiento, deseando que así sea.

Busco un punto en la pared del cañón para dejarlo, un lugar donde un peñasco ofrezca un espacio protegido, como cuando íbamos juntos a hacer *rappel*. Bajarle es lo más duro que he tenido que hacer en mucho tiempo. No solamente por el frío terror que se agazapa en mi pecho, sino también porque mis alas alternan entre la rigidez de un planeador y los relajados bandazos de un pájaro, y me obligan a pilotar nuestro vuelo a través del laberinto de rocas con extremo cuidado.

—¿Cómo estás? —trato de parecer animada.

—¿Aparte de llevar los calzoncillos a la altura de las amígdalas? —chilla con voz deliberadamente aguda—. Se me deben haber ensanchado cinco tallas.

Me río, aunque sigo preocupada por el vuelo.

—Es el karma que te hace pagar por esos *boy scouts* con los que te metías en séptimo.

Me devuelve una carcajada, pero suena hueca en la inmensidad del vacío.

Mis alas tiemblan mientras sigo sosteniendo la cadena con ambas manos.

—Casi hemos llegado. —Sus palabras tienen un tono más serio ahora—. ¿Peso mucho?

—Estoy bien —logro contestar. El sudor se acumula en mi frente mientras le introduzco por el estrecho paso al fondo del precipicio. Durante el camino se ha llevado un buen puñado de rasguños, pero no se queja.

Hemos llegado hasta donde podíamos, juntos. Aunque solamente nos separan uno o dos metros, la distancia podría ser tan grande como la de un estadio de fútbol. No podemos tocarnos. No puedo descender más sin dañar mis alas contra las paredes del precipicio, y él está entre dos rocas que le mantienen a salvo de la caída. Desde aquí, el tramo que le queda hasta tocar el suelo parece menos intimidatorio. Pero eso no es lo que me preocupa. ¿Y si no logro encontrar una manera de rescatarlo?

—Ali... —Cruzamos las miradas, y veo algo nuevo en sus ojos. Asombro y reverencia. Sacude la cabeza—: Tus alas son asombrosas. ¿Te duelen?

—No. —Me mantengo en el mismo sitio y estiro el brazo hacia atrás para tocar el omóplato a través de la raja de la blusa—. Ni siquiera estoy sangrando. Solamente pesan. Como si llevara una mochila muy cargada.

—Pero no pareces sentir dolor.

Me aferro a las cadenas, nuestra única conexión, deseando que fueran mis manos entrelazadas con las suyas. Lágrimas acuden a mis ojos.

—Jeb, ¿y si no puedo sacarte de aquí?

—Eso no va a suceder. —Pasa los dedos por los eslabones de la cadena—. ¿Recuerdas el día que mi padre murió? ¿Esa noche?

Asiento.

—Vinimos a tu casa. Tu padre nos preparó chocolate caliente y luego se fue a dormir. Jen y mamá se quedaron durmiendo en el sofá. Pero tú y yo nos quedamos despiertos en la cocina y estuvimos hablando hasta las cinco de la mañana.

No estoy segura de a dónde quiere ir a parar. No me está tranquilizando, porque recuerdo lo triste que estaba ese día y mi interior se llena de pesadumbre, una carga tan pesada como un montón de ladrillos de lágrimas.

—Esa fue la noche más dura de mi vida, y tú me salvaste —continúa—. Incluso después, fuiste la persona que me daba fuerzas para seguir adelante. Venías a la pista de monopatín conmigo cada día, me mandabas mensajes continuamente.

—También iba a verte mientras arreglabas y pintabas tu moto.

Nuestras miradas se *tocan* ahora que nosotros ya no podemos, y el duro y fornido Jebediah Holt parece un niño vulnerable.

—Eres la mejor amiga que he tenido jamás. Y si las cosas no salen bien, sé que encontrarás una forma de ayudarme.

Su fe me arranca un sollozo.

—No quiero hacer esto sola.

Mira mis alas y aprieta los labios formando una delgada línea.

Es obvio que está luchando contra el impulso de hacerme bajar y abrazarme.

—Una de las cosas que dijo Morfeo sí es verdad: sabes cuidarte sola. Tendría que haberlo comprendido hace tiempo, porque llevas cuidando de mí desde hace años. Así que Alyssa Victoria Gardner, sé valiente. Porque lo eres.

Mi pecho se llena de esperanza. Sus palabras me hacen creer que voy a lograrlo.

—De acuerdo.

—Y Ali —dice, con la mandíbula firme—. No importa lo que suceda, volveremos a estar juntos. Eres mi salvavidas. Siempre lo serás.

La idea despierta una extraña reacción en mi corazón: lo rompe y lo cura uniendo los pedazos en el mismo instante.

Antes de que pueda contestarle, suelta la cadena. He estado batiendo las alas con tanta fuerza para aguantar nuestro peso que ahora que me libera del suyo, salgo disparada hacia arriba como la cuerda rota de un violín.

El impulso me lleva contra el viento. Las trenzas me golpean la cara, y recuerdo la imagen de Alison luchando contra su pelo en el patio del psiquiátrico. No pienso hacer lo mismo. Aceptaré el poder del que ella está escapando. Es lo único que va a mantenerme con vida y a ayudarme a regresar con Jeb. Me aparto el pelo y sitúo las alas en posición para girar hacia el valle. Vuelvo a asustarme por la altura y me precipito hacia abajo, demasiado deprisa. El suelo cubierto de hierba se acerca hacia mí, y grito.

Cierro los ojos con fuerza. Un latigazo recorre mis huesos cuando aterrizo, y me hago un ovillo para suavizar la caída. Cuando por fin me detengo, las alas y la cadena se enrollan y se enredan a mi alrededor, tan prietas que apenas puedo mover los brazos.

Me muevo lentamente para asegurarme de que no tengo ningún hueso roto y pongo las palmas de las manos contra las alas, intentando liberar mi cara.

Lo que ha salvado mi vida y la de Jeb ahora me ahoga como una camisa de fuerza. Cada vez que respiro, la membrana lechosa se pega aún más a la nariz y los labios.

El aire se filtra, pero como estoy envuelta en el capullo de membranas, no veo nada. De repente noto un olor rancio, como si hubiera caído en una planta de procesamiento de desechos. Soplos de aire caliente rodean mi cuerpo. Algo está ahí, husmeándome. El pánico encoge mis pulmones.

Me hago la muerta mientras alguien me ata los tobillos con cuerdas y tira de mí. Un grito pugna por salir. Intento ahogarlo, y me sigue quemando el pecho.

Estoy yendo hacia abajo, lo que quiere decir que me están arrastrando fuera del abismo, hacia los matorrales del cementerio al extremo más profundo del valle.

Esta situación presenta tres problemas: estoy prisionera y no tengo manera de luchar o ver qué me ha capturado; me están alejando de Jeb; y, finalmente, voy a quedarme sola en lo más profundo del jardín de las almas del País de las Maravillas, con cosas muertas por única compañía.

Silencio

Escapar es inútil. Por mucho que me concentro en las cadenas y la cuerda que me atan, no consigo animarlas. Estoy demasiado distraída por la claustrofobia. Intento convencerme de que estoy envuelta en una acogedora manta, pero mi mente no se lo cree. Cuando por fin paramos, las alas me duelen y la espalda y el coxis palpitan a causa del desnivel del terreno por el que me han arrastrado.

Respiro en silencio mientras tiene lugar una extraña discusión sobre mí.

—¡Estupidosos! ¡Estúpido, estúpido! ¡No huelema a muertada!

—Pero parecema muertada. ¡Lo parecema!

Lo malo es que han adivinado que estoy viva. Lo peor es que yo no sé si *ellos* lo están. Su hedor a descomposición me quema la garganta. No suenan como si fueran muy grandes. Igual son zombis pigmeos.

Me asusto ante esa idea y tengo que reprimir un quejido.

Las cuerdas de mis tobillos se aflojan. Pronto me sacarán del capullo que forman mis alas y tendré que enfrentarme a lo que sean. Los nervios y la anticipación me aceleran el pulso.

—Nosotrosos sólo debemos traer muertados. Gemesas no aprobar que se pierdan estacas —dice con voz chillona una de las criaturas.

—Estacas perdidas no son el más peor de nuestros blemaspro.

—Dudas y síes. Los errados no son culposos nuestros, ni de otros. La Hermana Uno nosos pidió que la trajáramos.

—¡Seguros y noes, la Hermana Dos nosos colgará por el cuello! No deben traerse ivos-v. Ni respiradores ni habladoreses. ¡Ninguno, ninguno, ninguno!

Su idioma es una mezcla entre jerigonza infantil y un completo sinsentido. Por lo que puedo deducir, trabajan para las Gemesas como recolectores de cosas muertas. Les preocupa que a la Hermana Dos no vaya a gustarle que traigan algo vivo a este lugar sagrado. Por lo visto podrían ahorcarlos por ese error. Si lo piensan lo bastante, pueden acabar concluyendo que se salvarían si me *matan*.

Aprieto los dientes para alejar una punzada de miedo. Puede que esa Hermana Uno no les deje hacerme daño, dado que ordenó mi captura. Lo cual plantea una nueva incógnita: ¿Qué quiere de mí?

Un distante retumbar de truenos me recorre los huesos. Me obligo a respirar, a inhalar el olor de la tierra húmeda por encima de la peste de mis captores. Este cementerio debe ser impermeable porque la lluvia golpetea encima de nosotros sobre lo que parecen hojas, pero no me mojo.

¿Y si Jeb está en medio de la tormenta? ¿Y si lo alcanza una avalancha de barro?

Tengo que volver a su lado. Podría usar la cuerda de mis tobillos para alargar la cadena.

Mis captores siguen discutiendo sobre qué hacer conmigo cuando me doy cuenta de que nadie vendrá a rescatarme. Dependo de mí para salvarme.

La inseguridad hunde sus dientes en mí, salvaje y acuciante.

Pero un momento, no soy una extraña en este mundo; conozco sus secretos. Quizá sólo fuera en sueños, pero aun así aprendí cosas que me han salvado el pellejo en más de una ocasión durante este viaje. Ya no soy la niñita vulnerable e indefensa que solía jugar aquí.

Ni siquiera soy la misma chica que entró con Jeb por la madriguera del conejo. Soy más fuerte.

Para empezar, ahora tengo alas y, como he comprobado con Morfeo, pueden usarse para algo más que volar. Pueden servirme de arma y de escudo.

Esperando tener la ventaja del factor sorpresa, muevo con brusquedad las piernas al notar que se han aflojado las cuerdas.

Las criaturas salen despedidas por las sacudidas de mis espinillas, como si pesaran poco más que conejillos de indias.

Gritan cuando me echo de costado y la cadena tintinea contra el suelo. La suelto de mi cinturón y mis alas se abren de golpe. Jadeo para llevar aire a mis

pulmones, libero las piernas y ruedo hasta ponerme en pie, manteniendo una actitud desafiante por si las criaturas son como perros y pueden oler el miedo. Consigo incluso lanzar un rugido decente mientras equilibrio mi peso con los nuevos apéndices.

Las criaturas corretean alrededor de mis pies, siseando. Llevan pequeños cascos de minero con linternas cuyas luces se agitan a mi alrededor como los reflejos de una bola de discoteca, desorientándome.

Las reconozco enseguida de la página web del País de las Maravillas. Son como los cuadros de duendes atrapados en jaulas que lloraban lágrimas de plata, repulsivos al tiempo que fascinantes.

Sus colas largas y el rostro de primate me recuerdan a los monos araña, sólo que son lampiños. Su piel calva rezuma una baba plateada, origen del nocivo olor que me asfixia. Sus ojos saltones también son plateados, sin pupilas ni iris, por lo que brillan como monedas húmedas, resplandecientes incluso en la penumbra. Sus pisadas dejan un rastro de gotitas aceitosas. Un vistazo a mis pies revela el mismo residuo oleoso y plateado en mis botas. Debieron usar sus colas para arrastrarme hasta aquí, no cuerdas, lo que significa que tendré que buscar otro modo de hacer una amarra con la que salvar a Jeb.

Algunos de los duendes se detienen a mis pies, observándonos a mí y a la cadena, meditando si vale la pena volver a atarme. Recojo los eslabones y extiendo las alas a mi alrededor para derribar a las criaturas, pisando con fuerza por si acaso. Los duendes huyen hacia setos donde otros ya se han escondido.

Sus gemidos hacen temblar las hojas junto con los fogonazos de luz de sus cascos. Las criaturas parecen más asustadas que yo.

Estoy en un jardín cubierto, oscuro y mohoso. A mi izquierda diviso un puñado de objetos brillantes —desde brazaletes y collares a joyas sin engarzar— y una pila de huesos junto con varios carretes del tamaño de llantas de bicicleta llenos de un hilo dorado y brillante. A mi mente acude la siniestra escalera por la que Jeb y yo bajamos al corazón del País de las Maravillas; puede que estuviera construida con estos materiales. Tal vez las joyas sean el pago que reciben los duendes por sus creaciones.

Cojo un carrete de oro y tiro del hilo. Pese a parecer frágil y elegante, es engañosamente fuerte, como un cable telefónico. Lo bastante fuerte como para soportar el peso de Jeb.

Mientras meto la cadena por el agujero central del carrete para llevarlo en cabestrillo, unos cuantos duendes se apresuran a arrastrar los carretes restantes, huesos y joyas a sus escondrijos, sin dejar de sisear en mi dirección.

Los evalúo intentando rescatar de mi memoria todo lo que Morfeo me enseñó sobre ellos para decidir si suponen una amenaza. Recuerdo un dibujo que hizo. La forma en que sus dedos largos y elegantes captaron su esencia. Dijo que son dóciles y tímidos y que les encanta todo lo que brilla. Cuando crecen mudan la piel como las serpientes, sólo que, a diferencia de ellas, su piel se descompone en parches grasientos antes de caerse, proporcionándoles una relación especial con los muertos. De hecho, se sienten más cómodos entre cadáveres que entre cosas vivas.

Sólo soy una novedad para ellos. No tienen motivos para hacerme daño. El ritmo acelerado de mi corazón aminora hasta hacerse más regular.

Giro sobre mis talones para buscar una salida. Las alas se me enredan bajo las botas, haciendo que las pise. Punzadas de dolor me recorren la columna y los hombros, prueba de que los apéndices están unidos a mi esqueleto.

Unas risitas agitan los arbustos y miro con furia a mi público invisible mientras me libero. No puedo estirar del todo las alas porque hay zarzas y enredaderas espinosas que cuelgan del techo.

Me paso un ala por encima del hombro derecho para asegurarme de que no les he hecho nada. El contacto con las partes venosas entrecruzadas envía pulsaciones por toda mi espalda. Es como acariciar rayos de sol y telarañas. Cálidas, etéreas, pero no pegajosas... sedosas.

Me fascina que algo tan delicado pueda proporcionarme semejante sensación de poder. Mis alas no son negras como las de Morfeo. Son más bien como cristal esmerilado moteado de brillantes joyas que parpadean con todos los colores del arcoíris, como las joyas de debajo de sus ojos. Su forma recuerda la de las mariposas.

Mariposa. Resulta irónico que papá me llamara así todos estos años. Ahora soy una de verdad. Una mariposa atrapada.

Vuelvo a mirar a mi alrededor. El aire aquí está quieto y es pegajoso. A juzgar por los afilados setos estoy en medio de un laberinto de un jardín digno de una novela gótica de suspense. Desde el punto donde me encuentro se bifurcan tres caminos. Uno de ellos es mi ruta de escape.

La lluvia golpea con fuerza las hojas por encima de mi cabeza. Debo

apresurarme.

Me echo cadena y carrete al hombro y bajo el ala, con un tintineo que es una advertencia clara para los duendes —*No caeré sin luchar*— y elijo la abertura a mi derecha, de la que irradia una suave luz. Me abro paso por el laberinto, deteniéndome para liberar la cadena de los arbustos cada vez que se engancha.

El camino no tarda en volver a bifurcarse, esta vez ofreciendo cinco opciones, todas igualmente luminosas. Me decido por el sendero del centro y sigo avanzando.

Diez pasos más allá cruzo una arcada y acabo donde empecé. Los duendes han salido reptando de su escondite. Sus cascos de minero proyectan rayos de luz por todas partes mientras se ríen. Los fulmino con la mirada y huyen a los setos, dejando huellas aceitosas a su paso.

Tal vez sea el momento de negociar alguna respuesta.

Me quito el cinturón y lo agito para que la escasa luz se refleje en los rubíes.

—Le daré esto a quien me enseñe el camino para salir del laberinto.

Brotan murmullos, pero nadie se ofrece voluntario. Me dejo caer de rodillas y separo las hojas de la base del seto más cercano. Un par de ojos brillantes me devuelven la mirada desde las profundidades. La luz del casco de la criatura está apagada.

—Hola. —Saludo con encanto en un intento de mostrarme diplomática como con el hurón del banquete de Morfeo. No es fácil cuando el sujeto huele a carne podrida. Meto el cinturón entre las hojas para que el duende vea las joyas de cerca—. Bonito, ¿verdad?

Me arranca el cinto de la mano y se lo pone como si fuera una bufanda. Ronronea mientras acaricia los resplandecientes rubíes.

—¿Sabes lo que quiere de mí la Hermana Uno? —pregunto.

Las largas pestañas del duende se agitan tímidamente. Tiene los párpados verticales, y se cierran desde los lados como el telón de un teatro antes de volver a abrirse bruscamente. Es de lo más demencial.

—Nosotrosos no sabemos —murmura.

—Vale. —Eso puedo creérmelo—. Pero la Hermana Dos no me quiere

aquí, ¿verdad?

La criatura responde con un estremecimiento.

—Entonces ayúdame a salir, y la hermana mala no lo sabrá nunca y no te colgará. ¿Qué te parece?

El duende asiente.

—Usasa la a-llave, habladora chispeante —susurra antes de internarse más profundamente entre las hojas.

—¿La llave? —pregunto alzando la voz. No puede referirse a la que Jeb dejó en la puerta de la madriguera del conejo. Pero, ¿qué otra llave puede ser?

En mi sueño, Morfeo llamó llave a mi marca de nacimiento cuando me enseñó a abrir el árbol diamante.

Aparto las alas de en medio para poder sentarme, quitarme las botas y agitar los dedos de los pies, frotándome los hinchados empeines. Llevo demasiado tiempo con esas plataformas. Dos días seguidos ya. ¿Tantos?

No consigo recordarlo.

Frunzo el ceño y me subo las mallas de la pierna izquierda hasta ver la marca de nacimiento. Recuerdo la reacción de mi piel ante el tacto de Jeb cuando me acarició el tobillo en la sala de estar. Y lo que sentí cuando Morfeo presionó su piel contra la mía para curarme.

Jeb es equilibrado, fuerte y auténtico; mi caballero de reluciente armadura. Morfeo es egoísta, poco fiable y trascendente; caos encarnado. Imposible compararlos.

Pero aquí estoy, y soy todo eso. Luz y oscuridad al mismo tiempo. Si cediera ante un aspecto de mí, ¿significaría tener que renunciar al otro? Me duele el corazón ante esa posibilidad. De algún modo siento que los necesito a ambos para estar completa.

Estudio la marca de nacimiento y alejo cualquier otro pensamiento. Puede que sea un mapa del laberinto en el que me encuentro. La pigmentación sigue una curva continua que gira a la derecha hasta cerrarse sobre sí misma. Suponiendo que esté en el centro del laberinto, tendré que ir torciendo a la izquierda para poder salir.

A no ser que lo esté mirando al revés.

La desorientación hace que la cabeza me dé vueltas. La sensación de estar

atrapada vuelve a constreñirme el pecho. Me pongo en pie, llevando en una mano las botas cogidas por los cordones, y la cadena y el carrete en la otra. Si me muevo yendo siempre por la izquierda llegaré a alguna parte. Espero...

—¿Venís, chicos? —pregunto a los duendes.

Por muy extraños que sean, su compañía me consuela. Las hojas se agitan detrás de mí cuando me dirijo hacia la abertura de la izquierda. Camino a zancadas para evitar las zonas espinosas del suelo. Mis acompañantes me siguen agitando las lucecitas, e imagino lo cómica que debe parecer nuestra comitiva. Si Jeb estuviera aquí, pondría algún apodo gracioso a los duendes.

Mi sonrisa ante ese pensamiento es agridulce. *Aguanta, Jeb. Ya voy.*

Todo está demasiado silencioso. Sólo se oye el golpetear de la lluvia sobre nosotros, y pienso en hablar con mis acompañantes duendes, quizá hasta con los setos. El silencio no es lo que una vez pensé que sería. Me pasé la mayor parte de la adolescencia intentando acallar a insectos y plantas, ansiando encajar. Pero empiezo a pensar que igual necesito esas voces para encajar en mi propia piel. Para poder ser yo misma.

Siento lo mismo por mis alas...

He volado.

Yo. Volado.

No tenía miedo. Tenía el control, fuerte, libre. Viva.

Como si me estuviera leyendo la mente, el ala izquierda se dobla y me golpea en la cabeza. La echo detrás de mí y giro sobre los talones para retroceder y mirar fijamente a mis acompañantes.

—¿Cómo es que cuanto más tiempo paso aquí, más me siento como si perteneciera a este sitio? —les pregunto.

Aminoran la marcha pero no contestan. El que lleva el cinturón como si fuera una bufanda sonrío de forma repugnante, y treinta y tantos pares de ojos metálicos brillan con curiosidad bajo los cascos.

El comentario de Morfeo sobre la infancia perdida de Alicia me molesta como un grifo goteando sobre mi cabeza. Hay dos cosas que no cuadran: la afirmación de Alicia de que se pasó todos aquellos años encerrada en una jaula, y la marca de nacimiento que no tenía cuando era anciana. Morfeo me oculta algo. Ojalá tuviera tiempo para pararme a pensarlo.

De nuevo, un tamborileo distante de truenos me envuelve. He perdido la cuenta de las veces que mi séquito y yo hemos girado a la izquierda, pero este tramo parece más largo que los demás. Me detengo ante una arcada, la más alta y luminosa que he visto. Tiene que ser la salida.

Las luces de minero de los duendes desaparecen en los setos. Pero me da igual si vienen o no. Nada me impedirá salir de este sitio.

Mi determinación flaquea en cuanto atravieso la arcada. Las botas, la cadena y el carrito se me escapan de las manos, produciendo un ruido sordo al caer al suelo.

Ante mí se abre la curva de un túnel de enormes telarañas rebosantes de puntos ambarinos de luz.

Una vez, en Pleasance, tras una tormenta de verano, vi en un árbol una telaraña con hileras e hileras de gotas de rocío en cada radial. El sol atravesó una nube e iluminó las partículas como si estuvieran ardiendo. Fue asombroso: agua... ardiendo.

Eso es lo que parece esto, multiplicado miles de veces. Pero lo que cuelga de esta telaraña gigante no son gotas de rocío. Son rosas, cristalinas y del tamaño de coles. Su olor es distinto a las rosas de casa. Es aromático con un toque de fermentación chamuscada, como las hojas en otoño.

Me adentro un poco más. Las luces laten como corazones, hipnóticas. En las alturas retumba otro trueno. Una neblina cubre el suelo, una alfombra de bruma lo bastante siniestra como para aparecer en una película de miedo.

Me acerco lentamente, cautivada por las fluctuaciones eléctricas del centro de cada rosa de cristal. Una súbita conciencia brota en mi interior; la misma sensación que tuve cuando me salieron las alas. Esa luz que hay dentro de las flores es un residuo de vida. Éste es el jardín donde la Hermana Uno planta y cultiva espíritus. Y yo estoy parada en medio de los amados difuntos del País de las Maravillas.

Este suelo es sagrado. No me extraña que los duendes no me siguieran.

Retrocedo nerviosa.

—*No temas. Acércate, hermosa niña. Tengo lo que buscas.*

El susurro me detiene en seco.

—¿Chessie? —digo entre dientes. No puede ser tan fácil.

—No encontrarás a esa criatura traicionera en esta telaraña. Pero yo puedo servirte mejor que él.

La voz proviene de una de las rosas. Un remolino rojo dora sus pétalos transparentes, recordándome al cristal de las vidrieras. Me agacho y separo el centro de la flor esperando encontrar una superficie dura y resbaladiza. En vez de eso, la yema de mis dedos encuentra una suave pelusa aterciopelada, una piel incandescente que cubre los pétalos, como si fuera bisutería de fibra óptica.

La luz aumenta su brillo en respuesta a mi roce y adquiere la forma de una cara, escalofriantemente viva, como las apariciones de humo blanco que Morfeo producía con su narguile.

—Por fin te ha encontrado —susurra la cara—, portadora de mi alfiler. —Un ceño fruncido altera sus rasgos—. Pensaba que tendrías el pelo rojo... Bueno, no importa. Podemos arreglar el color. Irás muy bien.

Toco la horquilla de rubí y las palabras se paralizan en mi lengua. Los ojos tatuados de la mujer se parecen a los míos, y la reconozco vagamente, aunque no puedo ubicarla. Antes de que pueda apartarme de los pétalos, la luz se separa de la flor y salta a mis dedos en una oleada. Una sensación burbujeante hormiguea por mis venas y las ilumina bajo la piel del dorso de mis manos haciendo que parezcan verdes, como la clorofila.

Entonces, tan rápidamente como se habían iluminado, las venas vuelven a fundirse con mi carne como si no hubiera pasado nada.

Puede que lo haya imaginado. Pero lo que no he imaginado es la sensación de intrusión. Alguien más ha compartido mi cuerpo por un instante.

La rosa se agrieta con un chasquido y se marchita bajo mi mano.

En cuanto se muere, las miles de flores circundantes se estremecen en su emparrado de telaraña, susurrando todas a la vez.

La cacofonía atraviesa mis tímpanos. Me tapo los oídos.

Sus murmullos aumentan de volumen hasta formar un chillido desgarrador, como si alguien cogiera el arco de un violonchelo y arañara una pizarra con él —adelante y atrás, una y otra vez— aumentando las vibraciones con altavoces a la máxima potencia dentro de mi cerebro. Caigo de rodillas, gritando.

—Una casilla tú avanzar —canturrea una voz de mujer a través del caos.

Cuando pasa corriendo por mi lado, una falda me roza la manga.

Sus dedos largos y pálidos tiran de la red que rodea a la rosa rota, tocando los hilos principales con la maestría de un arpista. Las demás flores, que siguen temblando y murmurando, bajan la intensidad hasta que los susurros vuelven a ser tolerables.

Miro hacia arriba y veo su cara, de ojos azules como el cielo y labios como la lavanda en un atardecer de noviembre. Su piel es tan translúcida que parece un dibujo en papel de calco, reluciente y sedosa, con pelo del color de las virutas de un lápiz. Un vestido a rayas blancas y rojas, de corpiño ajustado como el uniforme de una voluntaria de hospital pero con una falda con polisón larga y ondulante que da la sensación de que pertenece a la época de la Regencia.

Temblorosa, me pongo en pie y retrocedo. Ella me sigue. El borde de encaje de su falda se levanta y barre la bruma alrededor de sus pies. De tener tobillos y espinillas, se le habrían visto. En vez de eso, bajo la falda se mueven ocho extremidades articuladas, negras y brillantes como las de una araña. Es como si alguien hubiera cogido su torso y lo hubiera enganchado al tórax de una viuda negra.

Contengo un gemido. El polisón debe ocultar un abdomen globular y los hiladores con los que habrá tejido este túnel de telarañas. Reprimo el impulso de huir. No me serviría de nada. El techo es demasiado bajo para poder usar las alas, y no hay modo de correr más deprisa que con todas esas patas.

—¿Hermana Uno? —digo con voz ronca, sorprendida de que pueda salir algún sonido de mis constreñidas cuerdas vocales.

—¿Cómo estar tú? —me ofrece una mano abierta para que se la estreche. No me animo a corresponderla, por miedo a que me envuelva en su tela y me devore como refrigerio nocturno.

Deja caer la mano.

—Una casilla tú avanzar, pero a la reina perder. —Se hace más alta con un movimiento fluido, como si se elevara sobre una plataforma mecánica—. Eso en mi trato con Morfeo no estar. —Apoya la mano en su cintura.

—¿Morfeo? —La sospecha vence al horror. ¿Él es el motivo por el que me ha hecho arrastrar hasta aquí? ¿Será para asegurarse de que encuentre la cabeza de Chessie? Pero si dijo que ella le guardaba rencor, ¿por qué le ayuda entonces?

—¿Robar tú a la reina? ¿O libre seguir? —Los ojos de la Hermana Uno brillan tenuemente, entrecerrando las pestañas de sedoso negro.

—Humm. —Miro de reojo a la rosa que he arruinado, que ahora está tan resquebrajada como el espejo de mi cuarto. Y entonces me doy cuenta de por qué me resultó familiar la silueta de humo blanco—. ¡Era la Reina Roja! —*La habitante de las profundidades que maldijo a mi familia*—. No sabía que hubiera muerto...

—Sí, estarlo. —La Hermana Uno se inclina para agitar un dedo ante mi nariz—. Y esto no parte del trato ser.

Las rosas de la telaraña vuelven a temblar, esta vez de forma más volátil. El movimiento altera mi equilibrio, como si estuviera girando dentro de un ti vivo. La Hermana Uno alza las manos hacia mí.

—¡Haberlas tú despertar! ¡Ayudarme tú deber para dormirse vuelvan!

Empieza a cantar una melodía que me resulta familiar... no es la nana de Morfeo sino otra cosa de mi infancia.

—«Al corro, corrito...»

Sus ocho patas siguen el ritmo, esperando una pareja de baile. Intento no pensar en los hiladores que tiene bajo la falda y le cojo las manos. Su piel es suave y huele a polvo y a luz del sol.

No tardamos en girar en círculo como niñas. A mi mente acude una escena de la versión del País de las Maravillas de Lewis Carroll... Cuando Tararí y Tarará bailan con Alicia al son de «El corro de la patata».

Pero la Hermana Uno siente debilidad por la canción de las rosas, por razones obvias. Aunque es una versión diferente a la que oí en mi niñez:

*Al corro, corrito, al corro, corrito,
se descompone el cuerpecito.
A callar, a callar,
o para vosotros será el acabar.
Abajo, abajo, en la gran profundidad,
las Gemesas nuestras almas custodiarán.
En una telaraña en silencio dormiremos,
y sin malos sueños lo haremos.
Pues de despertar la Primera acudirá,
y una nana nos cantará.*

*A callar, a callar,
y todo será roncar.*

Giramos en mareantes círculos bajo la bamboleante telaraña. Alzo la barbilla y me río, empezando a disfrutar del clamor que me rodea. Es tan liberador; mis alas giran como nubes, suaves y sedosas cuando chocan con mi cabeza y mis hombros. Giramos y giramos y giramos hasta que las rosas interrumpen por fin su alboroto y se unen a nuestro canto. La Hermana Uno me suelta para mirar a los espíritus que están a su cargo. Yo apoyo los codos en las rodillas para recuperar el aliento.

La voz de las flores se une para entonar el verso final. La Hermana Uno las conduce alzando los brazos y moviéndolos con ritmo como un director de orquesta.

*Si no pudiéramos dormir,
la Hermana Dos del nido nos irá a robar.
Nos hará vivir como rotos juguetes,
olvidados por nenas y nenes.
Y se habrá acabado el dormir,
condenados todos a sufrir.
A callar, a callar,
o para nosotros será el acabar.*

Al final, el silencio se apodera del jardín. Lo único que se oye es el rumor de la hierba al golpear las piernas de palo de la Hermana Uno mientras ésta se mueve por la telaraña arrojando a las flores con la pegajosa gasa.

La euforia se desvanece y me veo transportada a un tiempo en el que Alison me arropaba en la cama y me besaba la frente al darme las buenas noches... momentos antes de sumirme en el sueño para encontrarme con Morfeo. El recuerdo gira en mi mente hasta ser un borrón, como un colorante que se echa al agua.

No consigo recordar cuánto tiempo llevo aquí... minutos, días, ¿semanas?

Tengo que encontrar a Jeb.

Corro hacia la arcada, mis pies desnudos aplastan la hierba a cada paso.

—¡Esperar tú! —grita la Hermana Uno desde el otro extremo del túnel—. ¡Llévarte deber la sonrisa que yo robar para ti!

Agachando la cabeza, salto sobre la cadena y la cuerda que dejé caer antes y sigo corriendo. El miedo se ha alojado en mi corazón y no sé cómo

deshacerme de él.

Oigo un frufrú de faldas detrás de mí cuando la araña me da caza.

Me meto por una bifurcación que no vi antes y acelero. Me duelen los pulmones de tanto jadear. La resistencia que ofrecen mis alas me frena. Echo las manos hacia atrás para cogerlas y envolverlas a mi alrededor como un chal.

Llego a la única arcada que me queda y la cruzo. Miro a mi alrededor y me dejo caer de rodillas.

Es como en la pesadilla de Alicia... Puedo darme por muerta.

Sonrisas robadas y juguetes rotos

Me arrodillo, demasiado horrorizada para moverme.

He acabado en la guarida de las almas desesperadas de la Hermana Dos. Es lo único que explica los gemidos y lamentos que me estremecen. El aire frío se me pega como una segunda piel, seco y rancio, con un leve rastro de nieve.

Me obligo a ponerme en pie, tensando las manos. Los gritos y quejidos cesan. Se me eriza el vello de la nuca. Cúmulos de polvo blanco, granuloso, con trocitos de hielo, cubren mis pies desnudos, amontonándose entre mis dedos. Están fríos pero no hielan como la nieve de casa.

El pasaje se abre a una vasta cavidad llena de sauces llorones muertos, de ramas que caen sinuosas y finas hasta el suelo, cada una desnuda y brillante por el hielo. La poca luz que hay se filtra por el alto techo de ramas, dotando a la escena de un tono ocre. A simple vista parece una postal de navidad de color sepia, con adornos colgando de las serpenteantes ramas.

Pero no son adornos. De las ramas de la tela de araña cuelga un interminable desfile de ositos de peluche y animales de felpa, de payasos de plástico y muñecos de porcelana. En mi mundo, diríamos que están raídos y gastados de tanto uso. Juguetes abrazados y besados por un niño hasta que se les sale el relleno o se les caen los botones de los ojos. Juguetes queridos hasta la muerte.

Alzo la mano y toco la pata raída de una oveja de peluche a la que le falta una oreja. El juguete se balancea colgado de una hebra de telaraña. El movimiento es tan silencioso y reposado que me estremece hasta la médula.

Reposado. Eso es lo que me preocupa... Que en cuanto me he puesto en

pie, todo se ha quedado callado. Con un silencio que me cala hasta los huesos. ¿Cómo es que, tras tantos años deseando ese silencio, ahora parece que me encuentro más a gusto entre el ruido y el caos?

Veo una muñeca adormilada que tiene un escalofriante parecido a una que tuve de niña —con la piel de vinilo amarilleada por los años y ojos que se abren y cierran con pestañas comidas por las polillas— y le toco el pie. La pierna se columpia, pendiente de un hilo que la une al cuerpo de felpa.

Los ojos de la muñeca se abren de golpe, y mi valor se desmorona de repente. Algo en su mirada vacía está suplicando escapar... Algo atrapado, infeliz e inquieto, que ansía salir. La muñeca alberga un alma. Igual que todos los muñecos que hay aquí.

Espero, con la boca completamente seca, que la muñeca grite o llore con todo el dolor que veo en sus ojos. Pero deja de balancearse y sus ojos vuelven a cerrarse.

Oigo un rumor detrás de mí. Un hormigueo de consciencia me recorre la columna vertebral, propagándose por mis hombros y llegando hasta la punta de mis alas.

Puede que la Hermana Uno siguiera mis pasos en la nieve.

Por favor, que sea la amable... Por favor; por favor, por favor, que sea la buena.

Me vuelvo, vacilante, sobre los talones. Un rostro entre sombras se inclina hacia el mío.

—¿Por qué pisáis vos este terreno sagrado?

Esa voz, como si fueran ramas tamborileando el cristal escarchado de una ventana en la oscuridad, se abate sobre mí. El aliento le huele a soledad y a tumbas recién excavadas y me provoca escalofríos que ascienden desde los dedos de los pies hasta las yemas de los dedos de las manos.

—Puedo explicarlo —susurro.

—Excelente, eso sería.

Se aparta. Su cuerpo, ropa y patas son iguales a las de su hermana. Pero le gotea sangre de las cicatrices y los cortes frescos de la cara. En su mano izquierda, unas tenazas de jardín hacen las veces de dedos. Debe haberse cortado con ellas.

A su lado, la Hermana Uno es un hada de cuento.

Mis posibilidades de terminar con la cabeza intacta acaban de descender hasta casi cero.

—Yo... yo... Me equivoqué al tomar la última curva.

—Mas, diría yo que así fue. —Saca la otra mano, cubierta por un guante negro de goma, de detrás del polisón de la falda.

De ella cuelga un trío de juguetes andrajosos que penden de una telaraña como peces de un sedal. Acerca a mi cuello los bordes deformes de su tijera horrenda. *Snip, snip*. Ráfagas de aire rozan mi piel cuando las hojas se abren y se cierran.

—Este no es vuestro sitio.

Snip, snip, snip.

—No quiero que lo sea.

Las atrocidades de felpa de su mano me provocan un nuevo terror que burbujea en mi pecho. Retrocedo un paso y casi resbalo en la nieve. Recupero el equilibrio extendiendo las alas.

—Bien pues. No lo será, no. Mientras vos sigáis respirando.

—De acuerdo —contesto, jadeando para asegurarme de que aún lo hago.

—Vos seréis mía cuando dejéis de respirar. —Sus tijeras arañan la costura del hombro de mi manga—. Éste será vuestro sitio cuando os arranque los pulmones.

Se activa mi instinto de supervivencia y retrocedo dos pasos más, atravesando una cortina de ramas para acercarme al tronco del árbol. Las ramas, cargadas de decrepitos juguetes, se doblan sobre mi cabeza hasta casi tocar el suelo, como un parasol morboso que bloquea la luz.

La silueta de la Hermana Dos se mueve a un lado, correteando alrededor de la circunferencia del árbol. Yo giro con ella, respirando trabajosamente, sin perderla de vista a través de las aberturas entre las ramas.

En el instante en que abre la cortina para entrar, pliego las alas a mi alrededor, y la miro a través de una coraza translúcida.

Ella se ríe con un sonido hueco y chirriante.

—La bonita mariposa es ahora el capullo. ¿Mas, no es eso al orden natural

de las cosas contradecir?

Como si aquí hubiera algo natural. Me pego al tronco del árbol para cubrirme las espaldas.

La punta de sus tijeras se hunde en la juntura entre las alas, allí donde me tapan la tráquea. Incluso a través de las sedosas capas puedo sentir el frío metal presionándome las vías respiratorias.

—Ah, alas que son aún jóvenes. Finas como el papel. Podré cortarlas en pedacitos y bailar en su confeti. ¡Vos! Miradme, o sufrid ese destino.

Retrocede, y yo, al pensar en lo mucho que me dolieron las alas cuando las pisé, las pliego a mis costados, y quedo al descubierto apoyada contra el tronco del árbol.

Sonríe mientras corta el aire ante mi cara, lanzándome soplidos afilados.

—Bien. Ahora. Venga. Me habéis robado algo. Devolvédmelo, o seréis desangrada como un cerdo hasta que chilléis.

—¡No he robado nada!

Las cuchillas se posan en mi abdomen y trazan una escalofriante línea a lo largo de mi ropa. Rodeo los costados del tronco con las alas, mi columna vertebral se restriega contra la corteza helada y el estómago me da un vuelco.

Su rostro se me acerca aún más, una visión horrenda y sangrienta.

—Decidme lo que habéis hecho con la sonrisa de Chessie.

Snip, y una tira de encaje rojo se desprende de mi túnica hasta tocar mis pies desnudos.

Mi corazón casi se para.

—No sé de qué hablas.

—Mentís. —*Snip, snip*, una lluvia de tiras de tela se acumula a mis pies a medida que va desapareciendo la tela de mi túnica a la altura de la cintura, dejándome sólo con la blusa para cubrirme—. Debéis tener los pulmones en alguna parte de por aquí —dice, hurgando entre la tela.

Con un rugido, levanto la rodilla, golpeando el polisón de la falda, ladeándolo y desequilibrándola. Antes de que pueda escapar, ya ha reagrupado sus ocho patas y embiste hacia delante hasta que nuestras narices se tocan.

La punta afilada y fría de su hoja pellizca la piel desnuda de mi garganta.

—Sé por qué estáis aquí. Buscáis la siguiente casilla, eso buscáis. La que os hará ganar la corona.

¿La casilla? ¿La corona? Mi mente se tambalea a uno y otro lado, atrapada entre la confusión y el deseo de vivir. Trago saliva y la punta de las tijeras se hunde más profundamente en mi piel.

—No —susurro, rodeando su mano tijera con los dedos para aliviar la presión. Empujo contra ella—. No pienso ponértelo fácil.

—Bien. Soy amante de los desafíos. —Su lengua llena de bultos le araña los labios cuando dirige las hojas hacia mi esternón, presionando con más fuerza para vencer mi resistencia—. Si no queréis ver cómo os vacío el corazón como si fuera una nuez, me diréis dónde habéis escondido la sonrisa... Ahora.

Cierro los ojos, obligándome a calmar mi errático pulso, para que se vuelva firme y seguro. Sólo hay una forma de salir de esta situación. Sólo puedo recurrir a una cosa.

El caos.

Imagino que las ramas que nos rodean se llenan de rabiosa savia, de una energía rugiente y feral que actúa con un movimiento de barrido. El gesto despierta a los muñecos, sus lúgubres aullidos anuncian un ataque. Todas las ramas de los árboles de la guarida se retuercen uniéndose al movimiento, despertando a los inquietos y furiosos espíritus.

—¡Niña del demonio!

La Hermana Dos chilla y alza su mano de tijera para ensartarme con ella. Estoy atrapada entre el árbol y ella; grito y levanto los brazos para protegerme del golpe.

La muñeca que desperté antes desciende, interponiéndose entre nosotras y agarrándose a las tijeras, forcejea con la Hermana Dos.

Es mi oportunidad, y me abro paso entre las oscilantes ramas. Un puñado de muñecos que gruñen me persiguen, agarrándome del pelo y de las alas. Consigo pasar y corro hacia la entrada, chocando con la Hermana Uno.

Cuando su gemela sale del árbol, con una mueca sanguinaria marcada en la cara, me pone detrás de ella.

—¡Quitaos de en medio! Esa ladronzuela es mía.

—Espera —dice Hermana Uno sin aliento—. ¡Yo la sonrisa llevarme!

Tiemblo de alivio, jadeando y desplomándome contra la parte de atrás del polisón de su falda.

—¿Qué queréis decir con eso? —pregunta la Hermana Dos—. ¡No debéis tocar a mis protegidos!

Agita los juguetes de felpa con su mano buena, y consigue aquietar a los árboles que nos rodean, acobardando a los espíritus.

—Morfeo formuló promesa —explica la gemela buena—. Ayudaba yo a la chica a entrar en el jardín y las dos últimas casillas superar, y los espíritus de las mariposas nocturnas a mi cuidar pondría.

—¡Nunca usáis la cabeza, para nada! —chilla la hermana asesina—. Os dije que no os metierais. Nada de eso requiere nuestra atención.

—¡Al contrario! *Debemos* los espíritus tener. Un espíritu por un millar. Es precio justo para que los muertos aquí queden, retenidos, sin poseer a los vivos. ¡Ese juramento nuestro fue, después de todo!

La Hermana Uno me empuja hacia la arcada de vuelta al laberinto.

—¿A dónde la lleváis? —pregunta la Hermana Dos, con los ojos azules brillantes de sospecha y furia.

—Al espejo. —La Hermana Uno me coge del codo y me empuja hacia el camino. Casi resbalo en la nieve, pero ella me sujeta—. Una partida que ganar aún le queda, y tú una reina por cazar.

La Hermana Dos la sigue, desplazando sus ocho patas por la nieve mientras su larga falda va dejando una marca a su paso.

—¿Qué queréis decir con eso?

—La Reina Roja de su sueño escapar. Libre e inquieta estar. Apresurarse es menester, antes de que hacia el castillo encuentre el camino.

Tras decir esto, la Hermana Uno me conduce de vuelta al laberinto, mientras su gemela grita indignada. Los espíritus se unen a su rabieta, gimiendo de nuevo.

Aparto todo eso de mi mente. La Reina Roja estaba muerta y aprisionada, pero ahora está libre. Eso significa que he liberado a la bruja que maldijo a mi

familia hace casi un siglo. ¿Qué puede hacernos, ahora que está libre?

—¿Podréis encontrarla? —pregunto, tragando saliva pese al nudo que tengo en la garganta.

—Ella nada debe ser para ti. —La Hermana Uno desliza su mano hasta mi muñeca, moviéndose por el laberinto tan velozmente que apenas puedo seguir su ritmo—. La Reina siempre problemas dar. Me alegra no tener más que ver con ella ya. Ahora, mi hermana responsable ser. Su alma capturará y contendrá, por siempre jamás.

Los aullidos y lamentos de la guarida de la Hermana Dos se desvanecen en la distancia.

—¿Por qué hay tantas almas infelices en el País de las Maravillas? —pregunto.

—Asuntos pendientes o amores perdidos, tienen. Pero las más infelices son las que murieron presas de la maldición que su nombre pronuncia.

—Pero yo he pronunciado el nombre de Morfeo muchas veces.

Se ríe y su voz suena como el canto de una alondra.

—Su verdadero nombre no es Morfeo. Es gloria y menosprecio —sol y sombra—, el caminar de un escorpión y la melodía del ruiseñor. El aliento del mar y el retumbar de la tormenta. ¿Acaso se cuenta el canto del pájaro, o el sonido del viento, o el corretear de una criatura por la arena? Pues los nombres de los seres de las profundidades brotan de las fuerzas vitales que los definen. ¿Podrías decir esas cosas con tu lengua?

Por mi lado pasa un borrrón de setos verdes. Obligo a mis piernas a seguir moviéndose. Mis pies, que habían quedado limpios con la nieve, acumulan manchas de hierba a cada minuto que pasa.

—¿Podría hacerlo alguien? —pregunto.

—Sólo una criatura de las profundidades el lenguaje necesario aprender, al final de su vida. Con el último aliento debe hablarse.

—Lenguaje... —La descripción en el dorso del informe de laboratorio de Alicia—. La Lengua de la Muerte —susurro, desequilibrada y confusa.

—En efecto, volátil es. La víctima la Lengua de la Muerte usa y lanza un reto que aceptará por fuerza el que la maldijo. Todo ser de las profundidades que con la maldición de la Lengua de la Muerte morir, sin poder el reto

vencer, espíritu roto es, eternamente infeliz y para siempre busca de su destino escapar. Hasta que la Hermana Dos le pone fin.

Me horrorizo al pensar en lo cerca que he estado de acabar atrapada dentro de uno de sus muñecos.

—No lo entiendo. ¿Cómo puede un muñeco vacío contener un espíritu? No tiene sentido.

—Contrariamente. Tiene el sentido más del mundo. Sólo juguetes del reino humano se eligen, y sólo los más queridos. Los que más llenos de esperanza solían estar, los sueños y el afecto que los niños en ellos depositaron. Pues la esencia del alma, esa es. Esperanzas, sueños y amor. Cuando esos, los juguetes más queridos, acaban abandonados en vertederos y montones de basura, pierden lo que antaño les llenó y les dio calor. Se vuelven solitarios y avariciosos y ansían la esencia de la vida que una vez tuvieron. Así que a los duendes esclavos mandamos por los portales para que nos los traigan, y mi hermana con lo que más desean los llena: almas. Como esponjas sedientas, se aferran a ellas con toda su fuerza y voluntad.

Camisas de fuerza para espíritus. La imagen es tan perturbadora que no digo nada más hasta que llegamos a una casita flanqueada de hiedra y setos por todas partes. Parece hecha de hojas.

—Pasa, los pies calienta y come —insiste la Hermana Uno—. Después lo que viniste a buscar te daré y tu camino seguirás.

—Tengo prisa.

Mi mente está tan confusa que me duele la cabeza. La comida me vendría bien, pero no la que sirven en el País de las Maravillas.

—Pero antes, el té tomarás.

¿Cómo voy a discutir con ella? Una llave le cuelga del cuello y en alguna parte tiene un espejo oculto. Soy su rehén hasta que decida mandarme a través del portal.

Dentro sólo hay una habitación, amueblada como una cocina, salvo que todo está tapizado con tela acolchada, hasta los electrodomésticos. El fregadero, la mesa y las sillas son blancos y mullidos, y hay un horno del mismo color y textura, todo ello dispuesto sobre un afelpado suelo blanco, elástico y cálido bajo mis pies húmedos, como una nube de azúcar. Hay una despensa alta con puertas afelpadas de terciopelo, también blancas. En las

cuatro paredes acolchadas, del mismo monótono color, hay ventanas circulares con cortinas lechosas. Resulta raro que haya ventanas cuando lo único que puede verse por ellas son hojas.

Lo estéril de la habitación me recuerda tanto a una celda acolchada que quisiera salir corriendo. Pero no puedo perder la oportunidad de utilizar el portal de la Hermana Uno para encontrar a Jeb.

La mancha de color más brillante de la habitación es un cuenco de lustrosas manzanas rojas situado en la mesa, junto a un tablero de ajedrez rojo y plateado.

—¿Tú también el té esperar? —pregunta la Hermana Uno, dirigiéndose a una criatura grande con forma de huevo sentada en una silla. Me sobresalto cuando se mueve. Se confunde tan bien con el fondo que casi no lo habría visto, de no ser por sus ojos de color amarillo huevo, su nariz roja y su amplia boca. Una banda de tela lo rodea en su parte más ancha, bajo la boca, justo encima de unos brazos y piernas larguiruchos que brotan de su cuerpo como escobillas. Dos solapas triangulares a cuadros azules hacen las veces de cuello. Una tira de lino verde ocupa el lugar que habría estado destinado a una corbata.

—No es muy inteligente preguntar si alguien espera el té —dice—cuando está sentado a la mesa con una taza al lado y una servilleta en el cuello.

Su boca adquiere una expresión amarga mientras le saca brillo a una cuchara con una esquina de la servilleta.

¿Humpty Dumpty? Esto es cada vez más raro.

Me coloco las alas por encima del respaldo de una silla y me siento ante el hombre-huevo, fascinada por las finas grietas que le atraviesan el perlado cascarón.

Él aparta la mirada.

—Hay gente que no debería asistir a un té decoroso. Te miran boquiabiertos como si uno estuviera en un zoo, cuando son ellos quienes tienen los modales y el sentido estético de un mono.

—Perdón. —Me aliso las andrajosas ropas y cojo una manzana del tamaño de una ciruela. Estoy hambrienta pero sigo escamada con la comida—. ¿Qué me hará esto? ¿Volverme invisible? ¿O hará que me broten un tallo y hojas?

—Estúpida desagradecida. —El hombre-huevo me mira con desdén—. No se le miran los colmillos a la araña que te hace regalos. Ya verás si vuelven a invitarte al té.

La Hermana Uno sonríe.

—Yo con mi comida no jugar, excepto si en mi telaraña envuelta estar — dice.

Me estremezco ante lo que espero que sea un chiste. Muerdo la fruta fresca y mastico mientras me miro los pies manchados de hierba.

Sólo pasan unos segundos antes de que vuelva a levantar la vista. No puedo resistirlo.

—Tú eres Humpty, ¿verdad?

—*Humphrey*. —Sonríe burlón—. La juventud de hoy en día. No sabe ni presentarse.

Le doy otro mordisco a la fruta, animada por el hecho de que sabe como las manzanas de mi mundo.

—Tu cáscara. ¿Te caíste...?

—¿Del muro? —Humphrey termina bruscamente mi pregunta—. La verdad es que no. Esa fue la primera vez. La segunda tropecé con la cabeza rodante de Chessie. La dulce Reina Granate volvió a recomponerme, después de que todos los hombres y todos los caballos del rey fracasaran. Y si quieres hacerme más preguntas al respecto, te ruego que las hagas con una boca menos llena de manzana.

Trago mi bocado.

—¿El rey intentó ayudarte? Creía que era un dictador avaricioso.

—¿Avaricioso? —La Hermana Uno chasquea con la lengua, mientras se ata un delantal a la cintura para sacar del horno una bandeja de aromáticas galletas—. Eso totalmente ridículo ser. De lo más compasivo es. A este me trajo para tenerlo entre cojines y así que se agriete aún más evitar, por si el pegamento no aguantar. Permitir no podemos que el espíritu de Humphrey escape y que el caos provoque en el mundo cotidiano del País de las Maravillas.

País de las Maravillas y cotidiano. Dos conceptos que nunca deberían estar en la misma frase.

—Entonces, Humphrey está aquí porque en parte está muerto —digo tras acabarme el resto de la manzana—. En parte muerto como Chessie.

—Sí. —La Hermana Uno pasa las galletas a un plato—. De hecho, la propia Granate quien trajo fue la cabeza de Chessie. Muchos años hace, cuando su hermanastra, Roja, en plena masacre estaba. Pero seguro que a alturas estas ya se habrá olvidado de que él aquí estar.

Un momento. Por lo que dijo Morfeo, Chessie había venido a este sitio por su cuenta... Como si hubiera encontrado un lugar apacible donde reposar. No mencionó que Granate tuviera nada que ver con mantener al gato con vida. Me limpio la boca con la servilleta.

—En parte muerto... —farfullo, confundida, dándole vueltas en mi cabeza.

—¿A ti qué te importa lo muerto que estoy? —En un arrebato de furia, Humphrey arroja la cuchara al suelo acolchado. El utensilio rebota como un bumerán y le golpea el costado. Se oye un crujido y las grietas de su cascarón se extienden, formando otras nuevas. Un líquido claro y viscoso se filtra por las fisuras. Sus mejillas adquieren un tono rosa oscuro y me mira fijamente. El líquido empieza a sisear y a endurecerse y se vuelve como la clara de un huevo cocido.

—Volviendo a cocerte las entrañas estás —le regaña la Hermana Uno.

—¡Mira lo que has hecho! —Me dice Humphrey, acusador—. ¿Qué gloria hay en meterse con un huevo, eh? ¿Es que quieres convertirme en *soufflé* o pasarme por agua?

—¿Pasarte por agua? —pregunto, confusa—. ¿Qué quieres decir?

Se remueve en la silla hasta que sus cortas piernas quedan prácticamente colgando del borde; las nuevas grietas se extienden aún más.

—Pasarme por agua, ente insignificante. Cocerme sin que llegue a hervir, hasta que se me revuelvan los sesos. ¿Qué clase de podrida cabeza hueca eres? ¿Es no tienes vocabulario? ¿Y qué haces aquí, ya puestos? No veo que tengas grietas en el cascarón.

La Hermana Uno vuelve a chasquear la lengua y rebusca en el bolsillo del delantal hasta encontrar un tubo de pegamento.

—Más amable con ella deberías ser. *La Elegida es*. —Mueve la mandíbula en mi dirección mientras le ayuda a aplicar el adhesivo—. A los

muertos ha despertado.

Él me mira, con la boca abierta casi hasta el suelo. No puedo evitar sonrojarme.

—Morfeo dijo que el rey es malo. Que quiere la corona de los dos reinos para su esposa, Granate, y que hará lo que sea por conseguirlas.

—¡Ja! —dice Humphrey—. Eso dice un asesino.

—¿Un asesino?

—Pruebas de eso no haber —dice la Hermana Uno, dándole unos golpecitos a la cáscara de Humphrey para que se adhiera al pegamento—. Morfeo el cadáver de Roja me trajo muchos años después de que fuera desterrada. Pero de las circunstancias de su fallecimiento nada dijo, ni dónde la había encontrado. Que hable mal de Granate y de su rey no me sorprende. Siempre les guardó rencor por lo que a Alicia le pasó después de que Granate la escondiera. Las intenciones de la reina buenas eran: mantener a la niña a salvo hasta que a Roja capturasen. Pero una vez Roja exiliada fue, Granate perdió la cinta en la que susurró el paradero de Alicia y de dónde estaba se olvidó. Alicia pasó a ser un cuento para no dormir para los niños del Otro Mundo. De la verdadera niña se olvidaron. Todos, menos Morfeo. Setenta y cinco años en un capullo, se pasó, y recordándola seguía al despertar.

—Espera. —Me agarro a la mesa, hundiendo las uñas en la superficie acolchada—. Eso no tiene sentido. Alicia volvió a su mundo. *Mi* mundo. Tuvo que...

—Oh, no. Aquí estaba. Tras su metamorfosis, Morfeo la buscó y la buscó y no dejó banco de arena sin revolver. La encontró, en las cuevas de los riscos más altos del País de las Maravillas escondida. Era prisionera del señor Dodo, un viejo pájaro poco sociable. Pero la preciada amiga de Morfeo una niña ya no era. Para entonces era una anciana triste y confusa.

El pánico ahoga cualquier reacción por mi parte. Si de verdad Alicia pasó aquí toda su vida encerrada en una jaula, ¿cómo es que yo estoy viva? ¿Cómo puede haber algún descendiente de los Liddell con vida?

La Hermana Uno corretea hasta la cocina, hace brotar agua del aire sobre un fregadero sin grifo, y llena una tetera.

—¿Alguno de los dos tan amable sería de a la Reina Roja en el tablero mover a la siguiente casilla?

Humphrey considera la petición, y sus sonrosadas mejillas se hinchan por la concentración.

—Ya sólo queda una —susurra, tocando la última casilla plateada con la mano engarfiada.

El tablero tiene sesenta y cuatro casillas, la mitad rojas y la mitad plateadas, con peones, alfiles y torres en posiciones que no tendrían sentido en un ajedrez de verdad. Las piezas están dispuestas de forma que me recuerdan al tablero de la habitación de Morfeo.

En las treinta y dos casillas plateadas hay una diagonal de siete que brilla como el metal bruñido, y en cuyo centro ha colocado Humphrey a la reina roja, en medio de las seis que llevan a ella. En cada casilla brillante flotan frases en letra cursiva, igual que en el tablero de Morfeo.

Esta vez nada me impide leerlas: *Atraviesa la piedra con una pluma. Cruza un bosque de un solo paso. Contiene un océano en la mano. Altera el futuro con la yema de los dedos. Derrota a un enemigo invisible. Arrolla a un ejército con los pies. Despierta a los muertos.*

En la última hilera queda una casilla plateada, esperando a ser iluminada. Sospecho que las palabras seguirán ocultas mientras no lo haga.

—¿Sabes cuál es la última?

—Cosecha el poder de una sonrisa —responde Humphrey, sorprendentemente cooperativo.

—No lo entiendo —digo, sintiéndome más débil por momentos.

—¿No lo ves? —Hermana Uno lleva una bandeja con la tetera y sirve tres tazas de té. Una reconfortante fragancia a limón asciende con el vapor—. Un registro de todo lo que has conseguido es. De las pruebas que has superado.

—¿Pruebas? —Vuelvo a mirarlos, incapaz de encontrar una relación con nada de lo que he hecho, aparte de despertar a los muertos.

Entonces recuerdo lo que dijo Morfeo en su habitación instantes antes de que yo animara las piezas de ajedrez. «Todo depende de cómo se mira». Lo veo claramente, mientras mi cabeza se llena de luz: Estoy sentada con Morfeo en la seta gigante donde lo encontré después de que Jeb y yo vaciáramos el océano, pero soy una niña de cuatro años. Mi guía de siete años pone ante mí un libro con dibujos. Me enseña a resolver acertijos.

—Esto —dice, señalando el dibujo de una mujer con los carrillos

hinchados, y leyendo lo que pone debajo—. Algo que puedes retener pero no quedarte.

Yo no debería poder entenderlo, soy muy pequeña. Pero no importa. Cada vez que lo visito en sueños, me siento mayor, en cierto modo.

Más lista. Más capaz.

—Conoces la respuesta —dice Morfeo, regañándome con un tono juvenil—. Eres lo mejor de ambos mundos.

Respira hondo y retiene el aire en los pulmones. Me coge la mano y se la lleva a la boca, expulsándolo despacio, cerrando mis dedos alrededor del aire cálido.

Cuando vuelvo a abrir la mano no hay nada en ella.

—¡El aliento! —sonrío y aplaudo.

Morfeo asiente, el orgullo brilla en sus ojos de tinta.

—Sí. Podemos retenerlo, pero siempre hay que soltarlo.

De vuelta en el presente, la comprensión me ciega, como el fogonazo de un rayo de sol al pasar ante unas pupilas acostumbradas sólo a la oscuridad, dilatando mi percepción hasta que alcanza la claridad completa: *Soy lo mejor de ambos mundos...*

Al despertarse mi lógica del mundo de las profundidades, veo en el tablero mis éxitos grabados junto a su resumen, como si fueran una lista:

1. *Atraviesa la piedra con una pluma.* Usé una pluma para mover el reloj de sol de la estatua y abrir la madriguera del conejo.

2. *Cruza un bosque de un solo paso.* Viajé a hombros de Jeb cuando cruzamos el jardín de flores, el «bosque».

3. *Contiene un océano en la mano.* Tuve en mi mano la esponja que absorbió las lágrimas de Alicia.

4. *Altera el futuro con la yema de los dedos.* Puse en marcha el futuro de los participantes en la fiesta del té al sacar el reloj de bolsillo y recolocarle las manecillas.

5. *Derrota a un enemigo invisible.* Me enfrenté a mi lado oscuro y lo vencí con la ayuda de las bayas del árbol del Tántamo.

6. *Arrolla a un ejército con los pies.* Pasé por encima de las cartas guardia con la marea de ostras.

7. *Despierta a los muertos.* No hacen falta explicaciones.

Mi lado oscuro está emocionado ante lo que he conseguido y el orgullo no me cabe en el pecho. Entonces mi otro lado asume el mando.

—No —me digo en voz alta—. No son mis éxitos. Son de Morfeo.

El temor me envuelve el corazón, desmoralizándome.

Jeb tenía razón. Las cosas que he estado haciendo no eran para arreglar lo que estropeó mi tatarabuela. Eran pruebas elaboradas. ¿Por qué no le haría caso?

—¿Para qué me están probando? —Cojo la taza y la sostengo en la palma de mis temblorosas manos, deseando que su calor penetre en mi ser y aleje el frío de mi corazón.

Humphrey y la Hermana Uno se miran mientras ésta le pasa una galleta recubierta de canela y azúcar.

—Esa lista los requisitos necesarios son para ser reina —contesta ella—. Después de que Granate subiera al trono se escribieron. El Rey Rojo oyó rumores de que su anterior esposa de los bosques del País de las Maravillas había escapado y se había vuelto a casar. La posibilidad de que tuviera alguna hija temía e insistió en que si alguien llegaba a presentarse como perteneciente al linaje de Roja y quitarle la corona a Granate intentaba, antes que demostrar su valía tendría superando ocho pruebas imposibles. La Corte Roja aceptó convertir esas pruebas en un decreto real. La primera eres en superarlas... Bueno, casi todas. Claro que la primera descendiente de la Reina Roja que lo intenta eres.

Estoy a punto de objetar, de decir que es imposible porque no soy de linaje real. Estoy a punto de subirme a la silla y dar pisotones como una niña de dos años, de negarme a creer que nada de esto sea real...

Hasta que las nanas de Morfeo acuden a mi mente, por fin completas: *Pequeña flor blanca y roja, que tu cabecita descanse ahora; crece y progresa, sé fuerte y sagaz, pues algún día su reina serás... Pequeña flor color gris y melocotón, creciste fuerte y hallaste la dirección, dos cosas todavía verás hasta que al fin reina serás.* Un escalofrío me recorre las alas como una llovizna helada.

—No, no, no. Yo no... Yo no he superado nada —le digo a mi anfitriona—. Sólo las superé por casualidad... por accidente, de verdad.

Humphrey y ella no dicen nada. Están demasiado ocupados contando casillas y sorbiendo su infusión.

Saben, igual que yo, que nada lo hice por accidente.

Morfeo lo organizó todo. Partió del libro de Lewis Carroll para montar

escenas del País de las Maravillas que me eran familiares, pidiendo ayuda a los demás seres de las profundidades, para luego quedarse al margen y ver cómo completaba cada «prueba».

En la fiesta del té dijo que quería devolverme a mi sitio, a mi hogar. ¿Qué reino considerará que es mi hogar? Un agobio arenoso me llena la garganta como si me hubiera tragado el desierto entero. Me bebo de un trago la mitad del té.

Jeb...

Necesito que me rodee con sus brazos y me prometa que todo saldrá bien; lo necesito para que me haga sentir humana de nuevo.

—Quiero usar el espejo para encontrar a mi novio.

Me levanto tan deprisa que una de mis alas choca con la mesa y derriba la tetera.

Humphrey detiene con la servilleta el té derramado, antes de que el charco humeante llegue a su regazo.

—¡Tenía razón! ¡Quieres pasarme por agua!

La Hermana Uno me guía hasta la despensa alta y abre la puerta izquierda, descubriendo un espejo.

—Tu acompañante mortal ya está allí donde vas. Mis duendes en el abismo llevándose a los muertos del ejército de Granate estaban y a tu mortal encadenado vieron, con Morfeo y los caballeros élficos. Gracias a tu ayuda derrotando a las cartas guardias, esta noche, el ejército blanco asaltar y tomar el castillo rojo consiguió en su búsqueda de la Reina Marfil.

El latido de mi pecho casi se detiene.

—¿Morfeo tiene a Jeb preso en el castillo rojo?

Me da unos golpecitos en la mano sin contestarme.

—Esto necesitarás.

Saca un ajado osito de peluche de uno de los cajones de la despensa. No tiene que explicármelo. Sé que tiene la parte de Chessie que de algún modo será mi última prueba —su sonrisa—, aunque no tengo ni idea de cómo se supone que voy a dominarla.

—A Morfeo recuérdale que con mi parte del trato he cumplido —dice la

Hermana Uno mientras pasa la mano ante el espejo. Éste cruje como el hielo antes de mostrar la habitación de un castillo con elegantes alfombras rojas y cortinajes de oro. Hay una cama con dosel y una chimenea; un gran sillón victoriano del que sólo veo el respaldo mira a la chimenea. De uno de los brazos del sillón cuelga un sombrero de fieltro plateado adornado con mariposas rojas. El humo asciende en el aire y aparece una mano enguantada, con la boquilla de una cachimba elegantemente posada entre dos dedos.

Morfeo.

Si me niego a llevar el oso de peluche, ¿estropearé su plan? ¿Y Jeb? ¿Cómo volveremos a casa? Me muerdo el labio inferior y me meto el muñeco bajo el brazo izquierdo, apretándolo bien contra las costillas.

La Hermana Uno saca una llavecita y la gira para que la superficie se abra al portal. Sus ocho patas golpetean impacientes contra el suelo.

En este lugar todo el mundo tiene sus propios objetivos. A cambio de sus preciosos espíritus, va a entregarme al ser que me ha manipulado y utilizado todo este viaje. *Toda mi vida.*

Las lágrimas me ciegan cuando atravieso el espejo.

Ojalá no hubiera cruzado aquel primer portal, ojalá no hubiera encontrado la madriguera del conejo.

Ojalá no hubiera nacido.

Jaque mate

Aterrizo dentro del castillo rojo, a escasos metros detrás de la silla que vi en el portal. Mis talones se hunden en silencio en la esponjosa alfombra y Morfeo ni siquiera se mueve, sigue fumando frente a la chimenea. El aroma de su tabaco de regaliz aviva un fuego en mi interior, una ardiente necesidad de vencerlo en este juego retorcido.

Aprieto el oso de peluche que llevo bajo el brazo.

—No fue la pequeña Alicia la que volvió al reino mortal, ¿verdad? —pregunto, mirando al respaldo del sillón.

—No. —La respuesta de Morfeo me llega por detrás y me vuelvo de golpe, casi cayéndome. Cuando se inclina para sostenerme, sus alas se alzan sobre él como un eclipse.

Lo aparto de un empujón.

Alza una ceja y se alisa el traje a rayas negras y plateadas. Entre el traje y el pelo *punk*, parece un gánster *emo*.

—¿Estabas esperando a que saliera por el portal? —le acuso—. Entonces, ¿quién...?

No necesito terminar la frase. Por encima del brazo del sillón se asoma Cornelio Blanco, con sus ojos rosados refulgiendo. Pues claro: está aliado con Morfeo, lo que significa que sólo simulaba ser mi enemigo. Me han estado manipulando entre los dos.

La criatura cadavérica deja la boquilla del narguile y me hace una reverencia.

—A tu servicio estar yo, hermosa reina. —Su voz aguda rebosa

sinceridad.

Exhalo para calmar mis tripas revueltas.

—No soy la reina. Y no quiero tu servicio.

Me vuelvo hacia Morfeo.

—Creo que acaban de prescindir de ti, Señor Cornelio. —Morfeo no aparta su mirada insondable de mí—. No dudo de que volverá a convocarte, como hizo una vez Granate. Cuando sea oficialmente reina, codiciará tu talento como consejero devoto y experimentado.

—Alteza. Siempre leal y tuyo. —Cornelio hace una reverencia tan marcada al salir que sus astas lo desequilibran y casi se cae. Recupera el equilibrio y sale de un salto por el umbral, como un traqueteante saco de huesos con chaleco.

La puerta se cierra y me quedo a solas con Morfeo en la penumbra de una habitación y con un parpadeante fuego de chimenea.

—Tu espía —digo.

—Sí —contesta Morfeo—. Nunca le sentó bien lo que Granate y la Corte Roja le hicieron a Roja y a Alicia. Tiene casi tantas ganas como yo de ver en el trono a la heredera de Roja, para enmendar la injusticia que se cometió contra su legítima reina.

La luz de la chimenea baila entre el pelo revuelto y el rostro etéreamente hermoso de Morfeo desata mis recuerdos. Me ha estado entrenando para ser una reina. La Reina Roja. Y ahora estoy aquí, vulnerable, prisionera de los sentimientos que me inspiró en mis sueños juveniles: felicidad y consuelo, afecto y admiración. Pero la nostalgia es engañosa, y me deshago de ella. Porque todo ha sido una mentira.

—¿Qué le has hecho a Jeb? —pregunto, conteniendo el impulso de ir a por él y atacarlo.

Los labios de Morfeo se contraen en una media sonrisa.

—Está aquí en el palacio, a salvo. Pronto dejaré que lo veas. Quiso que te diera esto.

Mete los enguantados dedos en el bolsillo de la chaqueta y saca una pequeña cuenta cristalizada que pone entre nosotros para que refleje la luz del fuego.

Mi deseo. Alargo la mano para cogerla. Esta vez no titubearé. Desearé no haber venido nunca, como me sugirió Jeb... Y los dos volveremos a estar a salvo.

Morfeo aparta la mano, manteniéndola en alto.

—Seguirá en mi poder hasta que sea el momento adecuado.

Lanza la cuenta al aire y la coge con un hábil giro de muñeca antes de devolverla al bolsillo de la pechera.

La furia me invade. Me contengo. Tengo que actuar con astucia o lo perderé todo.

—Siéntate, Alyssa, princesa mía. —Morfeo hace un gesto señalando la cama.

—Si me siento en alguna parte, no será en la cama. —Abrazo el osito de peluche, mi única baza.

—¿No pensarás que quiero seducirte? ¿Acaso no me habría aprovechado ya de tu inocencia en mi morada, mientras contemplaba cómo dormías?

Recordar ese momento de intimidad, cuando su marca de nacimiento tocó la mía, me provoca un incómodo calor en el vientre.

—Toda esta aventura ha sido una seducción, Morfeo. Es hora de dejar las cosas claras.

Levanta la punta de su corbata roja y la examina antes de frotar una mancha invisible en ella.

—La traición nunca es clara, cariño. Y es con ella como empieza la historia, como ya sabes. La corte de la Reina Roja se amotinó contra ella; su propio esposo se unió a los traidores para poder casarse con su hermanastra, y eso trastocó el equilibrio del reino. Pero tú restaurarás ese equilibrio. —Devuelve la corbata a su sitio.

—Porque yo soy su heredera —murmuro, casi atragantándome con las palabras.

La sonrisa de orgullo de su rostro es luminosa.

—Lo has adivinado, ¿eh?

Contengo el dolor de mi garganta.

—Nunca fue para que arreglara las cosas. Mi familia no está maldita por

lo que hizo Alicia. Ni siquiera existe la maldición. La realidad es que somos mestizos.

—Extiende las alas y los brazos.

—¿A que es glorioso?

—Tú me trajiste aquí... Lo organizaste todo para que encajara con la historia de Alicia. Todo ha sido un juego, todos interpretaban un papel. Por eso la mayoría de ellos eran diferentes a los personajes del libro. Todos te ayudaron... Fueron tus cómplices.

—Sí. Personajes interpretando un papel escrito para ellos en un libro del reino humano. Al menos algunos de ellos. Otros los interpretaron involuntariamente.

—El Octobeno.

Morfeo asiente.

—Despreciable. Asesinó a su mejor amigo para apaciguar un arrebató de glotonería. Se merecía lo que le pasó. ¿Los soldados carta? Siempre son prescindibles. Y ahora, sacia mi curiosidad, bizcochito.

Hace un gesto al sillón detrás de mí.

—Ponte cómoda e ilumíname sobre cómo llegaste a ser una princesa de las profundidades.

Me niego a sentarme. Un sabor amargo me quema la lengua.

—Todo fue una mascarada.

Él frunce el ceño.

—¿Perdón?

Le retuerzo una oreja al osito de peluche. Hundo los pies sucios en la alfombra en busca de apoyo, y suelto la teoría que se me ocurrió al ver el tablero de ajedrez de la Hermana Uno.

—La página Web. Decía que las criaturas subterráneas asumen la apariencia de mortales que ya existen. Cuando la Reina Roja fue desterrada, entró en el reino humano usando el portal del castillo.

—Dime, te lo ruego, ¿cómo lo hizo? —Su voz es burlona, intenta provocarme.

—Tenía la misma magia que yo... Encontró un modo de distraer a los

soldados carta. Insufló vida en el lazo de la mano de Granate y lo convenció para que se fuera con ella. Era el lazo en el que constaba el paradero de Alicia. Entonces Roja entró en el reino humano como si fuera la niña. Creció como Alicia, se enamoró de un mortal como si fuera Alicia, se casó y tuvo hijos como si fuera Alicia. Niños medio mágicos y medio humanos, herederos de su trono perdido. Los rasgos de las profundidades sólo se transmiten a las mujeres porque el País de las Maravillas está gobernado por reinas.

Abrazo el oso de peluche con tanta fuerza que noto la esencia de Chessie arañando para escapar, suplicando poder ser libre. Aunque igual no es su esencia sino la mía.

—Cuéntame más. Tienes un público cautivo. —El tono de voz de Morfeo ha cambiado, el matiz burlón se ha visto sustituido por algo más ansioso y desprotegido.

No tengo el valor de mirar su expresión fascinada, así que en vez de eso contemplo las llamas de la chimenea.

—Roja regresó al País de las Maravillas unos meses antes de que muriera la verdadera Alicia. No sé cómo —reconozco—, pero volvieron a cambiarse de sitio. Por eso la Alicia vieja de la foto carecía de marca de nacimiento, y la joven la tenía. Por eso no recordaba nada de su vida mortal. Se la habían robado. Como tú dijiste, no tuvo infancia. —Me constriñe el pecho una tristeza casi tan fuerte como cuando grité mi deseo—. Pobre Alicia.

—Sí. Pobre Alicia querida.

Estudio su expresión. Su reverencia parece sincera.

Una ternura dolorida y conmovedora suaviza su mirada.

—Intenté devolverla a su hogar, en la vejez. Pensé que lo mejor para ella sería dejar que muriera entre los suyos. Una noche me colé en casa de los Liddell para intentar convencer a Roja de que eso era lo correcto... Esperaba poder hacer el cambio sin que se notase, mientras su familia dormía en las otras habitaciones. Roja aceptó, dijo que estaba harta de ser vieja y débil. —Una leve sonrisa eleva un lado de su boca—. Metí a Alicia en su cama, donde despertaría entre quienes siempre debieron ser su familia. Eran unos extraños para ella, así que intenté prepararla, pero su mente estaba demasiado perdida para entenderlo. Sostuve su mano hasta que se durmió, y luego me fui con Roja al País de las Maravillas. Cuando llegamos por la entrada de la madriguera del conejo, la muy desgraciada cambió de idea y se volvió contra

mí, negándose a dejar atrás a su familia. Pretendía matar a Alicia y traerse a todos los Liddell al País de las Maravillas. Quería usar a su descendencia para recuperar el trono perdido.

Morfeo mira hacia el fuego, las comisuras de la boca hacia abajo.

—No la dejé marchar. Luchamos en el suelo junto al reloj de sol y volando entre los árboles. Roja me atrapó contra las ramas superiores de uno de ellos e intentó partirme el cuello. Me deshice de ella y cayó con fuerza, empalándose en la verja de hierro que había justo debajo de nosotros. El metal le traspasó el corazón y le envenenó la sangre. La llevé a la madriguera. Intenté disculparme, pero no me perdonó. Y con su último aliento se aseguró de que nunca pudiera perdonarme a mí mismo.

—*La Lengua de la Muerte* —susurro.

Me clava la mirada, con la sorpresa reflejada en el rostro.

La luz titilante revela el remordimiento en sus ojos. Yo vuelvo a mirar al fuego.

—Por eso me has arrastrado hasta aquí. Nunca fue para salvar a tu amigo Chessie. Tampoco porque Marfil estuviera encerrada. Eres tú quien está maldito. Me necesitas para que tu espíritu no se pase la eternidad como un muñeco devorado por los gusanos en la guarida de la Hermana Dos.

—Me juzgas con demasiada dureza. Quiero salvar a mis amigos. Pero puedo salvarme yo también de paso. Llevo demasiados años esclavizado, corriendo contra reloj. Y ahora por fin puedo detener las manecillas. Puedo destronar a Granate y poner en su lugar a la legítima heredera.

—Aunque la heredera no quiera.

Un pesado silencio pende entre nosotros.

Morfeo me coge suavemente por la barbilla y hace que le mire.

—¿Qué me dices del libro que usé de modelo, el del bardo mortal Carroll? ¿Qué piensas de eso?

Es implacable, y me hunde más y más en un lugar que es a la vez luz y oscuridad.

—Carroll se inventó la historia, pero el País de las Maravillas, el lugar, los personajes y los nombres... Creo que Roja, siendo la niña Alicia, le inspiró con las medias verdades que utilizó para explicar su breve ausencia. Toda su

familia supuso que se habría perdido y que se había quedado dormida bajo un árbol. —Frunzo el ceño—. Roja se volvió una niña en todos los sentidos, tal y como tú hiciste una vez. Su mente volvió a ser inocente. Menos mal que su imaginación de niña pequeña se ocupó de todo. De haber sido completamente sincera acerca de las criaturas siniestras y retorcidas de este lugar, la habrían encerrado en un psiquiátrico en su primer día de humana.

Mi intento de sarcasmo se echa a perder porque yo soy una de esas criaturas siniestras y retorcidas. Lo he sido siempre. Sólo que es ahora cuando lo parezco.

—Muy bien contado —dice Morfeo—. Y tal como sucedió, hasta el último detalle. —Me da un golpecito en la nariz—. ¿No te preguntas porqué se te ha ocurrido con tanta facilidad?

Mis respuestas eran algo más que conjeturas afortunadas. Es como si las llevara escritas en la lengua. Repaso mentalmente todos los sueños que pasé con Morfeo para ver si él me lo había contado alguna vez, pero no.

Morfeo me acerca más a la chimenea y estudia ante la luz mi pasador del pelo. Desliza el pulgar por él.

—¿Te pasó algo especial en el cementerio, aparte de encontrar la sonrisa de Chessie?

Me toco el pasador, recuerdo mi encuentro con la rosa.

—El espíritu de la Reina Roja... pasó por mis venas antes de escapar al jardín. ¡Debió transmitirme algunos de sus recuerdos! Eso era parte de la Lengua de la Muerte, ¿verdad? Tenías que liberarla y me utilizaste para ello.

Morfeo me coge en sus brazos y me acaricia el pelo, emitiendo un sonido a medio camino entre el sollozo y la risa. Me envuelve su olor, su pecho fuerte y cálido. Cuando era niña, su tacto solía hacer que me sintiera segura cuando me sostenía en sus brazos durante las lecciones de vuelo.

Pero no ahora. Me envaró por un instante antes de darme cuenta de que estoy cara a cara con la solapa de su traje. Sólo una capa de rayas negras y plateadas se interpone entre mi deseo y yo. En vez de apartarme, me pego más a él, colocando las manos entre nosotros.

Un temblor le recorre todo el cuerpo en respuesta, sus dedos se entrelazan con las trenzas de mi nuca.

—Preciosa Alyssa. Qué gran alumna fuiste —murmura, con la boca en mi

nuca—. Pero tú me enseñaste más de lo que yo te enseñé a ti. Eres mucho más digna de llevar la corona que ninguna otra. Valor, compasión y sabiduría. La triada de las majestades. Tienes algo que pude ver incluso con los ojos de un niño. Tienes el corazón de una reina.

La voz se le quiebra al final de su declaración, como si ésta le entristeciera.

Unos dedos enguantados, suaves y seguros, se deslizan desde mis hombros hasta las muñecas. Lo maldigo en silencio por mover mis manos cuando las alza para estudiar las cicatrices. Las besa, sus labios rozan con fluidez la carne sensible, para luego poner las palmas contra sus mejillas.

—Perdóname por meterte en esto. No había otro modo —susurra, con su boca a centímetros de la mía. Su piel es más suave de lo que deben serlo las nubes, y las lágrimas que se acumulan en las yemas de mis dedos son ardientes y tangibles.

Pero, ¿son sinceras?

Nuestro aliento se arremolina entre nosotros, y sus ojos negros me devoran por completo. Mi corazón golpea contra la parte inferior de sus costillas. Sé lo que pasará a continuación. Lo temo. Pero es la mejor manera de distraerlo y conseguir que se cumpla el deseo. Y si tiene que ocurrir, seré yo la instigadora.

Me pongo de puntillas y aprieto mi boca contra la suya. Él gime, suelta mis muñecas y me coge en sus brazos, atrapando al oso de peluche entre nosotros. Mis tobillos se agitan ante sus espinillas y mi mano se arrastra hacia su solapa. *Estoy al mando.*

Pero es mentira, porque ahora lo he saboreado. Sus labios son dulces y salados con las risas del ayer, como cuando cavaba en las arenas negras bajo el sol del País de las Maravillas, jugando a hacer la rana de seta en seta, y descansando a la sombra de negras alas de seda.

Intento librarme de ese hechizo, pero él inclina la cara y su beso se hace más intenso. *Abrázame... abraza tu destino.* Morfeo rompe la barrera de mis labios, tocando mi lengua con la suya, una sensación demasiado perversa y deliciosa como para negarla. Nuestras lenguas se entrelazan mientras su nana ronronea por mi sangre y mis huesos, transportándome a las estrellas.

Con los ojos cerrados, floto en un cielo de terciopelo, los pulmones llenos de aire nocturno. A cierto nivel, sé que sigo en medio de una habitación

calentada por una chimenea, pero mis alas simulan volar en una fresca brisa. Bailo en los cielos con Morfeo, libre de las ataduras de la gravedad.

Agitamos las alas al unísono, volando y girando en un vals ingrávito entre estrellas que se enroscan y desenroscan en suaves centellas sobre los maravillosos y retorcidos paisajes del País de las Maravillas. Cada vez que giramos volvemos a los brazos del otro, y me río, porque por fin soy yo misma.

Soy la que ansiaba ser en mis fantasías más íntimas: espontánea, impetuosa y seductora.

Morfeo promete una vida de bailes, un mundo donde todos los seres obedecen mis órdenes. Me enseña las partes del País de las Maravillas que son mías. Abajo, más allá de las estrellas y del cielo nocturno, me veo sentada en un trono a la cabeza de una mesa, presidiendo un banquete, maza en mano, lista para matar de un golpe al primer plato. Entre las paredes de mármol resuena una risa maníaca que es música para mis oídos.

La escena me emborracha de poder. Vuelvo a besarlo. Él me abraza con más fuerza aún.

Bajo mis pies, las estrellas estallan en un millar de relucientes colores: fuegos artificiales silenciosos, como los que Jeb y yo vimos en el bote la primera noche que pasamos aquí.

Jeb...

La imagen de su sonrisa me golpea como una bocanada de aire helado. Los recuerdos de mi vida mortal intensifican ese frío. El orgullo y la satisfacción de terminar un mosaico, el dulce sabor a arce de las tortitas de papá los sábados por la mañana, la tintineante risa de Alison que hace que me sienta en casa, Jenara bromeando conmigo en la tienda Hilos de Mariposa, y Jeb. Su lealtad y sus besos, tan mágicos y a la vez tan reales.

Mi cabeza cada vez da menos vueltas, como una peonza empezando a inclinarse. Vuelvo a estar en el castillo, pegada a Morfeo en un abrazo apasionado.

Tengo que acabar lo que he empezado, o corro el riesgo de convertirme en lo que es él.

Meto la palma de la mano en su solapa en busca de mi deseo, devolviéndole los febriles besos.

—Jaque mate, hijo del gran bicho—digo contra su boca, dos segundos antes de que mis dedos encuentren un bolsillo vacío.

—Ha sido un simple juego de manos, preciosa —responde él—. De hecho está en el bolsillo del pantalón, por si quieres buscarlo allí.

Lo aparto de un empujón y caigo al suelo, restregándome la boca.

—¡Es mío!

—Y lo tendrás a su debido tiempo. —Lo único que sé mirar es sus labios,ladeados en esa sonrisa engreída que he llegado a detestar. Hace un gesto en dirección a la silla—. Siéntate. Después de ese beso seguro que te falta el aliento.

—No te lo creas tanto —resoplo en un intento de ocultar una bocanada de aire y mantener al oso de peluche pegado al pecho—. Ese beso no significa nada. Tenía otros motivos.

—Oh, seguro. Si ese beso ha sido algo, creo que podríamos calificarlo de motivador.

Tal vez es lo que yo quiero creer, pero su pálida complexión parece sonrojarse mientras le da la vuelta al sillón para que quede de espaldas al fuego.

Dado que mi estómago es un péndulo en pleno movimiento, espero que al menos él esté un poco afectado.

Me siento en los cojines con las mejillas ardiendo, mis alas adornan los brazos del sillón como tapetes de seda enjoyados. No consigo centrar mis emociones. No debería haberle besado. ¿Cómo he podido hacerle eso a Jeb? Pero ha sido por nosotros, así que lo entenderá, ¿no? Siempre que no mencione cómo me ha afectado, cómo casi me abandono a la seducción de Morfeo, a mis propios oscuros deseos.

—¿Te he dicho lo hermosa que estás esta noche? —pregunta Morfeo, obligándome a mirarlo. Sus ojos siguen el contorno de mis sedosos apéndices—. Una dama con alas es algo especial. Las llevas bien. Estás bellísima, la verdad. Como debe estarlo una princesa de las profundidades.

El roce de su mirada me altera, forzándome a revivir el tacto de sus labios en los míos. Un roce de su mano me afectaría menos. Busco su sombrero colgado en un brazo del sillón y le doy un golpecito a las mariposas rojas para que bailen.

—Déjate de cuentos, Morfeo. Mi ropa está hecha un asco y parece que me haya explotado una nube de azúcar en la espalda.

Se ríe con un tono profundo y masculino.

—Estás irresistible cuando te enfadas.

Se sienta en el suelo ante mí, cruzando las piernas enfundadas en unos pantalones a rayas como si fuera un boy scout. Lástima que Jeb no esté aquí para destrozarlo a puñetazos.

Golpeo el borde del sombrero, exasperada.

Morfeo se encoge como si lo hubiera golpeado a él.

—Cuidado. Es mi sombrero para las insurrecciones. No había tenido ocasión de ponérmelo hasta hoy. Por si te lo estás preguntando, el rojo representa las batallas y el derramamiento de sangre.

—No me interesa lo más mínimo —contesto, arrojándolo al suelo.

Él recoge su trofeo siseando entre los blancos dientes.

—Bah. Desciendes de la Reina Roja. Ansías el caos. Eres más feliz cuando el mundo está revuelto. Vives con la locura. Hasta tu magia está en su mejor momento cuando es catalizadora de confusión. ¿Sigues sin poder admitir eso?

Niego con la cabeza, sin querer creer que sea cierto.

Deposita el sombrero en su rodilla y se encoge de hombros, como si estuviera demasiado ocupado para sacarme la verdad.

—Levántate y cámbiate. He elegido un conjunto impresionante para ti. Una reina debe acudir a su coronación adecuadamente vestida.

—No pienso ser reina —gruño.

—Tal vez no para siempre, pero lo serás por un tiempo. Es el reto que me impuso la Lengua de la Muerte de Roja. Debes ser coronada con la tiara de rubí. Ah, ¿he mencionado que es la única forma de liberar a tu caballero mortal?

Se me encoge el pecho, abrumada por la culpa. *Jeb*.

—Llévame con él. Ahora.

Empiezo a levantarme, pero mis alas se niegan a cooperar.

Mis cansados músculos no pueden con su peso, que empieza a resultar aplastante. Me dejo caer resignada y profiero un gruñido. Morfeo aprieta las manos en el regazo.

—Necesitas un baño caliente y algo de descanso. Como dije antes, tu pseudoelfo está a salvo. Pero el tiempo que permanezca así sólo dependerá de cómo te portes esta noche.

—¡No puedes tocarlo! —Lo único que me impide arrancarle las brillantes joyas del parche del ojo es el peso muerto de mis alas—. Juraste que no le harías daño. Fue un juramento. Si lo rompes, perderás las alas, tu capacidad de manipular los sueños. Todo lo que te hace ser quien eres.

—Cierto. No quisiera perder mis poderes en esta precaria coyuntura. —La luz del fuego parpadea en su ropa en ráfagas anaranjadas y púrpuras, intensificando su imagen de gánster estrafalario—. Pero había una condición, ¿verdad? Que no le haría daño mientras se mantuviera leal a tu digna causa. Bueno, pues ha demostrado ser un obstáculo. Hace un rato discutí acerca de tu destino con él y no tiene ningún deseo de que te conviertas en reina. De hecho, se mostró bastante contrario a la idea. —Morfeo se aparta el pelo de la frente, mostrando un chichón del tamaño de un huevo—. Imagínate... La mayoría de los hombres no dejarían escapar la oportunidad de poder acostarse con la realeza.

—Cállate. —En mi tráquea se agolpa un sollozo.

Aguanta, Alyssa Victoria Gardner. Casi puedo oír la voz de Jeb, casi puedo ver la fe sincera en sus ojos verdes. No pienso volver a fallarle.

Acaricio la piel con olor a mostaza del oso de peluche y respiro hondo para serenarme.

—Dijiste que podía ser la reina de forma temporal. Explícate.

Morfeo se relaja y apoya los codos en las rodillas.

—Quiero que la espada vorpalina libere a mis amigos. Pero necesitamos coronarte para que yo quede libre de la Lengua de la Muerte. La suerte ha querido que el Rey Rojo encomendara al frumioso zamarrajo guarde tanto la espada como la corona, ya que su despistada reina no paraba de perder la maldita tiara. Así que deberás someter a la criatura para que podamos cogerlas.

La pieza de ajedrez de jade con la boca mordedora y la cola de pinchos

araña mi memoria. Ya despertaba el terror en mi corazón cuando era niña, y entonces sólo era algo con lo que jugar. *Frumioso*. Algo que puede inspirar su propio adjetivo es una fuerza digna de tener en cuenta y hasta de temer.

—Espera. No. Ya que controlas este castillo y tienes la cooperación de los soldados carta, ¿por qué no obligas al rey a punta de espada a que coja los objetos para nosotros?

—Granate es la única que conoce la orden que el zamarrajo aprendió a obedecer. Es una palabra que se transmite de reina a reina. Pero Granate perdió la cinta con el secreto en la confusión de la toma del poder.

Me muerdo la mejilla por dentro, decidida a encontrar el modo de saltarnos este paso.

—Vale, pero si la sonrisa de Chessie puede domar a la bestia, podríamos soltarla en la guarida del zamarrajo. Nosotros podemos esperar fuera de peligro hasta que lo someta.

—Sería lo ideal, sí. —Morfeo coge el osito de peluche de mi regazo. Le abre las costuras con un tirón. Antes de que pueda pestañear, las costuras se rehacen cerrando la abertura—. ¿Lo ves? Como los muñecos de la Hermana Dos albergan restos del amor inocente de un niño, que es la magia más poderosa del mundo, la única herramienta que puede cortar de forma permanente esas costuras es...

—La misma espada vorpalina —murmuro frotándome el nudo del estómago. Recupero el oso de peluche y le paso el dedo por las fosas donde una vez tuvo ojos—. ¿Y qué pasa si... *después* domo a la bestia?

—El ejército blanco ha aceptado dejar este castillo a condición de que la Corte Roja corone a una nueva reina y libere a Marfil. Las dos cortes te aceptarán como legítima heredera en cuanto superes la última prueba y domines el poder de la sonrisa. —Una mueca arrogante asoma a sus labios—. Sospecho que el Rey Rojo lo redactó originalmente como un truco diplomático. Pero esta interpretación toca todos los puntos importantes. Nadie puede discutirla.

La aprensión culebrea por mi interior ante la idea de presentarme ante las dos cortes.

—Así que me coronarán. ¿Y luego Jeb y yo podremos irnos?

—Una vez seas la reina, podrás obligar al Rey Rojo y a Granate a liberar a

Marfil. El País de las Maravillas recuperará el equilibrio y los dos portales se abrirán para ti. Y entonces —Morfeo se pasa un dedo por el borde del sombrero— podrás usar tu deseo para limpiar tu sangre de cualquier rastro de las profundidades, lo cual salvará a tu madre y a los hijos que tengas. La Corte Roja nombrará una nueva reina cuando tu soldado de juguete y tú volváis al reino humano.

Algo no encaja en esto último. En primer lugar, ¿a quién más podrían coronar como reina? Y en segundo lugar, ¿cómo harán desaparecer exactamente esa mitad de mí, la mitad de las profundidades? ¿La borrarán con alguna goma mágica?

Antes de que pueda expresar mis reservas, Morfeo me golpea con las únicas palabras que pueden hacer que me olvide de todo lo demás.

—¿Quieres ver ahora a tu caballero mortal?

Estoy al borde del asiento, a punto de levantarme, pero Morfeo se arrodilla ante mí, obstaculizando como siempre mi camino.

—No hace falta que te levantes, bizcochito. Puedes verlo desde donde estás.

Hunde la mano junto a mi pierna derecha, en el hueco entre el tapizado y el marco del sillón. Me crepitan las terminaciones nerviosas del muslo. No aparta sus ojos de los míos mientras saca un pequeño espejo de mano, con el marco tallado en brillante plata. Vuelve hacia mí la parte de cristal.

En algún lugar oscuro y húmedo, Jeb se golpea la cabeza contra los barrotes de una celda. La sangre le corre por la cara y se tambalea hacia atrás, aturdido.

Se me parte el corazón, con un dolor tan agudo que podría lanzar un millar de deseos y llenar un mar de lágrimas.

—Jeb, ¡para...!

—Para tu información —Morfeo estudia mi reacción—, eso es una jaula para pájaros. Nuestro pseudoelfo tiene el tamaño de un gorrión. Una orden mía, y los guardias se lo darán a comer a Dinah, la gata notoriamente hambrienta de la Reina Granate.

—¡No!

Paso los dedos por el frío cristal y la imagen desaparece. Me quedo frente a mi reflejo. La chica cuyos deseos egoístas arrastraron a Jeb a este viaje. Y

todo porque lo quería para mí sola. Pero yo nunca quise esto.

El sollozo que estaba conteniendo se libera. Me engañaba al creer que podría manipular este juego en mi favor. El jaque mate ha tenido ya lugar. Morfeo ha ganado.

—¿Qué será, Alyssa? ¿Qué será, será?

El fuego chisporrotea detrás de mí, como un gato de nueve colas que azota con duras lenguas de luz su expresión despiadada. Me seco las lágrimas y clavo la mirada en él. No hay necesidad de cruzar otra palabra entre nosotros, porque él ya lo sabe.

Haré cualquier cosa que me pida.

Chessie

Morfeo me escolta por un largo y sombrío pasillo del primer piso. Las velas sujetas en los candelabros de bronce iluminan las relucientes paredes rojas. El encaje y el adorno de las faldas de mi vestido de coronación barren el suelo de mármol negro bajo mis pies. Es justo por esto por lo que no quería ir al baile de graduación. Odio exhibirme, y más aún vestida con algo que nunca me pondría.

Estoy cubierta de las manos a los pies de terciopelo carmesí, encaje marfileño y joyas de rubíes. Las mangas que me llegan a los codos y la falda que toca el suelo se inflan como los vestidos de baile de las princesas de los cuentos que leía de niña, y los guantes son de pana elástica.

También llevo el pelo arreglado; largos rizos se amontonan en lo alto de mi cabeza, adornados con prendedores enjoyados alrededor del pasador de mi tataratatarabuela. Morfeo dio instrucciones a mis hadas para que el peinado resaltara el adorno de la Reina Roja.

Soy el epítome de la realeza. Hasta huelo de forma regia, perfumada con sándalo, rosas y un toque de ámbar. Pero preferiría ser la Hermana Uno, bañada en el olor de la polvorienta luz del sol y con hiladores ocultos bajo la falda, para poder envolver a Morfeo en una telaraña y dejarlo colgado.

Como si intuyera mis pensamientos, aprieta mi aterciopelada mano con la suya de seda, entrelazando aún más nuestros dedos. Tiene la mandíbula encajada en la misma expresión severa que mostró antes, justo después de que las hadas me mostraran para su aprobación, cuando le dije lo mucho que despreciaba incluso mirarlo.

Eso pareció herirlo. No creí que le importase. Después de todo sólo soy su peón.

Nuestras alas se rozan por accidente y calmo mi ira recolocándome el oso de peluche que llevo bajo el brazo.

Cinco soldados carta de la Corte Roja abren camino, seguidos de cerca por cinco caballeros élficos de la Corte Blanca, cuyas botas militares graban ecos en mis tímpanos. No puedo dejar de mirar las joyas rojas que brillan en un dibujo de diminutos puntos adornando sus sienes y barbillas, del mismo color que el *piercing* que tiene Jeb en el labio inferior. Excepto por las orejas puntiagudas, su parecido con él es asombroso, en tamaño y color.

Serían casi humanos si no fuera porque carecen de emociones.

Han venido para ofrecer su protección e informar a sus respectivos jefes tras presenciar mi prueba final. Como dijo Morfeo, la Corte Roja ha consentido que se me corone, pero no pueden limitarse a concederme ese honor. Tengo que probar que soy digna de él.

Dominar el poder de una sonrisa. Vencer al zamarrajo con la cabeza de Chessie.

Cuando mis piernas flaquean ante esa idea, para recuperar las fuerzas tan sólo necesito pensar en Jeb sangrando en su jaula, intentando llegar hasta mí. Haré esto, por él y por Alison, y por papá. Pondré fin a esta locura de pesadilla y conseguiré ganarme nuestro regreso a casa.

Mi séquito y yo giramos a la derecha y llegamos a una puerta de madera con forma de arco pintada de rojo, con adornos en bronce de los palos de la baraja: diamantes, picas, corazones y tréboles.

Morfeo se vuelve hacia mí antes de abrir la puerta. Me coge ambas manos. El borde de su sombrero proyecta una media luna oscura sobre la parte superior de su rostro.

—Debemos mantener la habitación en penumbra. La mala vista del zamarrajo es nuestra ventaja. Será lento en comprender, pero rápido en su instinto. Nosotros debemos ser sigilosos y expeditivos. Sólo tendremos unos instantes antes de que la bestia nos localice con sus otros sentidos. Ataca con sus lenguas... como un sapo capturaría a su presa. Tienes que mantenerte detrás de mí, y eso será más fácil en el suelo, así que debes resistir la tentación de volar.

Quizá debería halagarme que se muestre tan protector, pero mi seguridad es secundaria. Simplemente, no quiere perder la partida.

—Una vez tengamos la espada vorpalina, podrás liberar la cabeza de Chessie. Después prepara el arco del violonchelo. Chessie te dirá lo que debes hacer. ¿Tienes claro el plan, Alyssa?

No contesto, negándome a mirarle a los ojos. En las últimas horas he aceptado mi lado oscuro, le he dado la bienvenida, porque me ha enseñado a manipular a Morfeo. La indiferencia le afecta más que la ira. Lástima que no me diera cuenta antes.

Pero quejarse a toro pasado es de perdedores.

—Por favor, mírame... —Su tono es suplicante.

Y vuelve a caer en mi trampa; poco y tarde.

—Tengo tantas ganas como tú de que esto se acabe —dice con una sinceridad tan dulce que podría derretir Groenlandia. Me alza la barbilla para obligarme a mirarlo, coge el arco de violonchelo que le entrega un caballero élfico y me lo ofrece—. Te lo cambio por el muñeco.

Dirijo una mirada corrosiva al caballero y a él, antes de coger el arco y entregar el osito de peluche. La primera vez que sostuve un arco, tenía a Alison arrodillada detrás de mí, sujetando un violonchelo que me triplicaba en tamaño. Me cogió de la muñeca para guiar el arco por las cuerdas. El instrumento gimió bellamente, con el sonido más evocador y desgarrador que había oído nunca. Fue pocos días antes del incidente que envió a Alison al psiquiátrico. Gracias a Morfeo.

—El plan funcionará —promete Morfeo mientras me pasa los nudillos por la sien, ignorando a nuestros escoltas. Debe sentir mi tristeza, porque se muestra muy amable—. El cuerpo de Chessie quiere volver a unirse. Tú sólo vas a permitirle hacerlo. Considérate un puente.

No le contesto. Dedico toda mi atención al arco. Es más ancho y curvado que el que tengo en casa. Giro el tornillo para aumentar la tensión de las cuerdas, lo golpeo una vez contra el suelo y miro a los ojos expectantes de Morfeo.

—Estoy lista.

Me sudan las manos dentro de los guantes, y apenas soy capaz de contener el temblor de todos mis músculos. Cojo a Morfeo por la muñeca antes de que gire la llave en la cerradura.

—¿Mi deseo?

Se da un golpecito en el bolsillo del pantalón, y el residuo de una sonrisa ansiosa flota en sus labios. Está recordando nuestro beso, pero mi mente huye en dirección contraria, desesperada por no caer con él en ese recuerdo.

—¿Me lo darás? —pregunto.

—Lo juro por la magia de mi vida. Cuando sea el momento.

Me pongo detrás de él. Ante una señal de la mano de Morfeo, los soldados forman en V a mi izquierda y mi derecha.

La puerta chirría al abrirse, cortando la oscuridad con luz. Un fuerte olor a humedad nos abofetea, como si alguien hubiera hecho un guiso de ostras con chucrut dentro de una sudorosa sauna. La definición de *frumioso* resulta evidente. Contengo una arcada, tapándome la nariz con la mano.

Cuando la abertura se ensancha, nuestras sombras bloquean la luz que se proyecta ante nosotros. Aun así puedo ver que el techo es casi tan alto como el del País de las Profundidades, y la habitación el doble de grande que su enorme pista de monopatín. Unas pocas ventanas se alinean en la parte superior del techo abovedado dejando entrar una vaporosa neblina plateada, suficiente luz para poder distinguir contornos y sombras, pero no para ver algo con claridad.

Por la descripción de Morfeo tengo una vaga idea del lugar. Una gruesa cadena ata al zamarrajo a la pared del fondo. Lo bastante larga como para que pueda llegar a su redil y abarque el radio de la tarima donde están la corona y la espada, pero nada más. Esto permite que los cuidadores del zamarrajo puedan echarle comida desde la puerta, lejos del alcance de sus lenguas. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad y puedo distinguir la forma de la tarima. En el centro hay un podio con un agujero practicado en él. En su eje hay una luz, que brota del centro en un pálido rayo amarillo hasta incidir en el estuche de cristal que hay encima, como un faro en la oscuridad. Dentro del estuche hay una corona roja y una resplandeciente espada de plata sobre un mullido cojín. Desde donde estamos, el arma parece tan pequeña como el cuchillo de filetear que usa papá para preparar los peces recién pescados; la hoja y el puño no pueden medir más de veinte centímetros de largo. Es más un cuchillo que una espada.

Una pesada cadena se arrastra por el suelo en alguna parte del estanque de oscuridad que hay tras la tarima. El aire se llena de resoplidos, que van aumentando hasta convertirse en un rugido grave y escalofriante.

Un temor oscuro se agolpa en mi garganta. Morfeo da un paso dentro de la habitación. Mi mente me grita que dé media vuelta y huya. En vez de eso, me obligo a seguirle. Los soldados carta y los caballeros élficos se mueven a lo largo de las paredes, pegados a la pared, con las lanzas y las espadas listas, pese a lo poco que podrían hacer. La piel de un zamarrajo es indestructible. Si la criatura ataca, su única esperanza será herirle las lenguas y ganar tiempo para escapar.

Morfeo y yo reptamos hasta quedar a pocos centímetros de la tarima. Aferro el arco y espero mi momento con el corazón acelerado. El zamarrajo debe oír mi pulso porque saca la lengua para investigar. El baboso apéndice serpentea por el suelo, dejando a su paso un reluciente rastro de mucosidad.

Morfeo me envuelve con sus alas y esquivamos juntos la lengua cuando ésta se retrae. Aprieto los nudillos contra la espalda de Morfeo y noto sus músculos tensarse.

—Tranquilo, Chess, muchacho... tranquilo —susurra. Lucha con algo más que con el miedo. Lucha con el espíritu ansioso del gato. Chessie debe sentir cerca su otra mitad y forcejea para llegar a ella.

Llegamos a la tarima, y Morfeo nos alza a mí y a mi incómodo vestido en el mismo instante en que el zamarrajo sale de la oscuridad y entra en un charco de luz de luna. Uno de los guardias pegados a la pared lanza un grito ahogado y la criatura se tambalea en su dirección, de forma tan torpe y errática como un vagón desenganchado de su tren, sólo que tres veces más grande.

Rígido, Morfeo nos acerca a la caja de cristal del podio.

La bestia mueve la cabeza hacia nosotros, agitando las cadenas. Nos quedamos paralizados, cogidos de la mano.

Unos lechosos ojos blancos pasean su mirada sobre mí, incapaces de enfocarme. Nada podría haberme preparado para lo que estoy viendo: la piel gris de un rinoceronte, agujereada e hinchada, y una cabeza triangular y felina con colmillos, como un reptilesco tigre dientes de sable. Las gigantescas patas del lagarto felino se arquean hacia fuera, y su cola de pinchos se agita a uno y otro lado cuando inclina la cabeza. Uno de los caballeros élficos emite un cloqueo para distraerlo. El zamarrajo ruge y se vuelve en esa dirección, arrastrando las babas de su morro como si fueran cordones de zapatos.

Morfeo relaja la presión de mi mano cuando llegamos a la caja de cristal y

me entrega el osito de peluche. Mete una llave en la cerradura de bronce que tiene en la parte frontal y la gira para accionar el mecanismo. Un reflejo instintivo me hace agitar las alas. Me encojo con una mueca y me topo con la mirada preocupada de Morfeo, pero ya es demasiado tarde.

El movimiento hace que el zamarrajo vuelva a centrar su atención en mí y ruja, echándonos el pútrido aliento con todo el calor, estrépito y humedad de una fuerte tormenta de verano.

Al no estar ya bajo la protección de las alas de Morfeo, grito a mi vez, casi escupiendo los pulmones.

Morfeo me pone tras él cuando tres lenguas se abalanzan hacia nosotros. En la punta de cada apéndice, una cara de serpiente abre una mandíbula sin dientes y sisea. Son como anguilas gigantes, sólo que no tan pacíficas y encantadoras como las que tengo de mascota en casa. Hasta la última gota de saliva de mi boca se evapora cuando una de esas lenguas pasa a centímetros de la cara de Morfeo. Él se agacha, pero las lenguas reaccionan y se enrollan alrededor de sus tobillos y su cintura.

Lo derriban haciéndole caer de rodillas y arrastrándolo hasta el borde de la tarima.

—¡Morfeo!

Quiero pensar que sólo me preocupa mi deseo, pero verlo capturado despierta a la niña que una vez lo amó. Dominada por el terror, esa niña se abre paso desde los recovecos de mi corazón, aparta el arco del violonchelo y me lanza tras él.

Aterrizo sobre el estómago en un charco de fétidas babas, con la falda de polisón abultando encima de mí.

—¡Cógeme las manos!

Alargo los brazos y entrelazo sus dedos con los míos, pero él los suelta.

—¡No, Alyssa! ¡La prueba! Coge la espada vorpalina... Libera la sonrisa...

Las lenguas lo arrastran lejos de la tarima, hacia la boca babeante.

Sus alas se arrugan contra su espalda, atrapadas por el apéndice que le rodea la cintura. Su sombrero cae flotando hasta el suelo.

Forcejeo con el armazón que llevo bajo la falda para poder ponerme en

pie, balanceándome adelante y atrás hasta que el impulso me proporciona suelo firme. En cuanto estoy de pie, doy media vuelta y levanto la tapa de cristal. El pomo de la espada vorpalina es cálido incluso a través de los guantes. Allí donde toco dejo huellas azul brillante en el metal plateado.

Un grito devuelve otra vez mi atención al combate. Los caballeros élficos, elegantes y letales, se catapultan al lomo del zamarrajo y atacan en vano su piel con las espadas. Los guardias carta entran en acción. Hacen complicados ejercicios acrobáticos para construir un castillo de naipes más alto que la cabeza de la bestia. Entonces se dejan caer y usan las lanzas para pincharle las lenguas.

Su esfuerzo combinado ayuda a Morfeo a librarse de la lengua de su cintura. Cae al suelo, agitando las alas para hacer fuerza contra los otros dos apéndices que siguen enrollados en sus tobillos. El zamarrajo se revuelve. Los guardias carta revolotean como hojas atrapadas por el viento y chocan contra las paredes. La bestia vuelve a corcovear, derribando a tres de los elfos. Chocan contra el suelo, quedando inconscientes, y a su lado las espadas giran con un chirrido.

Me recorre un sentimiento de urgencia. Empuño la espada vorpalina y destripo las costuras del estómago del osito. El relleno sobresale y se separa, cuando algo lucha por abrirse paso.

Morfeo gime. Los caballeros y los soldados carta cubren el suelo, todos ellos inconscientes, heridos o muertos. Babeantes y anguilescas, las lenguas se retuercen contra Morfeo, sosteniéndolo boca abajo. La mandíbula inferior del zamarrajo se descoyunta y se abre para formar una sima dispuesta a tragarse entera a su presa.

Chessie aún no ha salido de su prisión de felpa. Me enganchó el oso al corpiño, cojo el arco de violonchelo y la espada vorpalina, y agito las alas para alzar el vuelo. No me importa lo alto que estoy. Floto hasta la aullante masa del monstruo y le grito a Morfeo:

—¡Cógela! —Sitúo la espada justo encima de su mano alzada y la suelto.

Él la coge por el pomo con relampagueantes reflejos y mueve la hoja en tres barridos, cortándole la cabeza a una lengua. La criatura brama y suelta a Morfeo, que se une a mí en el aire. Abajo, nuestro atacante retrocede a su redil, aullando.

Con el pelo revuelto y la ropa arrugada y cubierta de babas, Morfeo

encaja la espada vorpalina en su solapa y asiente en señal de gratitud. Descendemos juntos. Apenas han tocado mis pies el suelo cuando el oso de peluche enganchado a mi corpiño tira de mí, arrastrándome hacia el corral de la bestia.

—¡Chessie intenta reunirse con su otra mitad! —grita Morfeo.

Es como si alguien me hubiera atrapado con su sedal de pescar y tirara del carrete. Morfeo intenta cogerme, pero es demasiado tarde. Me veo arrojada al corral y enfrentándome al zamarrajo. Las rodillas me fallan cuando empieza a moverse a mi alrededor, acechando, gruñendo, arrastrando por el suelo su lengua incapacitada que gotea sangre verde.

—¡Libera la sonrisa, Alyssa! —Morfeo entra en el redil para distraer a la bestia.

Temblando de pies a cabeza, suelto el muñeco de mi corpiño y lo dejo caer. Un resplandor naranja se eleva desde la costura rota. El zamarrajo suaviza sus gruñidos, hipnotizado por la luz. Con el arco de violonchelo agarrado con fuerza, espero y dudo.

El resplandor naranja crece desde el tamaño y la forma de una moneda a los de un balón de fútbol. Aparecen unos ojos verde esmeralda con pupilas verticales, seguidos de una nariz bulbosa en el centro. Finalmente se ve una sonrisa, de un blanco tan brillante como la de la enfermera Poppins del psiquiátrico, con bigotes a ambos lados.

Otra luz naranja responde desde dentro del estómago del zamarrajo, iluminando a las víctimas sin digerir de la criatura. En su interior aletean las siluetas de seres alados, grandes y pequeños, como si fuera un macabro móvil de bebé que proyecta sombras en las paredes de su tripa.

La bestia baja la cabeza y guarda silencio, consciente de alguna manera del cambio que tiene lugar en su interior. La cabeza naranja de Chessie se vuelve para mirarme y adquiere la forma de un reloj de arena, con los bigotes estirados verticalmente sobre sus dientes para formar las cuerdas de un arco.

Un violonchelo...

—Sé el puente —me dice Morfeo—. Somete a la bestia.

Cojo el instrumento naranja flotante y lo obligo a descender.

Me apoyo contra una pared, paso el arco sobre los bigotes y elijo una canción sencilla que solíamos tocar como calentamiento en la banda. Pero lo

que sale de la sonrisa no son mis notas. La voz de Chessie canta una melodía, melancólica y contagiosa, que pronto me veo tarareando mientras continúa acompañándolo, aunque no la he oído antes.

Los ojos del zamarrajo se entornan. Se le doblan las patas, incapaces ya de sostener su peso. Se deja caer de costado con un fuerte sonido de chapoteo y empieza a roncar. La luz de su estómago asciende por su esófago dejando a las siluetas aleteantes en su prisión.

Morfeo aterrizo en el suelo y me rodea con un brazo.

El zamarrajo, aún dormido, lanza un hipido, liberando la brillante burbuja naranja. Mi «violonchelo» se suelta para unirse a su otra mitad y, cuando la burbuja estalla, Chessie vuelve a estar entero, flotando en el aire. Se convierte en una pequeña criatura de franjas grises y naranjas, más una mezcla de mapache y colibrí que un gato. La sonrisa de su rostro se hace más amplia y me guiña un ojo, asiente en dirección a Morfeo, y luego desaparece con un latigazo de su peluda cola a rayas.

Las piernas me fallan y tengo todo el cuerpo entumecido. Morfeo me escolta fuera del corral del zamarrajo dormido, y luego cierra y atranca la puerta para retener dentro a la criatura encadenada.

—Tras semejante batalla mágica, dormiré hasta mañana, supongo.

Las cartas y los caballeros supervivientes aplauden.

Morfeo corre hacia ellos, sosteniendo mi cintura con un brazo.

—Ocupaos de vuestros heridos. Olvidad a los muertos por ahora. Prepararé a Alyssa y la corona. Reunid en la sala del trono a las cortes y a los testigos. La coronación tendrá lugar en breve.

Los ilesos se llevan a rastras a los heridos y cierran la puerta, dejándonos en la sala abovedada con sus muertos. No puedo mirar los cuerpos, asqueada porque han muerto por mí.

Al percibir que tengo los nervios a flor de piel, Morfeo me abre sus brazos. Acepto su ofrecimiento sin dudarlo y me aprieto contra él con fuerza bajo la luz de la luna.

El pomo de la espada vorpalina me aprieta las costillas desde debajo de su chaqueta, y combato la tentación de sacarla y cortar el cuello. Pero no puedo. No después de lo que ha hecho.

—Te pusiste delante de mí —susurro—. Pudiste haber muerto.

—Tú me salvaste luego, así que estamos en paz.

Dice las últimas palabras con su tono más humilde, como cuando le ganaba a los juegos cuando éramos pequeños.

Le agarro por la chaqueta y tiro de él con fuerza, enterrando la nariz en su pecho. No sé cómo expresar con palabras lo que siento. Furia por lo que nos ha hecho a Jeb y a mí manipulando y retorciendo el afecto que mi yo-niña siente por él. Pero ya no estoy convencida de que quien sienta ese apego sea sólo la niña que hay en mí.

—Te odio —digo, amortiguando el sentimiento contra su corazón, esperando que sea verdad.

—Y yo te quiero —responde él sin dudarlo, con voz resuelta y cortante mientras me abraza con más fuerza para que no pueda apartarme de él y reaccionar—. Dada nuestra situación, la encrucijada era inevitable, mi hermosa princesa.

Eso me afecta, y ni siquiera sé por qué. Estoy perdida en la confusión y la incredulidad por todo: nuestro beso, su confesión, mi enfrentamiento con el zamarrajo, y, sobre todo, el hecho de que Jeb y yo estemos a punto de volver a casa.

Morfeo me aparta y me mira en silencio.

—Y ahora me coronarás —aventuro, necesitando romper el intenso magnetismo que hay entre nosotros—. Y habré acabado.

Él se mira los zapatos.

—Sí. Y habrás acabado.

Sin decir otra palabra, enciende varias de las antorchas de la pared, iluminando la habitación. Entonces recupera el sombrero y se lo pone en la cabeza.

Tiene la ropa hecha un desastre, igual que yo. Dirijo una mirada al zamarrajo dormido, encerrado en su corral. ¿Por qué me ha hecho llevar Morfeo el vestido de mi coronación a algo que me lo arrugaría y estropearía? Una molesta sospecha renace en mí cuando vuelve con la corona de rubí en la mano.

—Si quieres —dice—, puedo coronarte aquí y ahora, en privado. Sin más números. Podremos acabar con esto en cuestión de minutos.

Sus palabras acaban con mis sospechas. No es que suene muy convincente, pero me gusta la idea de hacer esto sin tener a todo el País de las Maravillas mirando.

—Sí.

Su mano libre se abre para mostrar mi deseo.

—Cuando estés lista, apriétalo hasta que estalle en tu mano mientras piensas en lo que más desea tu corazón. Pero asegúrate de elegir las palabras con cuidado. Di que deseas liberarte para siempre de la influencia de la Reina Roja. Es la única forma de liberar a tu familia.

Yo asiento.

Me rehúye la mirada por algún motivo.

—Sólo te pido que esperes a que te corone antes de pedir tu deseo.

Las pestañas le tapan los ojos, y las joyas de su cara parpadean con tres tonos de azul diferentes, como si estuviera indeciso acerca de algo.

Me quito los guantes y cojo la cuenta, aún cálida por haber estado en su bolsillo.

Él me sorprende ofreciéndome otra cosa, la Oruga tallada en jade de su habitación.

—Para que no te olvides de mí, o de tu mejor cara.

La acepto, tragando saliva contra la duda de mi garganta.

Alza la corona de rubí sobre mi cabeza.

Cierro los dedos sobre el deseo cristalizado, esperando a que me dé la entrada, ensayando mentalmente para que las palabras sean perfectas.

—Yo te coronó reina Alyssa, legítima heredera de la Corte Real.

Apenas deposita la circunferencia sobre mi cabeza, la puerta se abre de golpe. Soldados carta y caballeros élficos con expresión severa y solemne llenan la habitación. Dos elfos apuntan a Morfeo con sus espadas y lo obligan a arrodillarse. Sedosa revolotea sobre la cabeza de uno de los caballeros y Morfeo la mira fijamente.

—Te has ido de tu mágica lengua, ¿eh, mascota traicionera? —pregunta con veneno en la voz.

Una disculpa reluce en los ojos cobrizos de ella.

—La culpa te habría consumido vivo —tintinea su voz de carillón—. Apartar a una chica inocente de todo lo que conoce y llevarla a un mundo extraño, lejos de sus amigos y su familia. El miedo te cegaba tanto que no viste que estabas repitiendo lo que le pasó a Alicia. Eres mi señor más querido... y no pienso ver cómo te consume el remordimiento. Será mejor que afrontes tu destino con nobleza.

—¿Con nobleza? —sisea Morfeo en respuesta—. ¿Es que no fue noble que te salvara la vida? ¡Me estás condenando a muerte! Debí dejar que te devorara ese sapo con colmillos hace tantos años.

Los elfos se tensan en sus posiciones y Sedosa agacha la cabeza avergonzada. Los caballeros y los soldados que me rodean se separan para dejar pasar a alguien que cruza la puerta.

—¿Qué está pasando...? —No termino la frase al ver llegar a una mujer de encaje marfileño, cuya piel y vestido brillan como cristales de hielo. Sus emplumadas alas blancas se arquean altas y elegantes como las de un cisne, complementando la curva de su largo cuello bajo el pelo plateado que le llega a la cintura. Su rostro me resulta familiar por su belleza y su aire solitario, y lleva la sombrerera de peltre que una vez la retuvo prisionera.

La Reina Marfil.

¿Cómo ha conseguido salir? ¿La han liberado la Reina Granate y el Rey Rojo?

Una mirada a las rosas de la caja y la hipótesis salta hecha añicos. Las rosas solían ser blancas. Ahora son del color de la...

Sangre.

Marfil se acerca, parándose a unos centímetros de donde Morfeo está arrodillado.

—Me sedujiste —le acusa, con tono crepitante. Las lágrimas corren por sus mejillas pese a la enfurecida escarcha que proyecta por sus ojos blancos y azulados.

—Veo que has recuperado la memoria —comenta Morfeo, sonriendo incluso ante las espadas que le apuntan.

—Igual que mi corona. —Se toca la brillante tiara de diamantes de la cabeza—. Utilizaste palabras bonitas —solloza— todas las noches que compartimos. Me hiciste creer que yo te importaba... Utilizaste mi afecto

para meterme en la caja con engaños. —Sus delicados dedos enjugan las lágrimas de su rostro—. Entonces le tendiste una trampa al Rey Rojo y volviste a mi corte contra él, ¡y todo para poder cerrar mi portal y retener aquí a la joven princesa hasta completar tu plan! ¿Se lo has contado ya? ¿La verdad de todo esto? ¿Lo que pretendes quitarle?

Miro a Morfeo. La culpa que se refleja en su rostro me revuelve el estómago.

—Me dijo que podría irme en cuanto fuera reina. —Arrojo a sus pies la oruga tallada—. ¿Qué más hay?

Morfeo mira la pieza de ajedrez junto a su rodilla.

—Nada. Para expiar todo el mal que le hicieron, debía hacer que la heredera legítima de Roja fuera coronada reina de la Corte Roja.

Una reina con ropajes color rubí y cintas en los dedos de pies y manos que imitan sus llameantes cabellos se abre paso dentro de la habitación, flanqueada por su rey y sus guardias. Es la Reina Granate.

—Hay algo más. Nos lo ha contado el hada. —Se lleva al oído una mano encintada para escuchar los susurros—. Sí... Su maldición tenía otra condición, ¿sabes? Una que te atraparé en este lugar para siempre.

—Nunca tuvo intención de que te fueras —me dice Marfil.

Cierro los dedos alrededor de la lágrima cristalizada. Si eso es cierto, ¿a qué viene la charada del deseo?

—En tu enloquecida búsqueda de libertad —dice Marfil, dedicando nuevamente su atención a Morfeo—, le has costado la vida a un noble mortal y has traicionado a las dos cortes. Tendrás que pagar por tus herejías.

Las palabras «noble mortal» me hielan el corazón. Me vuelvo hacia la galimajaula y las rosas pintadas de sangre. El pecho se me encoge ante una terrible intuición.

—¿Dónde está Jeb?

Marfil levanta la tapa de la sombrerera, la compasión suaviza su expresión.

El estómago me da un vuelco incluso antes de ver el apelmazado pelo oscuro en el agua negra, incluso antes de que se gire mostrándome un rostro tan familiar que me desgarrar el alma.

Sacrificios

—Jeb... no, no, no.

Ríos de ardientes lágrimas me abrasan el rostro.

Él parece confuso mientras me mira desde dentro de la galimajaula. Finalmente, sus ojos brillan con intensidad en cuanto comprende lo sucedido.

—Ali. —Sus labios forman mi nombre en un estallido de burbujas.

La palabra enmudecida me parte en dos. Se suponía que yo era su salvavidas... ¿Cómo he podido dejar que pase esto?

—¡Oh, serás idiota! —le grita Morfeo a Jeb—. Tenías que hacerte el héroe, ¿eh?

—Tú tienes la culpa de lo que le ha pasado —dice el rey Rojo dando un paso adelante—. Tus actos obligaron a este joven terrestre a tomar una decisión... una decisión irrevocable.

—No eres quién para hablar de culpas —le replica Morfeo, tan arrogante como siempre. Un caballero le sacude en la cabeza con la mano enguantada.

La culpabilidad me desgarran tan profundamente por dentro que casi me doblo por el dolor. He besado a otro mientras Jeb se desangraba por mí.

—Esto no puede estar pasando —le digo a Marfil, restañándome las lágrimas.

Su expresión se entenece.

—Lo siento mucho. Mi corte nunca habría creído al rey Rojo si les hubiera dicho que me habían tendido una trampa. Sólo habrían creído a su reina. Morfeo tenía planeado liberarme sólo después de haberte atrapado aquí.

Sedosa se lo contó a tu chico mortal, y él eligió ocupar mi lugar para que yo pudiera impedir que Morfeo llevara a cabo su plan. No podía soportar que quedaras atrapada en nuestro mundo para siempre.

—Pero ahora lo está *él* —murmuro. Jeb me mira a través del líquido.

El dolor me traspasa el corazón, como si me lo desgarraran pájaros hambrientos.

Un océano rojo por los lazos del amor, que pintó de cada una de las rosas el corazón... Lo que había abierto la caja era el amor que Jeb sentía por mí. Ese mismo amor que brilla en sus ojos traspasando todas las barreras que nos separan, abriéndose paso a través de la oscura agua y del cristal para recordarme su fe en mí: «Eres la mejor amiga que he tenido. Por muy mal que estén las cosas, sé que siempre encontrarás el modo de ayudarme».

Tiene razón. Esto no acabará así. No lo permitiré.

En mi mano reluce la cuenta transparente. No puedo usar mi deseo directamente con él, pero aún así puede salvarlo.

Miro a Morfeo a través de mis lágrimas.

—Una vez me dijiste que si te ayudaba me ayudaría a mí misma. Que arreglar las cosas en el País de las Maravillas, nos liberaría para siempre a mi familia y a mí.

Le da un golpecito a la oruga tallada que gira sobre sí misma en el suelo de mármol.

—¿Has oído alguna vez lo de «la verdad os hará libres»? Yo te he dado eso. Un vistazo a tu verdadero yo.

No le importa que no pueda oír la voz de Jeb. Que no pueda tocar su piel. No le importa que a Jeb le aterre perder el control de su vida pero que haya renunciado a todo control sólo para salvarme.

Y lo que es peor, muy pronto, Jeb no me recordará. Ni siquiera se recordará a sí mismo.

A Morfeo no le importa nada de esto. Lo único que le importa es cumplir con el desafío que le hizo la reina Roja con la Lengua de la Muerte.

Me agacho para hablarle al oído.

—Si pudiera, haría que ocuparas su lugar.

Morfeo aprieta la mandíbula.

—La magia es definitiva. Tu caballero mortal se ocupó de que fuera así. *Un intercambio de almas la puerta cerrará, y por siempre jamás, la sangre la sellará.*

Tengo todos los músculos del cuerpo en tensión, de tanto contenerme para no atacarlo. En vez de eso, toco los pétalos de las rosas rojas.

—Podría unirme a él. Usar el deseo para meterme en la galimajaula.

—¡No lo permitiré! —Morfeo intenta levantarse, pero los caballeros le presionan el esternón con la punta de sus espadas.

—Sería malgastar el deseo —dice Sedosa, iluminándose el hombro—. En la caja sólo cabe un alma cada vez. Además, el portal no volverá a abrirse nunca, ni para dentro ni para fuera.

Jeb vocaliza las palabras: «Vuelve a casa».

Los remordimientos me desgarran, yuxtapuestos a una furia abrumadora. No tenía derecho a hacer este sacrificio. No tenía derecho a dar la vida por mí. No tenía ningún derecho a dejarme aquí sola.

Acaricio el cristal que hay sobre su cara, memorizando cada frase. Si deseo que nunca hubiéramos venido, ninguno de los dos habría estado aquí para que pasara esto.

Morfeo, todavía de rodillas, forcejea con sus captores, recordándome porqué vine aquí desde un principio. Si vuelvo a dejarlo todo como estaba, él también volverá a estar libre. Libre para atormentar a mi familia hasta que alguien lo detenga de una vez por todas.

Sólo hay una solución, y es tan clara como el cielo azul cuando Jeb y yo volamos cruzando la sima en tablas flotantes.

Beso el cristal duro y frío que nos separa, recordando cómo eran sus labios en la sala de los espejos. Suaves, cálidos, generosos, y vivos.

Esos primeros besos serán nuestros últimos.

—Todo a lo que has renunciado por mí —le digo—. Todo lo que has hecho mientras estábamos aquí es asombroso. Si consigo volver a casa, dedicaré mi vida a agradecértelo.

Jeb se queda boquiabierto. Niega con la cabeza, haciendo que las burbujas broten a su alrededor. Su pelo se agita como musgo negro flotando en el agua.

—¡No, Alyssa!

Los gritos de Morfeo están extrañamente sincronizados con los gritos silenciosos de Jeb. Pero es demasiado tarde. He apretado la lágrima, y el líquido resbala por mi muñeca, cálido por el aroma a salmuera y nostalgia.

Recito mentalmente el deseo más profundo de mi corazón: no haber abierto la puerta a Jeb cuando vino a mi casa el día del baile de graduación y haber atravesado sola aquel espejo.

Tras mis ojos cerrados, gira un reloj de bolsillo gigante, sus manecillas moviéndose hacia atrás. Todo pasa al revés: mis alas se hunden en mi piel, nuestro viaje sobre las ostras asciende hacia el arrugado tablero de ajedrez, que se alisa para formar una suave cuesta arenosa, surfeando hacia arriba en vez de hacia abajo y saltando hacia atrás a la mesa de la Marcela Libra, para vernos ante estatuas heladas. Los besos en la sala de espejos, todos ellos robados, perdidos en un pliegue temporal para no ser recordados por nadie aparte de por mí. Veo rellenarse el océano, a nosotros saltando al bote de remos, al octobeno volviendo al agua mientras nos volvemos a dormir, para despertar en playas de blanca arena. Yo subida a hombros de Jeb mientras camina hacia atrás, encogiéndose hasta mi tamaño mientras luchamos con las flores, y luego retrocedemos hasta la puertecita. A la madriguera del conejo, y arriba, arriba, arriba para ver el sol. Hasta que finalmente Jeb no está y yo caigo por la madriguera, yo y nadie más.

Tengo los pulmones sin resuello como si me hubieran sacado de debajo del agua. Abro los ojos.

Conservo todos los recuerdos, y todo está igual: Morfeo inmovilizado por las espadas de los caballeros, las reinas codo con codo, los guardias mirando con anticipación y Sedosa en mi hombro.

Y lo que es peor... la galimajaula. Las rosas siguen siendo rojas. Marfil sostiene en las manos el cubo de peltre. Estoy a punto de gritar, porque el deseo no se ha cumplido y he fracasado.

Las lágrimas en los ojos de la reina Granate me detienen.

Me acerco a la caja. Al otro lado de la tapa levantada, el rey Rojo me devuelve la mirada a través del agua negra. Sin Jeb aquí para sacrificarse, el rey usó su amor por Granate para cambiarse por Marfil, salvando ambos reinos. Puede que esto lo redima en cierta medida por partirle el corazón a mi tataratatarabuela hace tantos años.

Me pregunto si alguien recuerda a Jeb. La confusión en sus ojos me dice que no. Pero apostarí la vida a que Morfeo sí.

Siempre ha podido leerme la mente.

—Una decisión imprudente —dice, confirmando mi sospecha—. Siendo la mártir, nunca volverás a ver a tu familia. ¿Cómo crees que se sentirá tu pequeña y frágil mamáíta?

—Oh, no te preocupes, los volveré a ver —contesto—. Los atributos de seres del País de las Profundidades nunca fueron una maldición para mi familia. Tú eras la maldición. Y hoy estoy rompiendo tu maldición para siempre. Ahora soy la reina. Los portales están abiertos para mí. Así que volveré a casa y mi familia será al fin libre.

Él se mira los zapatos, sus joyas parpadean negras y azules, como moratones.

—Bonitas ilusiones, querida. Casi tan bonitas como las de un cuento de hadas. —Una ronquera le araña la voz, tiñéndola de remordimiento.

Harta de sus juegos mentales, empiezo a quitarme la corona de Granate.

Mis dedos se pegan a la base de rubíes y no puedo moverlos. El cuero cabelludo me arde bajo el pasador de la reina Roja. De mi cráneo brotan zarcillos al rojo vivo que descienden hasta mi columna vertebral, inmovilizándome el cuerpo.

La sensación se propaga por mis brazos, prendiendo fuego a mis venas. Vuelven a brillar verdes, como en el jardín de espíritus, y a crecer como la hiedra. Tengo la misma sensación en las piernas bajo la ancha falda. Esta vez los zarcillos no reculan dentro de la piel. Crecen, expandiéndose con mi aliento, como si una planta viva brotara de mí.

Grito cuando los zarcillos atacan como serpientes con hojas, apartando a Sedosa de mi hombro y buscando a todos los que me rodean.

—¿Qué pasa? —gime Granate, a quien todas las cintas de sus dedos susurran a la vez.

—¡El sacrificio de tu marido ha sido inútil! —grita Marfil—. El pasador del pelo contiene el espíritu de Roja... Está unida a la chica... ¡Son un solo ser!

Los caballeros y los guardias carta vuelven sus armas contra mí, temiendo por sus reinas.

Morfeo aprovecha la distracción para agitar sus alas a la altura del pecho, derribando a los caballeros que había a su lado. Gira sobre los talones y se pone tras Marfil, agarrándola por la cintura y poniéndole la espada vorpalina en el cuello.

—Apártate, reina Alyssa, o partiré a Marfil en dos y despertaré al zamarrajo para echarle de comer.

Todo el mundo se queda inmóvil. Hasta Sedosa se queda congelada en el aire. Yo quisiera correr hacia la puerta, pero no puedo moverme. La Reina Roja lucha por controlar mi cuerpo, y necesito hasta la última gota de mi fuerza y toda mi concentración para mantenerla a raya.

—Todos —Morfeo hace un gesto hacia la puerta—, fuera. Esto es algo entre nosotros tres. O entre nosotros cuatro, si contamos a la reina que apuñalasteis por la espalda hace toda una vida.

Sedosa es la primera en irse, abatidos los verdes hombros.

Granate le coge la galimajaula a Marfil y retrocede con sus guardias naípe, caminando de espaldas hacia la entrada, casi tropezando por el camino con algunos soldados muertos. Los caballeros élficos no se mueven, esperando las órdenes de Marfil.

—No me pongáis a prueba. —Morfeo extiende las alas y presiona la hoja contra la yugular de Marfil hasta que aparece un ligero corte.

—Marchaos —dice ella con voz ronca.

Una oleada de frustración recorre a los caballeros mientras retroceden, con las espadas caídas. Pero esa emoción sólo puede sentirse, no verse; su rostro continúa impassible. La puerta se cierra tras ellos con fuerza. Morfeo se lleva a Marfil a rastras para cerrar y atrancar la puerta, y luego se vuelve hacia mí, estrechando los ojos al mirar a la corona de mi cabeza.

—Yo ya he hecho mi parte, maldita bruja. Ahora estoy libre de ti.

—Muy cierto... —La respuesta de Roja resuena en mi cabeza y se abre paso desde mi boca en una bocanada de aire—. *Pero mis expectativas se han ampliado. Me merezco un desquite, tras tanto tiempo presa. Acércame a tu cautiva. También quiero su corona mágica. Entrégamela y te ofreceré un puesto a mi lado como rey, gobernando sobre todo el País de las Maravillas.*

Marfil forcejea, pero Morfeo mantiene la hoja firme contra su cuello. Le miro a los ojos y él hace una mueca de dolor.

—¿Por qué no me hiciste caso? —pregunta con voz ahogada—. El deseo que te di... Si lo hubieras usado como te dije... Te habría salvado de este final. Mi reto consistía en conseguir que te sentaras en el trono estando poseída por Roja. Intenté ofrecerte una salida.

Me desmayaría si la reina no me estuviera sosteniendo. ¿Mi destino es ser un recipiente, sólo la mitad de mi ser, y permanecer atada al País de las Maravillas por toda la eternidad? Quiero volver a decirle que le odio, y esta vez decirlo de verdad. Quiero escupirle y gritar que es un cobarde de la peor especie por sacrificarme para conservar su alma sin valor.

En vez de eso aparto la mirada, usando ese recurso que antes funcionó tan bien para hacer que se arrodillara. Porque ahora es el único con poder para liberarme.

—Por favor, tienes que entenderlo. —Su voz adquiere un tono de súplica, y el corazón, la única parte de mi cuerpo que jamás permitiré que tenga Roja, me da un vuelco, esperanzado—. No soy un cobarde. —Intenta convencerme, como si ya se lo hubiera llamado—. No me mueve el miedo a la muerte... sino al cautiverio. Al igual que tú, no puedo ser un espíritu prisionero. Debo ser libre. Lo entiendes, ¿verdad?

Contengo cualquier reacción, pero el esfuerzo de combatir a Roja hace que asome a mi rostro una mueca de dolor.

—¿Quieres darte prisa y traerla de una vez, idiota? Necesito el poder de la corona de Marfil para combatir a la chica. Es muy poderosa.

Hay una nota de orgullo en esa afirmación, que sólo aumenta mi determinación de vencerla. No estoy emparentada con ella. No soy nada de ella de lo que pueda sentirse orgullosa.

Morfeo avanza unos pasos con su rehén. Roja lanza un zarcillo como si fuera una serpiente atacando. Derriba la corona de la cabeza de Marfil, la cual lanza un grito y se desmaya.

Morfeo detiene su caída y la quita de en medio, sujetando con el pie la corona incrustada de diamantes. El zarcillo de Roja intenta volver a cogerla pero no puede acercarse más sin que yo de un paso hacia ella. Me niego a moverme.

Roja maneja la conexión entre los zarcillos de su hiedra y mis venas como si fueran los hilos de una marioneta. Aprieto los dientes para combatir el dolor desgarrador, casi rompiéndome la mandíbula. Pero sigo sin ceder.

—¡Habría sido perfecto! —prácticamente grita Morfeo, concentrándose sólo en mí—. Tu pretendiente mortal ha olvidado ya este viaje. Pero tú y yo compartimos recuerdos de una infancia que no olvidaré nunca. Eres la dama de mi corazón. Mi igual en todos los aspectos. Habría seguido a tu lado una vez expulsada la reina Roja, no habría permitido que reinases sola. Habríamos bailado todas las noches en las estrellas sobre tu reino. Por ti, habría renunciado a mi solitaria vida... Habría sido tu fiel servidor y te habría amado eternamente.

Roja obliga a que mi cara se vuelva en su dirección, pero sigo mirando al suelo.

—Debería convertirte en mi reposapiés tras esta declaración de herejía. Pero te doy una última oportunidad. Tráeme la corona si quieres tener alguna parte de ella. Ya comparto la mitad de su mente. Puedo ofrecerte su cuerpo, obligarla a que ceda a tus deseos. Utilízala a voluntad. Cásate con ella, acuéstate con ella. Sé su compañero. Pero dame la corona de Marfil.

La suela del zapato de Morfeo empuja el círculo enjorado por el suelo hacia ella. Se lo piensa mejor y lo hace retroceder poniéndolo todavía más fuera de su alcance.

Un rescoldo de esperanza prende en mi interior, hasta que alzo la mirada. Morfeo lo está pensando, está considerando seriamente la propuesta de Roja.

No puede hacer eso, ¿verdad? ¿Puede obligar a mi cuerpo a acatar su voluntad? Como respondiéndome, algunos de mis cabellos se escapan de sus horquillas y se agitan ante mí, y ya no son rubio platino sino de llameante rojo. Se agitan hacia Morfeo, tentándole como si le hicieran señas.

—¿La quieres para ti?

—Mucho... —Se le quiebra la voz.

—Entonces, obedece. Será físicamente tuya, y con el tiempo también lo serán su alma y su corazón. Podrás cortejarla y recuperar su favor. Tendrás la eternidad para ganártela.

La expresión del rostro de Morfeo evidencia que está dividido entre sus anhelos y su sentido del honor. Las gemas que adornan sus ojos relucen del rosa al púrpura.

—La eternidad para ganármela. —Está casi en trance. Se agacha para coger la corona pero se para.

—¡Oh, por el amor de Fennine! Si eres demasiado débil para entregármela, límitate a irte. Si la chica aún tiene fuerzas es porque tú le das esperanzas. Márchate y podré con ella. Ya cogeré la corona yo misma.

Morfeo se detiene, me mira por última vez y se dirige a la puerta.

Recupero con esfuerzo el control de mi voz y un grito brota de mi garganta:

—¿Y ya está? ¿Ya tienes lo que querías y ahora me das la espalda como se la diste a Alicia? ¿Me dejas en mi jaula de hiedra? ¿Y por qué no? No puede ser peor que vivir con una camisa de fuerza, y ya has obligado a muchas a hacerlo.

Él se detiene a medio paso.

—¡No le hagas caso! En menos de una hora podrás abrazarla y amarla. Podrás secarle las lágrimas a besos, convertir su dolor en un lejano recuerdo.

Él reanuda el paso como moviéndose a cámara lenta, tensos los anchos hombros y gachas las alas.

—¡Hiciste un juramento! —chillo, luchando por recuperar el control de mi mente—. ¡Que no volverías a dejarme sufriendo y con el corazón roto! ¡Lo perderás todo!

Morfeo se para en el umbral, dándome la espalda y con la cabeza gacha.

—Renunciaría a todos mis poderes por tenerte en mis brazos. Tu amor es la única magia que necesito.

Roja me obliga a dar un paso... luego dos.

—¡Seré un cadáver en tu cama! —Intento llegar a él una última vez—. Estás matando todo lo que me hace ser quien soy. La chica a la que enseñaste, tu compañera de juegos, la que dices amar... desaparecerá, una marioneta ocupará su lugar.

Como para demostrarlo, la hiedra que envuelve mi pierna me obliga me hace dar otro paso...

Cuando Morfeo alza la mano para desatrarcar la puerta, Roja lanza sus zarcillos y coge la corona.

—Adiós, Alyssa —dice mi última esperanza, con las alas abatidas por la resignación—. Me temo que ninguno de los dos es lo bastante fuerte como

para vencerla.

—Eso lo veremos, Morfeo —respondo entre dientes, concentrando toda mi atención en los zarcillos que me poseen.

Estoy harta de que todo el mundo dicte lo que pasará en mi vida. Prefiero estar muerta a ser siempre un peón de otros.

Utilizo lo que me queda de voluntad para forzar a mis manos a agarrar los zarcillos que arrastran la corona hacia mí. Caigo de rodillas y tiro de la hiedra, tensándola allí donde se une a mi piel. En mi cerebro resuena el grito de la Reina Roja. Suelta la corona para concentrarse en mí. La hiedra me rodea manos y dedos hasta cubrirlos como mitones de hojas. Obliga a mis brazos a unirse y los ata, siguiendo con las piernas y el torso, incapacitándome como hicieron las flores al principio de mi viaje, salvo que el dolor es incomparable. Cualquier forcejeo contra estos grilletes hace que sienta como si fueran a romperse todos los huesos de mi cuerpo.

La única forma de parar el dolor es relajándome... rindiéndome. Ha ganado. Estoy acabada... Cierro los ojos y lanzo un gemido.

Pienso en Jeb, en Jenara, en mamá y papá, todos teniendo que continuar con sus vidas sin mí. Eso se me clava en el corazón con un dolor más agudo que cualquier otra cosa que haya podido sentir antes. Y me alegro. La intensidad de esa emoción me demuestra que sigo viva... que aún soy un individuo. Que soy yo.

Roja tiene mi cuerpo, pero aún no controla mi corazón ni mi mente.

Y es ahí donde radica mi magia.

A pocos metros de mí hay tres cadáveres de caballeros élficos. A uno le han cortado un brazo, otro tiene el cuello roto, y el otro una pierna destrozada, todos por su encuentro con el zamarrajo. Estarán rotos, pero sigo pudiendo utilizarlos.

Me concentro en sus cuerpos y los imagino vivos. Sus cerebros se convierten en ordenadores, conectados a mis pensamientos; sus corazones de arcilla, latén sincronizados con el mío; sus piernas y brazos son flexibles como limpiapipas, y se mueven siguiendo mis órdenes.

Se incorporan temblorosos y torpes. Se mueven hacia mí, cojeando y arrastrándose. Sus dedos se cierran en los zarcillos y se ponen a tirar de la reina Roja.

El capullo de hiedra que me envuelve se deshace y me deja girando en el suelo. Las enredaderas se tensan en mis tobillos, muñecas y manos, allí donde se unen a mi cuerpo. Los caballeros continúan tirando con todas sus fuerzas y los zarcillos rasgan mi piel al salir, como cables eléctricos que se arrancan de una pared de escayola. Me traspasa un dolor cortante como un cuchillo, como si una sierra radial se estuviera abriendo paso por mis órganos.

Balbuceo un grito y me ahogo en el sabor a sangre, perdiendo el control de mis macabras marionetas. Desfallecen y casi sueltan los zarcillos. Impulsada por mi deseo de ser libre, ordeno a los caballeros que tiren con más fuerza.

De mis heridas brotan chorros carmesíes que forman un charco en el suelo. Aprieto los dientes y utilizo la angustia que siente mi cuerpo para dar a mis creaciones fuerza para que luchen hasta extirpar a Roja, y perseveran hasta que sólo queda conectada a la yema de mis dedos por un manojo de hierbas.

Me desplomo y mi trío de caballeros se derrumba en un montón, de nuevo inánimes y muertos.

Estoy tan débil que apenas me doy cuenta de que Morfeo está a mi lado. Con la espada vorpalina, corta los brotes de hojas de mis dedos, y luego corta los zarcillos. Otro chirrido lacerante agita mi cráneo cuando Morfeo me quita la corona y el pasador para desconectarme por completo de mi titiritera.

Sin un cuerpo que habitar, el espíritu de Roja se marchita con la hiedra del suelo y muere como si fuera una masa de anguilas fuera del agua.

Morfeo guarda la espada vorpalina en un pliegue de su chaqueta. Yo me quedo en posición fetal, vaciada de sangre y de energía. Tengo las muñecas y los tobillos abiertos, heridas mil veces peores que las que me hice en las palmas de las manos cuando era niña. Me pregunto si me voy a morir...

Un resplandor oscuro apaga cuanto me rodea.

—Niña valiente y testaruda —me susurra Morfeo al oído mientras me acuna tiernamente en sus brazos, alzando mi cuerpo—. Eras la única que podía liberarse de su posesión y ganar la corona. Sabía que vencerías. Sólo necesitabas que alguien te empujara para que te enfadaras. ¿Y quién mejor que yo para enfurecerte?

—Mentiroso —farfullo, nadando en náuseas y tosiendo sangre. Noto los brazos y las piernas como si llevara pesas en ellos, y chorros pegajosos brotan

de las heridas de mi cuerpo—. Me abandonaste.

—Aún estoy aquí, ¿no? —Morfeo me deposita junto a Marfil y descubre la marca de nacimiento de la reina, haciendo que toque la mía. Noto calor recorriéndome el cuerpo—. Y siempre he creído en tu poder. Por la reina que vi en ti incluso cuando eras niña... por la mujer que tú nunca pudiste ver en ti. Mi fe es tan inmutable como mi edad.

—No te creo —murmuro semiconsciente. Mis venas recuperan su caudal y mi piel se cura. Las laceraciones agónicas que tengo dentro y fuera de mi cuerpo dejan de doler.

Él me acaricia la cabeza

—Pues claro que no. No te he dado motivo para que lo hagas.

Abro los ojos de golpe al oír un rugido procedente del corral del zamarrajo. La puerta cuelga de sus bisagras, el candado está destrozado e inútil, y el monstruo se alza por encima del hombro de Morfeo con la hiedra de la reina Roja iluminándole las venas. Ha encontrado otro cuerpo que habitar...

—¡Morfeo!

Salta hacia el monstruo para defenderme. Dos lenguas y un lazo de zarcillos se cierran alrededor de su cuello, agitándolo en el aire. Se le cae el sombrero.

Todavía débil, lucho por incorporarme.

—¡Defiéndete!

Pero todo se acaba incluso antes de que yo termine de pronunciar esa palabra.

Morfeo se agarra el cuello.

—Será mejor que acepte mi castigo, querida —dice con voz estrangulada—. Cuando se intenta ser más listo que la magia —una tos ahogada interrumpe sus palabras—, siempre se paga un precio.

La criatura se lo traga entero. Sus alas son lo último que desaparece, un fogonazo de reluciente gracia negra.

La criatura está a punto de embestirme pero en vez de eso cae al suelo y rueda luchando consigo misma. Morfeo sigue defendiéndome desde dentro.

Cuando el zamarrajo vuelve a ponerse en pie, se precipita hacia la pared más cercana. Estrella su enorme cuerpo contra la roca hasta que ésta se desmorona y aparece una abertura. A continuación se suelta de su cadena y salta por el agujero, escapando a los bosques del País de las Maravillas.

Me siento y me quedo mirando la enorme grieta en la pared del castillo durante lo que parece una eternidad, con el polisón de mi vestido rodeándome la cintura como un orbe de terciopelo. Respiro el aire de la noche y sé que no han podido pasar más que unos segundos.

Llegan las hadas para llevarse a los muertos. Primero las veo a lo lejos, las luces de sus cascos bamboleándose en la oscuridad antes de trepar por las rocosas ruinas de la pared y empezar a trabajar.

Estiro los brazos hacia delante para coger del suelo la oruga tallada y me la guardo en el escote del vestido. Me detengo a mirar el fedora de Morfeo y noto en el corazón una punzada de pesar.

Me arrastro hasta Marfil y le doy unas palmaditas en la cara para despertarla y que no la tomen por muerta.

La brigada de hadas vuela junto a nosotras, olfateando al pasar.

—No olisquean muertadas. Sigamos más ancho y largo.

Mientras ellas se llevan los cadáveres, Marfil y yo nos ayudamos mutuamente a ponernos en pie. Le cuento todo lo sucedido mientras estaba inconsciente.

Estoy aturdida... tengo las emociones tan a flor de piel que me he bloqueado y no siento nada.

—No tiene sentido —susurro, llevándome la mano al punto del pecho en que la talla, fría y sin vida, presiona contra mi corazón—. Morfeo venció a la Lengua de la Muerte de Roja, y luego se entregó al zamarrajo, el mismo destino del que huía...

—Para salvarte —termina Marfil mi pensamiento—. Parece que al final sí era capaz de sentir un amor desinteresado. Sólo que no por mí.

Me froto las lágrimas y la sangre seca de la cara, abrumada por la destrucción que nos rodea.

—Vine para arreglar las cosas. En vez de eso, lo he estropeado todo.

Marfil me recoloca el vestido y las alas. Me mira con bondad mientras

coge un mechón de mi pelo y estudia su llameante color rojo.

—A veces el fuego debe reducir un bosque a cenizas para que puedan crecer plantas nuevas. Creo que el País de las Maravillas necesitaba una limpieza.

Me miro las ropas rotas y ensangrentadas.

—¿Qué pasará ahora?

Ella pone la corona de rubí en mi cabeza y se recoloca la suya.

—Eres la legítima heredera de la Corte Roja. Has pasado todas las pruebas y has sido coronada. El decreto de la propia corte de Granate exige que deje el trono. Tus súbditos harán cualquier cosa que les pidas. Lo que ordenes será para ellos ley.

—¿Lo que sea? —pregunto.

Cuando ella asiente en respuesta, la puerta se abre de par en par con la ayuda de un ariete. Las dos cortes entran desde la sala contigua. Hasta las ostras y las flores zombi han conseguido entrar por el agujero de la pared.

Pronto me veo rodeada por un festival de criaturas tanto aladas como arteras y, por primera vez en mi vida, o al menos así me lo parece, la decisión sobre mi destino está solamente en mis manos.

—¿Qué será, reina Alyssa? —pregunta Marfil.

Me agacho para recoger el sombrero de Morfeo y me lo pongo en la cabeza encima de la corona, inclinándolo hacia un lado.

—Vamos a celebrarlo.

Cabos sueltos

En el mundo de los humanos, un elegante té por la tarde habría contribuido a la negociación entre dos reinos que intentan restablecer la paz, pero cuando veo a mi amigo el hurón albino someter a golpes al ganso asado, y a todos mis invitados atacar el desternillante primer plato por su carne aromática succulenta, sé que he tomado la decisión correcta.

La risa maniaca, los chasquidos de labios y las conversaciones poco civilizadas proporcionan un reconfortante ruido de fondo mientras arreglo las cosas con mis nuevos amigos regios. Me siento en la cabecera de la mesa con Marfil a mi derecha y Granate a mi izquierda y cojo la flotante botella de vino que me envía una criatura borracha de cabeza lanuda que está sentada al otro extremo de la mesa. Lleno mi copa, brindo por ellos y doy un trago largo. El sabor a ciruelas y bayas se desliza por mi garganta, dulce y espeso como la miel.

Papá no lo aprobaría, aunque esto no se parece nada al vino de casa. Yo sólo sé que necesito algo que me reconforte del frío que siento en el pecho cada vez que veo el sombrero de Morfeo colgado del brazo de mi asiento con sus mariposas rojas aleteando movidas por el trajín a mi alrededor.

Las hadas de Morfeo comparten mi pena. Suben y bajan y se mueven alrededor de la mesa, inquietas como abejas sin colmena. Sedosa está sentada en la lámpara del techo, llorando inconsolablemente.

Cornelio Blanco distrae a Granate con un chiste mientras le pasa una bandeja de galletas de rayo de luna. Los lazos de sus dedos que le recordaban el paradero del rey y la traición de su esquelético compañero de mesa desaparecieron misteriosamente en cuanto nos sentamos a comer. Tengo escondidas las cintas rojas bajo la pierna para destruirlas luego.

Cornelio me ha jurado lealtad a mí y a quien yo elija para gobernar en mi lugar cuando no esté. Granate necesitará un consejero real con experiencia, y, después de todo lo que hizo para verme coronada, no tengo razones para dudar de su devoción.

—¿Estás segura de tu decisión? —me pregunta la Reina Marfil.

—Es mejor así —contesto, acariciando el colgante de mi cuello. Esta llave es mía para siempre. Un rubí adorna la parte superior, en honor a mi reino.

—Deberías saber una cosa... —Marfil coge un dulce cristalizado, y chupa un extremo—. Dado que eres mestiza, el reino en el que vives es el que define tu forma. Las alas y las manchas de los ojos que aparecieron aquí, allí desaparecerán a las pocas horas. Tus poderes son eternos, pero se volverán latentes si no los utilizas. Cuanto más evites todo cuanto te recuerde a tu estancia en el País de las Profundidades, más humana te volverás.

Asiento con la cabeza y tomo otro sorbo de vino para aplacar el dolor de estómago. Me aliso el vestido que me dio Granate una vez me hube aseado, uno rojo de una pieza con tirantes y adornos de corazones, picas, diamantes y tréboles aplicados en el borde de la falda que me llega a la rodilla. Las enaguas negras crujen bajo mis manos. Me ofreció unas botas, pero me apretaban en el empeine, así que voy descalza.

Lo de asistir a una importante cena política a medio vestir es algo que no podría hacer en el mundo humano.

Nunca pensé que me sentiría tan indecisa sobre si volver a casa. Claro que nunca se me ocurrió que este lugar pudiera llegar a parecerme un hogar.

—Quiero experimentar todo lo que Alicia se perdió —le respondo por fin a Marfil.

—Lo entiendo. Tu corazón pertenece ahora al reino mortal, con el caballero del que me hablaste. Parece muy noble y valiente. —Una expresión soñadora asoma a su rostro.

Siento una punzada de compasión. Siempre ha vivido muy sola. Morfeo debió parecerle un sueño hecho realidad. Aunque no pueda encontrar al chico adecuado, hay otras formas de combatir ese vacío, amistades que entablar. Puede que sólo necesite un empujoncito en la dirección adecuada.

Miro a Granate, cuya boca brilla por los rayos de luna cuando se ríe, ajena a nosotras.

—Mientras yo no estoy, ¿querríais reuniros Granate y tú una vez por semana o así? Comed juntas, jugad al croquet, lo que queráis. Para mantener equilibradas las relaciones diplomáticas, ¿sabes? Podríais turnaros como anfitrionas...

Los hermosos y gélidos rasgos de Marfil se tornan cálidos mientras valora la idea.

—Por supuesto.

—Y podrías llevarte las hadas a tu castillo. Estarán perdidas sin Morfeo.

La reina sonríe con tristeza.

—Sí. Es cierto. Estaré encantada de acogerlas.

Las dos hacemos una pausa cuando la conversación que nos rodea se centra en contar historias de las hazañas de Morfeo a lo largo de su vida. Los invitados a la cena resoplan y sonríen tras cada historia, en un ardid evidente para ocultar la pena.

Bajo la mirada hacia mi plato.

Marfil me da un golpecito en la mano.

—Hablaba a menudo de ti. Su infancia contigo era sagrada para él. Aquí somos muy pocos los que llegamos a experimentar ese tipo de inocencia.

Las alas me pesan cuando pienso en nuestro breve tiempo juntas. Los recuerdos que tanto me esforcé por recuperar ahora me atormentarán para siempre.

Pensar en la inevitable despedida de esos seres maravillosamente excéntricos, que será también la despedida de una parte asombrosa de mí misma, me deja todavía más desolada. Mordisqueo un muslo. El ganso mutilado suelta una risita y se da la vuelta en la bandeja, como si pudiera notar mis mordisqueos desde el otro lado de la mesa.

—Deberíamos hablar de tu viaje a casa. —Marfil deja un lado el dulce—. El tiempo es engañoso cuando cruzas el portal entre reinos. El reloj da marcha atrás si no piensas en una hora concreta.

Así que eso era lo que querían decir las flores con que el tiempo iba hacia atrás en el País de las Maravillas.

—¿Cuánto hacia atrás?

—Te devolverá en el mismo momento en que lo cruzaste. Eso podría verte bien. Si apuntas a tu dormitorio, podrías crear la ilusión de que nunca te fuiste.

Me seco los labios con una servilleta y la miro fijamente.

—No. Tengo otro lugar en mente. Hay algo que debo hacer antes de que me desaparezcan las alas, antes de que pueda volver a empezar mi vida.

* * *

Tal como funcionan los portales, se supone que debo imaginarme el sitio en el que quiero aterrizar, pero tiene que ser una habitación con un espejo lo bastante grande como para que yo pueda pasar a través de él. La magia es más estricta en el reino humano. Dado que los únicos tres lugares del psiquiátrico con los que estoy realmente familiarizada son la mesa de recepción, la cafetería y los lavabos, aprieto con fuerza la llavecita que cuelga de la cadena de mi cuello y elijo la obvia.

Cruzo el portal a gatas y acabo con las rodillas en un lavamanos inmaculado y apoyando las manos en los bordes para no perder el equilibrio. Casi choco con la enfermera Jenkins, que estaba frente al espejo rebuscando en su bolsa de maquillaje. Un lápiz para cejas repiquetea contra el suelo. Ella se tambalea hacia atrás y cae de culo junto al inodoro, mirándome boquiabierta. De su garganta se escapa un ruidito, a medio camino entre un gemido y un jadeo.

Quizá podría explicar lo de los ojos y las alas diciendo que es un disfraz, pero ¿lo de salir de un espejo? Lo mejor que puedo hacer es irme y dejar que se convenza que ha estado trabajado demasiado. De todos modos, es improbable que me reconozca.

Me guardo la llave en el corpiño y respiro hondo, el desinfectante me pica en la nariz. Las enaguas me crujen cuando salto del lavabo. Baldosas recién fregadas reciben mis pies desnudos.

Oigo un chillido de la enfermera Jenkins cuando me dirijo a la puerta. Sigue en el suelo, tan conmocionada que casi babea. Del bolsillo se le ha caído una jeringuilla llena y sus llaves. Casi la compadezco, hasta que veo el nombre de Alison en la etiqueta de la jeringuilla.

Me arrodillo a su lado y recojo las llaves.

—Necesito que me las prestes.

La enfermera me mira boquiabierta.

Un sentimiento de desquite se apodera de mí y cedo ante mi lado malvado.

—¿Sabes? Parece que hoy estás algo tensa. —Empujo la jeringuilla hacia ella con el pie—. Igual deberías tomarte algo... Algo que te haga dormir un poco.

Me ladeo el fedora de Morfeo, me vuelvo hacia la puerta y de paso agito las alas. Miro para comprobar que el pasillo está vacío, y salgo conteniendo una sonrisa.

Los pasillos que antes me daban miedo ahora ya no me intimidan. Me agacho en las esquinas y me mantengo en las sombras y, aunque estoy a punto de que me pillen en un par de ocasiones, en el psiquiátrico sólo está el turno de noche y pronto llego al tercer piso, donde me esperan las celdas acolchadas. No tengo que adivinar en cuál está. Llámalo intuición de criatura de las profundidades, pero lo sé. Abro la puerta, me cuelo dentro y la cierro detrás de mí.

Ella está hecha un ovillo en un rincón. Vuelve hacia mí la cabeza afeitada y me mira con ojos entrecerrados.

—¿Alyssa? —Es un hilillo de voz apagada.

Me quito el sombrero y lo dejo caer. La escasa luz hace que parezca frágil y débil. El corazón se me desmorona. Puede que esté demasiado sedada para hacer esto. Cuando se incorpora para apoyarse contra la pared acolchada, forcejeando con la camisa de fuerza, me demuestra que estoy equivocada.

—¿A-alas? —La comprensión asoma a sus rasgos—. Has encontrado la madriguera del conejo.

—Se acabó, mamá —susurro, caminando con cuidado hacia ella por el suelo acolchado. Me abraza apenas abro los cierres de velero que le sujetan los brazos. Nos arrodillamos, estrechándonos con fuerza.

—Pero eres uno de ellos —solloza contra mi cuello—. La maldición...

—Ya no hay maldición —musito, frotando mi mejilla contra la pelusa de su cabeza—. Nunca la hubo. Tengo mucho que contarte.

* * *

Me despierta el gruñido de mi estómago. Estoy rodeada de ruido blanco y la

luz del sol se filtra a través de las cortinas. Todavía aturdida, miro el calendario que tengo sobre la cama. Sábado, uno de junio. La mañana siguiente al baile de graduación.

La coordinación ha sido perfecta. Usé el espejo de los lavabos del psiquiátrico para volver a casa, lo hice retroceder en el tiempo para tener tiempo de cambiarme y dormir unas horas.

Aunque la verdad es que no recuerdo nada de lo que hice cuando salí de mi espejo basculante.

Quizá sea porque no lo atravesé. Quizá es que nunca he ido al País de las Maravillas. Quizá lo he soñado todo...

Aterrada, aparto las sábanas y saco los pies por el borde de la cama. Algo cae al suelo: la oruga de jade. Aterrizo junto al sombrero de Morfeo.

Me palpo el cuello y encuentro el colgante con la llavecita.

El alivio desata el nudo de mi estómago.

Recojo la oruga tallada, y me dirijo al espejo, intacto y liso como el cristal, para mirarme en él.

Ahí está: la prueba irrefutable de que viajé en una ola de ostras y capturé un océano con una esponja. Aún tengo la piel brillante y quedan mechones rojo fuego en mi pelo rubio platino. Me han desaparecido los tatuajes de los ojos, igual que las alas, aunque si retuerzo el brazo puedo palpar unos bultos en los omóplatos. Brotes listos para florecer si los necesito.

Me vuelvo y miro a las anguilas en su pecera. El recuerdo de las lenguas del zamarrajo me estremece hasta lo más hondo.

Entonces miro mi violonchelo y recuerdo otra cosa... la canción de Chessie, tan rara y retorcida. Incluso mirar a mi escritorio y al mosaico de arañas secas me trae recuerdos de las asombrosas constelaciones en espiral que vi cuando íbamos en el bote de remos.

Todos son recuerdos reales e insustituibles. Los felices, los amargos, los aterradores y los conmovedores. Dos chicos dispuestos a dar la vida por mí.

Morfeo, eternamente preso en el vientre de un zamarrajo. Y Jeb, que tras el baile de graduación debió pasar la noche en un hotel con Taelor. Puede que en esta realidad no rompieran. Como nunca abrí la puerta cuando vino Jeb, no estaba en mi casa cuando Taelor vino a recogerlo.

Salgo corriendo de mi dormitorio, olvidando ponerme una bata sobre la camiseta y los pantalones cortos de franela, medio saltando y medio corriendo hasta el vestíbulo. Necesito ir al lado a ver por mí misma si salió de la galimajaula. Ver cómo están las cosas entre nosotros.

—¡Eh, mariposa!

Papá me sostiene cuando mis calcetines pierden tracción y resbalo por el suelo de madera. Es tan bueno volver a ver su cara. Me río para no llorar.

—Intentaba patinar sin monopatín —digo, señalando el escurridizo suelo.

—Ten cuidado, o te harás daño en el otro tobillo —dice con su sonrisa de Elvis.

Me arrojo contra su pecho en un abrazo. Me rodea con uno de sus brazos, mientras mantiene el otro entre los dos.

—Eh... ¿estás bien?

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar por el torrente de emociones. Dejo que mi abrazo hable por mí. *Te he echado de menos. Te quiero. Y siento mucho haberme peleado contigo.*

El brazo que papá mantiene entre los dos se agita. Tiene el teléfono inalámbrico contra el esternón. Me aparto de él.

Lo primero que se me ocurre es que es Taelor. Ha adivinado que le robé. Puede que Perséfone encontrara el bolso en la basura. No puedo creer que no pensara en usar los espejos de la tienda para devolver el dinero antes de volver a casa.

De entrada, hice, mal en robarlo. Así que supongo que tendré que aceptar mi castigo, como dijo Morfeo antes de que se lo tragara el zamarrajo. Tendré que decirle que la ladrona soy yo y rezar para que no me denuncie.

Aprieto la oruga tallada para que me de valor.

—¿Con quién estás hablando?

Papá me guiña un ojo y se lleva el teléfono a la oreja.

—Hola, cariño. ¿Quieres darle los buenos días a nuestra hija? —Y me alarga el teléfono.

Me siento aliviada de que no sea Taelor, pero en mi cara se pinta un gesto de confusión. Tengo que interpretar mi papel.

—Los pacientes del ala de Alison no pueden usar el teléfono —digo, con voz temblorosa para mayor efecto.

Papá se encoge de hombros y sonrío.

Cuando por fin lo cojo, noto el teléfono frío contra mi oreja.

—¿Alison?

—Está funcionando Alyssa. —Su voz suena fuerte y clara.

—¿Sí? —pregunto, fingiendo todavía sorpresa.

—Papá te dará los detalles. Ven a visitarme luego, ¿vale?

—¿Te han dado algo esta mañana?

—No —contesta—. Hice lo que acordamos. Les estoy dejando ver que estoy cuerda. Por algún motivo creen que mis delirios eran cosa de los sedantes. ¿No es irónico?

Sonrío.

—Da gusto oír tu voz.

—Y la tuya. Quiero volver a verte, para abrazarte... para decirte lo orgullosa que estoy de ti. Te quiero... —se le quiebra la voz.

Rompo a llorar, y esta vez no finjo.

—Yo también te quiero... mamá.

Me quedo allí parada, anclada al suelo. Papá me quita el teléfono con suavidad y se despide antes de conducirme hasta el sofá de la salita.

—Esta mañana, antes de que amaneciera, llamaron del psiquiátrico. — Tiene los ojos húmedos, enmarcados por arrugas de sonreír—. Fui a visitarla enseguida, mientras tú dormías. Está lúcida... lúcida de verdad. Sólo les habla a las personas. Y se comió una tortilla del plato. ¡Del plato, Alyssa! Y todo sin medicamentos. Los doctores lo están hablando... Creen que igual tuvo una reacción a los medicamentos que exacerbó sus síntomas. Lo más raro es lo que les hizo llegar a esa conclusión. ¿Conoces a la enfermera Jenkins?

Asiento con la cabeza, temerosa. La última vez que la vi estaba tirada en el suelo de los lavabos con una sonrisa de cien voltios en la cara y una jeringuilla vacía en la mano. Parecía haber seguido mi consejo.

—Pues, un ordenanza la encontró en los lavabos por la noche, muy tarde. Se había inyectado el mismo sedante que le estaban dando a tu madre.

Cuando despertó hablaba de hadas que atravesaban espejos y le robaban las llaves. Pero tenía las llaves a su lado. Los médicos creen que a esa marca de sedantes que empleaban le pasaba algo... Los han enviado a un laboratorio para que los analicen. —Suspira al tiempo que se ríe—. Y pensar que todo este tiempo pudo ser esa mala medicina lo que hacía que estuviera peor. Me alegro de que lo descubriéramos lo bastante pronto como para detener el tratamiento previsto para el lunes.

—Y yo. —Le cojo la mano y mantengo sus nudillos pegados a mi mejilla.

—Oye. —Me coge una de las mechas rojas del pelo—. ¿Eso del pelo son postizos?

—Claro —respondo mecánicamente, sin darme cuenta de que es mentira hasta que lo digo.

—Me gusta. Bueno, hay donuts en la mesa. Voy a pasarme el día en el psiquiátrico. ¿Te pasarás después del trabajo?

—Nada en este mundo podría impedírmelo —prometo.

Me doy cuenta de que papá no ha preguntado por su sillón abatible. Miro hacia él esperando ver los adornos rotos y descosidos. En vez de eso, veo que están como siempre. Lo cual no tiene sentido, porque es otra cosa que se me olvidó arreglar.

Papá se dirige hacia la puerta, volviéndose entonces hacia mí.

—Ah, igual deberías revisar tus trampas. He visto una mariposa de noche monstruosa en una de ellas. Debió colarse al intentar escapar de la tormenta de anoche. Será una gran incorporación a tus mosaicos. Nunca he visto una tan grande.

Una mariposa de noche monstruosa... Ni un ladrillo lanzado contra mi estómago me habría dolido tanto como esas palabras.

Dejo la oruga de jade en la mesita de café y me obligo a esperar a que papá arranque el camión y se aleje de casa.

Una vez en el garaje, abro tres cubos antes de encontrarlo, sobre un montón de otros insectos. El olor a tierra para gatos y piel de plátano me cosquillea la nariz. Lo saco de ahí inmediatamente, pero su brillante cuerpo azul y sus alas de seda negra están inmóviles y sin vida.

Escapó de algún modo... Escapó de la tripa del zamarrajo y volvió aquí, sólo para acabar asfixiado por mi culpa.

Lo acuno en mis manos y vuelvo aturdida a la salita, tambaleándome por un incapacitante sentimiento de culpa y pérdida. Lo deposito en la mesita junto a su homólogo tallado y le separo las alas con un dedo tembloroso.

—¿En qué estabas pensando? —murmuro—. ¿Por qué entraste en la tubería? Debiste ser más listo. —Me duele verlo, antes tan pomposo y lleno de vida, ahora tan vacío como la oruga tallada. Le acaricio el frío cuerpo azul—. Ahora te creo, ¿vale? Creo que sí que te importaba. Y no olvidaré lo que hiciste por mí... al final.

No dejaré que lo olvides. La voz de Morfeo entra en mi cabeza. Retrocedo de un salto mientras el cuerpo de la polilla empieza a vibrar.

Las alas se pliegan y crecen, abriéndose para revelar a Morfeo flotando sobre la mesa, en toda su demencial gloria. Lleva un traje moderno de seda color zafiro que combina con sus enjoyadas lágrimas. Y, por supuesto, un sombrero espectacularmente excéntrico.

Yo me quedo atónita y, aunque lucho por disimular mi alegría, no puedo reprimir una sonrisa.

—Sabía que me echarías de menos.

Aterriza suavemente en el suelo y se acerca a mí, clavándome contra la pared con su cuerpo.

—¿Cómo escapaste?

—Parece ser —me seca las lágrimas con la manga— que la piel del zamarrajo es indestructible desde fuera, pero no desde dentro.

Entonces me doy cuenta.

—Oh, Dios mío... Llevabas la espada vorpalina en la chaqueta.

—Así es. —Se frota las uñas contra la solapa—. Claro que las demás víctimas también escaparon conmigo. Y ahora me siguen a todas partes como cachorritos atontados. Han demostrado ser bastante útiles. Arreglando cosas. Hice que uno devolviera el dinero y pusiera el bolso bajo el mostrador de la tienda, mientras tú dormías.

—Tú... ¿qué?

Hace un gesto hacia el sillón abatible que tiene detrás.

—Y encargué a varios que cosieran las margaritas al sillón.

Me inunda una oleada de incredulidad y gratitud.

—Gracias.

—Ah, me merezco algo mejor que un gracias.

Sus ojos oscuros brillan seductores. Yo cruzo los brazos sobre el pecho.

—Eh, es lo mínimo que podías hacer por mí. Acechaste mi mente cuando era niña. Obligaste a mi madre a dejar a su familia y a ingresar en un psiquiátrico para poder protegerme. Y luego me atrajiste al País de las Maravillas para que pudiera arreglar todos tus problemas sabiendo que yo me quedaría sin nada.

Él alza una mano e inclina su sombrero de ese modo tan sexy.

—Me deseas. Admítelo.

Aunque acierta en parte, no se lo confesaré nunca.

—¿Por qué iba a desearte?

Levanta tres dedos para una cuenta atrás.

—Misterioso. Rebelde. Problemático. Todas las cualidades que las mujeres encuentran irresistibles.

—Qué optimista.

—Mi alcoba nunca está vacía.

—Lástima que el cerebro sí. —Las palabras son duras, pero el afecto de mi sonrisa les quita hierro.

La sonrisa con la que él me responde denota respeto.

—Así que... —pasa el dedo por la cadena de mi colgante, provocando pequeños incendios en mi piel desnuda— ¿dejaste a Granate al cargo del negocio?

—Con Cornelio de consejero. Le dije a todo el mundo que tenía asuntos pendientes aquí.

—¿Como cuáles?

—Familia y amigos. El último curso y la graduación. Mi arte.

Morfeo alza una ceja.

—¿Y tu caballero?

Bajo la mirada.

—Ahora mismo pertenece a otra.

Morfeo me acaricia la sien con la punta del dedo.

—Por mucho que me alegre oír eso, no creo que sea verdad. La sangre ha ganado ya.

—¿A qué te refieres?

—El chico se desangró por ti, toda la sangre de un cuerpo. No hay amor más grande que ese. Sólo te pertenece a ti.

Sus palabras son sorprendentemente hermosas y amables, y en algún lugar de mi corazón, sé que tiene razón. ¿Pero cuánto tendré que esperar a que Jeb reúna el valor necesario para admitirlo?

Morfeo me toca las cicatrices de la mano.

—Pero no olvidemos que tú sangraste por mí. Así que, ¿a quién perteneces, Alyssa?

El recordatorio evoca un racimo de emociones. Es un profesional a la hora de confundirme.

—He elegido el reino mortal.

—Evades la pregunta.

—He aprendido del maestro.

Él se ríe. Luego su mirada de tinta me repasa de arriba abajo.

—Muy bien, entonces. Juega con tu soldadito de juguete. Pero ya eres una mujer, con el fuego del Reino de las Profundidades corriendo por tus venas. Eres de corazón salvaje, y has saboreado la ambrosía del poder. Un día querrás volver a volar y puedes estar segura de que yo te estaré esperando cuando vuelvas a querer tus alas. Y lo digo con segundas.

Sus alas nos rodean, envolviéndonos en un capullo negro y empujándome hacia él.

No sé si es la mujer que él ha despertado en mí o el floreciente salvajismo del País de las Maravillas que ha anidado en mi alma, pero me rindo a su abrazo. Su cálida boca me acaricia la nariz dejando atrás una insinuación de regaliz. Me dispongo a apartarlo antes de que pueda probar mis labios —no pienso volver a traicionar a Jeb, aunque no estemos juntos— pero, en vez de

eso, Morfeo me besa la frente, de forma cálida, casta y dulce. Y entonces me suelta.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Saca unos guantes de un bolsillo y se los pone. Siento una despedida en el gesto. Siento en las entrañas una opresión agridulce.

—Antes de irme —dice Morfeo, como si me leyera la mente— necesitas saber que cuando maté al zamarrajo, no había ni rastro de Roja.

El corazón se me detiene cuando me doy cuenta de lo que dice.

—No pensarás que anda buscándome por ahí...

—Puede que escapara y se marchitara en alguna parte, al carecer de cuerpo en el que habitar. Pero, en caso de que encontrase a alguien, los portales están ahora fuertemente custodiados. Yo no habría podido llegar hasta aquí de no ser por la conciencia culpable de Sedosa. Las hadas y ella distrajeron por mí a los caballeros élficos. He dado aviso a las Hermanas Gemesas, y yo también estaré atento. Me enfrenté una vez a la bruja por ti. Volveré a hacerlo si hace falta.

No dudo que lo hará. Poso una mano en su pecho. Su corazón late de prisa contra mi piel.

—Nunca lo habría supuesto.

—¿El qué? —pregunta con un susurro ronco.

—Que eras uno de esos seres del País de las Profundidades con una rara tendencia a la gentileza y el valor.

—Buf. —Aprieta mi mano con su guante—. Sólo cuando puedo sacar beneficio.

Yo sonrío, me pongo de puntillas, lo agarro por las solapas y beso todas y cada una de sus joyas hasta que se tornan de un cautivador púrpura oscuro, el color de la fruta de la pasión. Vuelvo a posar los talones en el suelo.

—Tan bella —susurro, tocando una de las centelleantes gemas.

Morfeco me coge la mano y besa las cicatrices de la palma.

—No puedo estar más de acuerdo.

Nos miramos, un cordón invisible se estrecha entre nosotros, un lazo se fortalece.

Me sobresalto al oír el timbre de la calle. Al ir hacia la puerta miro el reloj de la cocina. Hago gestos a Morfeo para que guarde silencio y echo un vistazo por la mirilla.

—¡Jeb! —El corazón se me acelera mientras devuelvo el colgante con la llave al escote y me apresuro a abrir el cerrojo—. ¿Podrías...? —Hago un gesto hacia las alas de Morfeo—. Ya sabes.

Se pone detrás de mí, noto su aliento cálido en la nuca.

—Te estaré vigilando. Manipulamos las reglas. Vencimos a la magia.

—¿Y ahora tenemos que pagar el precio? —susurro contra la náusea que noto en el estómago.

—Quizá. Aunque, claro, puede que ya lo estemos pagando. —Hay un toque de tristeza en esas palabras. Retrocede y hace una reverencia, sus alas forman un hermoso arco—. Siempre seré tu servidor, hermosa reina.

Me mira por última vez, se transforma en polilla y revolotea por el vestíbulo, esperando.

En cuanto abro la puerta, sale fuera, intentando arrancarle la cabeza a Jeb, que se agacha.

—¡Eh! —Se queda mirando a la polilla que revolotea detrás de él—. ¿No es el bicho del ambientador de tu coche?

Asombroso. Es verdad que no se acuerda... de nada.

—¿Quieres que te la coja? —pregunta Jeb al ver que no contesto.

—Nah. Espero que choque con algún parabrisas.

Mentirosa, susurra Morfeo en mi mente, alejándose luego arrastrado por una cálida brisa. Contengo una sonrisa.

—Un insecto como ese quedaría fantástico en el centro de alguno de tus mosaicos —dice Jeb. Su voz reclama toda mi atención. Sabiendo que he podido perderlo para siempre, su tono profundo y aterciopelado me suena ahora a música celestial. Tengo que combatir el deseo de arrojarme a sus brazos.

La brisa me envuelve con su olor. Lleva una camiseta rota y pantalones carpintero hasta las espinillas, manchados de aceite. Lleva el pelo recogido con una cinta raída y está sin afeitar. Viene a trabajar en Gizmo. A cuidar de mí, como siempre. Mi caballero élfico.

Estudio sus bronceados brazos, recreándome en sus cicatrices. Recuerdo cómo me sentí aquella noche en el bote, durmiendo protegida por su fuerte abrazo. Todos esos recuerdos son ahora sólo míos. Son algo que tengo que ocultarle, y ya no me siento cómoda con secretos entre nosotros.

Bésalo, bésalo. Sabes que quieres besarlo... Un saltamontes aterriza en mi hombro. Sintonizo con el ruido blanco del jardín, captando susurros donde puedo. Todos dicen lo mismo.

Bésalo. Pero no puedo porque quiero hacer esto bien. Quiero estar segura de que ha roto antes con Taelor. Que es mío en todos los sentidos.

—¿Ali? —Jeb coge el saltamontes de mi hombro y lo deja marchar.

El gesto me saca de mi ensimismamiento.

—Oh, perdona.

—Sí, estabas de lo más concentrada. ¿Estás bien?

Me encojo de hombros.

—Pensaba en mis mosaicos. Voy a dejar de matar cosas. Es hora de cambiar de materiales. Quizá piedras y cristales rotos. Cuentas y cables, cintas. ¿Por qué no? Tengo la mente rebosante de toda una nueva serie de increíbles paisajes del País de las Maravillas que esperan ser immortalizados.

—Suenas muy bien —dice Jeb—. Yo también estoy listo para un cambio.

Saca algo que ocultaba tras él: un ramo de rosas blancas envueltas en papel rosa. Debía tenerlas enganchadas en el cinturón. Una dulce sonrisa enmarca su incisivo roto cuando me las entrega.

—Gracias. —Olfateo el delicado aroma—. ¿Dónde has encontrado una floristería abierta a estas horas?

Él se mete las manos en los bolsillos.

—Esto... Las he cogido prestadas de los rosales del señor Adams.

Su codo señala hacia la casa de enfrente, donde se ve un rosal en el que han aparecido varias evidentes calvas.

Suelto un bufido.

—Qué malo eres.

—Eh, que le cortaré el césped gratis o algo así. Oye... —Me toca la muñeca con un pulgar, acariciándola. La sensación me enciende todo el

cuerpo—. Anoche vine a verte antes del baile de graduación. No me abrió nadie.

—Oh... ¿Esto es por lo de Hitch?

—Vine anoche. Como no pude encontrarte, hice jurar a Hitch que me avisaría si te presentabas. Como no lo hiciste, Jen me contó lo que ha pasado con tu madre en el Todas las Almas.

De ahí las rosas.

—Blancas —susurro, con los ojos llenos de lágrimas.

Sus cejas se juntan por la preocupación.

—Por favor, no llores. Si no te gustan las rosas blancas, las pintaré de rojo para ti.

—No, no hagas nunca eso. —Mi sangre circula demasiado aprisa por las venas; siento un vahído.

—Quería decir como en el cuento de Alicia. —Hace una mueca—. Perdona. Ha sido una estupidez. Ya sé que odias ese libro.

Le cojo del brazo. Ambos nos quedamos mirando fijamente el punto en el que nuestros cuerpos se tocan hasta que su músculo se contrae involuntariamente.

—La verdad es que empiezo a verle la gracia. Y las rosas son perfectas.

—Bien. —Se agita sobre sus playeras en el porche—. Entonces ¿me perdonas por lo de Londres, por ocultarte la parte de Tae?

Estupendo. Había olvidado que aún no hemos aclarado esto. Como no respondo, él sigue hablando.

—Porque hay algo que necesito contarte, algo que ha cambiado.

Se recoloca el nudo de la cinta del pelo en la nuca. Parece nervioso. Antes de que pueda añadir una palabra más, frente a la puerta de mi casa frena con un chirrido de neumáticos el Mustang descapotable de Taelor, que se materializa como si respondiendo a una invocación.

Jeb maldice y apoya la frente contra el marco de la puerta.

Ella sale del coche dando un portazo y se dirige a mi porche. Se sube a lo alto de la cabeza las gafas de sol Fendi. Se rumorea que esas gafas cuestan doscientos pavos. Más que todo mi guardarropa de vestidos de segunda mano.

—Supuse que estarías aquí. —Tras verlas rosas en mi mano, mira a Jeb de arriba abajo—. ¿Qué hiciste? ¿Pasar la noche con tu pequeña virgen tras nuestra pelea?

Me quedo boquiabierta. Parece que el baile de graduación no acabó bien.

—Acabo de llegar, así que no vayas difundiendo rumores. ¿De acuerdo, Tae?

Se frota el *piercing* de hierro de la barbilla. No había notado que no lleva el granate. El pulso se me acelera un latido, golpeando contra la llave de mi esternón.

Taelor empieza a golpetear el suelo con la sandalia que contiene su pie de pedicura perfecta.

—¿Así que aún no se lo has dicho? —Clava sus ojos en los míos—. Anoche cortó conmigo. En el baile. Y me dejó allí sola. Cuánta clase, ¿eh?

El tono dolido de su voz me provoca una extraña mezcla de compasión y empatía.

Jeb frota un nudillo contra una parte de la pared entre dos ladrillos en la que el mortero ha empezado a soltarse.

—Tenías a tu chofer.

—Oh, ¿y se supone que tenía que hacer? ¿Bailar con él? El tío tiene como noventa años. —Se aprieta el bolso lima verde de diseño contra el vestido cruzado a juego—. Y después del baile no fuiste a tu casa porque pasé por ella. Y si no estabas aquí, ¿dónde estabas?

—Fui a ver al señor Mason.

—¿El profesor de arte? —preguntamos Taelor y yo a la vez.

Nos dirigimos miradas asesinas mientras esperamos la respuesta.

—Me dijiste que estaba despedido de La Caverna —contesta Jeb, mirando a donde sus nudillos rozan los ladrillos—. El señor Mason me dijo una vez que podría conseguirme un trabajo en una galería de arte de la calle Kenyon. Es amigo del dueño.

—Espera, ¿para qué necesitas un trabajo allí? —pregunto, confundida—. Creía que ibas a pasar el verano en Londres.

—Ahora que ha rechazado la oferta de mi padre de alquilarle un piso, no

puede. Necesita ahorrar dinero para tener donde vivir. —Taelor me hace una mueca burlona—. Renuncia a su carrera por tu culpa.

¿Jebediah Necesito-una-vida-estructurada Holt ha cambiado sus planes de futuro por mí?

—No puedes hacer eso —digo, obligándolo a mirarme.

La aprensión hace que su rostro se tense, pero percibo también profunda determinación.

—Sólo es un ligero desvío en mi camino. No renuncio a nada. Cuando tenga el trabajo de la galería —mira un instante a Taelor—, cosa que ya puedo dar por hecha, podré vender allí mis cuadros. Y conseguir contactos en el mundo del arte. Ayudaré a mamá con los gastos del último curso de Jen, y ahorraré dinero yendo a la universidad pública. —Entonces centra su atención en mí—. Hasta que te gradúes. Entonces iremos juntos a Londres.

Iremos a Londres, *juntos*...

Arrugo el papel entre mis dedos, incapaz de asimilar las maravillosas emociones que me recorren.

—Pero, qué encanto. —A Taelor le tiembla la voz—. Igual puedes vender esta porquería que encontré el otro día en tu coche y comprarle un anillo de compromiso en un todo a cien. —Rebusca en su bolso y tira tres rollos de papel a mis pies, delgados cilindros sujetos con gomas—. No apartes de él tus ojos de coneja, Alyssa. Es un HDP, como el tarado de su padre. No es de fiar.

Y se dispone a irse.

Jeb tiene los hombros abatidos y el sonrojo le tiñe la punta de las orejas. Se me enciende la sangre. No pienso permitir que le hable así. Para nada voy a dejar que haga que Jeb dude de sí mismo.

Tiro las rosas al suelo, salgo al porche y la cojo por el codo. Ella abre la boca, pero la hago callar con la mirada.

—Me toca hablar a mí. Y me vas a escuchar. Y luego no quiero volver a oír ni una sola palabra tuya acerca de Jeb o de cualquier otra cosa.

Ella aprieta los dientes, pero espera.

—Yo le confiaría *mi vida* a Jeb. Es todo lo que su padre nunca fue. Y tú lo sabes, o no te importaría tanto perderlo. Te ha tratado con respeto... y nunca ha querido hacerte daño. ¿Por qué te crees sino que ha soportado tu actitud

durante tanto tiempo?

Su mirada se intensifica por el brillo de las lágrimas contenidas.

Jeb está inmóvil, alucinado e impresionado.

—¿Y sabes una cosa? —continúo, incapaz de detener lo que he desatado—. Ninguno de nosotros tiene una familia perfecta. Tú y yo podríamos haber sido amigas, o al menos intentar llevarnos bien. Pero tú lo impediste. Puede que a veces tu vida sea un asco, lo entiendo. Pero eso no es excusa para tratar a la gente como te apetezca. —Me arden las mejillas al dar rienda suelta a unas emociones que llevo reprimiendo demasiados años—. Meterte con el resto del mundo no te hará feliz. Mira en tu interior. Porque descubrir lo que estás destinada a ser, lo que se supone que debes hacer en el mundo, es lo que va a llenar el vacío que sientes. Es lo único que puede hacerlo.

Sólo el trino de algún pájaro rompe el silencio a nuestro alrededor. Hasta el ruido de fondo se ha callado, como si, por una vez, hasta los insectos y las flores se hubieran parado a escucharme.

Taelor mira al suelo, sorbe por la nariz y se pasa el dorso de la mano por las mejillas. Alza la mirada para encontrarse con la mía y, en ese instante, lo veo. Una conexión. He llegado hasta ella. Callada y pensativa, vuelve a su coche y se va de mi casa sin siquiera despedirse con la mano.

—¡Joder! —murmura Jeb.

Giro sobre mis talones y estamos cara a cara. Solos... por fin.

Me mira con la misma expresión reverencial que cuando vio mis alas por primera vez, y mueve los labios para decir algo. Lo interrumpe una puerta mosquitera que se abre al otro lado de la calle. El señor Adams coge la manguera para regar su jardín. El anciano frunce el ceño cuando nota los huecos en su rosál.

—Jeb, están a punto de pillarte.

Él me regala una sonrisa sexy y ladeada.

Lo cojo por la muñeca y tiro de él hacia el porche antes de que el señor Adams mire hacia nosotros. Cierro la puerta y apoyo la espalda contra la madera para ocultar las cicatrices de mis alas.

—Espera un momento. —Jeb coge uno de mis mechones de pelo rojo, y lo retuerce entre el índice y el pulgar—. Esto no es un postizo. Te lo has teñido de verdad. ¿Qué te ha dado?

—Supongo que por fin he encontrado mi lado salvaje.

—Me gusta. —Inclina la cabeza, como si estudiara un cuadro—. Y esta cosa que brilla que parece como si hubieras nadado en polvo de hadas... —Sus nudillos me acarician la mejilla—. ¿La tienes por toda la piel?

Su intensa valoración de mi pijama hace que me acalore del cuello a los pies.

—Ahhh... —Su tacto basta para hacerme tartamudear, pero el comentario sobre las hadas me pone a cien. Casi gimo cuando se aparta.

—Gracias por decir esas cosas, a Tae.

—Pienso todo lo que dije.

Porque te quiero. No consigo decidirme a decirlo en voz alta, pero es la verdad. No es algo de lo que me haya dado cuenta de pronto, sino algo que he ido asimilando de forma gradual. Como una especie de metamorfosis.

—Bueno, parece que sabes arreglártelas sola. En vista de cómo acabas de cuidar de mí. —Apoya un hombro contra la pared, reduciendo todavía más el espacio que nos separa—. Qué raro. Anoche tuve un sueño sobre esto mismo, de ti cuidando de mí.

Esa confesión me hace reaccionar.

—¿Estábamos en el País de las Maravillas?

Él sonríe.

—Eh, no. Estábamos en una casa en el campo, y tú jugabas al ajedrez en una mesa mientras yo pintaba cuadros con una pluma y miel de colores. Un enjambre de abejas golpeaba la ventana, gritándome por robar su colmena. Pero gritando de verdad, como con voces de personas. Entonces te salieron alas y volaste fuera para echarlas. Extraño, ¿verdad?

Contengo una tos.

—Sí, extraño.

—Pero, de algún modo, encaja.

Coge uno de los cilindros que me tiró Taelor, le quita la goma y me lo entrega.

Lo desenrollo y me sobresalto al verme dibujada a lápiz y con carboncillo —un retrato impresionante de un hada gótica con alas de seda y ojos tatuados

—. Justo con el aspecto que tenía en el País de las Maravillas. Como, técnicamente, nunca ha estado allí, no puede ser un recuerdo. Así que sólo hay una explicación: este chico puede ver mi alma, siempre ha podido verla.

Lo miro a los ojos, enmudecida.

—Tengo cien más como este. Eres mi musa, Ali. Mi inspiración. Esperaba que... quizá... igual querías...

Antes de que pueda acabar, lo agarro por la camiseta y lo obligo a inclinarse para besarlo. Al principio abre mucho los ojos, luego los cierra y me rodea las caderas con los brazos para levantarme hasta su altura. Me empuja con su cuerpo contra la pared.

Yo sonrío contra sus labios, embriagada.

¿Cuántas chicas pueden tener dos veces su primer beso?

Pero esta vez no estoy desconcertada. Esta vez no olvido rodearle el cuello con las manos y atraerlo hacia mí. Esta vez soy yo quien le hace abrir los labios y busca su lengua.

El dibujo cae al suelo junto a las dispersas rosas. Jeb gime, hace que mis piernas le rodeen la cintura, y me abraza con fuerza. Rompe el contacto lo justo para susurrarme:

—¿Dónde has aprendido a besar así?

—Me has enseñado tú. —Recobro la cordura y me doy cuenta de lo que he dicho—. En mis sueños.

—¿Ah, sí? —Recorre con la nariz la hendidura de mi barbilla—. También tú has soñado conmigo, ¿eh?

—Desde el día en que nos conocimos.

Por fin, la verdad.

—Creo que va siendo hora de que hagamos realidad algunos sueños, patinadora —dice, luciendo sus hoyuelos.

No sabe que eso ya lo hemos hecho, que fuimos al País de las Maravillas, y que volvimos de él. Sonrío y le doy un beso que nunca olvidará, para compensar todos los que no recordará jamás.



Agradecimientos

Gracias ante todo a mi familia. A mi marido, hijos, hermano, cuñados y cuñadas, sobrinas, sobrinos y primos. Gracias también a mis dos parejas de padres, los que me trajeron a este mundo y los que he ganado a través del matrimonio. Mis tías y tíos en las dos ramas de la familia y a mis abuelos, que ya no están con nosotros. Y a la gente de Red Solo Cup en Kansas. Creísteis en mí durante todos los altibajos y nunca dudasteis de que lo conseguiría. Vuestra fe me hizo superar los momentos más difíciles.

Gratitud y abrazos para mi superagente, Jenny Bent, y su dedicación inquebrantable a esta novela, a mis habilidades como escritora y a mis ideas.

Gracias a toda la prestigiosa familia Abrams/Amulet (incluyendo, pero de ningún modo solamente a): Maggie Lehrman, mi brillante editora, que supo llegar al corazón de este libro y le hizo cobrar pulso y sentido; María Middleton, extraordinaria diseñadora de libros, quien, con la ayuda del místico arte de Nathalia Suellen, capturó la esencia de la historia en la gloriosamente compleja imagen de cuento de hadas que aparece en la portada; Laura Mihalick, mi responsable de prensa y apagafuegos general; a todos los correctores que me han ayudado; a los asesores de marketing; a los impresores que supervisaron las páginas y la cubierta; y gracias a muchos, muchos más. No hay suficiente espacio en este libro para dar las gracias a todos los que han contribuido a que el libro llegara a buen puerto, haciendo así mis sueños realidad.

Tengo una deuda de gratitud con mi grupo de crítica, las Divas: Linda Castillo, Jennifer Archer, Marcy McKay y April Redmon. Puede que sea una humilde mandarina, pero gracias a vuestros consejos de los miércoles por la noche soy una mandarina publicada.

Un choca esos cinco a los que me ofrecieron sus opiniones *online* y a mis lectores beta: a Jessica Nelson, por ver siempre la parte buena de mis chicos malos; a Rookie (alias Bethany Crandell), por convencerme, contenerme y

ayudarme a encontrar mi Melvin interior; a Katie Lovett, por leer incluso mis primeras historias y aun así seguir creyendo que yo poseía algo parecido al talento; a Marlene Ruggles, por encontrar esas erratas que yo, simplemente, no veía; a Chris Lapel, mi fan número uno; y, finalmente, a Kim Dickerson, por aportar un significado totalmente nuevo a la dulzura Godiva porque, sí, desde luego, las palabras también pueden ser bombones.

Si se necesita el esfuerzo de toda una aldea para criar a un niño, hace falta una cuadrilla para escribir un libro. Mi gratitud inmortal a mi #goatposse por vuestro apoyo, consejos e ingeniosa conversación durante este viaje a los estantes de las librerías. También un cariñoso saludo a las chicas de WrAHM y al grupo de la Escuela Intermedia Crockett, con mención especial a Cara Clopton, Christen Reighter y la Vault Crew (¡vosotros ya sabéis quiénes sois!).

Abrazos digitales a mi grupo de apoyo *online*: a mis amigos de Twitter, a mis colegas de QueryTracker.net y a los muchos blogueros que iluminaron mi camino en lo que en ocasiones fue un oscuro y solitario viaje de siete años hasta ser un autor publicado.

Estoy muy especialmente agradecida a Lewis Carroll y a Tim Burton. Sin su genio artístico, increíbles personajes y paisajes de ensueño y pesadilla, nunca hubiera conseguido la inspiración necesaria para escribir *Susurros*.

En último lugar, pero de ningún modo menos importante, mi agradecimiento a Él, que me regala las historias y la habilidad para escribirlas, y bendice mi vida todos y cada uno de mis días.



A. G. HOWARD escribió *Susurros* mientras trabajaba en la biblioteca de una escuela. Siempre se había preguntado qué habría sucedido si la sutil oscuridad de *Alicia en el País de las Maravillas* hubiera tenido más protagonismo en la historia de Carroll.

Cuando no está escribiendo, a A. G. le gusta leer, patinar, cuidar el jardín y visitar cementerios del siglo XVIII o escuelas abandonadas, para apaciguar a sus impacientes musas.